

La trampa de miel

El primer caso
de la agente Marian Dahle

UNNI LINDELL

Siruela/ Policiaca



UNNI LINDELL

La trampa de miel



Ediciones Siruela

UNNI LINDELL

La trampa de miel



Índice

[Cubierta](#)
[La trampa de miel](#)
[Notas](#)
[Créditos](#)

Unni Lindell

La trampa de miel
El primer caso de
la agente Marian Dahle

Traducción del noruego de
Lotte K. Tollefsen

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

La trampa de miel

*Gracias a la comisaria de policía Eva B. Ragde
por su extraordinaria colaboración.
Y gracias a la muy viva y real Birka.*

La furia llegó deslizándose como una ola. Reconocible, dura y dinámica, de ninguna parte. Siempre caía como un rayo, provocaba un incendio que no se podía apagar. Como entrar en un agujero negro, ningún freno. Nada más que estos sentimientos punzantes. Las manos que se levantan, los músculos que se mueven, y el calor del odio cuando el golpe cae. Malditos bichos, llegar aquí y creer que se puede hacer lo que se quiera. Tomarse libertades, ocupar un lugar. ¿Cómo se llama? Egoísmo, egocentrismo o descaro puro y duro. El agua de la jarra tiene el mismo color que el cristal. Así es siempre, las cosas no son lo que parecen. El agua no es cristal.

*En surcos estrechos como dedos, abejas solitarias
habitan casas temporales entre la yerba. De rodillas
dirijo mi vista a una boca que es cueva, un ojo
redondo, verde, desconsolado como una lágrima.*

(...)

*La reina de las abejas contrae matrimonio con
el invierno de tus años.*

Sylvia Plath, «The Beekeeper's Daughter»,
(trad. José M.^a Moreno Carrascal)

10 de junio (14:42)

Vera Mattson pasó cansada la mano por su ancha frente. El cabello, recogido en la nuca en un moño desordenado, ya no era de un negro intenso, tenía hilos de plata y manchas castañas más claras en la raya y en su nacimiento.

Estaba sentada en una silla de cocina, la pintada, con las manos cerradas entorno a la taza marrón de café y atisbaba entre las cortinas. Miraba hacia el garaje de chapa ondulada, donde el seto de espino había crecido hasta hacerse denso y estaba entretejido de hiedra. Junto a ella, sobre la mesa, estaba el trapo de cocina estriado, gris de suciedad. La pintura del marco de la ventana se resquebraja. Hoy no hay ningún policía fuera, ningún pastor alemán que tire de la correa, olisqueando y meneando el rabo. Entonces, habrán terminado con sus investigaciones, ¿no?

Miraba fijamente hacia la casa amarilla del otro lado de la calle. Los rosales tenían hojas de un verde nuevo, y los capullos se abrían, rojos contra la pared amarilla. La hija de los vecinos y su amiga pelirroja y regordeta jugaban, como de costumbre, en la cama elástica. Sus voces histéricas y agudas se colaban por la grieta de la ventana. Percibía sus destellos de color entre las ramas cubiertas de lilas azuladas, mientras saltaban arriba y abajo, arriba y abajo. Las niñas iban vestidas con vaqueros y camisetas cortas que enseñaban media tripa. ¿Por qué no se ocuparían los padres de hoy en día de que sus hijos fueran decentemente vestidos? ¿Y por qué estaban las niñas en casa en pleno día? ¿El colegio ya se había terminado por la llegada del verano, o tenían a los niños en casa por lo que había pasado con el chico la semana pasada?

Repentinamente, ese sonido volvía a estar allí. Vera Mattson mantuvo el café templado un momento en la boca antes de tragarlo. El irritante timbre de la furgoneta de los helados que se acercaba, mezclado con los gritos de las niñas. Pling, plong. Pling, plong. Pling, plong. Se hizo un silencio total.

La furgoneta de los helados pasaba todos los lunes, y siempre provocaba en ella la misma incontenible irritación. No sólo era que su ruido monótono causara un dolor casi físico, sino el revuelo que originaba. Gente que llegaba apresurada, gritos y ruidos. No le gustaban las interrupciones. Vera Mattson dejó la taza de café sobre la mesa con un pequeño estallido y bajó la vista hacia sus gruesos dedos. Las cosas podían cambiar en unos segundos.

La foto del chico desaparecido hacía una semana estaba por todas partes, en la televisión y en todos los periódicos. Cerró los ojos un instante y lo vio frente a ella, el pelo blanco y la boca medio abierta con sus paletos demasiado grandes. *Ella* era la última que lo había visto.

Se levantó, fue hasta la panera y la abrió. Sólo quedaban dos trozos de pan, tendría que salir corriendo a la tienda. Lo odiaba. El sobrepeso era un problema. No le gustaba encontrarse con gente. Todavía utilizaba el abrigo de invierno aunque fuera verano. En realidad no era tan grueso, más que nada estaba desgastado. Y llevaba calcetines con zapatos y la vieja bolsa de la compra de nylon.

La llamada de la furgoneta de los helados empezó otra vez. «Irás bien, estoy bien», se dijo a sí misma y se tapó las orejas con las manos. Salió al pequeño recibidor. Se quedó parada contemplando su rostro en el espejo de la pared. El plateado de la vieja superficie tenía manchas marrones. La cara que veía era tan inexpresiva y poco acogedora que deseó esquivar su propia mirada. No había cambiado mucho en los últimos diez años. Todo lo demás cambiaba, pero ella no.

Se lo repitió a los policías varias veces, que no quería verse implicada en nada. Pero no la habían dejado escapar. Habían insistido en que tenía que contar lo que supiera. Pero ella no sabía *nada*, había dicho. ¿Qué podía saber? ¿Qué se suponía que debía saber ella?

Explicó lo mismo una y otra vez, que *había* visto a los tres chicos ese día. Que les había gritado porque, como siempre, habían intentado coger el atajo que atravesaba su jardín. «Muy molesto todo», reiteró a los investigadores. Ya que se lo preguntaban, no se cortó. Los niños la volvían loca deslizándose furtivamente junto a sus paredes a todas horas. Estaba claro que les encantaba provocar. El día que el rubio desapareció, ella abrió la puerta, salió corriendo y gritó tras ellos, rugió que ahora sí que ya estaba bien, que iba a buscar a sus padres, y

cosas así. Pero dos de ellos ya habían pasado la verja caída del fondo del jardín y habían desaparecido ladera abajo, hacia la calle Odden. El tercero, el rubio hijo del demonio, dudó y se detuvo. Entonces se volvió. Su regañina había tenido efecto. Muerto de miedo y desconcertado se quedó de pie a unos metros de ella, como si sus piernas estuvieran ancladas en la tierra. Duró tan sólo un breve instante. Había cortado una rama de lila. Ella le observaba enfurecida mientras arrancaba las flores moradas con sus pequeñas manos. Frotaba los racimos con los dedos de forma que las florecillas se deshacían y caían al suelo.

Hacía exactamente una semana. La policía decía que probablemente era la última que había visto a Patrik Øye. Por supuesto, ella no tenía ni idea de cómo se llamaba, no hasta que la policía llamó a la puerta. A los detectives les había contado todo: que el chico se había dado la vuelta, había regresado, para luego salir corriendo por la cancela, desapareciendo entre los postes y acelerando por el camino de grava, el mismo por el que había venido. Les había dicho que fue la última vez que le vio. Y que su mochila, negra y beige atravesada por una raya verde, demasiado grande para él, botaba arriba y abajo sobre su espalda.

10 de junio (15:16)

Signe Marie Øye se apoyó sobre un codo y se quedó tumbada en esa postura. Sobre la mesa había un vaso de agua. Junto al vaso, una servilleta con una mancha marrón de grasa. Miraba fijamente la puerta cerrada de la terraza y el cielo que coloreaba el cristal de azul. La intensa luz de verano calentaba las horas amarillas de forma indecente y nauseabunda.

De pronto, su hermana estaba allí otra vez. Cogió su mano.

–Ven, vamos –dijo–, siéntate. He preparado una tortilla.

Sentía la boca seca y extraña. Su hermana le daba la lata con la comida todo el tiempo. Una amiga había llamado para ofrecerse a cortar el césped. El jardín era una jungla. Había sido una primavera muy cálida. Pero qué le importaba a ella el césped, ahora que Patrik había desaparecido.

Se obligó a incorporarse. Su hermana le puso un plato delante. Se sentó a su lado en el sofá y empezó a darle de comer. La alimentaba con pequeños trozos amarillos. Y Signe Marie Øye masticaba despacio, como si su boca fuera algo ajeno a ella.

No había dormido en mucho tiempo. Ni esta noche, ni la noche pasada.

Repentinamente oyó un coche fuera, en la calle. Giró la cabeza y escuchó. El motor latió en punto muerto un instante, luego metieron la marcha atrás y el coche retrocedió un poco. Escuchó cómo giraba hacia la calle y desaparecía. Así que tampoco esta vez era la policía que venía con un mensaje para ella sobre Patrik. Ya llevaba perdido una semana. Toda una semana.

El aire no se movía, era pesado. La ventana estaba abierta. El zumbido del tráfico de la E-18 inundaba el salón como una marea constante y se mezclaba con el sonido de la furgoneta de los helados que se acercaba.

Había recorrido el camino del colegio cien veces, ida y vuelta. Había mucha gente caminando por los senderos: ancianos que paseaban, madres jóvenes con carritos de bebé, escolares y gente con perros sujetos a una correa. Iban como si nada hubiera ocurrido. Bajaba la cabeza al encontrarse con alguien conocido. Había subido hasta el colegio varias veces, se quedaba de pie mirando el edificio, luego bajaba por el camino de Selvik, hasta el final, donde el camino terminaba abruptamente frente a los dos grandes jardines. Allí donde empezaba el atajo secreto.

Había pasado entre los postes y llamado a la puerta de la casa marrón donde vivía la señora mayor, la que decía la policía que era la última que lo había visto. Pero nadie abrió. Sólo un gato blanco se lamía, sentado en la escalera. Habló con los que vivían en la casa amarilla con la gran cama elástica. Patrik hablaba de esa cama elástica, y de que él, Klaus y Tobias habían saltado una vez a escondidas, pero los habían echado las niñas que vivían allí. A Patrik le daban miedo las chicas grandes. Le había tenido miedo a tantas cosas: al médico y al dentista. A los adultos enfadados y a Severus Snape en las películas de Harry Potter. Y le daban miedo los perros desconocidos. Y los hombres raros. Pero esto último se lo enseñó *ella*.

Siempre tuvo miedo de que su hijo se cayera de lo alto de un árbol. Patrik adoraba subirse a los árboles. Había llegado a imaginárselo sin vida en el suelo, o en el agua, flotando boca abajo y el pelo, blanco, como hierba

mecida entorno a su cabeza.

Nadie pudo contarle qué había ocurrido el tres de junio. Patrik simplemente se perdió, desapareció en algún punto del pequeño camino de grava entre los dos jardines. La policía decía que alguien debía haberle atraído u obligado a subirse a un coche. Le veía en diáfanos flash backs. El pelo blanco. Su rostro, su manera de reír. Le había dado a la policía la foto que le hicieron en agosto del año pasado, el primer día de colegio.

La noche antes de que desapareciera, Patrik, Klaus y Tobias habían discutido a causa del fútbol. Los oyó a través de la puerta de la terraza. Patrik quería ponerse de portero, pero uno de los otros también quería. Se habían gritado, alterados, y luego los otros dos se habían marchado. Patrik no había querido acostarse esa noche. Estaba de mal humor y cansado. Cuando por fin consiguió que se acostara, pensó que debía leerle algo, pero no tuvo fuerzas. Le revolvió el pelo blanco y le dijo que tenía que dormir.

A la mañana siguiente el niño estaba sonriente otra vez. Ella había aclarado la taza de café bajo el grifo, como solía, y le había gritado que tenía que darse prisa o llegaría tarde al colegio. Fue *la-última-mañana*. Todo estaba grabado en su memoria. La ventana abierta, el aire del verano que ella sentía como un fino hilo de plata al atravesar las habitaciones. Y luego llevó a Patrik al colegio en coche.

11 de junio (9:15)

La urbanización de Frydendal, en Asker, estaba vacía de niños. Hacía mucho que habían desaparecido todos camino del colegio y la guardería. El inspector jefe de policía Cato Isaksen giró para salir del parking en su coche camuflado de policía. El aire caliente de verano golpeaba a través de la ventanilla medio abierta. Echó un vistazo al retrovisor observando su rostro marcado, con barba de dos días. Cumplir cincuenta años no era del todo fácil. Pero no estaba mal. Al fin y al cabo su hijo mayor, Gard, tenía 22 años. El mediano, Vetle, se había ido al colegio hacía una hora y Bente había desaparecido poco después, montada sobre la bici de la cesta rosa chillón. Tenía el primer turno de guardia en el sanatorio en el que trabajaba y debería estar en casa con tiempo de sobra para hacer la cena.

Sobre el asiento del copiloto estaba el periódico del día, el *Aftenposten*, bien doblado. También hoy media portada estaba cubierta por la foto del niño de siete años que desapareció de Høvik, en Bærum, hacía ocho días. Cato Isaksen echó un vistazo al encantador rostro infantil. Se alegraba de no llevar ese caso. Alguien tenía que haber secuestrado al pobre chico. Si le encontraban, probablemente no sería con vida.

Cato Isaksen salió a la E-18 y se colocó en el carril de la izquierda. Adelantó cuatro coches y volvió al carril derecho. Llegaba tarde, pero había decidido tomarse con un poco de calma esta primera semana de vuelta al trabajo. Había estado de baja seis semanas, después de una mala temporada bastante larga. Primero se ahogó su compañero Prebe Ulriksen en Tailandia; luego su hijo pequeño Georg se vio involucrado dramáticamente en un caso criminal que él había llevado: un asesino condenado por sus investigaciones secuestró al pequeño de siete años al salir del colegio. El asunto terminó con el suicidio del secuestrador y el rescate de Georg, encontrado en una cabaña de un área de recreo en Sogn. La pesadilla vivida por su familia le decidió a tomarse, por primera vez en su carrera, un tiempo de descanso.

No había hecho más que volver al trabajo y ya habían surgido nuevos problemas. Mientras estaba fuera, la comisaria, Ingeborg Myklebust, había contratado un nuevo detective para su equipo, alguien que debía suceder a Preben Ulriksen. Y lo hizo sin consultarle. Marian Dahle, se llamaba la nueva. Había sido adoptada en Corea, parecía introvertida y tenía algo de sobrepeso. Dahle venía del departamento de seguridad ciudadana, donde había trabajado en la oficina de citaciones. De un día a día en el que remitía notificaciones a testigos se suponía que iba a pasar directamente a homicidios. Sólo eso ya... Desde la primera vez que la saludó supo que habría tormenta. Pero le iba a dar una oportunidad. El equipo estaba falto de personal y realmente necesitaba sangre nueva.

Aunque eran casi las 9:30, había principio de atasco en Lysaker. Cato se miró en el retrovisor. Qué enfadado parecía. Suspiró profundamente. Lo primero que había hecho al volver al trabajo fue entrar directamente al despacho de la comisaria y quejarse de la nueva contratada. Ingeborg Myklebust se disculpó con que no había querido molestarle durante la baja, que ésa era la razón por la que no se había puesto en contacto con él. Era, evidentemente, una buena excusa, pero él la había pillado. Sabía que le venía muy bien no tener que tomar postura ante sus opiniones. Especialmente porque sus opiniones a menudo no coincidían.

El equipo funcionaba al máximo antes de la llegada de Marian Dahle. Cato Isaksen había sido el inspector jefe de Roger Høibakk, Asle Tengs, Randi Johansen y Ellen Grue durante años. Le respetaban, le escuchaban y hacían su trabajo.

Siempre se había sentido seguro de ellos al cien por cien, pero ahora también *esto* estaba desmoronándose. Porque Asle Tengs no quiso hablar con él de Marian Dahle. Y Randi Johansen se mostró claramente incómoda cuando intentó sacar el tema con ella. Randi siempre le había apoyado fielmente en todo. Así que Dahle ya había conseguido dividir al equipo, pensó mientras frenaba de golpe. Sintió un dolor agudo en la sien izquierda.

Roger Høibakk era el único que le había respaldado. Llamó bomba premenstrual y hormonada a la nueva, que ya se había lucido. Había hablado con la prensa sobre el comunicado de la Dirección General de la Policía en el sentido de que ya no podían apoyar económicamente el análisis de huellas biológicas, como si *ella* supiera algo de eso. Randi la excusó diciendo que la habían animado a que lo hiciera, pero aun así. Marian Dahle tenía un ego claramente sobredimensionado, pensó Cato Isaksen y puso el intermitente a la izquierda sobre el gran paso elevado, junto a la Estación Central de Oslo. La nueva Ópera se elevaba en vidrio y hormigón frente al mar.

11 de junio (20:54)

Elna Druzika cerró tras ella la puerta del almacén vacío y se quedó un momento esperando con la llave en la mano. Colgado del hombro llevaba el bolso amarillo mostaza que su madre le había tejido. Dejó caer la llave en el pequeño bolsillo lateral. Le dolían las muñecas. En su cabeza todavía oía el eco del ruido de la loza al entrecocar y el olor a comida se desprendía de su ropa y su cabello. Siempre se sentía a disgusto cuando estaba sola en los locales del catering al anochecer, pero esta noche había sido especialmente desagradable. Toda la tarde había sentido la angustia atenzándole la garganta, primero mientras terminaba las tartas de turrón con vainilla, luego mientras servía en la cafetería, más tarde al escurrir la porcelana blanca, tirar los restos de comida y limpiar las encimeras. Las imágenes de la cámara frigorífica se habían congelado en su mente y alterado el ritmo de su respiración.

La plazoleta estaba silenciosa. Crujían las placas de chapa ondulada fijas en la parte inferior de la pared para protegerla de camiones y carretillas elevadoras. El sol, que las había calentado y dilatado durante el día, se había puesto tras los almacenes. Las placas se enfriaban. No se veía un alma, tan sólo los edificios industriales, enormes uno a continuación de otro, formando un patio cuadrado en el que sólo había aparcados dos coches. Reconoció uno, era de la empresa de seguridad, pero detrás había un coche rojo. Creía recordar haberlo visto antes, pero no podría asegurar dónde.

Bajó con cuidado la escalera de metal. Emitía un sonido reverberante cada vez que ponía el pie en un nuevo peldaño. Tenía que volver a casa con Inga.

La visión que había tenido unas horas antes, cuando sacó el paquete tieso y congelado de la última estantería de la cámara frigorífica, casi le había quitado la respiración. Alguien había intentado esconder una bolsa de basura negra debajo del estante, tras unas cajas de polietileno vacías. Se puso en cuclillas, sacó la bolsa y la palpó, pero se detuvo de golpe. Abrió la bolsa y miró dentro. Vio el cadáver de un niño. La imagen se grabó en su mente. Se dio la vuelta deprisa, se levantó y volvió a empujar la bolsa debajo de la estantería con el pie. Justo a la vez había sonado el ruido de un avión sobre el edificio y, repentinamente, allí estaba Norman Khan, detrás de ella. Había balbuceado algo, habló acelerada de que aún no había medido los ingredientes pero que las tartas estarían a tiempo. Todas, y que iba a cubrir un par de ellas con mazapán y decorarlas con bombones para que fueran especialmente bonitas. «Sí, sí, sí», dijo él abriendo los brazos. Le había lanzado una mirada irritada y le había pedido que hiciera primero las tartas de miel.

De repente se abrió la puerta del comedor de los conductores y el sonido de sus voces y risas cubrió su conciencia como una molesta capa.

Sin previo aviso, estaba allí, detrás de ella. Junto a su espalda. Se dio la vuelta. Había visto demasiado, eso lo entendió por la expresión de su cara. No era capaz de hablar, ni siquiera de susurrar.

–No vas a... –dijo, y la agarró.

–No –respondió ella–. *Ni siquiera a Inga* –pero entendía que él lo sabía: sí, hablaría con Inga. Hablaba con Inga de todo.

La arrastró hacia él y la empujó detrás de la estantería. Se escabulló, pero la siguió y la estampó con dureza contra la pared. Cogió con fuerza sus antebrazos y la sacudió. Intentó soltarse y lo consiguió, pero en el momento en que iba a salir corriendo la retuvo otra vez contra él. Apretó en torno a su cuello. En ese momento se abrió la puerta batiente con un fuerte ruido metálico, y alguien metió la carretilla elevadora dentro de la cámara frigorífica. La soltó y se retiró; salió al sol y desapareció.

Luego, de vuelta al fregadero, se dio de verdad cuenta de que algo era peligrosamente diferente. ¿Qué podía hacer? Ella venía de un lugar en el que la vida y la muerte estaban mucho más cerca de uno que en Noruega. En casa, cuando enterraba a los gatos, sus hermanas pequeñas tenían una expresión relajada. «Hay gatos de sobra», decía siempre su madre. Pero los animales y las personas son cosas diferentes.

Después, Noman se había marchado a una reunión y Ahmed había continuado trabajando con la carretilla elevadora en el almacén. Oía el zumbido del motor en la cocina del catering. Sólo quedaban Milly y ella. Milly habló y habló, como hacía siempre. Pero era difícil concentrarse. Había aprendido que el autocontrol era una virtud, pero esto era diferente. *Tenía* que hablar con Inga. Pero Inga estaba sirviendo en la fiesta de verano de una gran empresa informática en Sjølyst. No podría hablar con ella hasta que llegara a casa.

Elna Druzika apretó el bolso regalo de su madre contra su pecho, como un amuleto. Cruzó el patio deprisa, anduvo hacia la puerta recortada en el gran portón de metal. Pronto estaría fuera de allí. Echó un vistazo al reloj. El autobús salía dentro de diez minutos.

En ese mismo momento registró un movimiento por el rabillo del ojo. La certidumbre corrió por su espina dorsal hasta la nuca. Oyó que alguien giraba la llave de uno de los coches aparcados. El motor arrancó. Tardó un poco en empezar a correr. Era como si estuviera en otro lugar. Escuchó que el coche aceleraba tras ella. No giró, pero corrió manteniendo la vista fija en la puerta, que estaba a tan sólo unos pocos metros. El coche se puso a su lado y se abrió la puerta del copiloto, pero ella no quería entrar. Pensó: camina despacio y con normalidad, como si no pasara nada. Pero en menos de un segundo el rugido del motor le hizo tomar conciencia de que se equivocaba. Esto no era ningún juego. Estaba tan desesperado que quería matarla. Iba a morir. Abrió la boca para gritar, pero no emitió ningún sonido. Cuando el coche la atropelló, pasó ante ella un río de imágenes: el viejo caballo y el carro desgastado frente a la casa en Bene, su hogar. Las paredes de madera caldeadas por el sol, grises por el paso de los años. Y la tierra compacta en el exterior. Las flores a lo largo del muro y el hielo sobre los cristales en invierno. La madre Fanja y las hermanas. Y el hermano. Las nubes, que cubrían el tejado como seda blanca. El silencio, y la luna contra el cielo negro en otoño. El camino que giraba, que desembocaba en la rejilla que impide el paso de los animales, donde empezaba el cultivo. Todo fluyó por su conciencia un pequeño instante antes de la muerte, casi como la mínima pausa entre dos latidos del corazón.

Terminaron sus pensamientos. Dejó de oír, y el áspero asfalto desapareció en una clara luz blanca.

Marian Dahle estaba inclinada hacia delante, con los brazos cruzados y los hombros algo levantados. Tenía la boca fina, nariz pequeña y pómulos altos. El pelo negro azabache estaba recogido en una delgada coleta. Tenía treinta y dos años, pero aparentaba dieciocho.

Tras los cristales ahumados de la comisaría, el sol había producido un calor pesado e inmóvil. Era 12 de junio y tenía que comparecer en el juzgado a las diez. Hojeó rápidamente las páginas del caso que estaban frente a ella sobre su mesa de trabajo. Llevaba trabajando en homicidios exactamente un mes. Aprendía mucho. Era un desafío y una emoción haber conseguido una plaza en el equipo de investigación de Cato Isaksen, porque estaba cansada de enviar citaciones a testigos. Esto era mucho más excitante. Esto era lo que quería; poder trabajar con personas que estaban en el límite de *algo*, que iban hasta el final de las cosas. Se le daba especialmente bien juntar las piezas de un puzle, piezas tácticas. Había crecido teniendo que estar siempre alerta, siempre por delante de lo que pudiera ocurrir. Por eso había desarrollado un esquema de pensamiento negativo que conducía su imaginación hacia lo destructivo. La distancia hasta los asesinos y asesinas con los que trabajaría no sería necesariamente muy grande. Era una ventaja importante. Su única pena era que el jefe de investigación en persona estaba de vuelta, y *él* había resultado ser una gran decepción. Cato Isaksen no era, de ninguna manera, atento y agradable, como habían dicho los otros. Por lo menos, no con ella. Pero había hecho un esfuerzo evidente y le había dicho que era bienvenida.

A Marian Dahle no le gustaban especialmente las personas. El bóxer Birka era su tabla de salvación. La perra dormía en su cama por las noches. La respiración acompasada de Birka hacía que ella durmiera como un tronco todas las noches. Lo más importante era que hacía un buen trabajo. Ahora tendría un breve encuentro con la experta en escenarios de crímenes Ellen Grue, antes de sacar a pasear a su perra, que esperaba en el coche, para luego conducir hasta el juzgado.

Randi Johansen le había confiado que la razón por la que Cato Isaksen estaba de mal humor era que no había podido participar en el proceso de selección. Se ofendía con facilidad, y entonces podía parecer poco diplomático, pero Marian no debía citar a Randi. En todo caso, no tenía nada que ver con *ella*. Había añadido que el inspector jefe necesitaba tiempo, pero aun así Marian se lo tomó como algo personal. No era de las que da tiempo a la gente. Había pasado esa etapa. Pero no tenía intención de dejarle ver que su menosprecio la afectaba. No pensaba darle ese gusto. Ya había pasado por peores tormentas antes.

Sentía que la frialdad de Cato Isaksen era tan intensa que era mejor pasar a la defensiva de buenas a primeras. Soltó que tenía intención de llegar a ser la mejor, y añadió que sabía que lo podía conseguir. Randi Johansen y Roger Høibakk estaban presentes. Randi le había dirigido una sonrisa de ánimo, mientras que Roger salió del despacho con una expresión distante en el rostro. Marian sintió que una sensación heladora recorría su cuerpo porque, de repente, por un breve instante, *todo* había vuelto. *Ese* sentimiento, la firme sensación de indignidad. En verdad había tenido que movilizar toda su fuerza de voluntad para ser capaz de mirar al jefe de investigación a los ojos. Pensó con amargura que todo en la vida era fácil, bastaba con fingir que era fácil. Ése había sido su mantra desde que se hizo mayor y por fin pudo irse de casa. Pero le asustaba darse cuenta de lo frágil que era, lo terriblemente susceptible y fácil de herir que era, a pesar de todo. Cuando la intranquilidad cargada de angustia golpeaba, lo compensaba tratando a su entorno con dureza. No todo era un baile de rosas, pensó, pero nadie podía leer en su interior.

El móvil de la inspectora de escenarios de crímenes Ellen Grue sonó mientras hablaba en el pasillo con Roger Høibakk. Vio enseguida en la pantalla que era el Instituto Anatómico Forense. Efectivamente, la llamaba el catedrático Wangen. Era el más simpático de los forenses, un hombre canoso y en forma, al inicio de la cincuentena, adicto al deporte y con una personalidad agradable y fácil. Como siempre, fue al grano. Una mujer había muerto atropellada en un polígono industrial de Alnabru la noche antes. La policía de tráfico recibió el aviso sobre las nueve de la noche y el cuerpo había sido trasladado, de forma rutinaria, para su autopsia. El forense

opinaba que la fallecida, además de los daños producidos por el atropello, también presentaba claras señales de violencia en el cuerpo. ¿Tendría Ellen Grue la amabilidad de ir al Instituto Anatómico Forense inmediatamente?

–Voy –dijo, y tras haber pedido a Roger que transmitiera la información a Cato Isaksen, y comunicar a Marian Dahle que tendría que hablar con otro de los inspectores sobre el informe del caso que iba a verse en el juzgado, fue corriendo a su oficina y sacó un sándwich de su bolsa. No había tenido tiempo de desayunar esa mañana y se sentía algo mareada. Deseaba intensamente no estar embarazada. El hombre con el que se había casado tres años antes era mucho mayor que ella y tenía hijos adultos. Ellen Grue no veía ninguna razón para traer más personas a este mundo. *Nunca* sería madre. Si algo había aprendido de este trabajo, era eso.

La escultura de acero que recordaba a un insecto estaba cubierta de luz, el aire vibraba bajo el techo.

Cato Isaksen echó una mirada a la interminable cola de personas que esperaban un pasaporte. Sonaba el aviso de las máquinas que daban turno y un niño lloraba como poseído. Fue rápidamente hacia la izquierda, pasando la recepción. Introdujo la tarjeta por el lector y subió en el ascensor hasta el quinto piso. Le habían dado casi las diez hoy también.

Cato Isaksen giró hacia su despacho y fue hasta la ventana para abrirla. Una mancha de sol que temblaba en la pared acabó sobre un montón de papeles; contenían información sobre dos casos de agresiones con cuchillo y un supuesto homicidio por fuego: un chico joven había prendido fuego a la casa de su padrastro.

Aunque sólo hacía una semana que había vuelto al trabajo, su mesa ya estaba llena de documentos. Junto a la iglesia, al otro lado de la calle, vio una pandilla de jóvenes pasar despacio. Las vacaciones se acercaban. Dentro de una semana terminarían los colegios, y Bente y los chicos irían a una casa de veraneo que habían alquilado en Stavern. Él los seguiría a principios de julio.

Roger Høibakk entreabrió la puerta y asomó su oscura cabeza.

–Tarde al trabajo hoy también –dijo sarcástico, y sonrió–. Ellen ha ido al Anatómico Forense. Puede que tengamos un nuevo caso. Una joven atropellada en Alnabru. Tiene marcas en el cuerpo que no pueden atribuirse al atropello. Por cierto, Marian Dahle fuma a escondidas. La vi antes. Estaba en el parque con su perra –Roger Høibakk sonrió y desapareció.

Así que fumaba a escondidas. Cato Isaksen también se había tropezado con ella el otro día, mientras paseaba su perra en horario laboral. Una bóxer, de piel jaspeada en marrón oscuro, con dibujos en blanco. Le había preguntado si tenía intención de seguir trayéndola al trabajo. Le interrumpió agresiva y dijo que había oído que se le consideraba un jefe competente, pero un poco difícil.

–Siempre que haga mi trabajo, ¿qué puede importarte a ti que mi perro esté en el coche? La furgoneta blanca que hay en el parking es mía. Está allí la mayor parte del tiempo. Utilizo mi hora del almuerzo para pasearla, y no fumo como otros muchos, así que no pierdo tiempo –sus palabras llovían sobre él. Menudo desparpajo... ¿Y quién había dicho que él era difícil?

La perra se había sentado junto a su pierna y esperaba anhelante que le hicieran caso. A Cato Isaksen no le gustaban especialmente los perros; tenía un gato rojizo, Mermelada, un asunto vago, gordo y de pelo largo. De forma automática le leyó la cartilla: si no tenía la actitud apropiada iba a resultarle *muy* difícil trabajar en su equipo.

–Somos un equipo unido y positivo. Si vienes arrasando y vas a lo tuyo, no tienes nada que hacer aquí –había dicho.

–Tengo la actitud adecuada –le había mirado muy seria–. Pero no estoy aquí para jugar. Y no estoy acostumbrada a rodearme de arpías.

Cato Isaksen la observó durante medio minuto sin decir nada. La ira ardía en su estómago.

Se quedó callada. La perra estaba sentada, encogida, como si entendiera que el ambiente no era del todo bueno.

Arpías, los había llamado arpías. Después estuvo irritado consigo mismo por haber mostrado todas sus cartas a la primera. Marian Dahle había entrado subrepticamente en el departamento, sin su aprobación, y probablemente tendría que vivir con eso. Preben Ulriksen ya había sido bastante irritante. Preben el pijo, pero con toda sinceridad podía decir que le echaba de menos. Le había dicho cosas, le había ofrecido una especie de amistad. Que él no había aceptado. Y luego se había ahogado. Dolía pensarlo.

El recorrido hasta el Hospital Central llevaba algo menos de quince minutos. Ellen Grue dejó el coche en el parking. Echó un vistazo a su rostro en el retrovisor y se arregló el cabello oscuro, antes de cerrar el coche y subir las escaleras hasta la entrada principal. Se registró en la recepción y recorrió el luminoso pasillo hacia la puerta que llevaba al Anatómico Forense, en el sótano.

El olor especialmente dulzón de la muerte y la podredumbre la recibió ya en el vestuario, donde se quitó su propia ropa antes de ponerse el pantalón de algodón verde y la parte de arriba de la misma tela. Los azulejos blancos de la pared estaban muy limpios. Aquí y allí se percibían sobre la superficie lisa restos casi invisibles del polvo blanco con el que fregaban. Sacó las zapatillas flexibles de su taquilla y se puso un par de calcetines azules de plástico por encima.

Tras la puerta de la sala de autopsias se colocó la bata amarilla, el gorro de plástico y los guantes.

El catedrático Wangen la estaba esperando junto a la mesa más apartada. Dejó el portapapeles azul sobre el fregadero.

–Hola, Ellen, ¿qué tal te va?

–Bien –Ellen Grue echó una mirada al cadáver de la mesa. Las ventanas esmeriladas, que daban a la parte trasera del hospital, dejaban pasar una luz grisácea. En el techo estaban encendidos los neones.

–Elna Druzika. De Letonia –empezó el forense y detalló el lugar de nacimiento y la fecha–. 23 años. Una amiga suya de Letonia, parece ser que trabaja en el mismo sitio que la fallecida, estuvo aquí ayer para verla con alguien de seguridad ciudadana y la identificó. Tú pedirás a los inspectores de homicidios que se pongan en contacto con ella, claro. Su novio no quería verla.

Ellen Grue asintió con la cabeza. Se sentía mareada otra vez. Tenía sudores fríos. El catedrático Wangen la miró preocupado.

–¿No estás bien? –preguntó.

–No, he estado indispuesta todo el día.

–¿Algún virus?

–Espero que sea algo que se pase, en todo caso –replicó sarcástica con una débil sonrisa.

El catedrático Wangen asintió comprensivo y empezó a relatarle los hallazgos que había hecho. El informe provisional de la autopsia estaría listo esa misma tarde, dijo.

–No hay indicios de una violación y probablemente no está embarazada.

Ellen Grue no hizo ningún comentario. La mujer de la mesa, joven y desnuda, tenía un aspecto bastante neutro. La media melena castaña estaba retirada del pálido rostro. El cuerpo blanco, la piel de cera, como solía suceder en las personas muertas. Los pechos, pequeños, con pezones descoloridos.

La víctima tenía grandes daños en la parte izquierda del cuerpo, y en la cabeza. La habían limpiado, las heridas destacaban con claridad. El forense tiró de los guantes para ajustarlos mejor.

–Está lista para ser fotografiada y las lesiones están definidas. Hemos recogido fragmentos de la pintura del coche y cristales de los faros en bolsas numeradas. El coche que la atropelló es rojo.

–Bien, entonces mandaremos los restos de pintura a Alemania para ser analizados, y esperemos que puedan descubrir qué clase de coche era.

–Tiene todas las lesiones características de los atropellos: fracturas de huesos, heridas en la cara, grandes abrasiones en el cuerpo, etcétera.

Ellen Grue asintió y notó que la víctima además tenía visibles huellas de una fuerte presión en los antebrazos y círculos azules en torno a las muñecas.

–Sí, y aquí vas a ver –continuó el catedrático Wangen inclinándose sobre la muerta–. Hemorragias puntuales y derrames alrededor del cuello. Alguien la ha cogido y apretado muy fuerte. Se ven las huellas de los dedos en este lado, donde la piel del cuello es más fina. Pero le hicieron las marcas del cuello *antes* de morir y no eran mortales. También la han sujetado por los antebrazos. Las huellas son tan fuertes que diría que quien la sujetó era un hombre. Probablemente ha intentado retorcerse y escapar. Entonces la ha cogido por las muñecas para impedirselo. Esto ha debido de ocurrir sólo unas horas antes de que la atropellaran, porque las marcas no están

del todo maduras. Serían más oscuras si hubieran podido madurar.

El sol daba en la ventana del coche y tuvo que bajar el parasol para proteger sus ojos. Hacía tanto calor en la furgoneta que le costaba respirar. El malestar recorría su cuerpo. Wiggo Nyman presionó el elevallunas para abrir la ventanilla, y se encontró con su mirada en el pequeño espejo del parasol. Tenía un rostro delgado de ojos azules y despiertos. En la mejilla tres grandes cicatrices causadas por el acné. El cabello era rubio y rebelde bajo la gorra azul. Vestía vaqueros y una camiseta blanca sin mangas. Suspiró profundamente y se pasó con cansancio la mano por los ojos, puso el intermitente y giró cerca del colegio de primaria de Lysejordet, aparcó en el sitio de siempre, donde empezaba la urbanización de chalets adosados.

El asfalto se desmigaba por los bordes. Los mosquitos se multiplicaban en la hierba de las cunetas. Unos metros más allá, unos niños jugaban a rifar pasteles en una mesita roja. Dos de ellos fueron corriendo hacia la furgoneta de los helados. Wiggo Nyman echó el freno de mano, se asomó por la ventanilla y les pidió que esperaran un poco. Iba a tomarse un descanso antes de empezar. Volvieron despacio hacia su mesa roja.

El motor desprendía el olor grasiento del aceite que le había echado por la mañana. Tenía el coche con el equipo de música más guay. Johnny Cash cantaba «Run Softly, blue river». Wiggo Nyman sentía tanta tensión en la nuca que casi no podía girarse. Se echó hacia atrás, sobre el reposacabezas y quedó con la mirada perdida a través del cristal.

Si hubiera podido librarse de conducir hoy, lo habría hecho. Pero su jefe había dicho que las cosas no funcionan *así*. Aunque la noche anterior hubieran atropellado y matado a Elna, él no estaba enfermo. ¿Quién iba a conducir por él? Conocía todos los sitios habituales como la palma de su mano.

Recordaba con exactitud el color de cada casa, si la puerta era roja, azul o verde. Y qué madre llegaba con qué carrito a cada lugar. Eran casas idénticas en calles idénticas.

Cogió la cajetilla del salpicadero y la golpeó hasta sacar un cigarrillo. Lo encendió, sacándolo por la ventanilla mientras se calaba la gorra.

Las intensas voces infantiles de la mesa de la lotería de pasteles se colaban por la ventanilla. Veía a Elna frente a él, escuchaba su *sonido*. El tintineo de los cuchillos y los tenedores en el cajón de los cubiertos. El agua del grifo cuando escurría el trapo. Echó un vistazo al reloj. Ya llevaba diez minutos de retraso. Sería mejor ponerse en marcha. Apagó el cigarrillo contra la cajetilla y lo tiró por la ventana, apretó el botón que reproducía la llamada, y saltó del coche. El hiriente sonido de la campanilla se colaba hasta los huesos. Los niños de la mesa roja aullaron entusiasmados y fueron corriendo hacia él otra vez.

Gritaron de alegría cuando abrió las dos puertas traseras y subió al interior. El tintineo le atacaba los nervios. Había hecho bajar el sonido de forma que fuera posible estar *dentro* del coche sin que dañara los oídos. El frío y el dulce olor a frambuesas y miel cayeron sobre él. Los pequeños estaban fuera dando saltos para poder ver el interior. Sacó tres cajas de helados. La marca Happy Star estaba impresa en azul y rosa con pequeñas estrellas amarillas repartidas aquí y allá. No se fijó en los sabores, sólo apoyó los cartones sobre su pecho para depositarlos en el suelo. Cuando pensaba en lo que le había ocurrido a Elna sentía escalofríos en la espalda. Muerta, estaba muerta. Las cosas habían cambiado de repente. Tenía que aprender a olvidarlo. Los momentos pasados tenían que ser sustituidos por otros nuevos. No tenía que pensar en ello. Con todo el mundo era de acero. Era como estar en el agua. Como ver a las personas a través del agua.

Empezaron a llegar los clientes adultos, primero dos madres jóvenes con cochecitos de bebé, luego pequeños grupos de adolescentes que volvían a casa desde el colegio, algunos chavalines, cinco niñas y un anciano solitario con bastón.

—Madre mía, qué calor hace —dijo el viejo quitándose la corbata.

Wiggo Nyman bajó del coche, fue a la parte delantera y apagó la megafonía. Por su cabeza pasaban imágenes. Notó que estaba irritable y enfadado. En cuanto los clientes acabaran de comprar cerraría las puertas traseras y llevaría el coche a descargar. Luego iría derecho a Maridalen a contarles a su madre y a su hermano lo que le había ocurrido a Elna. No tenía fuerzas para hacerlo por teléfono. En lo único que podía pensar ahora era en estar en casa junto a su madre y su hermano. Veía ante sí la casa blanca con la pintura descascarillada, los dos pajares rojos y el cercado de los gatos, la cocina y los muebles de mimbre bajo el roble. Tenía que retener esa imagen

para sobrevivir. El camino forestal con la arena seca y todas las flores silvestres en las cunetas. Los campos verdes se sucedían como alfombras, llenos de colza amarilla. Y los altos arces, donde empezaba el bosque. Lo que más deseaba era dormir para evitar pensar.

No le dio la gana de contestar inmediatamente cuando una de las jóvenes madres le preguntó qué sabor recomendaría. Si la gente no era capaz de decidirse, le daba igual. Cuando ella repitió la pregunta, le dijo que el helado de frambuesa estaba bueno, pero aun así la mujer se quedó mirando en la puerta las fotos impresas de los helados sin ser capaz de decidirse. Le pidió al siguiente cliente que se adelantara.

Cato Isaksen observaba molesto una mosca que zumbaba como una chispa arriba y abajo en el marco de la ventana. La puerta se abrió con un estallido. Era Roger.

–Ellen llamó. Seguramente *es* un asesinato, la joven de Alnabru.

Cato Isaksen asintió y le pidió que entrara.

–Qué opinas realmente de ella –empezó.

–¿De la mujer de Alnabru?

–No.

–¿De Ellen?

–No, de Marian Dahle, por supuesto.

Roger Høibakk se dejó caer en la silla con una media sonrisa.

–Como ya he dicho, es una bomba de hormonas –sonrió, sacó el peine del bolsillo y se lo pasó por el cabello.

–A los otros les gusta, Randi y Asle. Sí, a Ellen también, creo.

–Pero *tú* tienes razón, jefe, a mí me parece una interferencia difícil de aguantar.

–Nos llamó arpías –Cato Isaksen tiró el bolígrafo que tenía en la mano haciéndolo rodar por la mesa–. Vá a estropear todo el ambiente de trabajo.

Una sonrisa se insinuó en los labios de Roger Høibakk.

–Pero precisamente en *eso* tiene razón; homicidios se ha convertido en un nido de arpías. Espera a que los sueldos lleguen a un nivel aceptable y verás como vuelven los chicos. Por cierto que ayer hice una oferta por un piso, pero no me lo dieron.

–Los sueldos no van a llegar a un nivel decente –Cato Isaksen se levantó. Un rayo de sol calentó su mano.

–¿Cuánto ofreciste?

–Dos millones doscientas mil coronas.

Cato Isaksen contempló a su compañero y suspiró. Abrió la ventana dejando salir a la ruidosa mosca.

–He estado fuera unas pocas semanas y cuando vuelvo, joder, está todo cambiado. Pero tendré que intentar tomarlo con un poco de calma.

Roger Høibakk le observó.

–Sí, tendrás que intentar tomarlo con un poco de calma. Por cierto, olvidé decirte que hay rumores de que nos darán otro más para el equipo.

–¿Quién coño ha dicho eso?

–Rumores, digo –Roger se encogió de hombros. En ese momento sonó su móvil. Dio media vuelta sobre la silla y contestó.

Cato Isaksen sintió cómo la frustración hormigueaba por su columna vertebral. Ya bastaba.

–No concibo a qué está jugando la comisaria –murmuró–. Si lo que quiere Ingeborg Myklebust es deshacerse de mí, desde luego que se va a salir con la suya.

Desapareció por la puerta y bajó por el pasillo a toda velocidad, mientras Roger Høibakk le miraba sorprendido.

¿Le querían rebajar de categoría? Cato Isaksen adelantó deprisa a dos colegas sin saludarlos. Ya era *suficiente*. En el pasillo el aire era caliente y seco. Estaban ventilando el nauseabundo olor del jabón de fregar con las ventanas abiertas. Si *ése* era su plan, estaba listo para marcharse, pensó obstinado. Le daría lo que quería.

Llamó brevemente a la puerta de cristal de la comisaria, la abrió de golpe y entró. Ingeborg Myklebust giró la silla, se atusó el cabello pelirrojo, se quitó las gafas y le miró interrogante.

–Siéntate.

Pero Cato Isaksen permaneció de pie.

–No es necesario –respondió–, sólo tengo una breve pregunta. Hay rumores de que nos asignarán uno más

para el equipo, ¿es correcto?

Ingeborg Myklebust asintió.

–Sí, nos han dado un refuerzo.

–¿Así que es cierto?

–Sí, es cierto. Me lo acaban de confirmar, y viene bien ahora que es época de vacaciones y todo. De hecho, iba camino de tu despacho. Sólo quería acabar de revisar un caso antes. Hay tres candidatos, y dos de ellos pueden incorporarse inmediatamente. Depende de ti, Cato.

Aspiró con fuerza.

–Así que ahora se supone que depende de mí –tenía que tener cuidado para no quedarse en fuera de juego. En la medida de lo posible, debía aparentar profesionalidad. Pero no pudo resistirse–: Y ¿a quién has elegido *esta vez*?

Ingeborg Myklebust no le hizo caso.

–Ya he dicho que depende de ti. Los tres candidatos son dos hombres y una mujer. Me es indiferente a quién elijas.

–Bien. ¿A quién propones tú? –se aproximó–. Ya está bien de señoras –dijo irónico. Sabía que estaba provocando–. ¿Podríamos sustituir a Marian Dahle?

Ingeborg Myklebust le miró condescendiente.

–No, por supuesto que no. Tendrás que vivir con Marian Dahle. Cuando la contraté no sabía cuándo volverías. Así son las cosas. Soy consciente de que es una persona muy verbal y muy suya. Pero tiene arrestos.

–Verbal. Pues también es una forma de llamarlo. Esto de que traiga el perro al trabajo, no voy a consentirlo de ninguna manera.

–Vale. Lo puedo entender.

–Así que ¿estás de acuerdo en que no lo consintamos?

–Si el perro interfiere con su rendimiento en el trabajo, estoy completamente de acuerdo contigo –Ingeborg Myklebust enderezó su collar–. Tendrás que ponerla en su lugar, Cato. Creo entender que os acaba de entrar un nuevo caso.

–Sí, Ellen viene de hablar con Wangen –Cato Isaksen sintió cómo su enfado se diluía–. Es una mujer joven que fue atropellada y muerta en Alnabru. Parece ser que tiene señales de violencia en el cuerpo. Así que suponemos que no ha sido un conductor cualquiera el que la ha atropellado.

–Bien. Mira, aquí vas a ver a los tres candidatos –apretó una tecla.

Cato Isaksen se decidió rápido. Eligió a Tony Hansen, de 28 años. Medía 1,80, tenía el pelo claro y un pendiente en la oreja. No era ninguna belleza, pero era atractivo y atlético y venía de Groruddalen. Por lo que podía leerse de él, no era ninguna *estrella*. No necesitaba otra *estrella*.

–Hansen es el hombre apropiado para el equipo –constató. Ingeborg Myklebust estuvo de acuerdo.

Cato Isaksen convocó una reunión urgente. Los inspectores se reunieron en la calurosa sala de reuniones. Asle Tengs y Randi Johansen estaban sentados. Roger Høibakk y Cato Isaksen entraron a la vez en la sala, con sendos vasos de cartón con café en la mano. Marian Dahle aún estaba en el juzgado. Esperaban a Ellen Grue que iba a presentar los hallazgos provisionales.

–Por cierto, tenemos otro nuevo en el equipo –empezó Cato Isaksen. Tomó asiento en el extremo de la mesa y sorbió un poco de café caliente–. Tony Hansen, está en el despacho con Myklebust, pero luego vendrá aquí.

–Será maricón, ¿no? –rió Roger Høibakk–, así tendremos de todo, una mujer de jefe, una niña adoptada. El cuadro estaría completo si tuviéramos uno de *éso*s en el equipo.

Randi Johansen le miró con desesperación.

–Por favor –Cato Isaksen ahogó una sonrisa.

–Es un auténtico joven chico policía –dijo con satisfacción.

Tony Hansen era una buena elección, seguro, al contrario de Marian Dahle que tenía perro, fumaba a escondidas y vivía en la pretenciosa Grünerløkka. Una combinación muy molesta, había decidido Cato Isaksen.

–Es perfecto –interrumpió Asle Tengs–; espero que no pretenda tener vacaciones este año. Me voy a Francia dentro de dos semanas.

–Pero ese nombre... –continuó Roger Høibakk–. Tony Hansen, suena a recluso.

–Cumple todos los requisitos –afirmó Cato Isaksen–. Encajará con facilidad. Y nos hace falta. Viene del departamento de seguridad ciudadana: capacidades muy especiales, un niño pequeño y su pareja trabaja en el 7-

eleven. En resumen: una persona normal. No puedo estar peleando con Dahle todo el tiempo. Tendréis que ayudarme un poco, dijo lanzando una mirada interrogante a Asle Tengs.

–¿Ayudarte? ¿Cómo?

–Apoyarme, estar de acuerdo, cosas así.

–¿Estar de acuerdo? –Asle Tengs resopló por la comisura de los labios–. Dahle no daba ningún problema, hasta que volviste tú –se recostó en su asiento.

Cato Isaksen le miró irritado.

–Sí, pero en todo caso, ese perro tiene que desaparecer.

–Birka no molesta a nadie –Asle Tengs se había puesto de mal humor–. Para ser sincero, a mí en realidad me parece que ese perro aporta algo al departamento. Es, en una palabra, simpático.

–Simpático –repetió Cato Isaksen con sarcasmo–, ...sinceramente, Asle.

Randi Johansen también defendió al perro. Cato Isaksen constató que Marian Dahle estaba en la onda de la mayoría del equipo. Era difícil de digerir. Si hubiera estado presente desde el principio seguramente habría sido mucho más fácil. Ahora, Marian Dahle en cierta manera había cogido la delantera, y reclamaba demasiado espacio. Tenía la sensación de que él era el elemento extraño.

Apareció por la puerta de repente. Cato Isaksen hizo un esfuerzo y sonrió. Es verdad que algo *tenía* Marian, irradiaba alguna cualidad. Pero era demasiado pronto, pensó. Aún no había demostrado nada.

Ellen Grue entró comiéndose un plátano, a la vez que el recién contratado agente Tony Hansen. El resto del equipo le dio la bienvenida de forma abrumadoramente cordial. Sonrió con orgullo y tomó asiento junto a Randi Johansen. Dio las gracias por la taza de café que le alcanzó Marian Dahle.

–Te vas a ver lanzado a la acción desde el primer momento –empezó Cato Isaksen–, pero supongo que eso es bueno. No parece que nos vayamos a quedar sin trabajo a la primera de cambio. Bienvenido seas.

El jefe de investigación se incorporó.

–Bueno, tenemos un nuevo caso y vamos a ponernos en marcha. Mujer joven atropellada y muerta en Alnabru. Tiene lesiones que no son consecuencia del atropello. La policía recibió el aviso a las 21 horas de ayer, de un guarda de Securitas que se encontraba muy cerca. Te cedo la palabra, Ellen, puedes continuar.

Ellen Grue se aclaró la voz y dirigió una rápida sonrisa a Tony Hansen. Percibía el respeto infantil que sentía hacia ella. Le ponía de buen humor.

–Estamos recogiendo y asegurando las pistas en el polígono industrial –se dio la vuelta y lanzó la cáscara del plátano a la papelería de la esquina. Cayó exactamente donde debía–. La muerta era de Letonia, Elna Druzika, 23 años. Ya hemos recibido un informe forense *muy provisional*. No tiene muy buena pinta –continuó–. El atropello se produjo la noche del 11 de junio, es decir, ayer. La fallecida tiene las lesiones características de un atropello. Roturas de huesos, lesiones en el rostro, grandes erosiones en el cuerpo etc... Pero además tiene lesiones que no son consecuencia del atropello: moratones entorno a las dos muñecas, huellas de presión en los antebrazos y pequeñas hemorragias en el cuello. En un primer momento todo parecía indicar que la mató un conductor cualquiera, que luego huyó del lugar de los hechos, pero se han encontrado indicios en la fallecida que hacen que el caso nos incumba. Ya me he ocupado de que los restos de la pintura del coche y el vidrio de los faros sean enviados inmediatamente a Alemania para ser analizados. Dentro de una semana deberíamos saber de qué tipo de pintura y vidrio se trata, de forma que podamos contactar con concesionarios de coches y encontrar la marca del vehículo. Tenemos trabajo que hacer. Roger Høibakk jugueteaba con su móvil.

–El coche que la atropelló tendrá necesariamente grandes marcas en la parte delantera –murmuró.

–Sí, y el coche probablemente es rojo –continuó Ellen Grue.

–Yo también he hecho algunas comprobaciones –dijo Randi Johansen leyendo un documento–: el guarda de Securitas, que estaba dentro del recinto cuando ocurrió el accidente, ha explicado que había un coche rojo aparcado fuera cuando él llegó. Pero no se fijó en nada especial, ni la marca ni la matrícula. Era sólo un coche rojo que estaba allí aparcado. Cree que se hubiera dado cuenta si la matrícula hubiera sido extranjera, así que supone que era noruego. Oyó que el coche arrancaba y a la mujer gritar. Corrió a la ventana y vio al coche desaparecer por la esquina y a la fallecida tirada en el suelo. Es el único testigo. Fue él quien llamó al número de emergencias –Randi Johansen miró a su alrededor y continuó–: Elna Druzika venía de un pequeño pueblo que está

diez millas al sur de Riga, llamado Bene. No tiene familia en Noruega, pero sí un novio y una amiga íntima, Inga Romulda. Ella también es de Letonia y más o menos de la misma edad que la fallecida. Lleva en Noruega dos años, mientras que Elna Druzika llegó hace uno. Las dos trabajan para una compañía de catering que está en ese polígono industrial. Las dos comparten un piso en Karihaugen. Al proceder de un país de la UE Druzika no necesitaba permiso de residencia, sólo de trabajo, pero no lo tenía.

Marian Dahle tomó el relevo.

–Ya he llamado a Hacienda, y no la tienen registrada, así que parece que trabajaba ilegalmente.

Cato Isaksen la miró irritado.

–¿Tú no has estado en el juzgado hoy?

–Sí, pero lo comprobé desde el coche cuando venía hacia aquí. Hablé con Randi por teléfono.

Por unos instantes, Randi Johansen pareció insegura. Roger Høibakk esbozó una sonrisa. Tony Hansen miraba interesado.

–¿Así que no hubo otros testigos? –Roger Høibakk se inclinó sobre la mesa y miró a Randi Johansen, que sacudió la cabeza.

–Es un polígono industrial cerrado, pero parece que el hermano del dueño del catering pasó por el local de al lado y recogió unos papeles una media hora antes de que fuera atropellada.

Åsa Nyman se inclinó para echar pienso en los comederos. Los gatos llegaron corriendo al oírlos. Le sangraba una pantorrilla. Un momento antes, de improviso, un gato pijo del distrito de Frogner, de piel atigrada, se había enfrentado con otro de los animales. Ella le había chistado y le había tirado una patada. El gato se había agarrado con las uñas a su pantorrilla y le había roto las medias. Al final se escondió debajo de una de las sillas. Estaba encogido y la miraba con ojos amarillo jade mientras bufaba y enseñaba sus afilados dientes de depredador en una sonrisa furibunda.

Åsa Nyman se sentía cansada. Se había quedado tan delgada el último año... Pero aun así era demasiado pronto para jubilarse. Al fin y al cabo sólo tenía 63 años. Lo que más le molestaba era tener que decir que no a tantos clientes ahora en verano; algunos pedían la plaza con un año de antelación. Había resultado muy eficaz anunciarse como «un hogar en el bosque para el minino».

Por la noche los gatos estaban encerrados cada uno en su pequeña jaula. Eran unas cajas de fabricación casera colocadas unas encima de otras, separadas por una malla metálica. Por el día, la mayoría paseaba libremente por el cercado, salvo los peleones más zampones o los cobardes y miedosos, que se arrastraban aterrados, con movimientos congelados, pegados a la valla y preferían estar protegidos en su propia jaula todo el día.

Los gatos eran marcadamente diferentes. Unos parecían dulces animales de peluche que saltaban de un lado para otro y nunca se cansaban de sus juegos y tonterías. Otros se hacían un ovillo en las viejas butacas que había bajo el tejado de placas onduladas, introvertidos y con miradas deprimidas. Tal vez estaban ofendidos porque sus dueños los habían dejado en manos de extraños mientras ellos se divertían en algún destino exótico.

El sonido de un coche que se acercaba le hizo levantar la vista. Åsa Nyman retocó con rapidez su cabello corto y gris e hizo sombra con la mano frente al bajo sol del atardecer. Era Wiggo quien llegaba. A causa del paisaje abierto a cada lado de la carretera, el Volvo blanco se veía desde muy lejos. Salió renqueando del cercado. Sacó un trozo de papel de cocina del bolsillo y cerró con mucho cuidado la puerta de malla metálica tras ella. Era importante que ninguno de los gatos escapara. Había ocurrido en muy pocas ocasiones. La última, hacía una semana. Un gato había muerto. Consiguieron salir por debajo de la valla y comió veneno para ratas en el granero. Lo encontró tirado en mitad del sucio suelo de madera, con paja en el pelo y sangre saliéndole de la boca. Un cadáver de ratón estaba junto al del gato. Retazos de olor a muerte y podredumbre se habían fijado en las calientes paredes de paneles de madera. Wiggo había metido el cuerpo del animal en una bolsa de basura y se la había llevado al marcharse. Dijo que se desharía de él en algún contenedor de basura. Los dueños no debían saber la verdad. Era mejor decir que el gato se había escapado. Una vez, hacía unos años, le habían puesto una demanda de indemnización. Como si el dinero sirviera de algo cuando alguien ha perdido su mascota. Esa gente no entendía gran cosa. Ella hacía lo que podía, pero un animal no deja de ser un animal. Nunca se podía saber con total seguridad qué iba a ocurrir.

El Volvo entró en el patio y se detuvo a su lado. Traía con él una nube de polvo del camino.

Su hijo bajó de un salto y cerró la puerta con un sonoro portazo. En una mano apretaba una cajetilla de tabaco. Åsa Nyman vio inmediatamente que algo no iba bien. Wiggo parecía enfurruñado y su rostro estaba pálido y desencajado. Reconocía los síntomas. El polvo gris iba alejándose del patio.

–Mamá –dijo, y observó su pantorrilla ensangrentada.

–¿Qué pasa, hijo mío? He trabajado con los gatos varias horas –Åsa Nyman sacudió el polvo de su bata de flores azules y se inclinó para poner el trozo de papel sobre la herida de la pierna–. Dos se han peleado. Parece que voy a tener que hacer venir al veterinario. Uno se ha llevado un mordisco muy feo en la pata trasera.

Wiggo Nyman miró a su madre. Su piel estaba curtida por el sol. Tenía grandes ojeras.

–Elna ha muerto.

Åsa Nyman se incorporó. Las palabras de su hijo la atravesaron como un rayo. Pensó que ese momento quedaría para siempre grabado en su alma.

–La atropelló un idiota que luego se dio a la fuga. La policía quiere hablar conmigo.

Una ráfaga de viento hizo que las grandes ramas de los árboles se mecieran despacio arriba y abajo, el sol del

atardecer produjo unos breves destellos en el pequeño y descolorido arroyuelo que pasaba tras la casa, como señales de peligro.

–¿Cuándo? –Åsa Nyman apretujaba el trozo de papel sangriento en su mano.

–Mañana por la mañana, en la comisaría.

–No, ¿cuándo murió?

–Ayer por la noche.

Cerró los ojos. Sintió cómo el shock recorría su cuerpo. No lo soportaba; estaba tan cansada... El hijo mayor, Henning, no llevaba una vida apropiada. Se limitaba a estar en casa, siempre enredado con ella, y eso que pronto cumpliría 32 años. Pero Wiggo... y Elna. Cuando Wiggo vino a casa con Elna *algo* había encajado. Sus deseos para sus hijos eran modestos, nunca habían sido ambiciosos. ¿Qué ocurriría ahora?

Åsa Nyman se dio la vuelta y caminó unos pocos pasos hasta los muebles de jardín verdes que estaban bajo el gran roble. La sensación de catástrofe permanente se fortalecía. Se dejó caer en uno de los sillones de mimbre ajados por la intemperie y pensó que, este verano, que apenas acababa de empezar, sería corto. Su mano aún apretaba el trozo de papel. Wiggo se sentó en la otra silla.

–La atropelló un idiota que se dio a la fuga –repitió–. Justo a la salida del catering. En el aparcamiento.

Wiggo había cambiado desde que Elna entró en escena. No esperaba mucho de él. En cierto modo, nunca sabía dónde estaba. Sólo hacía un par de meses que había traído por primera vez a Elna a casa. Era una chica maravillosa, un poco mayor que él, pero la edad no tiene ninguna importancia. Ese día llevaba un vestido verde y un pañuelo en la cabeza. Parecía franca; miraba a Åsa directamente a los ojos. Es verdad que resultaba un poco anticuada, como si viniera de otra época. Tenía manos de trabajadora, con uñas cortas y piel áspera. Åsa se había fijado en eso enseguida. No llevaba anillos en los dedos. En un primer momento pensó que era polaca, pero resultó ser de Letonia. Åsa se sintió orgullosa de su intuición. No era de extrañar que reconociera el sello del este de Europa: había pasado su infancia en Finlandia en los años cuarenta y cincuenta, y llevaba Lemikki como segundo apellido.

–Es completamente espantoso –susurró levantando la mirada hacia él–. Dame un cigarrillo. Deja que me recupere un poco, no quiero que esto sea verdad. Tenía la esperanza de que... Hay tantas chicas echadas a perder... –las lágrimas corrían por sus mejillas–. Pero la policía..., ¿van a dar con él?

–Sí –dijo Wiggo taciturno–, lo sé... –puso un cigarrillo en su propia boca y encendió el de su madre antes que el suyo–. Claro que lo encontrarán.

Observó a su madre. El sol amarillo y cálido brillaba sobre su pelo gris, corto y encrespado. A pesar del calor que hacía llevaba medias marrones y gruesos calcetines grises en los mocasines rojos y gastados.

Wiggo dio una profunda calada al cigarrillo y observó su media rota. La madre se frotó el brazo.

–Elna me contó en una ocasión que tenía miedo. Que había un hombre...

–Cuéntame algo que yo no sepa... –Wiggo dio otra calada al cigarrillo. Había tenido celos del hombre de Letonia. Un hombre hecho y derecho de más de cuarenta, no un chaval como Wiggo. Al principio, Elna había estado enamorada de él. Seguramente la tenía fascinada, pero luego le cogió miedo. Una y otra vez Wiggo la obligó a hablar de él. Se torturaba imaginándose los juntos. Ella le preguntó en una ocasión si estaba celoso. Lo había negado tajantemente, pero era verdad. Había estado celoso. Había querido desterrarlo, había intentado sepultarlo bajo capas de otros sentimientos.

Su madre levantó la mano.

–¿Sabes?... Henning..., parece como si estuviéramos hibernando. No sucede nada. Y Elna..., le cogí tanto cariño.

–No es mi jodida culpa que Henning no sea capaz de buscarse una tía.

–No, no es tu culpa –respondió rápidamente–, y tampoco era eso lo que quería decir –empezó a manosear el mimbre suelto del apoyabrazos–. Había pensado pedir a Elna que trajera a su amiga de Letonia la próxima vez que viniera. Pero no habrá próxima vez.

Las fotos de la fallecida Elna Druzika en el lugar del crimen estaban esparcidas sobre la mesa. Tenía los brazos abiertos en cruz. No había anillos en sus dedos, llevaba las uñas cortas y una laguna de sangre rodeaba su cabeza como un mar en miniatura. Una de sus manos sujetaba con desesperación un bolso de punto de color amarillo mostaza.

Las fotos estaban tomadas desde distintos ángulos, unas a cierta distancia y otras en primer plano.

Tony Hansen y Marian Dahle cogieron una foto cada uno. Marian Dahle observó el bolso. No era difícil deducir que estaba hecho en casa. A duras penas se distinguía el nombre de la muerta tejido en la parte de arriba, junto a la franja clara.

Tony Hansen miraba la huella de la ausencia en el rostro de la joven mujer, los ojos muy abiertos, fijos en el aire, sin expresión; la boca medio abierta. Un lado del cráneo había estallado. Machacado y aplastado como una lata de cerveza. Tony Hansen comprendió cuál iba a ser su trabajo a partir de ahora. Estos casos iban a ser muy distintos de los que ocupaban al departamento de orden público.

Dejó la foto y echó una mirada a Cato Isaksen. Estaba de pie observando los primeros planos de la mesa de autopsia que habían fijado con alfileres en una de las paredes. Roger Høibakk la llamaba la galería de la muerte. Allí estaba tumbada Elna Druzika, desnuda y blanca sobre la mesa metálica, limpia de sangre y de restos de asfalto.

Tenía Cato Isaksen una expresión adusta en el rostro. Le había llamado Bente, quería saber si iría a cenar. Por supuesto que no iría. Acababa de intentar convencer a dos periodistas de que la policía no tenía, de momento, ningún sospechoso, y de que no sabían qué clase de coche había atropellado y matado a Elna Druzika, sólo que era rojo. Estaban buscando a los conductores de coches rojos que hubieran estado por esa zona, a la hora en cuestión, en general.

Escogió una foto de la galería de la muerte y estudió los detalles. Aún ahora, después de tantos años, era incapaz de relacionarse con indiferencia con los muertos. Tenía tendencia a recordar a muchos de los fallecidos bastante tiempo después de que sus casos estuvieran cerrados. En cualquier momento podía visualizar los cuerpos con heridas de cuchillo, balazos o restos de sangre coagulada. Podían ser cosas sin importancia las que se fijaban en su mente. Imágenes del estampado de sus ropas, medias desgarradas, joyas y bolsos. Pequeños detalles, como los que aparecían en las revistas de moda, expuestos a doble página y presentados como las tendencias de otoño o primavera.

La comisaria Ingeborg Myklebust se asomó por sorpresa a la sala de reuniones.

—A tope, por lo que veo.

Estaba satisfecha. El reparto de responsabilidades en la sección le parecía adecuado. El equipo que dirigía Cato Isaksen tenía todas las cualidades que hacían falta para resolver el caso en el que estaban trabajando, y los nuevos casos que llegarían. Porque no se acababa nunca. Se iba de vacaciones dentro de diez días y era bueno saber que las cosas iban sobre ruedas en el departamento. Esperaba que Cato superara la frustración que sentía por la contratación de Marian Dahle. Sólo iba a necesitar un poco de tiempo.

—¿Va todo bien? —preguntó mirando a Tony Hansen. Roger Høibakk pasó a su lado y entró en el despacho.

—Sí, bien —dijo Tony Hansen, cortado.

Roger Høibakk retiró su silla y escogió un primer plano de la mujer muerta.

—Va todo de maravilla —afirmó Cato Isaksen con sarcasmo.

Marian Dahle cruzó una mirada con Ingeborg Myklebust.

—Enseguida nos vamos a Alnabru.

—Bien —asintió la comisaria retirándose.

Dahle era una investigadora especialmente prometedora, pero quizá se parecía demasiado a Isaksen, tal vez era ésa la causa más evidente de sus encontronazos.

Los interrogatorios a las personas que en algún momento habían tenido algo que ver con Elna Druzika ocuparon los días siguientes. Cato Isaksen repartió el trabajo entre su equipo. Tony Hansen iba a tener su primera oportunidad junto a Asle Tengs. Interrogarían al dueño de la empresa de catering en la que trabajaba la fallecida. Su hermano, Ahmed Khan, tenía una empresa de venta ambulante de helados pared con pared, y había ido a recoger unos papeles media hora antes del atropello. Debían prestarle especial atención. Noman Khan ya había explicado que le pareció que Elna Druzika estaba algo nerviosa cuando la pilló robando en la cámara frigorífica unas horas antes del atropello. Por lo menos creía que estaba robando algo. Constantemente desaparecían alimentos y otras cosas. La joven se había puesto a murmurar cosas sobre cocinar, sobre tartas y cómo iba a decorarlas. Se comportó de manera extraña, había añadido.

–Y luego habláis también con la señora mayor que trabaja allí. Su nombre es Milly Bråthen. Dos de los conductores de las furgonetas de los helados las devolvieron entre las siete y las siete y media. También deberán ser interrogados.

Marian Dahle y Randi Johansen recibieron el encargo de hablar con Wiggo Nyman, el novio de la fallecida, que trabajaba como conductor en la empresa de helados. Por su parte, Cato Isaksen iba a llevar con él a Roger Høibakk y concentrarse en la mejor amiga de la fallecida, Inga Romulda. Los primeros que habían llegado al lugar de los hechos, además del guarda de Securitas, eran estos cinco, y de ellos se iban a ocupar los detectives en un primer momento. Cato Isaksen les pidió que averiguaran, antes que nada, si alguno de ellos había tenido acceso a un coche rojo, o si sabían de alguien del entorno de Elna Druzika que tuviera uno.

Inga Romulda vivía en Karihaugen, en un pequeño y deteriorado apartamento de un edificio de madera de dos pisos. Cato Isaksen aparcó en la calle, delante de la casa. Roger Høibakk salió del coche y la contempló; estaba pintada de un color verde horripilante y encajada entre la carretera principal y un supermercado barato. Detrás de él, las viviendas nuevas llegaban casi hasta la carretera.

El móvil de Cato Isaksen sonó. Cerró la puerta del coche y se llevó el teléfono a la oreja. Reconocía el número: era un periódico sensacionalista. Preguntaron si habían descubierto algo nuevo.

–No –dijo cortante dándole la llave del coche a Roger Høibakk.

–Sinceramente, *algo* tenéis que saber –insistieron.

–Te digo que no. Daremos una rueda de prensa en cuanto tengamos algo que contar. Ahora no puedo seguir hablando –cerró la tapa del móvil y lo metió en un bolsillo.

La anticuada puerta de madera se abrió. Del portal salieron dos chicas jóvenes. Una llevaba botines blancos de tacón alto, la otra un vestido corto azul claro y el pelo teñido de rubio. Roger Høibakk se volvió para mirarlas.

–¿Qué clase de casa es ésta? –preguntó mirando a Cato Isaksen, que encogió los hombros mientras estudiaba los cuatro buzones que había en la pared. En ninguno figuraba un nombre.

Subieron por la gastada escalera. Roger Høibakk apretó el timbre. Después de un rato abrió la puerta una joven con aspecto dulce, de rostro redondo e infantil. Inga Romulda llevaba una camiseta azul de manga larga y un pantalón de lino beige. El pelo rubio cortado muy corto. Iba descalza.

Cato Isaksen y Roger Høibakk se presentaron y le pidieron hablar con ella. Inga Romulda entró delante de ellos en el pequeño apartamento. Se dio la vuelta mirándolos con una expresión seria y cansada y les pidió, en un noruego bastante bueno, que tomaran asiento en un sofá marrón de dos plazas.

En el cuarto de estar no había muchos muebles, ni siquiera una alfombra, pero sí macetas en las ventanas y una hilera de plantas aromáticas en un estante sobre la breve encimera de la cocina.

Empezó a llorar. Los ojos inundados de lágrimas.

–Wiggo me llamó ayer noche, a las nueve y media pasadas, y me contó que le había llamado el guarda de Securitas, y le había dicho que Elna estaba muerta. La policía me dijo que tenía que *mirarla*, decir que era ella. Estuve allí... en el hospital...

Cato Isaksen la miró con simpatía.

–Así que fue Wiggo Nyman, su novio, quien te llamó para contártelo.

Inga Romulda asintió.

–Sí.

–¿Sabes dónde estaba cuando te llamó?

–En una gasolinera –se cubrió el rostro con sus delgadas manos y tomó aire con un gran sollozo–. Contestaré a sus preguntas, pero no entiendo lo que ha ocurrido. Ahora ya no conozco a nadie en Noruega. Estoy tan triste. Tengo tanto miedo.

–Comprendemos que esto es muy difícil para ti.

–Tuve que mirarla porque Wiggo no quería. Tuve que hacerlo yo.

–Estuvo bien que la identificaras. Muchas gracias –dijo Roger Høibakk, serio.

–Pero es que había mucho espacio allí donde el coche la atropelló. ¿Por qué ese coche tuvo que ir precisamente contra ella?

Cato Isaksen miró a su alrededor.

–¿Dónde dormís?

–Abrimos el sofá –explicó cansada Inga Romulda–. Tenemos la ropa de cama en el armario. Pero ella dormía donde Wiggo también; más allá, en realidad.

–Así que ¿Wiggo Nyman también vive en esta casa?

–Sí, justo aquí al lado. Los dueños son Noman Khan y su hermano. Nos dejan vivir aquí barato. Pero cuando Wiggo no estaba en casa, cuando estaba donde su madre, Elna dormía aquí conmigo. Compartíamos el sofá. Se abre a lo largo.

Roger Høibakk se puso de pie. Cato Isaksen siguió sentado. Se inclinó hacia delante.

–El resto de los que viven en la casa, ¿los conoces?

–No, no los conozco.

–¿Son noruegos?

–No, las chicas del primero son de Rusia.

–¿Alguno de los que se relaciona con ellas tiene un coche rojo?

–Elna no conocía a nadie. Yo tampoco. Sólo nos teníamos la una a la otra. Y ella tenía a Wiggo. Les daré algo de beber. Hace tanto calor... Pero no abro la ventana porque la carretera grande hace tanto ruido.

–Y ¿no sabes nada de un coche rojo?

Inga Romulda negó con la cabeza.

–El coche de Wiggo es blanco. Y Milly no tiene coche. Noman y Ahmed tienen coches de esos buenos, grises. Nadie tiene un coche rojo.

–¿No habías notado nada diferente en Elna últimamente? ¿Si estaba alterada, triste, enfadada o algo?

Inga Romulda abrió el pequeño frigorífico y sacó una botella etiquetada con moras y cerezas. Mezcló un poco de su contenido con agua para ofrecer un refresco a los detectives. Se volvió y fue hacia ellos con dos vasos en las manos.

–No, Elna nunca estaba enfadada. Pero podía estar triste. No lo sé. Pero hablaba mucho de su madre y su hermana, de lo difíciles que eran las cosas para ellas. Tal vez estuvo algo callada los últimos días. O no. No lo sé.

Dio un vaso a cada agente.

–No lo sé –repitió–. Yo trabajaba en otro sitio ese día; servía a una empresa. La madre de Elna trabajaba mucho en Letonia, y andaba mal de dinero. Y tenía tres hermanas y un hermano. Y el hermano no hacía mucho.

–¿Cuándo viste a Elna por última vez?

–Elna y Milly estaban allí. Yo cogí el autobús a Sjølyst, y por la noche cogí el autobús a casa, como siempre. Elna debía llegar después. No había terminado. Había mucho que hacer; ahora todo el mundo tiene despedidas y cosas así.

–¿Y esa Milly?

–Trabaja sólo de vez en cuando. Le daba a Elna ropa de sus nietos, que Elna mandaba a su hermana pequeña.

–Así que ¿solías acabar a la vez Elna y tú?

–Sí, a menudo sí. La mayoría de las veces. Pero no *ese* día –escondió el rostro entre las manos y se echó a llorar de nuevo.

–Lo lamento –dijo Cato Isaksen–. Siéntate –se levantó y le pasó el brazo por los hombros con gesto protector

para llevarla hasta el sofá-. No tenemos prisa. Tómate tu tiempo. Tenemos mucho interés en saber si crees que alguien podía desearle algún mal a Elna. ¿Alguien que conociera de antes?

Roger Høibakk percibió que la expresión de Inga Romulda cambiaba, como si de pronto hubiera recordado algo. Miró a los dos detectives un largo rato, luego sacudió la cabeza.

-Lo siento -dijo.

Después, todo se hizo mucho más difícil. Era como si quisiera reprimir algo. Tuvieron que sonsacarle la información. Parecía como si se escuchara a sí misma mientras hablaba. Poco a poco fue confirmando que a Elna Druzika podía haberla alcanzado el pasado. Un hombre al que tenía un miedo atroz.

-Y ¿cuánto tiempo hacía que conocía a ese hombre? -Roger Høibakk la miraba. La intuición de que estaban acercándose a algo que podía resultar importante se hacía cada vez más patente-. Háblame de él -dijo con amabilidad.

Inga Romulda parecía asustada.

-No sé -musitó con voz queda-. Decía que nunca podría volver a Letonia, que Juris la encontraría y la maltrataría. Pero yo le decía que aquí no vendría. No sabía dónde estaba. Pero ella siempre pensó que la encontraría.

Cato Isaksen frunció el ceño.

-Así que ¿tenía un ex novio violento?

Inga Romulda negó con la cabeza.

-No eran novios. Él era viejo; cuarenta y dos años. Era un vecino de Bene. Casado y con hijos. Tuvieron una relación muy corta. Luego Elna no quiso seguir, y él se enfadó mucho. No hay nada más. Él bebía mucho. No es bueno. Y ella se tuvo que marchar.

-¿Conoces su apellido también?

-Juris Tjudinov. En Letonia no nos gustan mucho los rusos. Especialmente los que son como él. Elna me dijo que también había amenazado a su madre. Y ahora parecía que se había marchado de Letonia. Ella tenía miedo de que viniera por aquí. Que la encontrara -su mirada se oscureció-. ¿Me van a expulsar de Noruega?

-¿Por qué razón? -preguntó Cato Isaksen mirándola-. No eres tú quien ha cometido un delito.

-No, no -dijo y rompió a llorar otra vez-, pero tengo miedo.

Cato Isaksen la observó.

-Realmente, tienes mucho miedo tú. ¿Es que ese hombre es peligroso para ti también?

-No, nunca le he visto. Yo soy de Riga. Elna y yo nos conocimos aquí, en Noruega.

-Tú trabajas ilegalmente para Noman Khan, ¿no es así? No pagas impuestos ni tampoco tienes permiso de trabajo -su pálido rostro se sonrojó intensamente.

-No hace falta que contestes -dijo Cato Isaksen-, lo discutiremos con tu jefe. No es culpa tuya y no tiene nada que ver con el caso. ¿Cuánto ganas a la hora?

-Noventa coronas.

Cato Isaksen miró a Roger Høibakk.

-¿Y además pagas alquiler por esto? -la miró casi enojado.

Inga Romulda asintió.

-No hay ningún sitio seguro -dijo, cambiando de expresión. Fue como si en ese preciso momento se hubiera dado cuenta de que se había quedado sola-. Había pensado decirle a Elna *te quiero mucho* -susurró-. Pero no lo hice, y ahora es demasiado tarde.

El despacho donde se hacían los interrogatorios recordaba a un aula; una de esas habitaciones pequeñas y estrechas donde se imparten clases de refuerzo.

Había odiado el colegio. No había dónde esconderse. Era como ser observado bajo una luz blanca e intensa.

Wiggo Nyman contempló a las dos policías. En el caluroso despacho todo era desagradable. No le gustaron las dos mujeres policía. Se presentaron, pero olvidó sus nombres al instante. Una era rubia y bastante guapa, la otra morena con un rostro ancho de rasgos orientales.

La policía rubia tomó asiento en una silla junto a la ventana, mientras la morena evidentemente se preparaba para hablar. Se sentó en una silla al otro lado de la mesa, frente a él.

Puso la misma expresión apática que utilizaba en el colegio cuando le preguntaban la lección.

La mujer policía le miró seria y preguntó si era correcto que residía en la calle Energi, en Karihaugen. Asintió con la cabeza, sintiendo como su boca se llenaba de saliva.

Ella puso en marcha la grabadora y pronunció en voz alta su fecha de nacimiento, y el día y la hora. Repitió su nombre una vez más. Se llamaba Marian Dahle.

–Vamos a interrogarte como testigo y comprobaremos tu coartada. Lo hacemos con todos los que tenían alguna relación con la fallecida. Esperamos que puedas ayudarnos. Primero nos van a traer algo de beber.

No la miraba. Clavó su mirada en la pared y no levantó la vista cuando un policía entró con unas botellas de agua y vasos. Frente a la ventana colgaban unas persianas medio bajadas y unas cortinas azules con estampado verde, pero no había cuadros ni fotos en las paredes.

No sabía cómo comportarse. Si dar respuestas cortas o largas, mostrar rechazo o ser positivo.

–Yo es que no sé nada, ¿no? –dijo mientras Marian Dahle llenaba los vasos y le alcanzaba uno a la policía rubia de la ventana. Notó lo débil que sonaba su voz–. Pero entiendo que es grave, ¿no? –añadió, aceptando el vaso que ella le daba.

–Los expertos en escenarios de crímenes todavía están trabajando allí –le informó Marian Dahle–. Esperamos una descripción exacta de cómo se desarrollaron los hechos. Pero lo que ya sabemos es que Elna Druzika fue atropellada y muerta ayer por la noche. Suponemos que por un coche rojo. ¿Tienes un coche rojo o conoces a alguien que tenga un coche rojo?

–No.

–¿Es correcto que recibiste una llamada del guarda de Securitas hacia las nueve y veinte de ayer noche, y que te contó que Elna Druzika había muerto en un accidente?

–Sí, es correcto.

–¿Dónde estabas en ese momento?

–¿Cuando llamó el guarda?

–Sí.

–En una gasolinera.

–¿Qué gasolinera?

–La de Statoil, cerca de Støro.

–¿Qué hacías allí?

–Estaba de vuelta de Maridalen. Había ido a ver a mi madre un rato. Tenemos una granja pequeña.

Marian Dahle asintió.

–¿Tu madre tiene coche?

–Sí, un Polo. Es verde.

–¿Tienes hermanos?

–Sí, un hermano diez años mayor que yo.

–¿Tiene coche?

–No, todavía vive en casa, coge el coche de la vieja.

–¿Puedes hablarnos un poco de tu trabajo en Alnabru? ¿En qué consiste, qué tienes que hacer, etcétera?

–He trabajado para Helado-directo dos años, desde que tenía diecinueve. Es un trabajo que está bien. No puedo

decir otra cosa. Conduzco cuatro días a la semana. Tengo distintos barrios, con muchas paradas en sitios fijos. Vendo cajas de helados directamente desde el coche.

–Y el quinto día y el fin de semana, ¿qué haces?

–Ayudo en casa. Mi madre tiene una residencia para gatos. Yo recojo y entrego gatos y cosas así.

–Elna Druzika también vivía en Karihaugen, ¿verdad?

–En la misma casa que yo. Es de apartamentos pequeños. Viven personas muy diferentes allí. Vivíamos pared con pared.

–¿Elna Druzika trabajaba en el local contiguo a Helado-directo?

–Sí, en el catering.

–Y me ha parecido entender que son dos hermanos los que llevan las dos empresas.

–Sí, Noman lleva el catering y Ahmed lleva la venta de helados.

–Y dice su amiga que tú tenías una relación con Elna. Que erais novios.

–Sí, bueno, supongo que no puedo decir otra cosa, pero novios... no sé.

La policía rubia le miraba compasiva.

–¿Por qué tienes tantas reservas? –preguntó.

La policía morena se volvió un momento hacia la rubia. Girada así, de perfil, pudo ver lo pequeña que era su nariz. Se volvió hacia él otra vez.

–Bueno, no es como si fuéramos a casarnos, o algo así –dijo deprisa, manoseando el reloj.

–Entendemos que no es fácil para ti, pero estamos obligados a hacer este interrogatorio de todas formas. ¿Cuándo saliste del trabajo ese día?

–Me fui del trabajo un par de horas antes de que ocurriera.

–¿Qué coche conduces?

–Volvo, uno viejo.

–¿De qué color es?

–Es blanco.

–¿Y ese día también llevabas el Volvo?

Wiggo Nyman asintió.

–¿Alguien lo puede confirmar?

Wiggo Nyman se encogió rápidamente de hombros.

–No sé. Siempre aparco en el solar que hay delante del almacén de electrodomésticos. Fuera del polígono. No nos dejan aparcar delante del catering y la cámara frigorífica. Las furgonetas de reparto y las de los helados tienen que poder pasar.

–¿Qué hacías en esa gasolinera?

–Había pasado por casa de mi madre, sólo iba a tomarme una Coca-Cola.

–¿Notaste si Elna estaba triste o distinta de alguna manera?

–No. Sabéis qué clase de coche era, quiero decir... podéis averiguarlo...

–Analizaremos los restos de pintura y vidrio de los faros para ver si podemos averiguar qué clase de coche era, sí. No debería ser un problema. ¿Por qué fuiste a ver a tu madre?

–Simplemente fui un rato. ¿Es delito?

–No, pero dijiste que trabajas para Helado-directo de lunes a jueves. Eso significa que trabajas para tu madre los fines de semana, y el fin de semana empieza los viernes.

Wiggo Nyman tragó saliva. Su nuez se movió de forma visible en el delgado cuello.

–También voy con frecuencia otras veces. En temporada muchas veces llevo la furgoneta de los helados hasta las nueve, pero ese día acabé un poco antes, así que ordené los cartones de helados en el almacén y luego me fui. La gente se queja si la furgoneta de los helados llama demasiado tarde. Los niños no se quieren acostar.

–¿Y Elna?

–Estaba trabajando cuando me marché. Limpiaba las encimeras de acero y esas cosas. Milly también estaba allí. Muchas veces nos íbamos juntos en el coche a casa. Vivimos en la misma casa, ¿no? Pero como me iba a Maridalen...

–Y ¿cómo estaba ella cuando te fuiste?

–Como siempre –dijo deprisa–. No puedo decir otra cosa.

En menos de un segundo Marian Dahle tuvo una intuición. El calor seco de la ventilación le daba en el rostro.

Wiggo Nyman repetía una y otra vez *no puedo decir otra cosa*, parecía querer distanciarse de las respuestas.

–¿Es correcto que Inga Romulda trabajaba en otro sitio esa tarde? –siguió.

–Sí. ¿Sabéis que a Elna la perseguía un loco?

–Juris Tjudinov.

–Tal vez se llamara así.

–¿Crees que podría estar en Noruega?

–Podría ser.

–¿Le conoces?

–No, Elna tenía miedo de que la encontrara –dijo Wiggo Nyman inclinándose hacia delante y apoyando los codos en la mesa.

Randi Johansen vio a Cato Isaksen pasar frente al despacho. Les echó una mirada apresurada a través del tabique de cristal y siguió adelante. Randi anotó en su cuaderno que tenía que verificar si Nyman había estado en la gasolinera a la hora que había dicho. También debía comprobar si Inga Romulda había trabajado en Sjølyst esa tarde.

Marian Dahle asintió con la cabeza para indicar a su compañera que se hiciera cargo del interrogatorio. Randi se puso de pie.

–Es cierto que Elna murió a causa del atropello, pero alguien había intentado estrangularla antes, ese mismo día. ¿Habíais discutido?

–¿Quééé? –Wiggo Nyman miró fijamente a la rubia. Se quedó con la boca abierta–. ¿Discutir? No –dijo sorprendido–. ¿Alguien ha dicho eso?

Ninguna de las dos contestó. Su pregunta quedó en el aire.

–Alguien la había sujetado con mucha fuerza –repitió Marian Dahle.

–Oye, pero de eso yo no sé nada –escondió la cara entre las manos–. No aguanté ni *verla*, aunque la policía me preguntó si quería. No aguanto *esas cosas*, no entiendo nada de todo esto. Tengo que ir al baño, ¿pueden dejarme ir al baño?

Marian Dahle asintió con la cabeza. Wiggo Nyman se levantó.

–Por el pasillo, a la derecha.

Cato Isaksen se asomó al cuarto de los interrogatorios y miró a Randi.

–¿Cómo va?

Randi Johansen se volvió hacia Marian Dahle

–¿Marian, a ti qué te parece? –preguntó.

–Luego hablamos –Cato Isaksen se retiró y desapareció pasillo abajo.

Randi suspiró. Le molestaba que Cato actuara con tantos prejuicios hacia Marian. Tras trabajar con Cato muchos años, le conocía bien.

–Es un polvorín –dijo Marian sin dejarse afectar.

–¿Cato?

–No, Nyman. Un tío con sangre fría y un polvorín –subrayó, para continuar–: Hay algo en la mímica de su rostro. Las vibraciones casi imperceptibles de las fosas nasales. Los pómulos que se tensan... –se volvió hacia la ventana–. Los reconozco. Yo también he estado *ahí*.

Randi sonrió.

–¿Estado dónde? –a Marian le gustaba analizar a la gente y siempre tenía a mano una interpretación.

Y entonces, repentinamente, dijo algo que sorprendió a Randi. Porque Marian no era de las que hablaban de su vida privada. Nadie sabía gran cosa de ella, salvo que vivía sola.

–Yo también tengo una furia en mi interior, entiendes, que no sé de dónde viene. O sí, lo sé. Claro que tiene algo que ver con la infancia, la adopción y todas esas historias. No sabes qué cantidad de ira podía acumular antes –Marian esbozó una breve sonrisa–. Me tenían por loca, y en lugar de darles la razón, me hice policía.

Randi Johansen le devolvió la sonrisa.

–¿Y tus padres?

–De ellos prefiero hablar lo menos posible –dijo esquiva.

–¿Nos vamos a cenar un día de éstos, después del trabajo?

–¿No tienes un bebé en casa?

–Ya no es tan pequeña. Va a cumplir cuatro. Y a mi marido le encanta quedarse con ella.

Marian Dahle sonrió.

–Entonces lo haremos.

Wiggo Nyman volvió y se sentó con gesto indolente.

–En realidad, hemos acabado por hoy, pero para terminar, ¿hay algo que sepas, cualquier cosa, que a tu juicio pueda ayudarnos?

Negó con la cabeza.

–Entonces, seguiremos otro día –concluyó Marian intercambiando una mirada con Randi.

Randi pensó que Marian tenía una capacidad excepcional para ver todas las posibilidades cuando había alguien en la sala de interrogatorios. Había interrogado a gente con ella en dos ocasiones anteriores. Era como si su mente pudiera atar los hilos invisibles del pensamiento del sospechoso. Y nunca enseñaba todas sus cartas a la vez, mostraba jugada tras jugada. Un punto importante era terminar a tiempo, para luego retomar el hilo más tarde en un nuevo interrogatorio.

–Es una bomba sin detonar –repitió Marian Dahle cuando Wiggo Nyman había desaparecido dentro del ascensor y bajaba con las llaves del coche colgando de los dedos.

Randi Johansen la miró sorprendida.

–En realidad, a mí me ha parecido bastante equilibrado, dadas las circunstancias –añadió.

Randi miró a Marian. Había algo especial en su manera de analizar las situaciones. En tan sólo unas pocas semanas había contribuido al avance del equipo de investigación con muchos nuevos impulsos y resultados concretos. Sin ir más lejos, hacía unos días había persuadido a una mujer para que admitiera haber asesinado a su suegro. Era un caso escabroso en un contexto social desestructurado; y no había pruebas. Marian llevaba a la mujer de vuelta a su casa en el coche después de un interrogatorio, cuando de pronto las vieron volver. Nuevamente en comisaría, la mujer confesó su crimen.

Randi no podía entender cómo lo conseguía. Por lo demás, era como si Marian no tuviera otra vida, como si todo girara en torno al trabajo. Y a su perra, pegada a sus talones, para irritación de algunos y alegría de otros.

¡Con sabor a estrellas! Las letras estaban en una burbuja rosa y azul marino a ambos lados de las furgonetas de los helados, que eran de color azul claro. A su alrededor se diseminaban pequeñas estrellas amarillas. La inspectora de escenarios del crimen, Ellen Grue, echó un vistazo al interior de uno de los dos coches que aún no habían salido. La ruta, con la lista de los nombres de las calles, estaba en el salpicadero. Poppelveien, Sorengveien, Blomsterveien y Skogfaret. La lista era larga, y junto a cada calle había apuntadas dos horas. Una para iniciar la venta de helados y otra para seguir el recorrido. Sobre las dos puertas traseras estaban impresas las fotos de los helados, cada uno con su nombre debajo. El helado de fresa se llamaba Vírgo, el de frambuesas Vela y el de chocolate Corvus.

Frente al almacén hacía un calor insoportable, y los monos de trabajo reglamentarios de los investigadores no mejoraban las cosas. La policía había marcado y trazado con tiza el lugar de la muerte, y acotado una zona con cintas policiales rojas y blancas. Pero era justamente en el acceso, así que habían tenido que abrir un paso para que las furgonetas de los helados pudieran entrar y salir, recoger mercancía y llevar helados a los barrios. Era mediodía, y las otras diez furgonetas estaban de servicio. Una escalera metálica llevaba a la puerta en la que se leía EL CATERING DE NOMAN en un cartel rojo. Ellen Grue subió los contados escalones y abrió la puerta. Un fuerte olor a comida la envolvió. Se quedó junto a la puerta contemplando a una mujer mayor con delantal y un gorro blanco transparente en la cabeza. Se afanaba entre el horno y el fregadero.

–¿Es de la poli? –preguntó directa.

Ellen Grue asintió, presentándose mientras se quitaba los guantes de plástico.

Estaban en un recinto alargado, con estrechas ventanas a la altura del techo. Dos de las ventanas estaban abiertas y a Ellen Grue le llamó la atención lo sucias que estaban. Las huellas resacas de la lluvia habían formado un estampado de fruncidos marrones sobre el cristal. Las paredes tras el mostrador de acero tenían una especie de color amarillo oscuro, mientras que el suelo estaba cubierto con un linóleo verde.

Necesitaba sobre todo hablar con el dueño del catering, pero se veía claramente que había llegado demasiado pronto. El hombre todavía estaba siendo interrogado por Asle Tengs y Tony Hansen en la trastienda.

La mujer mayor sostenía, con aire triste, una bandeja de hamburguesas ya fritas.

A Ellen Grue le entró hambre al ver tanta comida. El malestar había desaparecido. De todas formas, quizá debería pasar por la farmacia a comprar una prueba de embarazo, pero en realidad era un asunto en el que no le apetecía pensar.

–Milly –dijo la mujer con voz grave–. Milly, Milly Bråthen.

Dejó la bandeja sobre la encimera y se secó las manos con el delantal.

–Estoy cansada de decir que las cosas iban mal para la Elna. Que había algo mal, que no iba bien pa ná.

–De eso estaría muy bien que hablaras con los otros detectives –explicó Ellen Grue, indicando con la cabeza la puerta cerrada de la trastienda–. Son los de ahí dentro los que llevan esas cosas. Yo sólo voy a examinar las instalaciones.

–Sí, bueno –dijo Milly Bråthen y empezó a pesar ingredientes–. Y eso por qué, ¿qué vas a mirar aquí adentro? Se la llevó por delante ahí afuera, ¿no?

–Tenemos que ver todos los elementos del caso –explicó Ellen Grue.

–Sí, bueno. Como sea... Noman es un idiota y un creído. Un chulo, con coches caros y zapatos carísimos. ¡Jesús!, ¡yo podría vivir un mes con lo que cuestan sus zapatos!

De pronto, Inga Romulda apareció en la puerta. Saludó brevemente a Ellen Grue.

–No soporto quedarme en casa –dijo zafándose de la chaqueta de verano, amarilla clara–. Me ahogo allí sola.

–Sí, bueno. Mi niña, eso lo vamos a arreglar, tú y yo.

Inga Romulda miró agradecida a la mujer mayor, se ató un pañuelo transparente sobre el cabello, se lavó las manos a toda velocidad y se dirigió a la encimera de aluminio para ponerse un par de finos guantes de plástico y empezar a extender miel en el fondo de un molde con un cuchillo de hoja redondeada. Milly Bråthen pasó las hamburguesas a una gran fuente.

–Ahora está muerta, la pobre niña inocente. ¿Qué mierda había hecho ella, eh? Ná, trabajar como un animal,

eso hacía. Y se lo he dicho tó el rato, no vayas sola por aquí por el polígono. Cuando está cerrado no sabes quién anda por aquí. Siempre hay tipos que no son de fiar. Si lo sabré yo.

Inga Romulda dejó el cuchillo y se quitó los finos guantes de plástico de las manos.

Milly Bråthen se pasó una mano por el rostro con gesto cansado.

–Los conductores esos de las furgonetas de los helados. Ésos pasan por aquí todo el rato para mirar a las chicas. ¿A que sí, Inga? Por lo menos el Ronny habla montones de vosotras.

–¿Quién es Ronny? –preguntó Ellen Grue.

–Mi nieto. Trabaja de chófer. Fue por el chico como conseguí este trabajo.

–¿Algún de los conductores de los helados es molesto?

Inga Romulda suspiró profundamente.

–Para nada. Son buenos.

–¿Por qué os fuisteis de Letonia? –Ellen Grue no pudo resistirse.

–La familia. La familia de Elna quería que se fuera a algún sitio, pero mejor a Noruega o Suecia. Ya sabes... no hay mucho dinero en casa. Pero su madre también quería que volviera –dijo bajito–. Tenía miedo de que a Elna le fuera mal.

Ellen Grue aceptó agradecida una hamburguesa que Milly Bråthen le pasó en un tenedor.

–¿Por qué?, ¿por qué creía que algo iría mal?

Inga Romulda movió la cabeza rápidamente.

–No. Sólo lo pensaba.

–¿Y su padre?

–Está muerto. Pero se enredó con un hombre que estaba casado. No era nada bueno, ni siquiera se lavaba. Está enfadado con ella.

–Los que ni se lavan, fuera con ellos –comentó bruscamente Milly Bråthen–. Los tíos son unos cerdos. Pero eso no lo puedo decir en alto por aquí –indicó la puerta con la cabeza–. Ésos son musulmanes, sí, ya sabes. Decir cerdo es peor que blasfemar en la iglesia –rió.

Inga Romulda cogió el cuchillo y lo aclaró bajo el grifo.

–Ha dicho que iba a venir por aquí.

Ellen Grue tragó el último trozo de hamburguesa mientras observaba el pálido rostro de Inga Romulda.

–Pero ¿está en este país?

Inga Romulda negó con la cabeza.

–No lo sé.

–¿No has estado al sol ni un momento este verano?

–No –Inga Romulda se secó las manos en el delantal–. He trabajado todo el tiempo.

–Todos nos matamos a trabajar. Yo se lo he dicho. Yo cojo las vacaciones en julio. Pero habrá menos trabajo aquí, digo yo, en cuanto empiecen las vacaciones. Mi nieta tiene tres años y quiero estar con ella. Los niños valen su peso en oro, ya sabes. La Elna, ella también tenía muchos hermanos; la más pequeña sólo tenía tres años. Tendrías que ver las fotos que me enseñó. Vivían en una casa vieja y horrible, perdida en el campo. En realidad la Elna no tenía ná que hacer aquí. Era demasiado buena. Ésa se tendría que haber vuelto con su madre.

–¿Quieres decir que os explotan?

–Que no digo ná más, digo. Todos nos matamos a trabajar, pero la Elna, ésa no decía nunca no a ná. Ésa se quedaba por la noche aquí sola. Y el Wiggo, ¿no? ¿Qué va a ser ahora del Wiggo?

Åsa Nyman sintió una profunda angustia al ver el coche gris metalizado que cruzaba los campos. Era 13 de junio. El trece traía mala suerte. Por intuición supo que era la policía quien se acercaba. Wiggo le había pedido que dijera que pasó un rato por casa la noche que murió Elna, aunque no era verdad. Sólo se había dado una vuelta con el coche, dijo, pasó por una gasolinera y eso. Pero la policía podía sacar conclusiones equivocadas, y no soportaría esa carga además del susto y de echarla de menos. *La policía siempre está buscando sospechosos.*

Åsa Nyman salió al recibidor y esperó sobre la alfombrilla tejida verde claro y azul. En calcetines, sujetando la puerta abierta. Estaba tan oscuro como podía estarlo una noche de junio, con pesadas nubes grises y una niebla baja, que pasaba a retazos al final del campo, donde empezaba el bosque. El cambio de tiempo había sido brusco. Por el cielo cruzó una ráfaga repentina de luz blanca. Al poco, tronó, pero no cayó una gota de lluvia. El aire frío ponía nerviosos a los gatos, que daban vueltas sin parar en sus jaulas.

Åsa Nyman se pasó una mano por la frente cansada. Ahora oía cómo el coche frenaba y se quedaba parado. La alfombrilla tenía unas manchas de tierra húmeda en un extremo, junto a la puerta de la entrada. Miraba alternativamente sus botas de agua verdes y la escopeta de perdigones del rincón, detrás de la puerta. Pensó que era curioso que Henning no estuviera en casa justamente esta noche. Él, que nunca iba a ninguna parte. Pero en los últimos días había empezado a irse por ahí por las noches. No sabía adónde iba, ni si iba a encontrarse con alguien. Tampoco quería insistir. Pronto cumpliría treinta y dos. Podía seguir la linde del sembrado y desaparecer en el bosque, si eso era lo que quería.

Durante la cena, Henning había estado callado como una ostra, sentado en su silla al otro lado de la mesa, ojeando el periódico. No había podido comer mucho; ella tampoco. Solían comer mucho, y tomarse su tiempo, ella y Henning. Henning no estaba gordo, pero era grande. Desgraciadamente, se parecía a su padre, mientras que Wiggo se parecía a ella.

Mientras les decía a las dos policías que entraran, se vio por un instante en el espejo. Los ojos asustados, la soledad, el peso que llevaba colgado del cuello.

Las policías se presentaron como Marian Dahle y Randi Johansen.

Entraron las dos en el salón y se sentaron cada una en una silla. Se alegró de haber quitado el polvo y de haber puesto flores amarillas, de las que crecían en la jardinera de la pared. Pensó que si Wiggo realmente hubiera tenido algo que ver con el asesinato de Elna, las policías seguramente se moverían por la habitación como tigres. La cálida tranquilidad que transmitían hizo que se relajara. Wiggo no era ningún delincuente. Pero siempre llevaba consigo una intranquilidad, como si volviera su alma del revés, en el sentido equivocado. Entre ella y sus hijos había una distancia, ellos estaban en otro lugar, herméticos, solitarios. Pero siempre había hecho todo lo que había podido.

Tomó la palabra la policía morena, extranjera. Preguntó si había notado algo especial en Wiggo, en cómo se comportaba. Dijo que era una pregunta rutinaria, y que la policía tenía que hacerse una composición de lugar de todo. Åsa Nyman lo entendía. Por supuesto, no había notado nada especial en Wiggo. Luego quisieron saber qué había hecho los días anteriores y posteriores al 11 de junio, si le había oído discutir con Elna, o algo. Dijo la verdad, que no lo sabía. Era un adulto. Ya no vivía en casa. Pero quería mucho a Elna, repitió.

–La queríamos mucho *los tres*. Bueno, el hermano de Wiggo también –añadió.

–Y Wiggo, ¿pasó por casa la noche en que Elna fue atropellada?

–Sí –respondió rápidamente–. Algunas veces se siente intranquilo, y entonces suele conducir hasta aquí. Y como Elna estaba trabajando...

La policía morena la miró fijamente. Al final, Åsa Nyman bajó la mirada al suelo.

–¿Por qué preguntáis eso? –sintió cómo se le aceleraba el pulso–. ¿Por qué...?

–Por nada, es parte de la rutina. Hacemos todo lo que podemos para dar con quien ha atropellado a Elna. Si recuerdas algo, algo de lo que quieras hablar...

–No –dijo Åsa Nyman rápidamente y levantó la mirada otra vez–. ¿Qué podría ser?

Las policías fueron muy amables, pero no estaba *del todo* segura de qué lado estaban. En el periódico del día habían escrito tantas cosas horribles..., que a Elna la había atropellado un asesino que se había dado a la fuga.

Que antes había sido maltratada. ¿Pero con quién se había cruzado la pobre? Seguro que no con Wiggo. Su coche estaba intacto. No tenía un rasguño. Por supuesto que no era él.

Åsa Nyman les explicó a las policías que Wiggo y Henning eran buenos chicos. Wiggo decía muchas cosas raras cuando era niño. *Soy como el acero, mamá. Soy tan fuerte...* Y Henning cazaba animales en las trampas que ponía, varias veces a la semana. Pero, por supuesto, eso no tenía nada que ver con el asunto, pensó.

–Quiero a mis hijos –dijo, y recordó de pronto el dicho de que si no se amaba demasiado, no se amaba lo suficiente. Pero ¿qué era suficiente?

Era imposible leer algo en los rostros de las policías. Repentinamente sonaron agudos ladridos en el exterior. Åsa Nyman se acercó a la ventana y levantó la cortina de encaje blanco. Su corazón se aceleró al instante. Acercó el rostro al cristal, pero no dijo nada.

–Creo que sólo se trata de *mi* perra –dijo la policía morena, levantándose y saliendo fuera.

–No soporto a los perros –dijo Åsa Nyman, mirando hacia las nubes oscuras que pasaban bajas sobre el cielo.

–Está atado al coche –la tranquilizó la rubia.

Åsa Nyman asintió con alivio. Los perros sueltos eran su pesadilla. En una ocasión, un perro callejero había conseguido entrar en el recinto de los gatos y había matado a tres de ellos. La semana siguiente, Henning le había conseguido la escopeta. Estaba siempre en el recibidor, cargada.

–Habrás oído a los gatos en el cercado. Si está atado, no hay peligro.

La policía rubia se levantó también.

–Creo que tenemos lo que buscábamos.

–Ah, sí. ¿Y qué buscabais?

–Sólo una coartada para Wiggo. Es todo lo que necesitamos.

–Coartada. En ese caso... Gracias –dijo, acompañándolas a la entrada.

–Gracias a ti –correspondió la rubia, saliendo por la puerta. Åsa Nyman cerró tras ella, entró en la cocina y empezó a recoger. De forma mecánica, como si las cosas flotaran en una oscuridad incolora.

–En este caso, o la solución es más que evidente o hay unas coincidencias increíbles –Cato Isaksen miró emocionado al pequeño grupo que había reunido–. Y es que se da la circunstancia de que nos ha llegado una consulta de la policía de Asker y Bærum. Han pedido ayuda a la policía criminal para buscar al niño desaparecido, el que ha estado en la portada de los periódicos durante días, el niño de siete años Patrik Øye. Y es que la policía de Asker y Bærum ha llamado a Ahmed Khan para que les diera el nombre del conductor que llevaba la furgoneta de Helado-directo en Høvik el día que el chaval desapareció, o sea, el lunes tres de junio.

Todos le miraban expectantes.

–Y –continuó– el conductor que llevaba la furgoneta de los helados en esa zona el tres de junio se llama Wiggo Nyman. ¡Wiggo Nyman! ¡Wiggo Nyman! ¡Bingo!

–Joder –dijo Roger Høibakk–. Así que ¿ésa es la zona de Wiggo Nyman? Y su furgoneta pasó aproximadamente a la hora de la desaparición del niño, ¿es eso lo que estás diciendo?

Marian siguió:

–Los investigadores tendrían que haber pensado en la furgoneta de los helados antes. ¿Por qué han tardado tanto?, ¿pueden ser tan lentos?

–Pues sí –dijo rápidamente Roger Høibakk–, está muy claro que pueden.

–Parece que el camión de la basura también pasa los lunes, pero está confirmado que más temprano –dijo Cato Isaksen–. Todavía no he podido leerlo todo. Cuando el responsable de la investigación Vidar Edland de Asker y Bærum llamó a la empresa de helados y le informaron de que Nyman *ya había sido* interrogado por la policía en relación con el caso Druzika, se puso en contacto conmigo inmediatamente. No es ninguna exageración decir que los dos consideramos esto muy interesante. Ellos también quieren, de forma rutinaria, interrogar a Wiggo Nyman. Lo que yo digo, colegas, es que puede que no se trate de dos casos diferentes, sino de *uno*. Puede que estemos ante una serie de móviles encadenados. Ya hemos tropezado con casos como éste antes, ¿verdad? Detalles que de pronto encajan. Ahora nos queda decidir juntos cómo vamos a enfrentarnos a esto.

Cato Isaksen miró por la ventana. Las nubes desaparecían del cielo. Esa noche había caído una lluvia terrible, pero ahora volvía el sol. Sintió un cosquilleo en la base del cráneo. Podía ser una falsa alarma, pero si estuviera en el coche patrulla lo llevaría a un callejón apartado, se serviría un café en un vaso de plástico y se quedaría al volante pensando... Quizá, de repente, algo se abriría camino desde su subconsciente.

–En todo caso, tenemos que mandar inmediatamente a Ellen y compañía a inspeccionar el almacén y la furgoneta de los helados. Aunque es muy tarde. Han pasado ya diez días desde la desaparición del chico.

–Marian ha tenido todo el tiempo la intuición de que Wiggo Nyman no era del todo *de fiar*. ¿Verdad, Marian? Después del interrogatorio le llamaste un tipo frío y una bomba sin detonar.

–Las intuiciones son una mierda –comentó Roger Høibakk metiéndose un chicle en la boca.

Marian Dahle se quedó callada un rato. Pensó en la extrema delgadez de la madre de Wiggo Nyman. Pobre mujer.

–Las cosas no tienen por qué ser necesariamente lo que parecen. La furgoneta de los helados recorre esa parte de Høvik todos los lunes. Perfecto, ¿no? Sólo hay que matar al niño y meterlo en el coche. O atraerle. Tal vez entrara voluntariamente. A todos los niños les encantan los helados.

–Seguro –dijo Randi Johansen.

–La furgoneta de los helados –repitió Marian bajito–, pensadlo. ¿Os podéis imaginar algo más perfecto? Seguro que han registrado todo el tráfico de la zona donde desapareció. ¿Por qué creéis que asesinaron a Elna Druzika?

–Dios mío –dijo Roger Høibakk–, ¿qué quieres dar a entender? ¿Quieres decir que Nyman mató al niño y Druzika lo descubrió?

Marian Dahle esbozó una sonrisa.

–¿Estás en misa o qué?

Tony Hansen escuchaba en respetuoso silencio. Cato Isaksen sintió cómo la irritación recorría su cuerpo. Apartó la silla de la mesa y se sentó.

–Los de Asker y Bærum inspeccionaron en un primer momento toda la zona con perros. El perro marcó en un

solo lugar, a la entrada de una casa al final de una calle sin salida. Pero había unos restos de comida, así que el perro pudo distraerse. La señora mayor que vive en la casa hizo el último avistamiento del chico. Ella fue la última que lo vio. Bueno, si todo esto *ya lo sabéis*, han publicado páginas y páginas en los periódicos con los detalles. Pero los de Asker y Bærum aclaran también que no hay nada que indique que Patrik Øye desapareciera justo allí donde fue visto por última vez. Puede haberle recogido un coche en otro lugar. En otra calle lejos de ésa. Pero vamos, no hay duda de que nuestro querido vendedor de helados está en el punto de mira y es un buen punto de partida para seguir con nuestra investigación.

Randi Johansen se inclinó sobre la mesa.

–Ese ex novio violento al que Elna Druzika tenía tanto miedo. No debemos olvidarle. Sé que puede ser una pista falsa, pero la Interpol ha lanzado una orden de búsqueda. Todavía no hemos recibido ninguna indicación de dónde puede estar esa persona. Puede estar en este país. Por cierto; he enviado un aviso a todas las empresas de alquiler de coches de Noruega, les he pedido que estén especialmente atentos si les devuelven un coche rojo con desperfectos.

–Todos los años más de dieciocho mil mujeres son víctimas de la violencia de sus parejas actuales o anteriores en este país –dijo Marian Dahle indignada–. Pero Nyman es una pista más prometedor. Tenemos que intentar pensar en distintas circunstancias. Imaginemos que Elna Druzika descubrió el cuerpo. Puede incluso que Wiggo Nyman escondiera el cadáver en la cámara frigorífica.

–Los técnicos deben ir para allá inmediatamente –dijo Cato Isaksen–. ¿Alguien sabe dónde está Ellen?

–Creo que se ha ido a casa. Hoy ha estado varias horas en Alnabru y parece que tiene algún tipo de virus –dijo Randi Johansen.

–Pídele que vaya inmediatamente.

Randi Johansen se levantó y salió de la sala.

–Debemos reorientar la investigación por completo –dijo Marian Dahle.

–¿Ahora somos nosotros los que tenemos los dos casos?

–Eso parece –confirmó Cato Isaksen mirando a su equipo–. Pero por supuesto que tendremos que colaborar con Asker y Bærum y con la policía criminal. Hagámoslo con un poco de tiento. Estoy pensando en Wiggo Nyman. No debemos asustarle. Vayamos a la zona para hablar con la gente del vecindario donde desapareció el niño. Quiero decir, sin alterar los ánimos. Pero hay que seguir a Nyman, desde ya.

–Un trabajo para ti, Tony.

A Tony Hansen se le iluminó la cara.

–Llévate a alguien del departamento de orden público y ponte en marcha.

–También debemos ir a casa de los padres del chico –dijo Randi Johansen.

Cato corrigió rápidamente.

–De su madre. Ella y el hijo viven solos. El padre vive en otra ciudad. Tiene coartada. En Asker y Bærum lo han verificado. He visto todos los informes. Por cierto que también he vuelto a leer detenidamente el interrogatorio que *vosotras* hicisteis a Nyman –continuó Cato Isaksen–. También nos han confirmado que realmente estuvo en esa gasolinera a la hora que dice. Tienen cámaras de vigilancia. Pero, claro, le podría haber dado tiempo a llegar allí después de matar a Elna Druzika. En el peor de los casos, digo.

–Pero su coche es blanco –recordó Roger Høibakk.

–Sí, desgraciadamente. Pero igualmente le vamos a hacer una revisión técnica.

Randi Johansen volvió a la vez que Asle Tengs entraba en la sala.

–Disculpadme. Estaba con los informes de los técnicos sobre el lugar del crimen.

Rápidamente la pusieron al día del giro que había dado el caso.

Cato Isaksen la miró interrogante.

–Tú y Tony interrogasteis ayer a Ahmed Khan, ¿qué tenía que contar? ¿Es habitual que tengan conductores tan jóvenes como Wiggo Nyman?

–No, la mayoría son más mayores –dijo Asle Tengs–. Hemos hablado con todos. Pero está claro que Nyman cumple con su trabajo. Y hay otro más joven, Ronny Bråthen, el nieto de Milly Bråthen que trabaja en El Catering de Noman. Pero los dos hermanos Khan tienen coartada. De entre todos los lugares posibles, estaban en la mezquita cuando mataron a Druzika.

–¿Y quién lo dice?

–Lo dicen las grabaciones en vídeo de una fiesta familiar. Una boda que duró tres días. Fueron directamente

desde el trabajo, y la grabación lleva la fecha y la hora. Sólo hay una cosa... Son tan parecidos estos tíos que a Noman Khan es fácil reconocerle, pero Ahmed... bueno, ellos *dicen* que es él. Tengo que volver a revisar la grabación.

–Ellen ha mandado gente para cerrar la cámara frigorífica y precintar la furgoneta de los helados de Nyman – dijo Randi Johansen sentándose–, y he comprobado que Inga Romulda *estaba* en Sjølyst sirviendo mesas a la hora que dijo.

El patio del colegio rebosaba de niños vestidos con ropa de verano en tonos pastel. El aparcamiento estaba completamente lleno con los coches de padres y profesores. *Todos* querían participar en la reunión urgente convocada por la policía en el gimnasio del colegio Høvik Verk, al que asistía el desaparecido Patrik Øye. La hermosa zona de Høvik está situada junto al mar, y cerca del gran centro de arte y el edificio Veritas. Árboles majestuosos y bonitas casas caracterizan el distrito. Había tardado algo más de diez minutos en coche desde el centro de Oslo. Cato Isaksen aparcó en el arcén, detrás de una gran excavadora. Comprobó el móvil. Había un recado de Vøtle, su hijo mediano. Ahora no tenía tiempo para responder. Salió del coche y cerró la puerta sin hacer ruido. Frente a la excavadora había una profunda zanja. En el fondo, junto al brazo de la excavadora, vio unas viejas raíces, marrón claro y grisáceo. Las había conservado bien la tierra compacta, y eran tan finas y delgadas que seguramente se desharían en cuanto la zarpa de hierro se acercara a ellas. El brazo de la excavadora tenía adheridos terrones de tierra. Algunas zarzas viejas colgaban entre sus dientes.

El colegio nuevo estaba construido junto al viejo edificio de ladrillo rojo. Las ventanas tenían pegados papeles de seda recortados en forma de estrellas y flores.

A Cato Isaksen le habían sugerido que estuviera presente en la reunión ahora que se había relacionado la desaparición de Patrik Øye con el caso Druzika. Al ser su equipo el que tenía asignado el caso por la policía de Oslo, era importante figurar en esta reunión abierta en la que se contaba también con la participación de Vidar Edland del distrito policial de Asker y Bærum, y un experto de la policía criminal.

Cato Isaksen caminó entre la marea de niños. Algunos llevaban la merienda y botellas de refresco en la mano. Se detuvo para dejar pasar a una niña con vestido rosa, que venía corriendo. Los juguetes para el exterior estaban en cajas alineadas junto a la pared: pelotas, cubos y palas en rojo, amarillo y verde. Por un momento tuvo la sensación de que el tiempo pasaba muy rápido. Fijó la mirada en un balón amarillo chillón que rodaba entre los niños. Los días de diario, los meses, los años, todo transcurría a una velocidad desbocada.

Los policías se situaron al final del gimnasio, junto a las espalderas. Conversaban en voz baja. Las voces infantiles atravesaban el local, altas y agudas. Edland iba de uniforme, para que los niños entendieran que esto iba en serio.

Cato Isaksen observaba a los alumnos, padres y profesores que entraban despacio y preocupados en el caluroso local, decorado con guirnaldas para la inminente fiesta de fin de curso.

En su bolsillo sonó el móvil. Era Vøtle, quería saber si su padre llegaría a tiempo para poder llevarle con unos amigos a la playa de Hvalstrand esa misma tarde. Cato Isaksen se protegió la oreja con la mano y dijo rápidamente que no sabía si lo conseguiría.

–Pregunta a mamá –añadió–, mientras oía a su hijo resoplar al otro lado del teléfono. Cato Isaksen estaba mal acostumbrado a que Bente se ocupara de todo, especialmente cuando él estaba en medio de un caso.

–Sí, mamá. Ja –dijo Vøtle–. Papá, ¿no puedes venir tú a bañarte con nosotros?

–Hoy no tengo tiempo, Vøtle –dijo secamente–. Las vacaciones de verano están al caer, tendremos que desquitarnos entonces. Tengo que irme –cerró la tapa del móvil mientras saludaba con la cabeza a una pareja de padres que se estaban sentando frente a él en dos asientos libres.

Cuando los padres se sentaron en las sillas de plástico rojo y los alumnos, ya tranquilos, se acomodaron en el suelo, Vidar Edland abrió la reunión. Los profesores se habían agrupado cerca de la puerta, junto a la pared. El calor vibraba en el gimnasio. Finalmente se hizo un silencio total, sólo interrumpido por el zumbido del aire acondicionado que salía por una rejilla del suelo.

El inspector empezó diciendo:

–Con motivo de la desaparición de Patrik Øye, la policía ha querido convocar esta reunión informativa para alumnos, padres y profesores. Es una pena que pronto sean las vacaciones de verano, que os marchéis cada uno por vuestro lado y no volváis a veros aquí hasta el otoño.

Se oyeron algunas protestas entre los niños.

–Nos parece hasta cierto punto una pena a nosotros. Porque entendéis que éste es un caso muy serio y que los policías necesitamos toda la ayuda que nos podáis dar. Porque no sabemos qué ha pasado con Patrik.

Los niños de la primera fila se removieron intranquilos.

–Esperamos que algunos de vosotros tal vez podáis contribuir con alguna nueva pista relacionada con el caso. Es muy importante que nos comunicuéis cualquier cosa que creáis que puede servir para la investigación. Puede ser *algo* o alguien que hayáis visto por la zona el día en que Patrik desapareció. O los días anteriores. Es muy importante que nos deis esa información. Tal vez vierais algo que pensáis que no tiene importancia. Pero igualmente puede ser significativo para nosotros. Así que contadnos todo lo que sepáis, no tengáis miedo de que no sea relevante. Dejad que seamos nosotros quienes decidamos si es importante o no.

Una manita se levantó en el aire. Era un niño de unos ocho años, vibrante de emoción, vestido con una camisa de verano blanca de manga corta.

Vidar Edland asintió con la cabeza.

–¿Nos darán un premio? –preguntó.

–No se llama premio, sino recompensa –dijo una niña con vestido rosa, y le dio en el costado.

El policía sonrió brevemente, luego negó con la cabeza.

–No, me temo que no. Pero vosotros también tenéis muchas ganas de que averigüemos qué le ha pasado a Patrik, ¿verdad que sí?

Los presentes asintieron muy serios. Los padres, desde sus sillas rojas, tenían algunas preguntas que hacer. Una madre con vestido blanco y un bebé de azul clarito en el regazo preguntó si era cierto que el conductor de la furgoneta de los helados podía estar involucrado.

–Es prematuro decir algo al respecto, pero es cierto que estamos investigando la furgoneta de los helados, así que si alguien de la sala tiene algo que contarnos al respecto, nos gustaría mucho que viniera a hablar con nosotros después.

Otro niño levantó la mano.

–Mi padre dice que Patrik está muerto.

–No es seguro que Patrik esté muerto –dijo Vidar Edland con tono grave–. Nosotros tenemos la esperanza de que esté vivo.

–Hoy es catorce de junio –continuó el niño–. Falta un mes para la fiesta nacional de Francia. ¡Zut Alors!

La sala rió por lo bajo. La mujer del traje blanco volvió a levantar la mano.

–Pero al hombre de la furgoneta de los helados... ¿le dejan seguir conduciendo? ¿No deberían apartarle de ese trabajo?

–Se le interroga al igual que a otros muchos. Evaluamos de forma permanente cómo llevar el caso. Ese día hubo muchos coches circulando por aquí, por las calles más retiradas. Estamos interrogando también a otros, en la misma línea.

La reunión duró una hora. Los alumnos apuntaron el teléfono de la policía, y muchos quisieron hablar con los detectives después. Los padres y los profesores expresaron su temor a que pudieran desaparecer más niños. No fue fácil tranquilizarlos, pero finalmente los policías consiguieron salir de allí.

Cato Isaksen se quedó hablando unos diez minutos con Vidar Eglund y el inspector de la policía criminal antes de dirigirse a su coche. Habían acordado reunirse en la comisaría a las nueve del día siguiente para unificar los dos casos y hacer una valoración.

Cato Isaksen decidió dar una vuelta por la zona con el coche. Quería ver el lugar en el que Patrik Øye fue visto por el último testigo, pero antes quería pasar a ver a la madre del niño desaparecido. Vivía en la calle Odden, no muy lejos del colegio. Ya puestos, debía hacerse una idea propia de todo el caso, ahora que iba a entrar de lleno en él. Cuando se disponía a entrar en el coche, se fijó en dos chicas de unos once o doce años que estaban junto a la excavadora amarilla y le miraban expectantes. Una era delgada y rubia. La otra era más gruesa y pelirroja. Cada una llevaba una bolsa de baño transparente en la mano, con toalla y bañador. Le dio la impresión de que querían decirle algo.

Guardó la llave del coche en el bolsillo y anduvo hacia ellas como por casualidad.

–Hola, hola –dijo–, ¿vivís por aquí?

–Vivo en la calle Selvik –informó rápidamente la rubia lanzando de una patada una piedra al gran agujero que había frente a la excavadora–. Donde Patrik desapareció, justo donde se esfumó. En la casa amarilla.

–¿Sabéis que desapareció *exactamente* ahí? –preguntó Cato Isaksen sonriéndoles con cuidado.
–No, pero papá dice que la vecina le vio correr, y luego desapareció. Así que fue justo enfrente de donde vivo yo.

–¿Estabais allí entonces?

–No, no justo entonces. Estábamos en la cama elástica, y luego entramos en la casa un ratito y ha tenido que suceder justo entonces. Pero le compramos helados a Wiggo cuando aparcó en la calle, más abajo.

–Ahá, ¿así que sabéis hasta cómo se llama el conductor de la camioneta de los helados?

–Bueno, es que lleva tiempo viniendo.

La pelirroja reía por lo bajo.

–Entonces, ¿tú eres policía, aunque no lleves uniforme?

–Claro que sí –dijo Cato Isaksen–, no llevamos el uniforme todo el rato, ¿vale? ¿Dónde os bañáis?

–Justo ahí abajo, en la playa de Veritas –dijo la pelirroja.

–Pero papá dice que Patrik también ha podido desaparecer en otro sitio –dijo la rubia. Le miró sin manifestar ningún tipo de emoción, levantó la mano y se apartó el cabello de los ojos con un pequeño y perezoso gesto. Tres finas y coloridas pulseras tintinearón seductoramente en su delgado brazo–. Ha podido correr mucho antes de que le cogieran, sólo que nadie le ha visto. Mamá y papá han hablado con la policía. En realidad, la policía ha estado en nuestra casa. ¿Por qué pone en el periódico que ha podido ser Wiggo, si sólo tiene dieciocho años?; él no puede haber cogido a Patrik.

–Tiene veintiuno –dijo Cato Isaksen.

–¿Quééé? –dijo atropelladamente la rubia–. A nosotras nos contó que tenía dieciocho.

Las niñas se miraron. La rubia se chupaba el labio y miraba indiferente a su amiga.

Seguía siendo la rubia quien hablaba.

–Patrik tenía una mochila muy anticuada y tonta. Fea, con una de esas rayas a través. Si es el de la furgoneta de los helados el que lo ha hecho, entonces es *peligroso*, ¿no?

Cato Isaksen agudizó su mirada.

–¿Cómo te llamas?

–Louise.

–¿Viste algo relacionado con la desaparición de Patrik, Louise?

Se encogió de hombros.

–No, ya he dicho que justo entonces estábamos dentro de casa.

El detective miró a la niña un poco gordita y pelirroja que se sonrojó al sentirse observada.

–¿Y cómo te llamas tú? –preguntó.

–Ina –dijo bajito y volvió a reírse.

–¿Conocíais a Patrik?

–No –dijeron las niñas a la vez mirándose rápidamente.

–Bueno, por lo menos no mucho –añadió la rubia–, pero sabemos quién es todo el mundo, claro.

–¿Qué edad tenéis? –preguntó el policía.

–Once –dijeron las niñas a coro.

–Pero en agosto cumpliré doce –añadió la rubia–. Por cierto, el periódico dice que Wiggo puede haber cogido a Patrik.

–Los periódicos escriben de todo, todo el rato. ¿Qué creéis vosotras, visteis algún coche en especial ese día?

La rubia volvió a reír.

–Ese día no, pero hace unos días vimos a un hombre que aparcó para pasear a un perro. Lo soltó y ya está. Era un perro grande y negro.

–¿Dónde fue eso?

–Justo ahí abajo –se dio la vuelta apuntando con el dedo–. Ahí donde desapareció Patrik. También hizo fotos y andaba raro, como si le doliera algo.

–¿De qué color era su coche? Puede que fuera un policía.

Las niñas se miraron.

–No nos acordamos –dijo la pelirroja–. Pero no tenía pinta de policía, no. Ya no nos dejan ir solas al cole. Vamos siempre juntas. Y miramos a nuestro alrededor todo el tiempo, por si hay *algo*.

–Por cierto que yo también tenía un perro. Se llamaba Dennis. Era uno de esos bichón frisé pequeñitos.

Alguien lo mató. No sabemos quién lo hizo. Estaba todo ensangrentado. Alguien lo había descuartizado y le quitó el collar.

—¿Cuándo ocurrió eso?

Louise se encogió de hombros.

—Hace unos meses, cuando volvimos de vacaciones de Semana Santa.

Signe Marie Øye estaba tumbada, apática, en el sofá, tapada por una sucia manta azul. Imágenes azuladas pasaban por la pantalla del televisor. El sonido estaba apagado. La manta picaba. Notaba el picor como una distracción de la angustia. Patrik había hablado de Tobias. Es tan malo, había dicho. *Les arranca las alas a los insectos, mamá.* Junto a ella estaba el osito de Patrik. Ahora estaba dispuesta a saber la verdad. Tal vez nunca volviera a casa. Ya no lo soportaba. Sería mejor saber. Pese a todo, sería mejor saber. Tenía frío, aunque el sol calentaba como un horno ardiente. Entonces llamaron a la puerta. El timbre acuchilló su cuerpo.

Apartó la manta y salió corriendo al pasillo para abrir la puerta, de golpe, con el corazón acelerado. Frente a la puerta había un hombre de mediana edad, más o menos atractivo. Mostraba su placa de policía y se presentó como Cato Isaksen. Se apresuró a decir que no había ninguna novedad sobre Patrik. Luego pidió permiso para entrar.

Signe Marie Øye era guapa de una forma un poco descolorida. Su cabello era completamente claro. Parecía cansada. Tenía los ojos grises y rasgos armoniosos.

Sobre la mesa del salón había varios vasos y tazas sucias. Y el periódico abierto por las necrológicas. Cato Isaksen puso la mano sobre su brazo y le sonrió con compasión. Sobre el sofá había una manta de lana y un peluche. Muchos años atrás tuvo un caso en el que una mujer apareció ahogada en una bañera. La imagen de la mujer muerta apareció de repente en su cabeza. Su hija de dos años iba con su osito debajo del brazo. El pijama era blanco con pintitas rojas. Su osito era azul claro, y recordaba que una de sus orejas estaba chupada y se veía mojada y aplastada.

El detective le explicó brevemente por qué había venido. Que repentinamente había surgido otro caso. Signe Marie Øye no le escuchaba. Parecía ausente.

—¿Crees que puedes ayudarme a encontrarle? ¿Crees que sois mejores que los otros policías? Ellos no han encontrado nada. Tal vez podáis mirarlo todo con ojos nuevos. Por favor, ayudadme. Tenía miedo de tantas cosas. De los perros grandes y de las chicas grandes.

—¿De las chicas grandes?

Asintió.

—Sí, ya sabes cómo pueden ser las niñas.

Cato Isaksen la miró muy serio, luego hizo una mueca. No era el momento para hacer bromas, pero estuvo a punto de decir que él también tenía miedo a las niñas grandes.

—Él... cuando mi padre murió el año pasado, tenía sesenta y ocho, Patrik le quería mucho.

Cato Isaksen asintió.

—Patrik no podía comprender que hubiera muerto... Si no era del todo viejo, decía, sólo un poco. Sí, no era más que eso, pero esa expresión... *un poco viejo.*

Cato Isaksen lo entendía.

—Solían hacerse una cabaña con los edredones, en el rincón, entre el sofá y una de las butacas. No me gustaba. La funda del edredón se ensuciaba. Patrik se puso muy triste cuando le dije que mejor usaran las mantas de lana —bajó la mirada al suelo—. Sé que lo he perdido, me doy cuenta de que digo *era* y no *es*. Sé que está muerto.

Cato Isaksen la miró.

—No quiero darte falsas esperanzas. Se trata de una desaparición y ni siquiera en mi jurisdicción. Yo trabajo en Oslo y, en realidad, no tengo nada que ver con esto. Creo que puedes confiar plenamente en la investigación que está en curso, pero ahora que ha surgido otro caso...

Signe Marie Øye se sentó al extremo del sofá.

—¿Qué clase de caso?

—Una mujer joven.

—¿Está muerta?

Cato Isaksen asintió.

–Ya –dijo Signe Marie Øye con asombro, llevándose la mano a la boca–, pero ¿qué tiene eso que ver con Patrik?

–Probablemente nada, pero... la que fue asesinada era la novia del que conduce la furgoneta de los helados en esta zona.

–¿La furgoneta de los helados?

Cato Isaksen asintió con cuidado.

–¿Sabes si Patrik solía hablar de la furgoneta de los helados; solía comprar helados allí?

–No. Solía quedarse a las actividades extraescolares, y la furgoneta de los helados normalmente ya no estaba cuando él volvía a casa. Pero claro, daba la lata para que le diera dinero para un helado y prefería no quedarse a las actividades. Pero nunca le daba dinero –Signe Marie Øye agachó la cabeza y rompió a llorar–. Pero sé que sus mejores amigos, Klaus y Tobias, compraban helados de vez en cuando. Patrik se enfadaba con ellos a menudo. Ya sabes, tres amigos pueden ser *uno* de más. Ya sabes cómo pueden ser los niños.

Cato Isaksen asintió.

–Lo peor de todo es pensar en todos los años que no ha tenido. Los años que *nosotros* no hemos tenido. Aquí pone algo bonito, en una de las esquelas. Exactamente así lo siento –arrancó bruscamente del periódico la página de los obituarios–. ¿Te lo leo?

Cato Isaksen la miró con calma.

–Pero todavía está perdido –estuvo a punto de decir *sólo* perdido, pero se calló.

–No, está muerto. Todos lo sabemos. Me pregunto qué voy a poner en la esquila –cogió el periódico que estaba sobre la mesa–. Te voy a leer esto: *Ibas a ser profundo como el bosque, alto como una montaña. Suave como el sol al atardecer. No pudiste pisar la hierba, saltar de piedra en piedra. Sentir el olor de las flores. Pero vives para siempre en nuestro interior.*

Respiró profundamente y fijó la mirada en el suelo, entre la mesa y el sofá.

–Me pregunto si todo esto tiene un sentido, si he hecho algo mal, si merezco ser castigada. ¿Crees en Dios?

Cato Isaksen se distrajo por unos momentos. Su cerebro se esforzaba por analizar algo que no acababa de captar. Tenía algo que ver con tierra.

–A día de hoy hay treinta y seis niños de entre uno y catorce años perdidos. Muchos de ellos vuelven. Claro que algunos han sido secuestrados por sus propios padres pero... El padre de Patrik, ¿no tienes ningún contacto con él?

–No, era demasiado difícil. Trabajaba a todas horas, ya sabes, los medios. Estuvo aquí ayer, pero no le dejé entrar. Él... nosotros estamos divorciados. Prefiero no tener nada que ver con él. Pero he hablado un poco con él desde que desapareció Patrik. Por supuesto, está tan desesperado como yo. Patrik estaba con él en fines de semana alternos.

–¿Y dónde vive?

–En Valler. La policía habla un montón con él también. Estaba hospitalizado con apendicitis cuando Patrik desapareció.

Cato Isaksen sabía que no debería involucrar a esta madre sufriente en su vida privada, pero, repentinamente, lo hizo de todas formas.

–Yo también tengo un hijo que desapareció. Esta primavera, añadió. Así que sé algo de cómo lo estás pasando.

Signe Marie Øye contuvo la respiración. Levantó las manos y las puso un momento sobre su boca. Luego las bajó, se levantó y atravesó la habitación para sentarse en el extremo de una silla del comedor.

–¿Es cierto?, ¿qué pasó?, ¿volvió?

–Volvió –Cato Isaksen miró fijamente el jarrón vacío que había sobre la mesa–. Le encontré en una casita de verano en la colonia de recreo de Sogn. Seguramente no debería contarte esto. Es poco profesional.

–No, no –casi gritó la madre desesperada–. No tienes ni idea; acabas de darme una esperanza. ¿Cuánto tiempo estuvo perdido? ¿Quién le había secuestrado?

–Fueron sólo unas horas. Fue un asesino. Desesperado, se quitó la vida. No es ningún secreto. Los periódicos escribieron muchísimo sobre ello. Bueno, sobre el asesino, no sobre Georg. Conseguimos mantenerlo fuera de los medios.

–Sí –dijo débilmente–. Puede que lo recuerde, ahora que lo pienso. ¿Crees que alguien puede tener prisionero a Patrik en algún lugar?

Se dio cuenta de lo idiota que había sido al contarle a la mujer lo de Georg. Sacudió lentamente la cabeza.

–No lo sé, en realidad, sólo quería contarte que sé cómo lo estás pasando. Esas horas... fueron...
Sí –dijo Signe Marie Øye mientras las lágrimas corrían por sus mejillas–, es tan horrible... que... nadie... puede saberlo. Nadie.

–No.

–¿Cuántos años tiene Georg?

–Tiene siete, va a empezar segundo después del verano.

–Eso va... iba a hacer Patrik también –Signe Marie Øye se levantó de la silla, se acercó y le cogió la mano–. Son de la misma edad. Gracias. No sabes lo que has hecho por mí. Estuvo bien que vinieras. Sé que me lo encontrarás.

Cato Isaksen no tenía nada más que decir. Ya había dicho demasiado.

–Te mantendré informada.

–Ya han ocurrido milagros antes. Ocurren milagros todos los días por todo el planeta.

–Trabajamos todo lo que podemos –aseguró Cato Isaksen pensando que debía llamar a Vette otra vez y explicarle que le gustaría ir con ellos a bañarse, pero que coincidían demasiadas cosas justo ahora.

Signe Marie Øye cerró con fuerza la puerta tras él. Cato Isaksen se quedó un momento observando la puerta cerrada, entonces oyó que la madre empezaba a gritar.

Vera Mattson se inclinó sobre la encimera de la cocina y miró por la ventana. Vio al policía en el jardín de los vecinos. No llevaba uniforme, pero igualmente se notaba que era un policía. Era *nuevo*, no le había visto antes. De repente volvió a sentir esa necesidad de esconderse. A veces ese impulso era tan fuerte... No soportaba hablar por teléfono o abrir la puerta. Era asunto suyo si quería hablar con la gente o no. La gente podía ser tan invasora, tan tremenda y exigente para una pobre mujer que no aguantaba tanta lata.

Ahora el policía se acercaba a la cama elástica. Pasaba la mano por el borde. Ella tenía una relación tipo mantente-alejada con las niñas que solían saltar en ella. Ese tipo de niñas no sabían comportarse. No se hablaba con el vecino. ¿Qué era lo que le había dicho el vecino cuando la acusó de tener algo que ver con la muerte de ese perrito tonto? Sí, que pensaba que no era como quería parecer. Que su aspecto gris y retraído no se correspondía con quién era ella. Se había alterado, pero no tenía nada que responder. Ella no utilizaba esas palabras rebuscadas, retraída, no te fastidia. Había buscado la palabra en el diccionario y visto que retraído no era una palabra positiva. En ningún caso quería tener nada más que ver con lo que había ocurrido el día que el niño desapareció.

Ahora el policía daba la vuelta y miraba hacia su casa. Vera Mattson se retiró bruscamente de la ventana golpeando un vaso que tenía un resto pegajoso de zumo de naranja en el fondo. El vaso volcó con estruendo. La encimera estaba llena de tazas sucias y platos con trozos de fruta, chucherías, pastas, galletas, y restos de comida. No tiraba nada. Toda la comida debía comerse o guardarse. No quería abrir la puerta. Su casa no era una madriguera de zorros con muchas salidas. No dejaría que se entrometieran en su vida.

Habían venido varios periodistas. Uno quería que posara con los brazos en jarras, en el sitio exacto donde había visto a Patrik Øye ese día. Había dicho que no. Pero no podía decir que no a la policía. La llevaron fuera con ellos, tuvo que seguirlos hasta la entrada y señalar exactamente el sitio donde vio al chico por última vez. Lo llamaban una reconstrucción. Como si ese punto del camino fuera el lugar de un crimen. Los días ya habían sido malos antes. Estaba tan harta de gente normal que hablaba de sus maridos, hijos, nietos y perros todo el rato. El aislamiento no le molestaba. Cuando no pasaba nada no estaba sola, sino segura. Pero a veces también tenía una relación apasionada con poder hacer lo contrario de lo que realmente le apetecía. Sintió que a lo mejor quería hablar con el policía a pesar de todo. Pero imagínate si vuelve una y otra vez...

Los constantes pensamientos sobre el chico que corría se hacían insoportables. Sobre todo cuando tenía que hablar de ello todo el tiempo. Algunas veces, cuando el gato saltaba a su cama, fingía que era un peluche. *Había estado enfadada con ese chico. Pero tenía motivos.*

En el armario de la cocina guardaba la libreta negra en la que anotaba cosas. Era más que nada para controlar las horas. Sólo para saber cuándo ocurrían las cosas. También había apuntado cada vez que pasaban los niños. Pensó que podría utilizarlo si tenía que ir al colegio a quejarse de ellos. Hablar con sus profesores o, peor todavía, con el director. Ahora abrió la puerta del armario y cogió la libreta para escribir *policía en el jardín del vecino a las 13:04 del 14 de junio de 2007.*

Justo cuando acababa de anotar estas observaciones en la libreta, llamaron a la puerta. El sonido del timbre era profundo como un bajo. Vera Mattson volvió a tirar la libreta al armario y cerró la puerta. Luego se retiró al pasillo, el que había entre la cocina y el salón. Allí se quedó con el corazón acelerado. Volvieron a llamar. Bajó la vista hacia su vestido negro. Tenía manchas. Eran de huevo. Se había manchado y no había conseguido quitarlas. Abrió la puerta del sótano y bajó.

Los inspectores de escenarios de crímenes habían preferido revisar la furgoneta de los helados allí mismo. Frente al almacén frigorífico de Helado-directo, el parking estaba bañado en sol. Ellen Grue echó un vistazo al reloj. Cato Isaksen había llamado para decir que venía de Høvik. Le llevaría al menos media hora conducir desde allí al centro y luego subir hasta Alnabru.

Guardó el teléfono en un bolsillo y saludó al policía que traía al perro especializado en localizar cadáveres. Era el mismo perro que había buscado al niño en los alrededores de la calle Selvik. El coche que solía llevar Wiggo Nyman era el número cinco. Dos expertos estaban trabajando en él. Estaba recién lavado y lucía limpiísimo por dentro y por fuera. Era una pena que lo hubieran lavado recientemente. Tampoco tenía ninguna marca en la chapa. Habían llenado el depósito de gasolina y cambiado el aceite.

Era muy tarde para encontrar algo. Estaban a 14 de junio, once días después de la desaparición del niño.

El perro entró en la furgoneta y después de dar un par de vueltas olisqueando enérgicamente, saltó fuera. No mostraba el más mínimo interés. Ellen Grue notó un tenue olor en el coche. Freón, pensó. Observó las estanterías vacías recubiertas de polietileno y vio las listas de precios colocadas en perfecto orden unas sobre otras en una de las estanterías.

Ellen Grue abrió la pesada puerta de la cámara frigorífica y dejó al perro suelto allí también. El contraste entre el aire caluroso e inmóvil del exterior y el frío helador de la cámara era tremendo. De las bocas de los inspectores salía vaho. Las paredes estaban cubiertas de estanterías muy altas llenas de cajas cerradas, decoradas con fotos de las distintas clases de helados. Los cartones eran de color rosa y azul claro. Había escaleras que se podían empujar lateralmente para poder bajar las cajas.

El perro olisqueaba alternativamente las estanterías y el suelo. A intervalos regulares miraba a su dueño, quien alternaba órdenes y elogios.

El policía se giró para explicarle a Ellen Grue que en una cámara frigorífica había elementos que se comportaban de forma muy diferente que en un espacio normal.

–El frío y el hielo no sólo conservan peor los olores, sino que también desprenden menos partículas de olor.

Ellen Grue asintió.

–Soy consciente de ello.

En ese mismo instante el perro empezó a ladrar insistentemente.

Al fondo del recinto, en una esquina, había grandes manchas en el suelo. El perro marcó el lugar claramente, pero al minuto chupaba las manchas con fuerza. Se detuvo de inmediato cuando se lo ordenaron.

–Sólo parece helado de fresa –Ellen Grue se puso en cuclillas. Helado de fresa derretido en el suelo de cemento. Sintió que se aproximaba una nueva oleada de náuseas. Esa tarde sin falta pasaría por la farmacia para comprar una prueba de embarazo.

Una parte de la cámara estaba reservada para la empresa de catering. Allí conservaban carne picada congelada, carne envasada, muslos de pollo, cajas de pescado rebozado, comida china precocinada y montones de salmón ahumado envasado al vacío.

Junto a la cámara frigorífica había un almacén pequeño donde se guardaban latas de conserva, harina, azúcar y envases de miel de un color entre marrón y amarillo.

El perro también rastreó por la despensa, pero el aroma de hamburguesas recién fritas que salía de la cocina del catering le distraía mucho y hacía que estuviera muy poco concentrado.

Ellen Grue salió al sol en el mismo momento en que Cato Isaksen aparcaba junto a la furgoneta de los helados.

Cato Isaksen cerró la puerta del coche y saludó brevemente con la cabeza a Ellen Grue. *Tres amigos tal vez sean uno de más.* Las palabras de Signe Marie Øyen daban vueltas en su cabeza. Tenía que charlar un rato con los dos chavales.

–¿Algo interesante? –preguntó–. Ellen negó con la cabeza.

–Estamos trabajando.
Noman Khan venía hacia ellos. Iba vestido con pantalones blancos y una camisa hawaiana de flores. Levantó las gafas de sol, carísimas, hasta la frente. Cato Isaksen alargó la mano y se presentó.
Noman Khan parecía cansado.
–Yo soy el que lleva el catering. ¿Habéis encontrado algo?
Ellen Grue le miró.
–El perro ha marcado algo –dijo.
La cara de Noman Khan adquirió una expresión precavida.
–¿Qué quiere decir eso?
–Todavía no lo sabemos.
–Eso es interesante –dijo Cato Isaksen volviéndose hacia Noman Khan–. ¿Estabas contento con Elna Druzika?
–Sí, mucho. Le iba muy bien este ambiente.
–¿Te refieres a algo en concreto?
–Era buena. Trabajaba, pensaba por sí misma. No tenía que estar pidiéndole las cosas todo el rato, como tengo que hacer con las chicas noruegas. Hacía lo que había que hacer. Era buena –repitió, y pareció repentinamente preocupado–. Tengo que buscar a otra.
–Así que ¿no había nada negativo?
–No, en realidad no..., no sé..., a veces faltaba comida.
–¿Comida?
–Sí, algunas cosas.
–¿Como por ejemplo?
–Paquetes de harina y azúcar. Latas de miel. Cosas así.
Cato Isaksen estaba extrañado.
–¿Tendría un sueldo decente, no?
Noman Khan se encogió de hombros.
–Sí.
–¿Cuánto ganaba?
–Noventa coronas la hora –dijo Noman Khan mirando a Cato Isaksen–. Eso está bien pagado.
–¿Eso es pagar bien?
–Sí, para estas chicas está bien pagado. Y también les presto un piso.
–¿Estas chicas? ¿Qué quieres decir con *estas* chicas? Y también pagan alquiler –a Cato Isaksen le había salido una arruga en la frente.
–No mucho –contestó muy tenso–. No mucho –repitió.
–Pero, vamos a ver, ¿a qué clase de gente tienes como inquilinos?
–Soy dueño de la casa a medias con mi hermano.
–¿Qué clase de gente? Había un par de jóvenes señoritas que me llamaron mucho la atención. ¿Entiendes lo que quiero decir?
Noman Khan se encogió de hombros, el gesto adusto.
–Me ha parecido entender que estabas en la mezquita la noche en que Elna Druzika fue atropellada y muerta. Pero tu hermano...
–Él también estaba allí –dijo secamente Noman Khan.

Los conductores estaban sentados alrededor de una mesa rectangular de formica. Frente a ellos tenían sus bocadillos y vasos de cartón para el café. Cuando Cato Isaksen apareció por la puerta quedaron en completo silencio. Inmediatamente, dos de los conductores se pusieron de pie, pero Cato Isaksen les pidió que volvieran a sentarse. Eran seis. Cuatro de ellos tendrían entre treinta y cincuenta años. Wiggo Nyman estaba sentado al extremo de la mesa junto con otro joven.

La sala era alargada, sin ventanas y muy calurosa. De la pared colgaba un calendario con fotos de grandes ciudades. En una de las paredes alargadas había una puerta que daba a la cámara frigorífica.

–¿Quiénes de vosotros trabajasteis la noche del 11 de junio, cuando mataron a Elna Druzika?

–Yo me marché media hora antes de que ocurriera –dijo uno de los hombres de más edad–. Y al irme me encontré con Ronny en la puerta –añadió señalando con la cabeza al compañero de Wiggo Nyman, que estudiaba muy concentrado la superficie de la mesa.

Cato Isaksen le miró.

–¿Cómo te llamas?

–No soy fijo. Me llamo Ronny Bråthen.

–Así que tú eres el nieto de...

–Milly –dijo Wiggo Nyman.

Ronny Bråthen reanudó la observación de la superficie de la mesa.

–Ahora os pregunto a todos: ¿Alguno de vosotros tiene un coche rojo?

Los hombres que rodeaban la mesa negaron con la cabeza.

–¿Alguno de vosotros conoce a alguien que tenga un coche rojo?

–Mi suegra tiene un golf rojo –respondió un hombre de cuarenta y tantos.

–De acuerdo –dijo Cato Isaksen–, apunta tu nombre en un papel y haremos una comprobación rutinaria.

El hombre sacó una gastada cartera del bolsillo de atrás y le dio a Cato Isaksen su tarjeta de visita.

–Y tú –añadió Cato Isaksen mirando a Ronny Bråthen–. Quiero tener una charla contigo en la comisaría lo antes posible.

Wiggo Nyman se revolvió inquieto en la silla.

–No –dijo Ronny Bråthen–, me fui de aquí en el autobús, antes de que Elna saliera de trabajar –había pánico en su voz–. Estaba aquí cuando me marché. No quiero que me interroguen.

–Así que ¿no quieres que te interroguen? ¿Hablaste con Elna esa noche?

Negó con la cabeza.

Cato Isaksen miró a los conductores. Se fijó en que Ronny Bråthen tenía una cicatriz en una oreja.

–Sé que habéis hablado con mis compañeros, Asle Tengs y Tony Hansen, pero creo que le daremos otra vuelta. El caso ha cambiado. Habréis leído los periódicos.

Los hombres asintieron mirando disimuladamente a Wiggo Nyman.

–¿Así que sois amigos, Ronny Bråthen y tú? –Cato Isaksen miraba fijamente a Nyman, que le contestó iracundo.

–Y si es así, qué, ¿qué coño quieres decir?

De pronto, Milly Bråthen apareció en la puerta.

–¿Qué está pasando aquí? –dijo entrando en el comedor. Puso una bandeja de rosquillas en la mesa. Echó un vistazo a su nieto antes de darse la vuelta y mirar enfadadísima a Cato Isaksen–. Ni lo intentes, joder –dijo–. Aquí nadie le deseaba nada malo a Elna. El Ronny ha acabado el bachillerato esta primavera. Sólo va a currar aquí en verano –dio un paso hacia el policía y se detuvo–. Soy una fiera cuando tengo que proteger a los *míos*. ¿Lo entiendes? Este sitio está lleno de trampas –dijo con los labios apretados–. Pero mi nieto *no* es parte de esto. Igual no entiendes lo que quiero decir, pero recuerda mis palabras. Es como la comida que preparamos, una mezcla de dulce y amargo. Los contrastes no tienen por qué ser peligrosos. Pero *pueden* serlo.

Henning Nyman vio desde lejos que algo no iba bien. Una bandada de pájaros, quince o quizá veinte, levantó el vuelo. Era su madre que había vuelto a dejar la basura fuera y contaba con que él la viera y la llevara hasta los contenedores.

No tenía fuerzas para ir hasta el extremo de la parcela donde estaban los contenedores, decía. No había forma de que aprendiera.

La colada bailaba en el viejo y oxidado tendedero, que emitía un sonoro quejido cuando el viento lo movía. Henning Nyman miró a su madre que se inclinaba con esfuerzo para recoger el barreño de plástico vacío del suelo. De los gastados zapatos marrones salían sus tobillos hinchados. Sentía una especie de ira cuando la miraba. Había dedicado toda su vida a portarse bien y controlarse. Su madre tenía la culpa de todo, de que su padre los hubiera dejado y se mudara a América. América era una expresión anticuada para decir Estados Unidos, pero su madre siempre lo decía así. Simplemente se fue a América, decía. Henning no podía recordar que su padre les hubiera sonreído alguna vez a él o a Wiggo. No hubo muchos castigos físicos, porque no hacían falta. El respeto y la angustia producto del carácter del padre eran más que suficientes. Henning tenía doce años cuando se marchó; Wiggo dos.

Henning Nyman levantó la cabeza y miró hacia el final del sembrado. Wiggo venía de camino en su Volvo blanco. La carretera se enrollaba como un cinturón sobre la pequeña colina. Las malas hierbas de la cuneta habían crecido tanto que sólo la mitad del coche era visible. Henning oía en la cabeza la voz de su hermano. *Elna está muerta, un idiota la atropelló y se dio a la fuga*. De pronto, su madre estaba a su lado con el barreño en la mano. Wiggo acababa de entrar en la última cuesta.

–Tú y yo tendremos que cuidar bien de Wiggo a partir de ahora.

Henning se apartó un poco. Su hermano pegó un frenazo levantando una polvareda alrededor del coche, salió de un salto y saludó con la cabeza a la madre y al hermano.

–Hola cariño –dijo Åsa Nyman.

Henning hizo un gesto con la mano.

–¿Cómo te fue el interrogatorio? –se acercó a su hermano e hizo algo raro en él: puso la mano sobre su hombro. Pero Wiggo se liberó de un manotazo.

–Déjame en paz –gritó enfadado–. Ahora están con la furgoneta de los helados, así que no puedo conducirla. ¿Qué coño está pasando?

Åsa miró con desánimo a sus hijos; se sentía sin fuerzas para escucharlos. ¿Cómo habían llegado a ser así? Dudaba de si algo podría hacerles llorar.

Henning Nyman miró serio a su hermano. A él no le afectaba que Wiggo se enfadara. Adoptó un tono de voz muy bajo.

–A mí también me enfurece que Elna esté muerta –dijo, dejando que un dedo recorriera su muslo. Pensaba para sí que quizá Elna no había sido más que un polvo ocasional para Wiggo. No lo sabía bien, pero seguro que era una tía maja. A lo mejor a su hermano realmente le había importado.

Wiggo fue el primero en llevar chicas a casa. Sólo tenía nueve años cuando trajo a la primera, y ella tendría unos diez. Se llamaba Nella.

Un día Wiggo y Nella habían trepado al gran cedro. Henning estaba arreglando el viejo Skoda que tenían entonces. El viejo Skoda que dejó su padre, el que su madre conducía a la compra y de vuelta, siempre averiado. Estaba agachado de espaldas a ellos. Tenía diecinueve años.

Nella tenía la espalda descubierta y trenzas rubias. Delgadas piernas morenas con sandalias rojas.

Por algún motivo, giró justo cuando Wiggo la empujó hasta hacerla caer del árbol. Se rompió el brazo por dos sitios. Había cuatro metros hasta el suelo, y cayó sobre el hombro. Gritaba como poseída.

Se levantó de golpe. Ese grito... Wiggo permaneció arriba, sentado sobre una gruesa rama. Henning recordaba con precisión lo que había dicho. *Yo soy como el hierro, yo, Henning. No fue culpa mía. Le picó una abeja*.

Esa noche Henning soñó con Nella. Fue un sueño muy especial en el que el sonido de su grito se oía todo el

tiempo como un tono de fondo. Nella, tumbada abierta de piernas en *su* cama. Su olor, el de su piel, el de su pelo trenzado, como nata tibia. Todo había sido completamente real en ese sueño. Henning, que se tumbaba sobre ella. El cuerpo pesado. Mucho más grande que la pobre pequeña Nella. *Pobre pequeña Nella*. Ese grito suyo. Justo cuando le picó la abeja. Ese grito que lo desencadenó todo. La sensación al forzarla una y otra vez. El deseo que se transformaba en una furia desconocida. Pensaba en la desaparición de su padre, un truco de magia por el que simplemente se fue. A América. Tal vez era un rasgo que se heredaba. Desear que alguien sufriera. Todo era peligroso, un sueño peligroso. Pero después, con ayuda de ese sueño, Henning había sobrellevado los días durante mucho tiempo. Hacía muchos, muchos años. No sabía muy bien por qué pensaba en ese sueño justo ahora. Pero Elna estaba muerta. Ese sueño había sido el final de algo y el principio de otra cosa. Su madre decía siempre que todo estaba bien. Pero no era así. Dijera su madre lo que dijera, había algo que no cuadraba.

Tampoco esta vez abrieron la puerta. No había ningún nombre junto a la entrada.

Cato Isaksen estaba en la entrada cubierta de grava. Puede que fueran imaginaciones suyas, pero le parecía haber visto a la mujer en la ventana cuando estuvo por allí a primera hora. Las cortinas se habían movido casi imperceptiblemente, y una sombra se retiró. Le interesaba mucho hablar con ella. Los informes decían que se llamaba Vera Mattson, y que era la última que había visto a Patrik Øye.

El jardín estaba lleno de maleza, y hacía falta pintar la casa aquí y allá. El aire era espeso, con el dulce aroma de los lirios. Las zonas que un día fueron de césped estaban cubiertas de paja y zarzas. Junto a la valla que lindaba con el vecino había una fila de viejas dalias sin podar. En el camino de entrada, cubierto de grava, se abrían paso matojos de hierba y diente de león. Dos postes sin cancela señalaban el comienzo de la parcela. Al otro lado había un garaje inclinado por el viento. Sobre un pequeño cuadrado de losetas se veía una mesa redonda oxidada con dos sillas de aluminio ondulado. Y tras la casa se prolongaba el jardín asilvestrado, con frutales, jazmines y viejas matas de bayas.

Cato Isaksen dio la vuelta a la casa y miró a través de una alta ventana fraccionada en cuadrículas. Un perro ladraba en otro jardín. Acercó la cara al cristal, levantando las manos para evitar que la luz se reflejara. Dentro, la habitación estaba recargada de muebles viejos. Parecía muy desordenada.

Cato Isaksen volvió a echar un vistazo a la casa amarilla. Estaba recién pintada y bien mantenida, al contrario que la casa de Vera Mattson. Los capullos de rosa colgaban en rojos racimos contra la pared amarilla. Y la cama elástica de la que habían hablado las dos niñas, Ina y Louise, estaba junto a la verja de la vecina.

Cuando estaba a punto de entrar en el coche se le acercó una mujer esbelta. Cato Isaksen anduvo hacia ella y se presentó.

–Gunnhild Ek –respondió ella, pasándose la mano por el corto cabello castaño.

–Vivo en la casa amarilla.

–Ah, sí –andaba por los treinta y muchos, y tenía un aspecto deportista y saludable–. ¿Así que eres la madre de Louise?

–Sí. ¿Sabes quién es?

–Sí. Hablé con ella después de la reunión en el colegio.

–Ah, claro. Lo contó. Lamentablemente no tuve posibilidad de ir. Algo está pasando aquí. En esta zona tan tranquila. Es todo tan desagradable. Un niño ha desaparecido y tres perros han sido asesinados en este barrio...

–¿Tres perros?

–Sí.

–¿Cuándo?

–No hace tanto. Al nuestro lo mataron hacia Semana Santa. Lo publicaron en el periódico local, pero no han cogido a nadie. Gente que odia a los perros; eso es.

–Tu hija, Louise, me contó algo de eso –dijo Cato Isaksen.

–Encontraron a Dennis muerto, descuartizado. Los otros perros simplemente desaparecieron. Pero estoy segura de que han sufrido el mismo destino que el nuestro.

Cato Isaksen la contempló.

–Vera Mattson, ¿nunca está en casa?

–No lo sé. No siempre abre la puerta. Su carácter es oscuro y triste. Una vecina muy peculiar. Desgraciadamente –añadió.

De pronto, Cato Isaksen percibió lo cansado que estaba. Debía irse a casa, tomar una bebida fría, comer algo.

–Muchas gracias. Volveré a ponerte en contacto contigo, si hay alguna novedad.

Gunnhild Ek asintió con la cabeza y volvió a la casa amarilla.

Cato Isaksen contempló su figura, alta y espigada, mientras sacaba el móvil. Se sentó en el coche y marcó el número de su hijo mediano diciéndole que iba camino de casa.

–Demasiado tarde –dijo Vette–. Hemos acabado de bañarnos por hoy. Volvimos a casa hace mucho.

–Debemos acompañar el cuerpo de Elna Druzika a Letonia –dijo Ingeborg Myklebust–. Nos lo entregarán mañana.

–Ésa es una tarea para la sección de orden público, ¿no? –preguntó Randi Johansen.

–No necesariamente –la interrumpió Cato Isaksen–. También deberíamos comprobar las informaciones sobre el ex novio violento de la fallecida. Y puede ser una buena ocasión. Quiero decir que paga el Estado.

–Precisamente –corroboró Ingeborg Myklebust–. Lo menos inteligente que podemos hacer en un momento tan inicial como éste, es quedarnos atados a una solución concreta. Investigaremos a Wiggo Nyman al microscopio, pero no podemos perder la perspectiva. Ya sabéis, casualidades.

–Ronny Bråthen, a él también le pasa algo. Randi y yo le hemos interrogado durante una hora, más o menos. Dice que no ha tenido nada que ver con Elna, que casi ni ha hablado con ella, tampoco. Porque es tímido. Es como si no le entendiera del todo, pero es amigo de Wiggo Nyman. Aunque, según dicen, no están juntos en su tiempo libre, sólo en el trabajo. Y no es mucho, puesto que cada uno conduce su furgoneta.

Cato Isaksen escuchaba la voz de Milly Bråthen en su cabeza. *Soy una fiera cuando tengo que proteger a los míos. Este sitio está lleno de trampas.*

–Éste no tiene por qué ser *un* caso, aunque de momento lo parezca. También puede tratarse de dos tramas separadas. La desaparición de Patrik Øye puede ser un asunto aislado. Aunque en ese caso estaríamos ante una coincidencia completamente absurda.

Era cierto que el perro que localizaba cadáveres había mostrado intención de marcar una esquina de la cámara frigorífica en Alnabru, pero cuando le habían vuelto a llevar al mismo sitio diez minutos más tarde, se había limitado a dar vueltas mientras miraba fijamente a su dueño y movía animadamente el rabo. La furgoneta de los helados estaba descartada, ahora le tocaba el turno al Volvo de Wiggo Nyman. El Golf rojo de la suegra de uno de los conductores había sido comprobado y estaba libre de sospecha.

Marian Dahle cogió una manzana verde del plato que había sobre la mesa. Cato Isaksen percibió que un comienzo de idea se le perdía; algo que quería abrirse paso hasta la superficie desde su subconsciente. Algo que Milly Bråthen había dicho de su nieto.

–Quiero ver la grabación de la mezquita. Hay que volver a comprobar a los hermanos Khan, y a ese ruso. Nos vamos a Letonia.

Randi Johansen hundió la cabeza entre sus papeles.

–Pero Juris Tjudinov ya no se encuentra en Letonia. ¿Está en Suecia, no?

–Aún no lo sabemos con seguridad. Interpol lo ha insinuado, pero aún no hemos recibido una respuesta concreta. Tendremos que ver qué descubren, si consiguen localizarle –dijo Cato Isaksen–. En todo caso tenemos que comprobar que está *fuera* del caso, siempre que no aparezcan indicios de que está *dentro* otra vez. Probablemente esté descartado. También tenemos que intentar llevarnos unas huellas dactilares del tipo, ya que vamos allí. ¿Te apetece ir, Randi?

–Para nada –respondió rápidamente–. Doy una fiesta infantil para mi hija. No puedo.

Ingeborg Myklebust se incorporó mirando directamente a Cato Isaksen.

–Pienso que deberías ir tú mismo, y llevarte a Marian Dahle.

Cato Isaksen observó sorprendido a la comisaria.

–Roger y yo podemos ir –dijo precipitadamente. Meterse en cómo repartía las tareas en su propio equipo no era función de la comisaria.

Roger Høibakk denegó con la cabeza.

–Voy a ver varios pisos. De verdad que necesito comprarme algo. En unas semanas tengo que dejar el piso que tengo alquilado. No puedo ahora.

–Por mí no hay problema –dijo Marian Dahle–. Si Roger me cuida la perra.

–Entonces está decidido –Ingeborg Myklebust se levantó–. Roger, tú te haces cargo de la perra de Dahle. Y tendréis que buscar un intérprete –evitó mirar a Cato Isaksen–. Creo que lo mejor será contactar con la embajada de Letonia. Ahora me tengo que ir corriendo a una reunión con el ministro de Justicia. Lo siento.

Salió apresuradamente por la puerta, y se alejó por el pasillo sobre sus altos tacones.

Cato Isaksen se quedó paralizado. Éste era, verdaderamente, otro golpe bajo. Roger Høibakk le miró inseguro.

–¿No querrás decir que has aceptado cuidar de ese perro? –Cato Isaksen le miró iracundo.

Tony Hansen y Asle Tengs se pusieron de pie.

–Bueno, nosotros vamos volviendo a Alnabru –dijo Asle Tengs–. Hay que seguir con los hermanos Khan, y también con Milly Bråthen. Es verdad. Estamos en época de vacaciones. Bråthen se marcha enseguida.

–Digo yo que me apañaré –comentó Roger Høibakk–. ¿Supongo que no tendré que llevarme a la perra a la cama?

Marian Dahle sonrió y dejó el corazón de la manzana sobre una servilleta.

–Probablemente no quiera meterse en tu cama. Es bastante exigente.

–¿Sí? Pues entonces todo va a ir bien, ya verás –Randi Johansen miró a Asle Tengs–. ¿Supongo que también os pondréis en contacto con las esposas de los hermanos Khan y sus familias?

–Claro.

–Pues genial –dijo Marian Dahle dándole un golpecito en la espalda–. Voy a preparar el viaje. Consigo el equipo para recoger huellas dactilares, y esas cosas –miró a Cato Isaksen–. Nos iremos pasado mañana mismo, ¿verdad?

Cato Isaksen asintió distraído:

–Sí, bueno, nos vamos el domingo.

Era evidente que entre todos le habían pillado. Sintió que podían leer el interior de su cabeza. No tenía ninguna duda de que se trataba de una venganza de Ingeborg Myklebust. Odiaba que le dijera las cosas de *esa* manera. Estaba claro que tenía algún plan infantil para que él y Marian Dahle se hicieran amigos: que se llevaran bien, que fueran felices *para siempre*, como un viejo matrimonio. Ni de coña. Había manifestado su descontento con Marian Dahle esa misma mañana. La comisaria le había mirado con extrañeza y le dijo que pusiera los pies sobre la tierra. Repitió, una vez más, que no había querido molestarle mientras estaba de baja. Él merecía ese respeto. Le dijo que tenía que dejar de malgastar su tiempo en ese asunto, que le tenía preocupada. Lo más importante era que el equipo hacía un buen trabajo.

Cato Isaksen estaba en la cafetería frente a un almuerzo caliente servido sobre un plato blanco. Todavía se sentía iracundo. Todo este asunto recorría su cuerpo constantemente. Las órdenes de Myklebust eran tan descaradas que le daban asco. Lo que había conseguido la comisaria en la sala de reuniones era una provocación directa hacia él como jefe del equipo. Asignar las tareas era su trabajo, no el de ella. Si creía que así iba a ganar, se equivocaba. Pero, por todos los demonios, no podía dejar que los demás se dieran cuenta de que significaba tanto para él en un sentido o en otro. No podía *rendirse*. Entonces Marian Dahle habría ganado. Sólo faltaría. Ahora debía tener cuidado de no caer en su propia trampa. Tenía que ser profesional.

Había conocido muchos asesinos en sus años como detective. Ahora reconocía la frustración y la ira de muchos de ellos. Bastantes asesinos eran agradables. Respetuosos y educados. Era frecuente un mecanismo psicológico de negación, incluso de autoafirmación, que los protegía de su propia personalidad. Había aprendido mucho de ellos. Pensó que cuando se trabaja a diario con personas que han matado, que han traspasado los límites, es inevitable quedar marcado.

Roger Høibakk entró en la cafetería y localizó a Cato Isaksen. Se dejó caer sobre la silla vacía.

–Buenas, jefe. Vaya mierda, eh.

–Sí.

–Jo, ya me están llamando otra vez. He hecho una oferta por un piso en Arendalsgata. Sacó el móvil del bolsillo, se levantó y volvió a salir al pasillo. Cato Isaksen vio a Marian Dahle, que acababa de pagar con su tarjeta y estaba junto a la ventana con la bandeja en las manos.

A contraluz observó su pecho pequeño y puntiagudo, y el pelo negro azabache que caía con suavidad sobre su mejilla. La frente ancha, la boca estrecha. Nunca aceptaría que fuera parte de su equipo. No creía en las cualificaciones que los demás aducían en su favor. Suspiró profundamente. Tal vez, en realidad, era *otra* cosa, meditó, quizá una obstinación que de repente necesitaba un escape.

Roger Høibakk volvió.

–No me lo han dado –dijo con amargura–, un maldito ofreció cincuenta mil más que yo.

Cato Isaksen le miró distraído.

–Ya pasarán más trenes.

–No necesito un tren, sino un piso –murmuró Roger malhumorado sacando un peine del bolsillo y pasándolo por su cabello–. Supongo que también deberíamos contactar con el padre del niño desaparecido.

–Tiene coartada. Estuvo ingresado en el hospital tres días. Pero pediré a Asle y a Tony que hablen con él.

Henning Nyman sentía que la sangre atenazaba su garganta. Era viernes por la tarde. El sol era un ojo ardiente en el cielo cuando la policía vino con una pequeña grúa y se llevó el viejo Volvo de Wiggo. Lo levantaron y se lo llevaron. Wiggo pudo montar en el coche de la policía morena del perro. Henning Nyman se quedó mirando las luces rojas traseras de la grúa y del coche de policía que desaparecían tras la curva. Sentía un profundo malestar.

No podía ser sólo Elna. Estaba claro que eran huellas del niño desaparecido lo que buscaban. Henning lo había oído en las noticias.

El cansancio que sentía colmaba todo su cuerpo. Dormir no ayudaba, no era ese tipo de cansancio. Era la soledad, aquí, en esta pequeña granja. Los permanentes lamentos de los gatos desde las jaulas, la tristeza de su madre y su propia inquietud que le atravesaba y conducía a una ira con la que no sabía qué hacer. Nunca había podido dejar a su madre. Hacía mucho que debería haberse largado.

Estaba asquerosamente harto de los gatos esos. Y de las comidas de su madre, con salsa espesa y zanahorias cocidas. Por las mañanas la oía afeitarse en el baño con la vieja máquina de su padre. Y si estaba unos días sin hacerlo, le salían unos pelos tiesos y negros en la barbilla.

Cada vez que su hermano venía, el humor de su madre mejoraba. Sentía que tenía plomo en el estómago cuando su hermano aparecía en el Volvo blanco. La naturalidad con la que aceptaba que su madre le sirviera de todas las formas posibles... Debería quedarse en la ciudad, si había decidido mudarse.

Åsa Nyman dio la vuelta y observó a través de la malla metálica el sendero pisoteado que iba del cercado de los gatos, a través del césped, hasta la entrada. La policía se había llevado a Wiggo y a su coche. Tenía que ser todo un malentendido. Después, Henning había desaparecido en el pajar. Estaría con sus trampas para animales ahí dentro, colgándolas de ganchos de la pared y ocupándose de sus cosas.

Cerró la puerta del cercado de los gatos y fue hacia la casa. Entró en la cocina sin descalzarse. Escogió una cerveza fría de la nevera y volvió a salir. Allí, bajo el árbol grande, habían comido todos juntos hacía tan sólo unos días.

Fue hasta el roble y se sentó en una de las sillas de mimbre, abrió la cerveza y bebió directamente de la lata. Un rayo de sol cruzaba la mesa. Åsa Nyman sintió la angustia que se movía como una ola desde su estómago y subía hasta el pecho. Wiggo ya había sido interrogado *una vez*, y ahora habían vuelto a buscarle. Mencionó a un amigo del trabajo, pero Åsa nunca le había visto. Echó la cabeza hacia atrás mirando fijamente la gran copa del roble. Las hojas temblaban ligeramente. Debajo de cada una de ellas había unos puntitos, como si tuvieran ojos.

Del jarrón de cristal transparente emanaba un dulce olor a podredumbre. El agua estaba turbia. Las flores silvestres marrones y secas. Se habían marchitado hacía días. Elna había estado sentada exactamente en esa silla.

Habían comido juntos los cuatro, sentados bajo el árbol, como si nunca fuera a ocurrir nada. Fue el día en el que encontró el gato muerto en el pajar. Wiggo se había llevado el cadáver del gato para deshacerse de él por ella. Había metido la bolsa de basura con el animal muerto en el Volvo, sin que Elna lo supiera.

Henning golpeó la jarra de agua haciéndola volcar. Y luego todo sucedió de golpe. De repente, los insectos salieron en bandada del oscurecido tronco del árbol. Sonaba como el zumbido de una máquina de coser manual entre las hojas recién brotadas. Las abejas de rayas negras bajaron zumbando por el tronco, hacia la comida que había sobre la mesa. Al final tuvieron que ponerse a salvo, los cuatro. Henning había sacado un frasco de Ajax con amoníaco y se había puesto a fumigar a lo loco, al aire y sobre el tronco del árbol. Elna se había reído de él, pero era una risa bondadosa. Henning siempre se ponía difícil cuando venía Elna, pero entonces se había reído. Åsa no sabía si tenía envidia de su hermano o era tímido. Henning nunca había tenido novia, que ella supiera.

En el preciso momento en que pensaba esto, lo vio salir del granero. Se quedó parado sobre la rampa, mirándola de reojo. Ella dio la vuelta y fingió que no le veía.

–Letonia, pero por Dios, Cato. Si sólo faltan unos días para las vacaciones de verano. Y hemos alquilado esa casita –Bente miró desanimada a su marido mientras le pasaba la fuente de la ensalada. Comían pollo, ensalada y pan casero en el jardín. Bente alcanzó la mantequilla–. Has prometido venir enseguida. Los chicos tienen tanta ilusión... Van a estar con nosotros los dos, Gard y Vêtle. Y Tone también. Es fantástico, que la novia de Gard prefiera estar con nosotros a quedarse con sus propios padres. ¡No te atreverás a robarnos el verano una vez más!

–Voy a estar en Letonia dos días de nada, Bente. Estoy de vuelta el dieciocho, por la noche. Además es con Tone con quien quiere estar Gard, no con *nosotros* –Cato Isaksen suspiró y dio un trago de su vaso de cerveza. Después de tantos años aún no había conseguido que Bente entendiera en qué consistía su trabajo. No podía desaparecer en mitad de un caso. Las piezas eran muchas, siempre muchas y siempre demasiado pequeñas. La única forma de llegar a la meta era trabajar duro con los indicios, uno tras otro–. Claro que vamos a tener vacaciones, Bente, pero tengo que acompañar el féretro.

El gato rojo estaba sentado en el alféizar y los contemplaba a través del cristal con sus ojos verde mar.

Bente suspiró.

–Sé que estoy siendo mala, pero me importa una mierda ese féretro. Me importan una mierda todas esas personas muertas que son tu trabajo. Yo trabajo en el sanatorio, tengo gente mayor y enfermedad a mi alrededor todo el tiempo. Ahora tenemos que largarnos de vacaciones. Nuestra vida no puede consistir sólo en viejos y muertos. Y tú, que tampoco has estado muy bien últimamente... ¿Por qué no puedes sencillamente mandar a otro a Letonia? –dudó un momento–. Por cierto... Siempre he tenido ganas de ir a Riga.

–No voy a Riga.

–Entonces, ¿adónde vas?

–Diez millas al sur, hacia la frontera con Lituania. A un sitio pequeño que se llama Bene.

–Entonces, con la nueva inspectora, ¿no?

Bente parecía irritada. Se levantó de un salto y entró por la puerta de la terraza.

–¿Qué pasa ahora? –Cato Isaksen la siguió molesto. La encontró en el lavadero, metiendo ropa sucia en la lavadora con movimientos bruscos.

Cato Isaksen se apoyó en el marco de la puerta.

–Tengo que ir, joder, no es ningún viaje de placer, si es eso lo que crees. Te he dicho que voy a acompañar el féretro. No tengo ninguna gana de ir.

–No, claro –dijo suspirando exageradamente–. Cualquiera puede acompañar ese féretro. ¿Por qué tienes que hacerlo *tú*?

–Porque voy a averiguar si un ex novio loco puede haber asesinado a Elna Druzika. Voy a hablar con su madre, sus hermanos y la mujer del tipo violento que puede encontrarse en Noruega. Puede ser el asesino. En esta fase del trabajo hay que sistematizar mucho. Detalles. Tú lo sabes todo de eso, Bente.

Bente se incorporó y se volvió hacia él mientras se apoyaba forzosamente sobre la encimera que tenía detrás. Sus pechos estaban plétóricos.

–¿Qué edad tiene?

–¿La asesinada?

–No, la nueva.

–Marian Dahle, ¿te refieres a ella?

–Sí, Marian Dahle.

–Treinta y dos, creo, o treinta y uno –Cato Isaksen la miró iracundo un momento, antes de echarse a reír convulsivamente–. Es gorda y fea. Ni te cuento cómo la llama Roger.

El gato apareció de pronto y empezó a hacer ochos entre sus pies.

–No –dijo Bente malhumorada–, ahórramelo. La asaltaron los recuerdos del tiempo en que Cato la abandonó unos años atrás y se fue a vivir con otra mujer. Y volvió. El dolor era negro y profundo. Nunca recuperaría del todo el tiempo *anterior*, aunque hiciera muchos años. El dolor de aquella vez había hecho algo irreversible con su

autoestima. Y el niño de siete años Georg sería para siempre jamás la prueba andante de su traición. Afortunadamente Georg se iba de vacaciones con su madre y su padrastro este año. Al país de origen de su padrastro. Era difícil de creer. El primer verano sin Georg. Bente se sentía malvada, pero tenía que poder permitírselo, por una vez.

Cuando Bente se durmió, Cato Isaksen se quedó tumbado en la luz gris del anochecer, con la suave funda de la almohada contra la mejilla derecha. La ropa de cama olía a frío. Tenía la mirada perdida en la habitación. Había bebido demasiado. Después de la cerveza se pasó al vino. Los ácidos quemaban su estómago. *Vamos a ir juntos de vacaciones, los chicos tienen mucha ilusión. No te atrevas a robarnos el verano otra vez.* Pensó en cómo Marian Dahle le había mirado por encima de la mesa cuando Ingeborg Myklebust proclamó que eran *ellos dos* los que viajarían a Letonia con el féretro. La imaginó tal y como la vio en la cafetería un par de horas más tarde, junto a la ventana abierta. Sus pequeños y puntiagudos pechos en silueta a contra luz. Se pilló preguntándose cómo serían sus pezones, claros u oscuros. Ella se había dado cuenta de que la miraba. Sus movimientos se hicieron rígidos y mecánicos.

Notó como, bruscamente, algo se contraía en su interior. Estuvo un rato escuchando la respiración acompañada de Bente antes de comenzar a acariciar con suavidad su mejilla. Su cuerpo se alteraba. La sensación de éxtasis bajaba por su columna vertebral. La despertó y la giró hacia él para tumbarse sobre ella, que le sonrió y le besó. Hicieron el amor intensamente. Luego quedó tumbado de espaldas mientras pasaba la mano por su cuerpo. Su estómago tenía estrías de los embarazos. Echó la cabeza hacia atrás. Cato notó que su barbilla tenía una pequeña bolsa blanda debajo. Ella le dio la espalda y se tapó las piernas con el edredón de verano estampado de florecillas azules. Volvió a dormirse. Cato Isaksen aún se quedó un rato mirando fijamente el techo blanco, teñido de gris por la noche de verano.

Una azafata de origen letón los acompañaría en el viaje como intérprete. Cato Isaksen había preparado una bolsa de viaje pequeña, con una camiseta limpia, calzoncillos, cepillo de dientes y bolsa de aseo. Una camisa blanca y zapatos negros para el entierro. Los documentos oficiales que habría de entregar estaban aparte, en una carpeta. En el aeropuerto los iban a recibir policías letones y representantes de una funeraria. Aunque era domingo, las autoridades habían prometido organizarlo. No había hoteles en Bene, así que pasarían la noche en casa de una vecina de la madre de Elna Druzika. No iba a ser un viaje cómodo, pero una noche podrían aguantar.

A Marian Dahle todavía no le habían visto el pelo. No sabía cómo iba a soportarla los dos días que estarían fuera. Tenía que hacerlo, ser profesional. Pero aun así...

Poco antes de la hora acordada para que los recogiera el coche que los llevaría al aeropuerto de Gardermoen, le avisaron desde la recepción de que había una joven esperándole. Cato Isaksen echó un vistazo al reloj, bajó en ascensor al primer piso y pasó su tarjeta por el lector.

La amplia recepción estaba silenciosa.

Era Inga Romulda. Estaba junto al mostrador vestida con una falda negra y una blusa blanca.

–Lo lamento –dijo seria cuando él se acercó a ella–. Molestarte, quiero decir. Sé que hoy te vas con la caja. Pero ¿puedes llevarte esto por mí? –le dio un paquete pequeño envuelto en papel blanco–. Es un corazón de plata. ¿Puedes llevarlo por mí y ponerlo sobre su caja? No tengo dinero para ir al entierro.

Cato Isaksen tomó el pequeño paquete.

–Lo pondré sobre el féretro –dijo.

Inga Romulda inclinó la cabeza y asintió agradecida.

Embarcaron con tiempo de sobra. La azafata que haría de intérprete se llamaba Jelena y andaba por la treintena. Su madre era de Letonia, por eso conocía el idioma. Marian y Jelena congeniaron enseguida, y Cato Isaksen pensó que eso le convenía, así charlarían y él no tendría que entretener a nadie.

El vuelo duró menos de dos horas. Llevó más tiempo solucionar las formalidades en el aeropuerto de Riga. Les indicaron que entraran en una pequeña oficina acristalada al final de la terminal. Dos policías muy serios y un representante de la agencia estatal se reunieron con ellos y revisaron los papeles y documentos. Media hora después llegó también el empleado de la funeraria, y el féretro fue trasladado en una carretilla, por el exterior de la terminal, directamente a un anticuado coche fúnebre.

La caseta de cristal era estrecha y hacía un calor insoportable. Jelena traducía y se firmaban y sellaban papeles. Había que tramitar una serie interminable de documentos. Cuando por fin todo estuvo en orden, eran casi las dos de la tarde. El sol calentaba intensamente. Los dos policías noruegos y la intérprete iban a ser trasladados en una vieja furgoneta Volkswagen que seguiría al coche fúnebre.

–Debería haber unas flores sobre el féretro –dijo Marian Dahle–. Resulta tan increíblemente miserable llevarlo así, sin nada.

Cato Isaksen estuvo de acuerdo.

–Pero no habrá floristerías abiertas en domingo –y miró interrogante a la azafata, que se encogió de hombros.

–No lo sé, no estoy familiarizada con este país de esa manera, pero puedo preguntar al conductor.

El chófer, que lucía grandes tatuajes sobre sus musculosos brazos, habló largo y tendido mientras conducía por las calles de Riga. La azafata explicó que podían parar en una de las granjas que había junto a la carretera. El conductor decía que la mayoría de las granjas tenían flores.

–De todas formas tenemos que parar para comprar algo de beber –dijo Cato Isaksen. Con tanto calor, los viejos asientos de plástico desprendían un fuerte olor. Los vaqueros se pegaban a la tapicería.

–Y también algo de comer –añadió Marian Dahle pasándose la mano por la frente.

–Pararemos en la primera gasolinera que veamos cuando hayamos cruzado la ciudad –concluyó la intérprete

señalando unos edificios grandes—. ¿A que es muy impresionante? Toda la ciudad es de inspiración turca. Yo creo que Riga es la ciudad más bella de Europa, después de Praga.

Cato Isaksen llevaba el pequeño paquete blanco con el corazón de plata de Inga Romulda en el bolsillo. Lo tocaba constantemente.

Tras hora y media de camino apareció un gran cartel amarillo con la palabra Auce.

—Ésa es la región a la que vamos.

Casi habían llegado.

—Ya va siendo hora de que consigamos esas flores —recordó Marian Dahle.

La intérprete transmitió el mensaje al conductor quien pitó al coche fúnebre, que se desvió al arcén y se detuvo envuelto en una nube de polvo. La intérprete bajó del coche y habló con el conductor, que dejó que la furgoneta Volkswagen fuera por delante el resto del camino. El paisaje se parecía increíblemente al de Dinamarca, pensó Cato Isaksen mirando las gastadas casas de piedra de una sola planta que había junto a la carretera. Los verdes de los campos eran intensos, y grandes y frondosos árboles se recortaban contra el horizonte. De repente Marian gritó que veía una cigüeña.

—Mira ahí, pero si es una cigüeña, ¿verdad?

Un pesado pájaro blanco estaba aterrizando en medio de un campo. La intérprete rió y les explicó que había muchísimas cigüeñas en Letonia.

—No es verdad que las cigüeñas estén casi extinguidas. En Letonia las ves en casi todos los tejados. Mira esos nidos grandísimos.

Justo antes de llegar, el chófer giró a la derecha por un camino de grava. Fueron por un camino de tierra a través de un paisaje frondoso y pasaron dos caballos viejos que pastaban. El chófer seguía largando.

—Dice que en los bosques de los alrededores también hay jabalíes —añadió la intérprete.

Finalmente pararon frente a una casa baja de piedra. Salió una mujer regordeta, en la cincuentena. Llevaba un vestido marrón de verano y un pañuelo en la cabeza.

El coche fúnebre esperaba un poco más allá. La mujer asintió cuando el conductor le explicó por qué habían venido. Entró en la casa para coger un gran cuchillo y desapareció hacia la parte de atrás. Cato Isaksen miró la espalda de Marian Dahle. Estaba de pie a unos quince metros, fumando como loca. ¿Era tan tonta que pensaba que no veían lo que estaba haciendo?

Unos diez minutos más tarde la mujer volvió con los brazos llenos de acianos de un azul intenso. Estaba muy seria cuando las puso en el regazo de Cato Isaksen.

Bene era un pequeño poblado de casas de una planta, de cemento y madera grisácea. El chófer señaló el colegio al pasarlo. Era de ladrillo, y recordaba mucho a la parte antigua del colegio de Høvik Verk, donde había estudiado Patrik Øye. El colegio estaba cerrado, explicó. Los niños tenían vacaciones de verano desde mayo para poder ayudar en el campo.

Pasaron una tienda pequeña y modesta. Los caminos tenían grava en algunas zonas, pero en otras eran sólo de tierra. Una vieja línea de tren clausurada cruzaba el pequeño pueblo. La hierba crecía alta entre las vías oxidadas.

El coche fúnebre estacionó ante un edificio blancuzco.

—El féretro se queda aquí —dijo la intérprete—. Es una especie de centro cívico. El hombre del coche fúnebre se ocupará del resto. Nosotros podemos seguir para ver a Fanja Druzika. El conductor dice que nos está esperando.

Cato Isaksen se dio la vuelta y vio que el coche negro paraba junto a la puerta. Vio que alguien salía. Vio un muro de piedra, y detrás del edificio un campo cultivado.

En un cartel clavado en un árbol ponía Stacijās iēla en gruesas letras blancas. Habían llegado. El número cuatro era una casa semi ruinoso, algo apartada de la carretera polvorienta. Una gran valla de madera la separaba de la casa del vecino. Detrás había un muro de piedra y junto a él hileras de fresas, verduras y patatas. Frente a la escalera, la tierra estaba pisoteada, con matojos de hierba aquí y allá.

Cato Isaksen y Marian Dahle se miraron.

–Así son aquí las cosas –sentenció la intérprete abriendo la puerta del coche. El conductor quería entrar con ellos.

–Esto es casi como retroceder cien años en el tiempo –dijo Marian Dahle, sorprendida–. No sabía que existieran sitios como éste..., tan cerca.

Cato Isaksen la miró.

–Habrás visto en la televisión imágenes de regiones rusas, Kazakhstan y sitios así. Éste es un sitio así.

–Claro que sí –le interrumpió Marian–, pero de todas formas... impresiona. Por lo menos a mí –terminó bruscamente y empezó a caminar hacia la casa.

La madre de Elna Druzika estaba junto a la mesa desvencijada toqueteando una jarra de agua. Cerca de la cocina había una niña arrodillada que miraba insegura a los extraños. Tendría unos tres años. En el suelo, frente a ella, había un sucio biberón con agua.

Cato Isaksen sonrió con cuidado a la madre de Elna Druzika y pensó en lo que había dicho Inga Romulda. Su madre pensaba que algo iría mal.

El olor de la pequeña casa era indescriptible. Una mezcla de hojas de col podridas y polvo. Parecía mentira que se pudiera vivir así con cuatro hijos.

Fanja Druzika secó sus manos en el vestido y fue hacia ellos. Era una mujer cansada, empezando la cuarentena, con una cara delgada y ojeras oscuras. La media melena castaña sujeta tras las orejas. Saludó a los tres por turnos. Les cogió la mano con cuidado, casi con vergüenza.

Les hizo pasar a una habitación pequeña. Cato Isaksen comprendió que había sido el cuarto de Elna Druzika. Había una foto suya, bien enmarcada, en la pared. El flequillo estaba un poco revuelto, como si hubiera hecho viento justo antes de tomar la foto.

Fanja Druzika miró repentinamente a Cato Isaksen con un miedo oscuro en la mirada, como si temiera alguna mala noticia más.

Pasó las manos nerviosamente por el delantal naranja y marrón que llevaba puesto. Agachó los hombros y tomó aire. Observó la foto de la pared murmurando que su hija ya estaba muerta. No podía morir otra vez.

En la cocina hacía un calor insoportable. Sobre la mesa había unos pepinos cubiertos de tierra. Seguramente cultivados junto al muro de piedra. Fanja Druzika hablaba y la azafata traducía.

–En realidad no podéis hacer nada por nosotros, si es que él lo ha hecho, quiero decir... Juris, si él lo ha hecho... en todo caso hace ya mucho que se marchó de aquí. Por cierto que fue él quien hizo la foto de Elna, la de la pared. Era lo único que sabía hacer, sacar fotos y beber. Elna era tan bonita... Pero Juris ya no está aquí. Elna estaba bien en Noruega... con Inga. Y Wiggo. Él... era tan bueno. Su madre, ella era tan buena. Elna estaba tan contenta... decía que era una familia bondadosa.

El chófer se sentó en una silla y evidentemente le habló a Fanja de las flores azules para el ataúd. Esbozó una sonrisa y dio las gracias, diciendo que iría a velar el féretro después, con los niños, cuando volvieran del campo.

Marian Dahle sonrió atentamente a Fanja cuando la intérprete hubo repetido sus palabras.

–¿Dónde están tus otros hijos? Tienes cuatro más, ¿verdad?

Fanja asintió, dijo que le costaba pasar los días, que tenía que concentrarse en los otros niños. Ahora sólo le quedaban cuatro. Había mucho que hacer, muchos hijos que mantener. Pero no entendía cómo haría pasar tantos días.

La intérprete pareció repentinamente cansada.

–Dice que es incomprensible que su hija la esté esperando al otro lado de la vida, que cuando Fanja muera su hija ya estará allí.

Fanja Druzika empezó a llorar, contó entrecortadamente que dos de sus hijas trabajaban en el campo por un poco de dinero.

–El colegio ya acaba en mayo para que los niños puedan ayudar en el campo. Mi hijo tiene dieciocho años y vive en Riga, pero viene a casa casi todos los fines de semana. Y come como una lima –añadió secándose los ojos–, así que por el día sólo estamos aquí la pequeña y yo. Sólo tiene tres años, pero ya ha aprendido a estar sola en casa. Cuando estoy ayudando en el campo se queda sola aquí dentro. A veces un vecino echa un vistazo, otras veces viene conmigo.

Se secaba las lágrimas una y otra vez con movimientos rápidos.

Ante los ojos de Cato Isaksen apareció la imagen de un recuerdo. Puede que tuviera tres o cuatro años. Su madre le abandonó con unos vecinos. Debía hacer algún recado y tuvo que irse. Era invierno y él se puso a llorar inconsolablemente. Pero su madre no volvió por él. Entre las lágrimas vio alejarse la parte de atrás de su abrigo azul. Recordó el sentimiento arrollador de que era el fin del mundo.

Cato Isaksen, Marian Dahle y la intérprete estaban instalados en torno a la gastada mesa de la cocina. El chófer por fin había comprendido que era hora de irse. La madre de Elna Druzika había servido una sencilla comida a base de patatas cocidas y verduras troceadas: tomates, pepinos y nabos. Llenó los vasos con vodka puro.

Las patatas sabían como antes. Cato Isaksen sonrió.

–Unas patatas increíblemente ricas –comentó, probando educadamente un poco de vodka. La intérprete repitió sus palabras–. En Noruega se usan tantos abonos artificiales que el sabor desaparece. Éstas de aquí saben exactamente como recuerdo las patatas de mi infancia.

Fanja Druzika esbozó una sonrisa y contestó algo que tradujo la intérprete.

–Fanja dice que siente una pena terrible por su hija, que nunca más comerá patatas, que nunca más verá a su familia. Es Elna quien da pena, no nosotros. Nosotros vivimos, Elna no.

–Háblanos de Juris Tjudinov –pidió Cato Isaksen.

–No sé qué decir. Elna hizo algo muy tonto. No se comportó como yo le había enseñado. No sé por qué Elna se enredó con Tjudinov, pero creo que se aburría. Aquí hay tan pocas distracciones... Tjudinov está casado con una de las profesoras del colegio. Es una buena mujer. Tienen cuatro hijos. La maestra vino aquí y llamó a Elna un montón de cosas feas. Estaba furiosa. Lo entiendo, era todo horrible. Juris lleva muchos años sin trabajar. Llegó a ser peligroso para Elna. Es un hombre guapo, pero sólo bebía y se pasaba todo el día tumbado en el sofá. Le pegó muy fuerte unas cuantas veces, y ella tuvo que marcharse. Luego él también se marchó y nadie sabe dónde está. Lo único que se llevó fue su cámara de fotos. Eso le ha contado su mujer a mi padre. Está en Noruega, ¿verdad? La encontró. Finalmente la encontró, ¿verdad?

Ina Bergum y Louise Ek estaban tumbadas boca arriba sobre la cama elástica, observando el cielo del anochecer. No veían al hombre que las contemplaba sujetando la correa de un perro negro en la mano. El hombre estaba a medio camino de la parcela de Vera Mattson, detrás de un arbusto de lilas. Levantó la cámara y miró por el objetivo. El ojo de la cámara captaba el paisaje, las plantas, las lilas. El ruido metálico de la cámara al dispararse dividió el silencio en dos. En un extremo de la imagen el objetivo capturó a las niñas. En fragmentos, a través del seto, quedaron adheridos a una foto el color de su piel, sus manos y retazos de su cabello. El de la rubia parecía agua en movimiento.

Las niñas llevaban bikini. El de la rubia Louise era rosa con un bordado de perlas blancas y amarillas en el borde. Era tan delgada que, tumbada boca arriba, sus caderas eran el punto más alto de su cuerpo. Cuando se sentaba y se inclinaba hacia delante se veían claramente a través de la piel sus costillas y su columna vertebral. Sus largas piernas ya habían adquirido un cálido tono moreno.

Ina Bergum llevaba un bikini de cuadros verdes. Su pecho estaba mucho más desarrollado que el de su amiga. Los dos pequeños redondeles se marcaban bajo el top del bikini que le quedaba muy pequeño. Su tripa sobresalía por encima del borde del elástico de la cintura. Todavía estaba completamente blanca.

El hombre miró a su alrededor, atrajo al perro hacia él y comenzó a subir por la carretera. Paraba aquí y allá. Fotografiaba el camino de grava, los dientes de león y las margaritas. Y las malas hierbas de las cunetas.

Louise protegió sus ojos con la mano. Las nubes parecían llegar deslizándose sobre las tejas rojas. El cielo azul profundo del anochecer dibujaba un colorido contraste con el techo rojo y las nubecillas blancas.

–Las nubes parecen un helado de nata, ¿verdad? Una pena que Wiggo no tenga un dosificador de helado en su furgoneta; por cierto. Que haya que comprar una caja entera de polos cada vez... Sale muy caro. Mamá dice que ya tenemos helados suficientes y que no me va a dejar llenar el congelador con más.

–A lo mejor miente –dijo Ina a su lado–. El policía ese dijo que tenía veintiuno.

–Sólo tiene dieciocho –dijo Louise convencida–. Ya está mirándonos otra vez.

–¿Quién?

–La señora Mattson. Está sentada completamente quieta detrás de las cortinas de la cocina y cree que no la vemos. Papá dice que no está bien de la cabeza.

Las niñas se tumbaron boca abajo. Al final del jardín, junto al seto, había una fila de flores silvestres que el cortacésped no alcanzaba a segar.

–Los botones de oro son los más bonitos –opinó Ina–. ¿No te parece? –Louise no contestó. Ina siguió: –Mamá ha dicho que no tengo permiso para ir sola a casa, aunque sea de día. Tengo que llamarla y vendrá a buscarme.

–Yo tampoco –dijo Louise–. Pero es imposible que alguien venga y nos coja mientras sea de día y seamos dos. Es peor si estás completamente sola, ¿verdad?

–Pero Patrik no estaba solo. Eran tres.

–Sí, pero los otros no volvieron.

–Pero nosotras le vimos –dijo dócilmente Ina.

–Pero fue mucho antes. Mucho antes de que desapareciera, quiero decir. Fue cuando pasó junto a la furgoneta de los helados con los demás, antes de que entraran en el jardín, ¿no? Pero no se lo he dicho ni a mamá, porque entonces seguro que no nos dejan volver a hablar con Wiggo. Yo no le digo nada a nadie. De Wiggo, quiero decir. Sólo a ti –Louise Ek se inclinó con una risa ligera y clara.

–Pero a lo mejor tenemos que contarlo –dijo Ina.

–Por qué. ¿Decir qué? Patrik era un llorica. Una mierda de niño.

–Pero ¿no querrás que esté muerto?

–Eres tonta. Claro que no quiero. ¿Por qué dices eso?

Ina suspiró profundamente y sintió que algo se le contraía en el estómago. Louise era siempre tan rápida al responder. Debía tener un poco de cuidado, pensó. Era como si Louise hiciera que fuera un poco peor de lo que realmente era. Pensó que Louise era una amiga de esas que te hacen hacer cosas que en realidad no quieres hacer. Pero quizá Louise no quisiera ser su amiga si era demasiado sosa. Y Louise era la más guapa de la clase.

–Pero si eres tú la que siempre hablas con el conductor de la furgoneta de los helados –dijo, sintiendo que se arrepentía de haber venido–. Podrías dejar de hablar con él siempre.

Louise observaba la ventana de la cocina de Vera Mattson.

–Pero si yo no he dicho que vayamos a hablar con él. Sólo he preguntado si quieres que hablemos con él.

–Pero es que no me dejan. Si ni siquiera sabemos cuántos años tiene.

–Tiene dieciocho. Y no le he mandado ningún mensaje, si es eso lo que crees.

–Dice que tiene dieciocho. Pero no has hablado con él. La policía dice que tiene veintiuno.

–Tiene dieciocho. La policía no puede acordarse de la edad de todo el mundo, ¿no? Tiene aspecto de tener dieciocho.

–Pero tiene tu número de teléfono, así que tiene que saber cómo te llamas. ¿Cómo sabe cómo te llamas?

–Seguro que se lo han dado en información; también te dan la dirección. Él sabe que vivo en la casa amarilla. Puedo fingir que me llamo Pippi, o algo así. Pippi Calzaslargas –Louise echó la cabeza hacia atrás y emitió una risa aún más aguda de lo habitual–. La niña más fuerte del mundo, ¡sííí!

Ina la miró, levantó una ceja y sonrió a su pesar.

–¿Qué crees que quiere?

–¿Tú qué crees que quiere? Por eso tenemos que ser dos.

–Imagínate que de pronto se baja los pantalones, como el exhibicionista ese.

–No va a hacer eso. Ése era un viejo. Tenía por lo menos treinta. Yo no les he dicho nada a mamá y papá, ¿y tú?

Ina sacudió la cabeza.

–Estás loca; entonces no me dejarían ni acercarme a la playa de Veritas.

Repentinamente el silencio fue roto por dos gatos que peleaban. Todo sucedió de golpe. Las niñas se sentaron en la cama elástica observando el jardín de al lado. El gato blanco pasó como una bala y subió a un árbol. Una abeja llegó zumbando e intentó posarse sobre la gruesa y pálida pantorrilla de Ina Bergum que agitó frenéticamente los brazos.

–Puaj, abejas, típico del verano, ¿no?

–Las abejas son disgusting, asquerosas –gritó Louise–. Odio los insectos –se puso de pie y empezó a saltar en la cama elástica. Su padre había salido y las observaba desde la terraza–. No es nada, papá –gritó riendo. La abeja aún dio un par de vueltas sobre las niñas, antes de perderse tras el seto de la casa marrón de la vecina.

Puede que el vodka le hiciera adoptar una actitud más benévola. Porque, de pronto, Cato Isaksen sonrió por algo que había dicho Marian Dahle. Le miró algo sorprendida mientras pasaban entre las pequeñas viviendas con la intérprete. Fanja Druzika les había dado las gracias y les había deseado que durmieran bien. Luego se había marchado para encontrarse con sus familiares y amigos junto al féretro de Elna.

Los detectives y la intérprete iban a pasar la noche en un edificio de ladrillo a la mitad de la pequeña calle principal. El entierro sería la tarde siguiente. Urgía. Con tanto calor...

La casa en la que dormirían estaba junto a la clausurada estación de tren. Marian y Jelena compartirían habitación. A Cato Isaksen le adjudicaron otra en el piso más alto, con una cama estrecha y una pequeña ventana que daba al campo. El calor vibraba bajo el techo.

Le llevó tiempo dormirse. Los pensamientos daban vueltas en su cabeza. *Este sitio está lleno de trampas. El Ronny se graduó este año.* Lo primero que iba a hacer a su vuelta era visionar esas grabaciones de vídeo de la mezquita.

Cuando despertó a la mañana siguiente, el edificio estaba en completo silencio. Se incorporó y miró la hora. Eran las diez y cuarto. Tenía la boca seca y la cabeza pesada. Había pasado una mala noche en una cama estrecha en una habitación pequeña y calurosa.

Cuando bajó, encontró a Marian sola en la planta baja. No se había peinado; su cabello todavía estaba recogido en la misma coleta del día anterior. Los ojos estrechos eran aún más estrechos de lo habitual. Había una cafetera antigua sobre un fuego solitario. Junto a la joven había dos tazas.

–¿Dónde está Jelena? –preguntó.

–Está ayudando a Fanja con algo. Supongo que en cuanto vuelva tendremos que irnos a ver a la mujer de Juris Tjudinov. ¿Tienes el equipo de las huellas dactilares?

–Sí. Los guantes, las bolsas y las instrucciones. Está todo listo.

Sobre una mesita de madera había apilados un montón de víveres. Paquetes de harina y azúcar. Cuatro panes grandes. Dos bandejas de huevos. También había dos rollos de tela floreada.

–¿Qué es esto? –preguntó.

–Nada. Lo he comprado yo allí, en la tienda. Jelena me ayudó, nos prestaron una carretilla.

–¿Por qué?

–Es para Fanja. Lo he comprado con mi dinero. Se lo voy a dar.

Marian salió por la puerta y bajó la escalera. Se quedó allí de pie, cruzada de brazos. Cato Isaksen llenó las tazas de café y salió tras ella. Se sentó sobre el primer escalón de piedra.

–No puedes darles todo eso por las buenas. Estamos aquí como representantes de la policía noruega, no como trabajadores de una ONG –permaneció sentado con las dos tazas en la mano.

Marian se dio la vuelta con prisa para que no viera que se sonrojaba. No de vergüenza, sino de ira. Por supuesto que podía darles lo que quisiera. Dijera o pensara lo que fuera Cato Isaksen, podía hacer lo que quisiera. Lo había comprado todo con su propio dinero.

–Es muy poco profesional de tu parte –añadió indignado.

Marian Dahle sintió cómo la furia se abría camino desde su estómago, hacia el pecho y hasta su garganta.

Se sentó en el escalón más bajo y pensó si debía darse la vuelta y gritarle, o morderse la lengua y mirarle con forzada tranquilidad. La escalera olía a piedra. Preferiría tenerle lejos, muy lejos. Quería estar aquí sola, con estas personas por las que podía hacer algo. Hacer algo por alguien, eso era lo que quería. Sobre todo por la niña pequeña. ¿Qué demonios era lo que había hecho? ¿Dónde se había metido? La policía no era en absoluto el sitio adecuado si uno quería hacer algo por los demás.

Marian se puso de pie y le quitó de la mano una de las tazas de café mientras le miraba fijamente. Luego volvió

a sentarse para darle una mínima oportunidad de retractarse de lo que había dicho, de mostrar una pizca de comprensión. Pero no lo hizo. Estaba claro que pensó en callarse, pero de pronto perdió el control. La taza estaba caliente entre sus dedos.

–Los hombres son malísimos en empatía. No puedo entender que tengas el puesto que tienes. Eres especialmente incompetente. Tienes poca capacidad para percibir las cosas, tienes poca o ninguna intuición. Eres un mal conocedor de las personas. Por eso eres tan sensible a la crítica. Crees que no sé cómo vas y vienes corriendo a quejarte a Myklebust de mí y de Birka, como un niño enfurruñado.

Cato Isaksen no podía creer lo que estaba oyendo. Por un segundo, un instante de tiempo detenido, estuvo a punto de levantarse y darle una torta. Esto no es ninguna discusión, pensó. Es una ruptura. Estaba bastante acostumbrado a que le insultaran. Pero no de esta manera. Estaba asustado de su agresividad. Ella había tomado el control sobre él. Aquí estaba vomitando una marea de palabras, como si estuvieran manteniendo una conversación normal. La gente que los viera allí sentados pensaría que charlaban con toda naturalidad. Marian Dahle tenía capacidad de análisis y se expresaba bien. Estaba claro que había pensado mucho todo lo que decía, porque se sentía tocado por todo. Estaba allí sentada acusándole de ser un policía brutal y desinformado cuya única manera de obtener autoridad era portarse mal con cualquiera que fuera lo bastante tonto como para dejarse. La furia hervía en su interior. Ahora sólo le quedaba una opción, y era no responder. No quería perder toda su dignidad. Se levantó bruscamente y volvió a entrar en la casa.

La familia de Juris Tjudinov vivía en el último piso de un bloque de ladrillos alto y estrecho. Cato Isaksen debería haber esperado a disponer de la intérprete antes de ponerse en contacto con ellos, pero había bajado iracundo por la calle a consecuencia de la bronca de Marian Dahle. Y ahora estaba frente a la puerta levantando la vista hacia el alto y estrecho edificio de ladrillo situado entre dos ruinosas casas de madera. Tuvo una sensación infantil de que molestaría a Marian Dahle si buscaba a la familia de Tjudinov sin ella. Era una tontería, pero estar con ella le ponía enfermo. Abrió la puerta rota y entró en el desgastado recibidor. Apestaba. Un olor casi insoportable a comida pasada, podrida. Tal vez hubiera cadáveres de ratas detrás de las paredes. Todos los edificios en los que había entrado hasta ahora tenían ese peculiar olor agrio.

Cato Isaksen subió por las escaleras. Salían ruidos de varios de los apartamentos. Voces en el calor. En el tercer piso alguien estaba gritando algo. Los Tjudinov vivían arriba del todo.

Cato Isaksen llamó levemente a la puerta. Estaba arrepentido pero era demasiado tarde. Una chica, en el inicio de la adolescencia, abrió. Cato Isaksen sonrió y se presentó en inglés. La chica le miró sin comprender y miró insegura hacia el interior de la habitación. Cato Isaksen entró en la pequeña buhardilla. Hacía un calor tremendo en la minúscula y destartalada vivienda.

La esposa de Tjudinov le miraba aterrorizada. Estaba de pie en un rincón y levantaba un niño hacia su boca. Estaba claro que sabía por qué había venido. Otros dos niños, dos chicos de diez u once años, estaban sentados cada uno en una silla en la pequeña mesa que había bajo la única ventana. La mujer apretaba al niño contra ella. Parecía que creía que Cato Isaksen los iba a matar a todos. Se arrepentía. No debería haber buscado a la familia sin la intérprete. Era poco profesional. Podía perderse información importante sobre Juris Tjudinov. Maldijo en su interior, intentó sonreír y mostrar su tarjeta de identificación. Hizo un gesto conciliador con la mano. Todo esto era culpa de Marian Dahle, pensó, mirando a su alrededor. Tres camas infantiles estaban puestas en fila contra una de las paredes, con colchones sucios y unas delgadas mantas. De repente vio las fotos. Estaban en un pequeño montón, metidas entre unos periódicos viejos en una estantería.

Cato Isaksen las sacó y les echó un rápido vistazo. Mostró una y preguntó si era Tjudinov. Su mujer asintió con miedo.

De alguna manera consiguió explicarle que necesitaba algo, lo que fuera, que fuera propiedad de Juris. Algo que hubiera tocado. Señaló la punta de sus dedos.

–Huellas dactilares –dijo en noruego.

Después, bajó las escaleras casi a la carrera. En la bolsa para las huellas dactilares llevaba algunos documentos y un despertador. Comprendió que el reloj era de Juris. Uno de los niños había balbuceado en inglés que su madre

nunca lo usaba. Estaba en lo alto de una estantería. Era probable que tuviera las huellas de Juris Tjudinov. También se había llevado la foto. Juris Tjudinov era un hombre grande y calvo, con rasgos muy marcados.

Cato Isaksen pensó en Marian Dahle y repentinamente sintió vergüenza. Él quería de verdad ayudar a estas personas. Y lo necesitaban. Necesitaban todo lo que pudieran darles. Salió de prisa por la puerta rota y se vio de nuevo en la calle que ardía de calor. Saludó distraído a la gente que pasaba por la calle. Comprendía que todos sabían quién era.

¿Cómo demonios iba a explicarle a Marian que había ido a ver a la familia sin traductor?

Cuando llegó a la casa junto a la estación clausurada, Marian había desaparecido. Y también todos los alimentos de la mesa de la cocina. Sólo quedaban las dos tazas de café medio llenas en la escalera.

Notó que estaba a punto de tener problemas con el estómago. Seguramente algo que había comido. La flora bacteriana era mucho más exuberante aquí que en casa.

Consiguió llegar al primitivo baño que estaba junto a la casa, en una caseta inclinada por el viento. No había ningún sitio para lavarse en la casa, no que él hubiera visto. Sólo el cubo de zinc con agua marrón claro que había en la cocina.

Cuando salió del retrete, Marian había vuelto. Estaba sentada en la escalera de piedra dando sorbos al café frío. El sol ya había calentado los escalones. Pasó a su lado, entró en la cocina y se lavó las manos en el cubo de zinc. Luego volvió a salir y se sentó a su lado.

Ella empezó a hablar como si nada hubiera pasado

–¿Cómo ha ido?

–Bien –dijo él–. He conseguido las huellas dactilares de Tjudinov.

–Estupendo. Por qué no mandas a la mierda lo de esta mañana –dijo dando un pequeño sorbo a la taza de café–. Tampoco hace falta que se lo cuentes todo a los demás, ¿no?

Él esbozó una sonrisa. Mandar a la mierda quizá no fuera la expresión más adecuada en este momento, pensó.

–¿No te dan ganas de hacer algo por estas personas?, cuando ves cómo viven, ¿no te dan ganas?

Cato Isaksen no contestó.

–¿Tienes un cigarrillo? Sé que fumas, aunque hayas dicho que no.

–Acabo de acordarme de Birka –Marian puso su taza de café a su lado, sobre la escalera de piedra–. Tengo que llamar a Roger.

–Roger ya tiene bastante que hacer.

–Tú no te metas. No es tu perro.

Cato Isaksen la miró. Ya estaban otra vez. Se sentía muy molesto con Roger que había dicho que sí a cuidar del perro de Marian mientras estuvieran fuera. Lo sentía casi como una traición. ¿Es que de pronto ya no tenía nada en contra del perro?

–¿Tienes un cigarrillo? –repitió.

Marian dejó el móvil junto a ella, sobre la escalera. Luego volvió a meter la mano en el bolsillo, sacó un paquete aplastado de Prince Mild y se lo tiró. Cato Isaksen lo cogió en el aire.

–Encendedor –pidió con cansancio.

Marian Dahle volvió a meter la mano en el bolsillo y sacó un encendedor que le entregó. Cato Isaksen lo aceptó y se metió un cigarrillo en la boca.

–Marian –dijo casi saboreando el nombre–, ¿no se llamaba también así la mujer de Robin Hood?

–Sí –dijo ella rápidamente–. La zorra del vestido morado con capucha. Era una zorra en la película de dibujos animados.

–Iba a decírtelo, que me recuerdas a una zorra, pero lo has dicho tú misma.

–Sí –dijo ella con cansancio y sonrió un momento–. Por cierto, ¿sabes lo que he descubierto?

Cato Isaksen dio una profunda calada al cigarrillo.

–Demonios, esto sabe demasiado bien.

–Antes, cuando la madre de Elna salió al pozo para traer agua, miré en la alacena. Y había bolsas de harina y azúcar de Noruega. Y miel, y espagueti Sopps y arroz Uncle Ben –sus mejillas se encendieron repentinamente–. Entiendes lo que eso quiere decir, ¿verdad?

–Que Elna robaba comida en el trabajo y se la mandaba a su madre –confirmó echando una gruesa columna de humo por la boca.

–Sí, y es carísimo enviar paquetes a Letonia. No es extraño que no tuviera dinero. Noventa coronas la hora –

Marian resopló.

–¿Pensaste en la posibilidad de que Patrik Øye estuviera retenido en algún lugar y que la comida fuera para él?

–En realidad no –dijo rápidamente Marian–. Faltaban alimentos desde hacía mucho tiempo, según dijo Noman Khan, bastante antes de que Patrik desapareciera. Pero pensé que tal vez Inga y Elna los cogieron para ellas mismas.

Vieron a lo lejos a la madre de Elna Druzika y la intérprete que subían por la carretera. Venían de la iglesia. Fanja Druzika tenía un pañuelo rojo en la cabeza y una gastada rebeca de punto sobre el vestido floreado. Calzaba botas de agua.

–Tendrás que hablar tú con ellas –dijo Cato Isaksen levantándose. El dolor de estómago le mandaba de nuevo al retrete.

–Lo siento –dijo ella de pronto.

Se detuvo y se volvió hacia ella.

–Quiero decir, si te complico las cosas –continuó.

–No lo haces –respondió Cato Isaksen con decisión, y se dio prisa en llegar al baño.

Fanja Druzika y la intérprete habían ido a comprobar que todo estaba listo. Los enterradores habían cavado toda la mañana un gran agujero que aparecía no muy lejos del muro de piedra del cementerio.

–Nunca han enterrado a nadie de aquí en un ataúd tan bonito –dijo Fanja Druzika. Jelena tradujo–. Y os da las gracias por todo lo que le habéis dado –añadió guiñando un ojo a Marian.

Cato Isaksen volvía del retrete justo a tiempo para oír la última frase. Sonrió inseguro a Fanja Druzika.

Durante el entierro, la pequeña familia de Elna Druzika al completo ocupó el primer banco. Los niños no habían ido a trabajar a los campos. Las chicas del pueblo vestían blusas blancas con encajes, y lucían las manos limpias de tierra. Los chicos y los hombres a un lado, las chicas y las mujeres al otro. La iglesia estaba llena. Había vecinos, profesores y las que claramente parecían unas amigas de Elna. Pero la familia de Tjudinov no estaba. El abuelo de Elna, a pesar del calor, se había puesto un anorak que le quedaba estrecho. El sacerdote habló del Señor Dios y su piedad. La intérprete susurraba palabras a un lado y otro, sentada en la segunda fila entre Cato Isaksen y Marian Dahle. Fanja Druzika lloraba en silencio. A su lado estaba el hermano de Elna de dieciocho años, serio y concentrado, vestido con un traje anticuado que le quedaba pequeño. Las hermanas parecían apáticas en sus vestidos de domingo.

De pronto Marian Dahle se deslizó frente a él mientras le indicaba a la intérprete que se levantara. No supo lo que pretendía hasta que la vio junto al féretro y la oyó hablar en voz alta. Jelena se puso de pie a su lado y tradujo.

Dijo que la policía noruega haría todo lo posible para encontrar al responsable, que Letonia era un bello país con bellos habitantes, y que Elna tenía las mejores referencias de todos aquellos que la habían conocido en Noruega. Que la policía noruega lo sentía mucho por su familia.

Cato Isaksen hervía por dentro. Pensó que Marian Dahle era completamente imprevisible. En realidad, él era el jefe del equipo de investigación. La manera que tenía de comportarse no sólo era inadmisibles, era descarada y destructiva. Nunca antes había tenido que relacionarse con una persona tan incontrolable. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Le echaría del puesto y se mudaría a su despacho? Se sintió repentinamente agotado.

Se levantó momentos antes de que el féretro fuera llevado fuera de la iglesia. En la mano llevaba el pequeño paquete blanco. Quitó el papel y dejó el menudo corazón de plata sobre la caja. Notó que las flores azules se estaban marchitando.

Luego todos siguieron al féretro al exterior. Lo llevaban el hermano y el abuelo de Elna y cuatro hombres desconocidos. Fue depositado en la tierra marrón clara y seca mientras los presentes cantaban un salmo. Finalmente los niños echaron flores silvestres sobre el féretro, y Cato Isaksen se fijó en que el sol se reflejaba intensamente en el pequeño corazón de plata de Inga Romulda. Para terminar, los enterradores lo sepultaron todo bajo tierra.

El mismo chófer regresó con la vieja furgoneta Volkswagen para volver a llevarlos a Riga. Fanja Druzika lloró al darles un beso de despedida. Marian y Jelena lloraban abiertamente. Por un momento, Cato Isaksen también tuvo problemas para contener las lágrimas.

Se sentó delante, junto al conductor. Marian y Jelena en el asiento de atrás.

Estaba tan desconcertado por todo el asunto que no dijo ni una palabra en todo el camino. El dolor de estómago se intensificó.

En el aeropuerto fue apresuradamente al baño, mientras Jelena iba corriendo a una tienda para comprar unos dulces especiales para su madre. Cuando salió del baño Marian le estaba esperando. Se hizo la tonta y le preguntó que *qué* pasaba *ahora*. Que qué pasaba ahora, ¿sería posible? No contestó, se limitó a intentar pasar de largo.

–Pero quiero saberlo –siguió ella.

–¿Saber qué? –replicó él, girándose hasta darle la espalda y mirando fijamente por las ventanas panorámicas, a la pista. Una bandada de pájaros daba vueltas. Volaban aquí y allá todos agrupados, antes de salir por un lado de su campo de visión y desaparecer hacia el cielo azul intenso.

–No fue ningún truco por mi parte, lo de la iglesia. Simplemente sentí la necesidad de decir algo. No puede ser que tengas tan baja autoestima que te preocupe que quisiera decir algo.

–Fue de extremado mal gusto –dijo volviéndose hacia ella–. Haces cosas que no son apropiadas para alguien que trabaja en la policía. Eres irracional e hipersensible.

En el avión se sentó tan lejos de ella como era posible, atrás del todo, donde el ruido de los motores hacía vibrar el apoyacabezas. Podía oír los latidos de su corazón a través del ruido de los motores. Se quedó sentado mirando fijamente al frente y no se movió. Ni siquiera cuando el avión empezó a rodar por la pista, ni cuando aumentó de velocidad hasta subir por el aire.

El sobre era rosa, rodeado de una franja morada llena de diminutas sirenas de color verde claro y amarillo. Wiggo Nyman estudió la carta. Su nombre estaba escrito con caligrafía infantil.

Otra más, pensó, sintiendo cómo el corazón empezaba a golpear en su pecho, cómo la sangre pulsaba en su cuello. El sello estaba algo torcido, arriba, en la esquina derecha.

Vio a Inga a través de la puerta de cristal, vio que estaba en el aparcamiento esperándole. Iban a coger el autobús. La Policía aún no le había devuelto el Volvo.

Rasgó el sobre con el pulso tembloroso. Su mirada recorrió la hoja.

Querido hombre de los helados:

Llamamos a información y nos dieron el número de ahí donde trabajas. Helado-directo, ¡ya sabes! Luego preguntamos por tu dirección y tu nombre. Dijimos que una de nosotras se había dejado el gorro en tu furgoneta. Pero no es verdad, ¡ya sabes! Porque no usamos gorro en verano ¡ya sabes! Pero te hemos comprado helados muchas veces. No hemos dicho nada de lo que tú ya sabes. Pero ese día lo vimos todo.

P. D.: Patrik era maleducado. No nos gustaba, así que no vamos a decir nada. Pero tienes que darnos helados gratis. Je, je.

Dos sirenas.

Era una copia exacta de la carta que había recibido cinco días antes. ¿Qué querían exactamente esas malditas niñas? Había intentado llamar a una de ellas. Le habían dado su número en información. Eran las dos niñas de la cama elástica. Eran ellas seguro. No sabía cuál de ellas vivía en la casa amarilla. La pelirroja, o la rubia.

Subió corriendo las escaleras y entró en su estudio. Se quedó un rato en el pequeño recibidor. Faltaban diez minutos para que saliera el autobús. El aire estaba quieto y pesado. Entró corriendo y metió la carta en un pequeño cajón.

Wiggo Nyman se encontró con su mirada en el espejo que había sobre el sofá. Había adelgazado. ¿Debería ir a Maridalen esa tarde?

Elna estaba muerta. Ayer la habían enterrado en su casa, en Letonia. Sentía la angustia como un fuerte dolor en el estómago. Muerta, estaba muerta. Tumbada helada y quieta en una caja bajo muchas capas de tierra.

Se dejó caer sobre el sofá cama y respiró profundamente. Oyó los pasos ligeros de Inga que subía la escalera.

La vio en la puerta mirándole extrañada y señalando su reloj.

–El autobús –dijo.

Se levantó con una mueca; algo que pretendía parecer una sonrisa.

Roger Høibakk salió del ascensor tirando de la correa de Birka, que iba moviendo el rabo. La alegría de volver a ver a Marian la desbordaba. La perra, habitualmente tan bien educada, no conseguía controlar la felicidad que le producía volver a ver a su ama.

–Por Dios –exclamó Roger Høibakk–, ni que hubieras estado fuera un año.

–Tonta, si sólo han sido dos días.

Marian rió con fuerza y puso sus manos sobre las rodillas. La bóxer saltaba y daba vueltas a su alrededor. Salía disparada de lado por el pasillo y volvía ladrando y aullando de felicidad. Marian se puso en cuclillas para acariciar a la exultante perra.

Cato Isaksen estaba en su despacho y oía perfectamente lo que estaba pasando en el pasillo. Le molestaba todo el asunto. Roger y él nunca habían quedado en privado, no habían tenido verdadera confianza. Pero, de todas formas, esto del perro era una traición.

Se levantó, y se acercó a la ventana. Fuera, los árboles cambiaban continuamente de color. El viento movía y giraba las hojas, dando a las copas constantes nuevos matices. Junto a la iglesia una madre tiraba de un gran cochecito para gemelos. Niños por todas partes. *Ya sabes, tres amigos pueden ser uno de más. Sabes cómo pueden ser los niños.* Amigos y enemigos. Adultos y niños, todos tienen enemigos. Por un momento Cato Isaksen se dio cuenta de que Marian Dahle quizá fuera sobre todo un síntoma de una rabia que debía intentar definir. Ella era *una de más*. ¿Estaba llevando a cabo una venganza personal contra él? ¿O era él quien se portaba de manera infantil e hipersensible?

Tal vez sólo estaba intentando hacer un buen trabajo. En lugar de concentrarse en el aspecto profesional quizá él también había llevado a cabo una venganza personal contra ella. *Él* lo sabía y *ella* lo sabía, pero los demás no entendían las señales, no llegaban a comprender del todo lo que pasaba entre ellos. Y quizá fuera mejor así.

Roger Høibakk apareció repentinamente en la puerta.

–Hola, jefe. ¿Querrás creer que me he tenido que llevar a la maldita bóxer a firmar el contrato? He conseguido piso, en Tåsen.

Cato Isaksen se volvió hacia él.

–Enhorabuena –le dijo secamente.

–Asco de perro –Roger sonrió–. Por cierto, que han publicado muchísimo en los periódicos mientras estabais fuera. *VG* y *Dagbladet* han sabido que estabais en Letonia, han escrito sobre Juris Tjudinov y que la Interpol le busca. Y han hecho algo más que insinuar que la desaparición de Patrik Øye tiene algo que ver con el caso Elna Druzika. Así que ahora todo el mundo lo sabe *todo*. Hay tanta mierda de filtraciones que es un asco.

–Por lo menos me he traído las huellas de Tjudinov. Su despertador está en manos de los técnicos y nos dicen que son buenas.

Asle Tengs asomó la cabeza por la puerta.

–Bueno, vamos a ver el vídeo de la mezquita.

–Ahí tienes a Noman –indicó Asle Tengs señalando a un hombre que estaba en el extremo de la imagen. Cato Isaksen se inclinó hacia la pantalla.

–Son tan condenadamente parecidos estos tíos.

Unos números rojos mostraban la hora en la esquina inferior izquierda.

–¿Se puede trucar el tiempo?

Asle Tengs negó con la cabeza.

He adelantado la cinta. La grabación está hecha a la hora exacta a la que Druzika fue atropellada. Tony y yo hemos hablado con las dos esposas.

Cato Isaksen miró fijamente a las dos mujeres, una vestida de largo en rojo y la otra en dorado.

–La de rojo es la mujer de Ahmed. Me pareció que estaba un poco asustada. Asegura que el marido estaba allí. Por cierto, puedes verle ahí. Voy a parar la imagen para que lo veas.

Cato Isaksen entrecerró los ojos.

–¿Crees que se parece? Ése podría ser cualquiera. Yo ni he hablado con él.

–Eso es exactamente lo que pasa. Como está medio de espaldas, no es fácil verle. Pero esa chaqueta que lleva es bastante especial. Hemos estado en su casa y tiene allí la chaqueta. Su mujer nos la enseñó.

Tony Hansen se aclaró la voz.

–Me he dedicado a seguir y observar a Wiggo Nyman casi todo el tiempo desde que se relacionaron los dos casos. No he notado nada especial. Va al trabajo con Inga Romulda, conduce la furgoneta de los helados, y va a ver a su madre por la tarde. Eso es todo. No ha estado con Ronny Bråthen en su tiempo libre.

Roger Høibakk le miró.

–Joder, qué moreno estás, Tony, ¿te das rayos uva?

Tony Hansen sonrió levemente.

–¿Y qué? Entreno en un gimnasio. Los héroes se preparan para el invierno, ya sabes.

Roger se inclinó sobre la mesa y estaba a punto de contestar cuando Ingeborg Myklebust entró en la sala.

–Buenas –dijo animada–. ¿Cómo os fue por Letonia?

Cato Isaksen echó una mirada rápida a Marian Dahle.

–Todo según lo previsto –dijo enseguida.

Ingeborg Myklebust miró a Cato Isaksen, que le sostuvo la mirada.

–Sí, todo fue bien. Conseguimos lo que necesitábamos.

–Bien.

Cato Isaksen miró a Randi Johansen.

–Y vosotros, ¿habéis hablado con el padre de Patrik Øye durante nuestra ausencia?

–Sí, estaba ingresado en el hospital cuando el niño desapareció. Un tipo agradable, pero la relación entre los padres es problemática. Parece ser que tuvieron un divorcio traumático. Dice que la madre, Signe Marie Øye, es un poco neurótica. No sé..., ¿tú has hablado con ella, no, Cato?

–Sí, confirmó Cato Isaksen rápidamente, pero neurótica..., no sé muy bien si la describiría así. Quiero decir, dadas las circunstancias. Está completamente destruida, claro.

–En todo caso él trabaja en una editorial que publica revistas. Repito que estaba ingresado en el hospital de Bærum con apendicitis cuando su hijo desapareció, así que podemos olvidarnos de él. No ha secuestrado a su hijo. Por supuesto que la policía de Asker y Bærum ha comprobado todas las alternativas antes que nosotros. Interpol mantiene su hipótesis de que Juris Tjudinov está en Suecia. Ahora tendremos sus huellas y también una foto. Claro que existe la posibilidad de que haya conseguido entrar en Noruega desde Suecia.

Ellen Grue se secó el cuello con una toallita húmeda.

–Todavía estamos trabajando con el coche de Wiggo Nyman. Espero terminar mañana. Nyman ha llamado tres veces insistiendo para que se lo devolvamos.

–Entonces, entiendo que no hay indicios de nada en ese coche –Ingeborg Myklebust la miró.

–En realidad no. Por lo menos ninguna huella del chico desaparecido. Pero, como digo, aún no hemos acabado.

–Tenemos que trabajar con objetivos definidos, cosas concretas –afirmó Cato Isaksen con decisión–. Ya sabemos por casos anteriores que con frecuencia ocurren las coincidencias más extrañas. Quiero llegar hasta el final y descubrir dónde está el tal Juris Tjudinov. Si *está* en Noruega, tenemos que atraparlo. Es verdad que el viaje a Letonia ha sido muy importante. Todo hace indicar que Elna Druzika era una persona callada y prudente. En realidad, no puedo imaginar que tuviera enemigos.

–Pero también, es demasiada casualidad lo del vendedor de helados, ¿no es así?

–Ingeborg Myklebust empezó a hablar largo y tendido de cómo podían estar relacionados los dos casos. Finalmente fue Cato Isaksen quien la interrumpió.

–La tertulia de la tarde –susurró Roger Høibakk a Tony Hansen, que enrojeció y fingió no haber oído el cínico comentario. Miraba con admiración a la comisaria. Le llenaba de respeto la sensación de ser parte del mejor

equipo de homicidios.

–Vamos a interrumpir los seguimientos a Nyman de momento, Tony –informó Cato Isaksen–. Tenemos que traer otra vez al guarda de Securitas, que es el único testigo. Y Asle, tú sigue con los hermanos Khan. Consigue más testigos que estuvieran en la mezquita esa noche. Trae a la esposa de Ahmed para interrogarla. Aquí, en la comisaría, a ver si así se da cuenta de que esto va en serio. Yo me voy otra vez a Høvik esta tarde, a ver si consigo hablar con esa maldita testigo. La señora mayor del jardín asilvestrado, Vera Mattson. He intentado hablar con ella dos veces, pero no abre la puerta. También me pasaré a ver a los dos niños, Klaus y Tobias.

–Voy contigo, dijo Marian Dahle.

–No –masculló Cato Isaksen bruscamente. ¿No tenía vergüenza? ¿No entendía nada de nada?–. Lo voy a hacer camino de casa. Tendríamos que llevar dos coches.

–No importa. Me lo tomaré como una excursión. Luego puedo darle a Birka un paseo por el parque Veritas. Está en el coche, en el parking. Voy a menudo a Høvikodden y al parque Veritas los fines de semana, así que conozco bien la zona.

Cato Isaksen la miró fríamente.

Apareció una arruga en el entrecejo de Ingeborg Myklebust.

–Así que debo entender que, después de todo, el viaje a Letonia no fue ningún éxito.

Cato Isaksen no contestó. Una idea acababa de abrirse camino en su cabeza. ¿Qué era lo que había dicho Milly Bråthen? *Nadie aquí le deseaba ningún mal a Elna. El Ronny se graduó esta primavera.*

–Esperad un poco –gritó–. Ronny Bråthen se graduó esta primavera. Y los coches con los que se festejan las graduaciones son rojos.

Louise Ek estaba desnuda en la cama cubierta con su edredón, subido hasta el cuello. La funda olía débilmente a detergente. El aire estaba tan caliente que casi dolía respirarlo. Los sonidos del arbusto de lilas entraban por la ventana abierta. Oía el zumbido de los insectos entre las matas de frambuesas. Faltaba sólo una semana de cole para que empezaran las vacaciones. Y dentro de cuatro días la clase iría de excursión. Por un momento se *distrajo*, pero de repente abrió unos ojos como platos. ¡La llamada de la furgoneta de los helados! ¡Era la furgoneta de los helados! Sintió que su corazón se aceleraba. Se imaginaba el coche frente a ella. La escritura azul marino y rosa en el lateral. *Helado-directo, con sabor a estrellas*. Recordó repentinamente que había soñado con Wiggo, se había dormido un momento y soñado que corrían todo lo que podían uno al lado del otro. Eran diminutos, y saltaban sobre la furgoneta, arriba y abajo, atravesando las estrellas. La furgoneta de los helados era una iglesia, una torre azul claro sobre ruedas.

Volvió a hacerse el silencio. Ahora había aparcado arriba, en el cruce. Ahora acudían los clientes para comprar.

Todo cambió al desaparecer Patrik. La semana pasada su padre la había estado mirando de forma *muy* especial. Como si creyera que ella sabía algo. Su madre también. Los dos estaban irritados y susceptibles, decían que se había vuelto descarada al hablar, y cosas así. Y que tuviera cuidado. Como tenía mala conciencia, estaba convencida de que sabían que algo iba mal. Estaba buscándose problemas. Utilizaban palabras que no podía soportar, como «ya veremos». Palabras que se utilizan para tranquilizar a los niños, y que en realidad quieren decir no.

A su padre sólo le interesaban los deportes. Tenía que correr y entrenar y jugar al golf todo el rato. Le parecía que Louise era vaga. Todo estaba relacionado. Sus padres ya no sentían ningún respeto por ella. No querían escuchar, sólo que todo se hiciera a su manera. Ni siquiera le dejaban decidir cómo ir vestida. Por eso quería castigarlos. Quería hacer cosas para las que *no* tenía permiso. Pronto estaría de vacaciones. Estaba cansada de conjugar verbos, ...y de las matemáticas.

El pantalón corto blanco y la blusa rosa con los tres botones junto al cuello estaban en un montón en el suelo. En la estantería estaba Bittelise, la muñeca que le regalaron cuando cumplió cuatro años que no se decidía a guardar. Ina le había tomado el pelo varias veces por eso.

Echó el edredón a un lado y se puso de pie. Había vuelto a discutir con su madre por la ropa. En la pared estaba colgado el dibujo grande que había hecho de su perro. La cabeza con las orejas peludas y la boca entreabierta con su divertida lengüecita asomando. Sentado debajo de un árbol con un lazo rojo alrededor del cuello. Dennis estaba muerto. Alguien lo había descuartizado y tirado a la cuneta. Su collar había desaparecido. Su padre decía que lo había hecho la vecina, pero Louise sabía que no había sido ella. Ella, que nunca hablaba con nadie, no podía haber matado al pequeño perro blanco.

Louise Ek atravesó sin ropa las habitaciones vacías. Se detuvo delante del espejo mirándose en su gran luna. Observó su cara y su cuerpo. Su madre había dicho que parecía consentida. ¿Lo parecía? Le daban 300 coronas a la semana de paga. Era demasiado, opinaba su madre.

Louise se metió el dedo en el ombligo. Había empezado a pensar en bebés, en que un día tendría su propio hijo. Su cuerpo llevaría al niño hasta que estuviera maduro. Bittelise era un bebé así, aunque sólo fuera un muñeco de goma con el pelo artificial.

No quería pensar en Patrik Øye, era todo tan desagradable. En realidad también estaba un poco harta de Ina. La provocaba para hacer cosas que en *realidad* ella no quería hacer. Algunas veces era como si se hundieran juntas en *algo* que al final no podían controlar. Como si todo lo que tocaran Ina y ella se deshiciera y no fuera posible recomponerlo.

Milly Bråthen escuchó a Cato Isaksen sin interrumpirle. Le hizo las preguntas muy deprisa. ¿Había tenido Ronny un coche para celebrar su graduación? ¿Dónde estaba ese coche ahora? ¿Dónde estaba él?

Zumbaba la campana extractora sobre la gran cocina. Una de las furgonetas de helados estaba aparcando fuera. Cato Isaksen podía notar la furia de Milly Bråthen: la cocinera se dio la vuelta, abrió el horno tirando bruscamente de la puerta, se giró, cogió la fuente, la introdujo sobre la rejilla y cerró la puerta de golpe.

–Nunca encuentro una buena receta para los macarrones gratinados. Todo el mundo piensa que es fácil ¿no?, pero no lo es, qué va. Es un verdadero arte hacer un buen gratinado de macarrones.

Inga Romulda salió de la cámara frigorífica con dos bolsas de muslos de pollo congelados. Cuando vio al policía dio un respingo.

–¿Habéis descubierto algo? ¿Sabéis quién ha sido?

Cato Isaksen se secó el sudor de la frente.

–No. Estoy aquí para hablar con Milly y Ronny.

–Está trabajando –Inga miró un momento el reloj–. Pero vuelve pronto, ¿no es así, Milly?

Milly Bråthen se aclaró las manos bajo el grifo con movimientos bruscos y entrecortados.

–Lo llevo diciendo desde siempre, yo. Que el Ronny se mantenga al margen.

–¿Al margen de qué?

–De todo. Sí, tenía un coche de graduación.

–¿Qué clase de coche?

–Un Mercedes viejo, un turismo de cuatro plazas. Eran cuatro. No sé dónde está ahora.

Inga Romulda miró asustada a Milly.

–Ronny...

–No –dijo Milly Bråthen rápidamente–. No tiene na que ver con esto.

En una de las estrechas ventanas, junto al techo, estaba atrapada una mosca. Zumbaba enfadada de un lado para otro. Cato Isaksen contempló a las dos mujeres. Inga Romulda dejó los muslos de pollo sobre la encimera y empezó a mezclar atún y mayonesa en un cuenco.

–La última vez que estuve por aquí –siguió el policía mirando a Milly Bråthen– dijiste algo de que las contradicciones no tenían que ser necesariamente peligrosas, pero que podían serlo. ¿Qué querías decir con eso?

Sus ojos enrojecieron mientras hablaba.

–Dije que es como la comida que preparamos, una mezcla de dulce y amargo. Los contrastes no tienen por qué ser peligrosos, dije, pero pueden serlo.

Ahmed Khan salió repentinamente de la oficina. Estaba claro que le producía una gran incomodidad ver allí a Cato Isaksen. ¿Estaba Milly Bråthen intentando contarle algo de los dos hermanos? *Los contrastes no tienen por qué ser peligrosos, pero pueden serlo.*

–¿Qué pasa ahora? –preguntó Ahmed Khan.

Cato Isaksen le miró fijamente. ¿Era éste el hombre que llevaba la llamativa chaqueta en el vídeo? ¿El que estaba medio vuelto de espaldas? Podría ser. Pero también podía haber sido otro.

Cato Isaksen le tendió la mano. Ahmed Khan la estrechó.

–Quiero saber qué pasa aquí –dijo con brusquedad–. Quiero que lo digas todo.

Inga Romulda lavaba lechuga bajo el grifo y cortaba tomates. Milly Bråthen metió una de sus manos en un guante de goma y se puso a limpiar el fregadero.

–No creo que tú vayas a decidir lo que la policía tiene o no tiene que hacer –le replicó Cato Isaksen.

Ahmed Khan cambió de tono rápidamente.

–Pero es una ofensa hablar de la muerte en un sitio lleno de comida.

Milly Bråthen fue hasta la puerta y la abrió de par en par. El aire del verano entró en la cocina y se llevó consigo algo del olor a comida.

–Es con Milly Bråthen con quien quiero hablar ahora –dijo Cato Isaksen–, si me lo permites.

Inga Romulda cortó dos pomelos grandes. Levantaba la vista temerosa hacia Cato Isaksen y Ahmed Khan, que

sacó las llaves del coche de un bolsillo, hizo un breve gesto con la cabeza hacia el inspector y desapareció escaleras abajo camino de su Audi gris.

El dolor estaba escrito en la cara de Milly Bråthen.

–Creo que el coche ese de la graduación está en casa del colega del Ronny –dijo bajito. Luego se echó a llorar.

La tierra, gris y seca, formaba terrones dispersos. Henning Nyman intentaba no pisar las espigas. Donde acababa el cultivo empezaban las flores, antes de llegar a las ortigas que rodeaban la desgastada valla caída. Tenía cuidado con dónde ponía los pies. Las margaritas y los tréboles encarnados estaban secos por falta de lluvia. Era verdad que había llovido el otro día, pero no fue suficiente. El agua se había evaporado con el sol de la mañana al día siguiente. Pasó por encima de la valla caída. Tras ella se alzaba el bosque, profundo y oscuro.

Siguió el sendero hasta que el bosque empezó a clarear. Llegó a la cuneta repleta de hierbajos y cardos, antes de vislumbrar la casa roja.

Henning Nyman no sabía por qué su madre tenía las llaves de la casa de Helmer Ruud. Le habían dado la llave hacía un montón de años, cuando Henning era pequeño. Siempre estaba colgada en el armario de las llaves del recibidor. Estaba allí desde que él podía recordar. Y ahora Helmer había acabado en el hospital. Se había roto la cadera y estaría semanas lejos de casa. Cuando su madre se lo contó empezó a ir a la casa vacía.

Pensaba en su madre. Que hubieran vuelto a interrogar a Wiggo y que se llevaran su coche la había afectado muchísimo. En resumidas cuentas, era demasiado de *todo*, pensó. Repentinamente, un recuerdo de la infancia pasó tembloroso por su mente. Cuando su padre se marchó aquella vez, su madre había dejado muy claro que no tenían que hablar con nadie de los *problemas*, como ella lo llamaba. Sólo tenían que decir que su padre estaba de viaje de negocios en América. Algo que por lo demás era cierto, sólo que nunca volvió. Le habían dado la representación de algo, algo que tenía que ver con un gancho que mantenía las vías del tren en su sitio. Cuando se fue, su madre nunca lloró, pero se volvió una amargada. A Henning le parecía una cosa horrible guardar un secreto así, que su padre *nunca* volvería. Había encontrado la alianza de su madre en el joyero viejo que tenía en su dormitorio. Siempre había dormido en el mismo lado de la cama de matrimonio. Cuando él se fue, empezó a dormir en su lado.

La casa de Helmer Ruud, pintada de rojo oscuro, era una construcción de los setenta. Una casa completamente normal, de catálogo prediseñado Block Watne, con una puerta con cristal esmerilado y una terraza bastante grande sobre el garaje. Frente a la casa había un patio cubierto de grava y un montón enorme de gravilla. Helmer Ruud quitaba la nieve de los caminos del bosque durante el invierno y era responsable de echar sal. Por eso tenía el tractor con la pala quitanieves aparcado frente a la casa también en verano. También estaba encargado de controlar la barrera que protegía la reserva natural para que los desconocidos no metieran sus coches en ella. Sólo la gente que tenía casitas de veraneo en la zona tenía la llave.

Henning había estado en la casa un par de veces, con su madre, al poco de marcharse su padre. Se acordaba vagamente. Era un recuerdo muy antiguo, alojado en lo más profundo de su mente. Intentó concentrarse y recuperarlo, pero se le escapaba.

Olía a cerrado en el pequeño recibidor. Era una sensación extraña estar en una casa desconocida sin permiso. No había flores que regar, nada que cuidar. Tampoco mascotas.

Una sólida puerta de madera llevaba al resto de la casa, pero Henning abrió la puerta de la derecha y entró en el lavadero que estaba junto al recibidor. Dentro había una lavadora vieja, una pila y, debajo del desagüe, un cubo de plástico rojo. El grifo goteaba. El agua caía del cubo al suelo y seguía hasta la rejilla oxidada junto a la pared. Del lavadero bajaba una escalera que llevaba al sótano. Allí había varias habitaciones y trasteros. Pero ninguna ventana. La puerta del sótano estaba cerrada. Metió la mano por la puerta y encendió la luz. Una bombilla solitaria iluminó la estrecha y gastada escalera del sótano. Olía a humedad y un poco a moho.

Apagó la luz, cerró la puerta y salió del lavadero. Se quedó escuchando el silencio. Luego volvió a salir al pasillo y siguió hasta el salón. Olía a cerrado en la casa. No era extraño si nadie vivía allí. La mesa del comedor estaba llena de papeles, pequeños montones de quinielas y circulares sobre los caminos forestales, que propietarios tenían derecho a la llave y cosas así. Había chaquetas y otras prendas tiradas sobre el sofá y las

sillas. La encimera de la cocina estaba hasta arriba de platos sucios, y de unos restos de comida se desprendía olor a podrido.

Frente al ventanal del salón, crecía una franja de hierba llena de dientes de león, antes de los altos y negros abetos y la gran reserva natural.

El olor de las paredes de madera, los muebles y la chimenea, que desprendía hollín, estaban grabadas en lo profundo de su conciencia. Henning intentó otra vez concentrarse para recuperar ese viejo recuerdo, pero se le volvió a escapar.

Henning no era tan tonto como para sentirse anormal. No era *eso*, que no pudiera tratar con otras personas con *normalidad*. No era eso. Si fuera completamente anormal, no se conseguirían revistas así, pensó.

Encontró las revistas el primer día. En un cajón de una vieja cómoda en el pasillo del sótano. Las páginas olían a moho, gruesas y deformadas por la humedad. Las fotos de las revistas de Helmer Ruud eran de niños, no muy crecidos. La niña de la portada de la primera revista estaba desnuda, vista desde atrás, inclinada sobre una cama. Con lazos rojos en las largas trenzas rubias. Se parecía muchísimo a la amiga de Wiggo de los viejos tiempos, Nella, pensó.

Había algo que no cuadraba, algo que tendría que haber tenido en cuenta. Cato Isaksen sintió como la irritación se abría camino por su cuerpo. El sol daba en la pantalla del ordenador y dificultaba la lectura. Se levantó y echó la cortina de un brusco tirón. Bajó por el pasillo en busca de un café. Luego cerró la puerta y se sentó.

El coche de graduación de Ronny Bråthen ya había sido trasladado para su inspección. Estaba donde dijo Milly Bråthen. Cato Isaksen quería revisar todos los datos concretos una vez más, porque no había nada que indicara que el viejo Mercedes tuviera daños. Era una maldición todo el asunto. Imposible encontrar una pista. ¿Sería al final simple casualidad que los crímenes hubieran ocurrido de forma más o menos paralela? ¿Había algo que poder deducir del tiempo transcurrido entre el desarrollo de los acontecimientos del caso «Patrik Øye» y el caso «Elna Druzika»? ¿Detalles en los que no se habían fijado? El hecho de que Wiggo Nyman apareciera en el centro de los dos, ¿podía realmente tratarse de una casualidad? Wiggo Nyman no tenía ningún tipo de antecedente. Y Ronny Bråthen ¿Estaba involucrado de alguna manera? ¿Solo, o en compañía de Wiggo Nyman? ¿Y los hermanos Khan?, ¿qué coño pasaba con ellos?

Notó una punzada en la frente que se desplazaba hacia un lado. Tomó una pastilla para el dolor de cabeza. No había absolutamente ningún indicio para poder resolver el caso. Todo lo que tenían eran suposiciones. Y eso no bastaba de ninguna manera. Y ninguna huella en ninguno de los coches, ni en ningún otro sitio. ¿Pero era razonable que Nyman, aunque tuviera un expediente impecable, no tuviera nada que ver con los casos? Creer, o no *creer*. En este caso había una avalancha de casualidades, pensó irritado y se inclinó sobre la pantalla. De camino a casa volvería a pasar por donde Vera Mattson en la calle Selvik. Iba a aporrear la puerta hasta que abriera. No figuraba que tuviera móvil, y en el número de casa no cogían el teléfono.

Así que Patrik Øye había desaparecido en el camino de vuelta del colegio el lunes tres de junio, más concretamente hacia las quince horas. Iba vestido con una camiseta verde claro, vaqueros y deportivas negras. En la espalda llevaba una mochila negra y beige con una raya verde. Los padres estaban divorciados. Su padre vivía en Våller. La madre en la calle Odden. En esa fecha, el padre estaba ingresado en el hospital, y la madre trabajaba en una floristería del centro comercial de Høvik.

Vera Mattson fue la última que vio al niño...

Cato Isaksen aguzó su mirada y dejó que sus ojos repasaran con rapidez todos los datos consignados.

El perro policía que se utilizó en la búsqueda del niño había marcado *un* sitio en la entrada de la calle Selvik 38. Pero justamente allí había un muslo de pollo que, por supuesto, el perro se comió. Tal vez el hecho de que marcara el lugar no tuviera nada que ver con el chico desaparecido. El camión de la basura había pasado por allí el mismo día. El muslo de pollo debía de haberse caído cuando recogían los sacos de basura.

Los dos compañeros de colegio de Patrik Øye, con los que estuvo justo antes de su desaparición, Klaus y Tobias (*véanse los apellidos y direcciones, personas de contacto, padres y comentarios más abajo*) confirman que vieron la furgoneta de los helados, que estaba aparcada donde solía, pero que pasaron de largo atravesando el jardín de la calle Selvik 38 y siguieron hacia la calle Odden.

Un pequeño detalle llamó, de pronto, la atención del detective. Tobias había explicado que, a veces, Patrik tomaba otro camino a casa desde el colegio, que se separaban en el cruce (donde solía estar la furgoneta de los helados).

A veces, Tobias tenía la sensación de que iba a encontrarse con alguien, había dicho. Patrik nunca lo contó abiertamente, decía, pero a veces quería volver solo del colegio. Y *no* quería coger el atajo (*ver descripción y dibujo más abajo*). El día en cuestión tomó el atajo que atravesaba el jardín junto a sus amigos, pero tuvo miedo cuando la dueña de la casa abrió la puerta y regañó a los chicos. Los amigos siguieron saltando la valla, mientras que Patrik Øye dio la vuelta y regresó corriendo.

No se habían observado coches sospechosos ese día, a la hora que desapareció el chico. Se habían comprobado, de forma rutinaria, algunos vehículos. El camión de la basura pasó unas dos horas antes. La furgoneta de los helados estaba por la zona cuando el chico desapareció.

Los dos chicos, Klaus y Tobias, contaron también que en algún momento antes de meterse por el camino de

Selvik se encontraron un perro suelto, grande y negro, seguramente un labrador. Pero que no vieron al dueño. Nunca antes habían visto a ese perro, pero Patrik, al que no le gustaban los perros, no parecía tenerle miedo. Klaus y Tobias también habían comentado que dos niñas del colegio saltaban en la cama elástica del jardín del número 37 (*casa amarilla contigua a la 38*). Han sido identificadas como Ina Bergum y Louise Ek. Fueron interrogadas, pero no tenían nada nuevo que añadir. Creían que no estaban en el jardín en el momento en que Patrik Øye volvió corriendo. Sus amigos esperaron a Patrik Øye unos diez minutos antes de seguir camino a casa. No fue hasta las dieciocho horas cuando la madre de Patrik Øye llamó a los padres de Klaus y Tobias para intentar localizar a su hijo.

Cato Isaksen pasó cansadamente una mano por su frente. Algo rondaba su cabeza. Algo relacionado con perros. La mujer de la casa amarilla había hablado de perros que desaparecían sin dejar rastro. Y un perro muerto.

Marcó el número de Signe Marie Øye. Llamó largo rato antes de que contestara. Preguntó cómo estaba. Contestó que mal, por supuesto. Luego le preguntó si sabía si Patrik alguna vez se había encontrado con alguien en el camino de vuelta del colegio. Alguien con quien soliera verse. Hizo referencia a las anotaciones del interrogatorio de sus compañeros de clase. Pero la madre dijo que no entendía de qué estaba hablando Cato Isaksen. Tampoco lo del perro. Era verdad que Patrik había hablado de un pequeño perro blanco que los había seguido corriendo cuando pasaban a escondidas por el jardín desconocido. Le había tenido miedo, pero hacía mucho que Patrik no mencionaba ese perro.

Cato Isaksen anotaba rápidamente en un papel.

–Y esos dos amigos de Patrik...

Llamaron a la puerta. El bolígrafo que apretaba contra la hoja se partió en dos. Lo tiró molesto sobre la mesa. Cato Isaksen gritó «adelante». Era Ingeborg Myklebust. Dio las gracias a Signe Marie Øye y dijo que volvería a llamar en cuanto supiera algo más. Colgó.

–Interpol cree tener pruebas de que Tjudinov estuvo en Suecia hace dos semanas –dijo Ingeborg Myklebust–, eso quiere decir que ha podido llegar a Oslo. Ha podido alquilar un coche rojo, puede que en Suecia. Tenemos que seguir esa pista, puesto que parece que el coche de los estudiantes no tiene nada que ver con el asunto.

–Supongo que pronto nos contestarán de Alemania qué tipo de coche era, y ya veremos. Si estaba allí hace dos semanas, no sería improbable que todavía estuviera en Noruega.

–¿Os fue bien en Letonia?

–No.

–Ay Cato, por favor –entrecerró los ojos.

Por favor, así era como le hablaba su madre cuando era niño. Ingeborg Myklebust hacía que se sintiera como un niño al que pillan con los pantalones bajados una y otra vez. Fue entonces cuando notó que su obstinación ganaba la partida.

–No sirve. Mantengo todo lo que he dicho. Divide al equipo –se marchaba a Høvik ahora, antes de que a Marian Dahle le diera tiempo a reaccionar. Si había algo de lo que estaba seguro, era de que no iba a ir con él a casa de Vera Mattson.

–¿No puedes dejarlo de una vez? –insistió Ingeborg Myklebust–. Ahora no tenemos tiempo de ocuparnos de temas de personal; tenéis que concentraros en el caso Druzika, y ya veremos cómo van las cosas; así de sencillo. Tengo la clara impresión de que a los demás les gusta. Deja de perder tiempo en esto. Tendrás que acostumbrarte a ella. La verdad es que es muy capaz, te guste o no –añadió.

Cato Isaksen se puso de pie.

–Ingeborg, si quieres deshacerte de mí, el mejor consejo que puedo darte es que sigas como hasta ahora.

Åsa Nyman nunca antes había *visto* la furgoneta de los helados, sólo había oído hablar de ella. Ahora la vio desde lejos. Puso la plancha de pie y se acercó a la ventana abierta. Era más bonita de lo que había creído. Azul claro, con un dibujo en el lateral azul oscuro, rosa y amarillo.

Echó un vistazo a la hora. Un matrimonio de Grefsen vendría a recoger a su gato en una hora. Pensó que tendría que salir a cepillar al gato y darle una ración de pescado crudo.

Cogió la plancha y siguió planchando. El mantel era basto y estaba muy seco, hacían falta muchas pasadas para alisarlo. La tela olía ligeramente a vainilla.

Dentro de su cabeza oía un sonido monótono y oscuro. Como el profundo bufido de un gato cuando estaba más que enfadado. El desasosegante sonido le recordaba algo que su subconsciente había almacenado durante mucho tiempo. Algo que no cuadraba, que estaba horriblemente mal.

Cuando Wiggo abrió la puerta, su madre todavía estaba en la cocina planchando. Hoy estaba haciéndolo todo a la vez: planchar y hacer mermelada. Había algo casi obsesivo en ello. Normalmente no tenía ánimo para nada. Pero la inquietud la llevaba a tener que hacer algo todo el tiempo. El olor dulce del ruibarbo demasiado maduro llegaba pesado hasta el recibidor.

Wiggo entró en la cocina. Sobre el fuego había una cazuela de mermelada. El cucharón de madera estaba al lado. La masa pegajosa salpicaba la encimera de motitas blancas.

¿Estaba su madre enfadada? Como siempre, parecía cansada. Siempre cansada, pensó, molesto. Estuviera con los gatos o sentada en el banco junto a la mesa de la cocina. O debajo del roble bebiendo cerveza. Era fácil ver que no se encontraba bien hoy tampoco. Se habría tomado algo de más. Pero a él no le engañaba. Y ahora estaba planchando y haciendo conserva de mermelada a la vez. La furia le desbordó. La sola idea de que Inga le esperaba en casa, le ponía tan cachondo que estaba a punto de estallar. Tenía que intentar tranquilizarse.

–¿Por qué pareces tan preocupada? –dijo molesto.

–Pero si yo no parezco preocupada.

–Sí. ¿Dónde está Henning?

–Henning no está en casa. ¿Te dejan usar la furgoneta de los helados para cosas particulares?

–No, en un ratito me voy. Me devuelven el Volvo mañana. ¿Dónde está Henning? –repitió. La sola imagen de su madre y el olor dulce de la mermelada le irritaban. Antes él no era así; no hace dos semanas.

–No, no lo sé... cruzó el campo y entró en el bosque. Estoy aquí planchando y haciendo mermelada. Estoy tan intranquila, Wiggo, ¿qué es lo que ocurre?

–No pasa nada. ¿Qué quieres decir?

–Pero ¿por qué han cogido tu coche?

–Rutina. Ya te lo he dicho. Te digo que mañana me devuelven el coche. Me lo han dicho. Relájate. No *es* nada. Pero me preguntaba si Henning quería acompañarme mañana a una cosa.

–¿Qué cosa?

–Nada; sólo dar una vuelta en el coche. Es verano, y eso.

–Sí, es verano.

Wiggo no contestó. Quería llevar a su hermano con él cuando hablara con las dos chicas. Porque no sabía cómo iría la conversación. Firmaban «las sirenas», pero él sabía quiénes eran. Le habían mandado otra tontería de carta en la que afirmaban haber *visto* algo. Pero no podían haber visto nada, pensó. *Ese día* no había nadie por los alrededores. De eso estaba seguro. Sólo la loca esa que no entendía nada de nada. Había salido corriendo detrás de la furgoneta de los helados en varias ocasiones, cuando daba la vuelta en su parcela. Golpeó el lateral de la furgoneta con sus gruesos puños. En una ocasión también le había lanzado gravilla. Pero cuando bajó la ventanilla y gritó que la iba a denunciar a la policía, lo dejó. Pero ésa no estaba bien; se veía fácilmente que no estaba bien.

Vera Mattson apartó a un lado la cortina de encaje. Una mosca había quedado atrapada en el remate de nylon. Había estado observando la furgoneta de los helados, parada, con el motor en marcha, justo en frente. Vio cómo el conductor de la furgoneta se inclinaba hacia delante y miraba hacia la casa amarilla, antes de dar marcha atrás sobre su parcela y dar la vuelta. Ella *sabía* a quién estaba buscando. Las dos chicas tontorronas. Pero la cama elástica estaba vacía.

Habían pasado tres horas. Ahora volvía a ocurrir algo. De pronto apareció un hombre en su jardín. Como una marioneta se asomó de golpe justo en la ventana de su cocina. La miró de frente. Retrocedió asustada, pero era demasiado tarde para esconderse. Levantaba algo hacia ella, algo que sostenía en una mano. Era una placa. Era policía. Era el hombre que había estado rondando la casa unos días antes. No tenía elección. Tenía que abrir la puerta. Actuar, pensó. Sólo tengo que ser otra persona. Cuando estaba sola y dejaba correr su fantasía podía verse a sí misma en los papeles más deslumbrantes, vestida con los trajes de fiesta más espectaculares. Podía deslizarse sobre el suelo. *No* era una señora vieja y aburrida, lo que pasaba era que no quería estar ahí afuera en el mundo real. A nadie más le importaba eso. ¿No era bastante? ¿Cuántas veces iba a tener que repetir lo mismo? Estaba tan cansada últimamente, dormía más que antes. Seguro que tenía algo que ver con todo esto.

Se quedaron de pie en la cocina. No le dejó pasar más allá. Cato Isaksen contempló a la tosca mujer. Miró sus cejas unidas y su ancha frente. Miró a su alrededor en la cocina desordenada. Había un olor indefinido en la casa. Algo que le recordaba a Letonia. Retazos del mismo olor que había en las casas y los pisos de allí. Una mezcla de polvo, suciedad y *otra* cosa.

–¿Por qué estás en la ventana, vigilando?

–Yo no estoy en la ventana vigilando nada. ¿Qué pasa? ¿Que ahora va a estar prohibido mirar por mi propia ventana? ¿De verdad la policía puede molestar a la gente en cualquier momento? –contestó de forma monótona.

–Sí –en ese momento un mensaje entró en su móvil. Lo abrió. Era de Marian. *¿Dónde estás? ¿No íbamos a ir juntos?* Apretó la tecla de apagar el teléfono y miró a Vera Mattson–. Me temo que la policía puede molestarte cuando sea necesario.

–Ya lo he dicho todo –suspiró.

–No nombraste la furgoneta de los helados en los interrogatorios de la policía de Asker y Bærum.

–Interrogatorios..., pero si no ha habido ningún interrogatorio. Si sólo han conversado normalmente conmigo. Y la furgoneta de los helados, ¿qué tiene que ver con el asunto?

–¿No lees los periódicos? ¿Por qué no dijiste que la furgoneta de los helados da la vuelta en tu parcela? ¿Que estuvo aquí casi coincidiendo con la desaparición de Patrik Øye? ¿Que estuvo aquí *ese* día?

El rostro de Vera Mattson se oscureció un momento. Era mejor declarar que no había visto absolutamente nada. En todo caso hablar sólo le acarrearía problemas. Quería que la dejaran en paz.

–Ya he dicho que no quiero que me involucren en nada de esto –dijo irritada–. El chico salió corriendo como un loco por la carretera después de que la furgoneta de los helados se hubiera ido. Lo he dicho cien veces. La mochila era demasiado grande, enorme. ¿Cuántas veces tengo que decirlo? Pero si lo *vi*. La furgoneta de los helados había estado aquí y se marchó. El camión de la basura también para los lunes, ¿crees que ése tiene también algo que ver con el caso?

Cato Isaksen la observó.

–En el interrogatorio figura que dijiste que le viste correr por la calle, pero no que corriera detrás de la furgoneta de los helados.

–Si no corría detrás de la furgoneta de los helados. Te estoy diciendo que ya se había ido.

La última noche había dormido en la butaca con la manta blanca. Se durmió hacia las doce y no se había despertado hasta bien entrada la mañana, con los músculos atrofiados y doloridos por la mala postura.

Cato Isaksen la miraba.

–Los niños te tienen miedo. Lo han dicho varias personas.

–Pues sí. Ya no pasa nadie a escondidas por aquí. Y me alegro de eso.

–Esto de que la furgoneta de los helados había pasado por aquí cuando viste a los chicos, ¿estás

completamente segura?

–Ya se había marchado –repitió cansinamente.

–Así que ¿no crees que el conductor de la furgoneta pueda estar implicado de alguna manera?

–No.

–Pero ¿puedes decirme por qué la furgoneta de los helados se para aquí, al final de una calle sin salida? No es precisamente un buen sitio para vender.

–Claro que no para aquí para vender helados. ¿No entendéis nada? La furgoneta de los helados para ahí lejos – levantó el pesado brazo para señalar–, en el cruce; aparca casi junto al colegio. Pero cuando se va a marchar, es un poco complicado dar marcha atrás, así que sigue recto hasta aquí. Luego da la vuelta en mi parcela –dibujó un giro con un brazo–. Entra marcha atrás en mi parcela, sólo porque ya no tengo cancela. Se oxidó y tuve que quitarla. Es horrible que tenga que comprar una cancela nueva para que me dejen en paz. Ésta es una propiedad privada.

Cato Isaksen miró a Vera Mattson.

–¿Has comprado helado de la furgoneta alguna vez?

Por un momento cerró los ojos con cansancio. Por ella, no saldría ni de su propio jardín, pero por supuesto tenía que hacerlo. Cuando no le quedaba más remedio. Cuando tenía que comprar, o ir a correos.

–Nunca he comprado helado de la furgoneta.

Louise Ek estaba sentada sobre una toalla de baño verde en la playa de Veritas. Un hombre pasó a su lado con una cámara de fotos al cuello. La miró fijamente, luego se dio la vuelta. Tras él trotaba un gran perro negro. El mar estaba tranquilo. El sol de la tarde estaba tan descolorido que parecía un agujero blanco en el cielo. Entrecerraba los ojos contra el sol y contaba gaviotas y barcos. Después del colegio Ina y ella se habían dado prisa en ir a casa a coger las bicicletas y ropa de baño. Querían ir a la playa. Llevaban bollos caseros y cola. Los profesores habían desistido de conseguir que los alumnos se concentraran los últimos días. Estos días sólo eran un trámite. Pensaba en la excursión de fin de curso a la que pronto irían con su clase. Iban a ir a Burudvannet el fin de semana de San Juan. Iban a dormir en pequeñas tiendas de campaña, de dos en dos o de cuatro en cuatro. Ina y ella compartirían una tienda para dos.

A mitad de la calle un hombre la había observado cuando pasó antes, en la bici. Había ajustado la bolsa sobre el hombro y sujetado el manillar con fuerza. Ina la esperaba en el cruce. De pronto recordó quién era el hombre. Era el policía, el que había estado en el colegio en la reunión por Patrik Øye. Era el que había hablado con ella y con Ina junto a la excavadora, el que les había hecho preguntas raras. Louise no quería pensar en Patrik. Era todo tan desagradable. Cada vez que pensaba en él, al minuto se acordaba de la furgoneta de los helados.

Sintió escalofríos y se dio la vuelta para tumbarse boca abajo. Repentinamente empezó a sonar la melodía de llamada de su pequeño móvil rosa. Un mensaje. Se puso de rodillas y agarró el teléfono. Apretó «yes» para que las letras se vieran en la pantalla. *Qué tal mañana por la tarde, saludos, Wiggo.*

Louise Ek cerró los ojos y arqueó la espalda. Había conseguido su número de móvil. Era demasiado precipitado. Se incorporó de un salto y corrió hacia el mar.

–¡Ina! –llamó–. ¡Ina!

Ina se dio la vuelta. Tenía los pies metidos en el agua hasta el tobillo y hablaba con otras chicas del colegio. Justo delante de su pie había un pequeño pez muerto. Se movía despacio adelante y atrás.

Louise sentía cómo su corazón latía hasta hacer que le doliera la garganta.

–¡Ina! –llamó–. ¡Ven!

Ina sonrió a las chicas, se dio la vuelta y caminó por el agua hacia su amiga. Estaba completamente mojada.

–¡Él! –dijo Louise con entusiasmo moviendo el teléfono–. Un mensaje de él. ¿Qué contesto?

–¿De Wiggo? Pues no contestes. No. No sabemos qué quiere.

–Pero tengo que contestar.

–Claro que no. Además tienes que borrarlo, para que tu madre no lo encuentre.

Louise sostuvo el teléfono para que pudiera leer el mensaje por sí misma.

–No contestes –dijo Ina otra vez. Luego rió–. O contesta que tú *iras*, que *iremos* las dos.

–No –dijo Louise–. No voy a contestar –borró el mensaje–. No parece del todo normal. Hay algo raro en él.

Ina se encogió de hombros y regresó corriendo a la playa. Entró deprisa en el agua y volvió a detenerse frente a las chicas del colegio. Miraba las pequeñas piedras del fondo. La arena era basta, pero se hacía más fina cuanto más adentro te metías. Por un momento pareció que el sol iba a desaparecer del todo, pero de pronto encontró un pequeño claro entre las nubes.

Louise volvió a tumbarse sobre la toalla. El pulso golpeaba sus finas venas, donde la piel era más delgada, en el interior de la muñeca. Se giró hasta quedar boca abajo, arrepintiéndose de haber borrado el mensaje. Había sido un poco emocionante también. Sabía exactamente lo que le esperaba allá fuera, en el mundo. Sentía alternativamente frío y calor cuando lo pensaba. Louise notaba las miradas sobre ella cuando iba a la tienda. Especialmente si se vestía *así*. Era su madre quien lo llamaba *así*.

–Cuando te vistes *así* –solía reprocharle–, tienes que contar con que algún día pase algo.

–Ja, algún día...

Louise siempre sentía que su madre la desenmascaraba cuando empezaba a hablar así. Discutían. Discutían mucho y con mucha frecuencia últimamente. Y pronto llegarían las vacaciones de verano. Iban a ir a Italia tres semanas. Tres semanas enteras, sin Ina.

Louise pensó en cómo odiaba a su madre cuando le reprochaba cosas, cuando calaba su código de

vestimenta, o cualquiera de sus otros códigos. Pero su padre era peor todavía. Sólo con pensarlo le dolían los huesos de la muñeca. Era tan desagradable cuando su padre le preguntaba qué estaba haciendo *en realidad*, como si estuviera haciendo algo. Cuando su padre le miraba las caderas, los pantalones que apenas cubrían lo más imprescindible. Era su madre la que era así, se dijo. No era culpa suya.

Pero ahora Wiggo le había mandado un mensaje. No es que fuera muy guapo, porque no lo era para nada. Tenía unas marcas de granos bastante asquerosas en una mejilla. Pero la miraba de una manera muy especial. Se parecía mucho a la mirada que a veces descubría en sus propios ojos al mirarse en el espejo. Como si estuviera fascinada. Fascinada por ella misma.

Signe Marie Øye miraba fijamente la foto de Patrik. De pronto recordó el sueño de la noche pasada, en el que Patrik era un pequeño y suave animal peludo, que corría por el bosque, entre hierba y hojas. Los densos árboles dejaban pasar haces de sol, atravesando el follaje, dibujando franjas amarillas sobre la tierra marrón. Y, de pronto, mientras saltaba cuidadosamente, una gran sombra inesperada le cubría. Eran las alas de un ave depredadora, que atrapaba al pequeño y suave animal con sus fuertes garras. Pero en ese preciso momento un sonido metálico atravesaba el sueño. Como una gran tijera cerrándose. El ruido de una trampa para animales. Se había despertado de golpe, incorporándose sobre el sofá; el ruido había sido tan real.

Y al pensar ahora en el sueño aún podía oír el sonido de las grandes alas. Y el ruido de la trampa para animales al cerrarse, una y otra vez.

No había sido una buena madre. No podía haberlo sido puesto que él había desaparecido. Ahora se limitaba a dar vueltas por la casa. En el calor..., día tras día. Sus colegas le enviaban pequeñas notas y flores. Era casi ridículo. Ella que trabajaba con flores, no deberían mandar... ¿Pero para qué servía eso? Nada ayudaba. No podía llevarse a casa uno de los pequeños compañeros de colegio de su hijo y fingir que era suyo.

Cada vez que entraba en su habitación, la angustia llegaba en grandes oleadas. ¿Volvería alguna vez? ¿Volvería a dormir en su cama?

En el salón todas las cosas habían cambiado. El sofá ya no era el sofá que solía estar allí. Los muebles habían cambiado de cuerpo. Todo era demasiado pequeño. La alfombra, que había sido beige con franjas marrones, ahora era marrón con franjas beige. Y el mantel que cubría la mesa se parecía más a otro mantel. No podía recordar que los hilos de la tela destacaran un dibujo tan visible. El olor de la casa era diferente. Como si ella fuera un dispensador de veneno que caminaba arriba y abajo provocando oscuridad. Porque era *ella* quien olía. Incluso en la ducha, por la noche, notaba que su cuerpo había empezado a desprender un fuerte olor. Un olor completamente diferente.

Se acercó a la foto que colgaba en la pared. Esa foto que la policía se había llevado prestada uno de los primeros días para copiarla. La foto estaba impresa en todos los periódicos noruegos y la habían mostrado cada uno de los canales de televisión. Su hermoso niño. Su pelo blanco, los paletos grandes y los ojos, como dos viajes oscuros.

Se sentó en el sofá. *Aftenposten* estaba abierto sobre la mesa del salón. Se inclinó para mirar las páginas de las esquelas, con todos los anuncios rodeados de cuadrados negros, con cruces y nombres desconocidos. Aguzó la mirada y vio ante sí el nombre de Patrik. No habría una cruz sobre él, sino un corazón. *Nuestro muy amado Patrik Øye. Sólo llegó a cumplir siete años...* Había encontrado una poesía que podía servir. *No llores junto a mi tumba. No estoy allí. No duermo. Soy mil vientos que soplan... la luz del sol sobre la espiga madura. Soy el suave brillo de las estrellas nocturnas. No llores junto a mi tumba. No estoy allí.* De pronto gritó, como si su garganta fuera una esclusa que no pudiera controlar. Sostuvo las manos sobre la boca para ahogar el sonido, pero no sirvió de nada. El sonido se abría paso por su garganta. Desconocido y familiar a la vez. Ya no podía controlar su propia voz. Estaba muriéndose. ¿Podía la muerte de una persona hacer que otra muriera?

Un sonido repentino la hizo levantarse y precipitarse hacia el otro lado de la habitación. Un ruido familiar. La pelota contra la pared. Corrió hacia la puerta de la terraza y la abrió con fuerza. Luego salió despacio. No debía estropearlo por ir demasiado rápido.

Los chicos estaban detrás de la pelota tirada en la hierba. La pelota de Patrik. La miraban con los ojos muy abiertos. Sus rostros eran superficies borrosas. Klaus y Tobias. Tobias y Klaus.

–¿Ha vuelto ya Patrik? –preguntó uno de ellos. Sintió cómo sus piernas empezaban a temblar bajo ella.

–Venís sólo a preguntar *eso* –gritó.

Gunnhild Ek se lanzó escaleras abajo con el móvil rosa de su hija en la mano. Iba descalza y sus pies resonaban contra los escalones. Un hombre adulto había intentado hablar con su hija. Acababa de llamar a su móvil. La madre había contestado al teléfono y él había preguntado si hablaba con la sirena. Había creído que *ella* era Louise. Había preguntado si iban a encontrarse, y colgó inmediatamente al darse cuenta de quién era ella.

Louise estaba tumbada boca arriba en la cama elástica con el iPod en los oídos. Llevaba puesto el bikini amarillo claro y grandes gafas de sol plateadas.

Las imágenes bailaban en el cerebro de Gunnhild Ek. Imágenes de Louise con una ondulante falda de gasa o en un pantalón bajo de cintura, con la tripa descubierta sobre caderas oscilantes. Louise había empezado a maquillarse, sombra de ojos, rímel y un pintalabios rosa. Nada de lo que dijera o con lo que amenazara la madre servía de nada. Si la obligaba a lavarse, al cabo de unas horas se había vuelto a maquillar. Y sólo tenía once años.

Cuando abrió bruscamente la puerta un sonido agudo se instaló en uno de sus oídos. El sol de la tarde descansaba sobre el gran arce. El zumbido de la carretera principal funcionaba como un telón de fondo en su cerebro. Cruzó a zancadas el césped y se percató de la presencia de un coche de policía sin distintivos y de la furgoneta blanca aparcados ante la casa de Vera Mattson. Otra vez la policía, pensó. Pero si ya habían estado allí ayer. ¿Qué estaba pasando en la casa vecina?

Su enfado se entremezclaba con una profunda angustia. Al fin y al cabo un niño pequeño había desaparecido delante de su cancela.

Louise estaba ensimismada en la melodía que llenaba sus oídos. Se preguntaba cuántos días faltarían para que pasara la furgoneta de los helados. No habían llegado más mensajes desde que borrara el de Wiggo cuatro horas antes. Bueno, bien pensado, no lo sabía. Porque el móvil estaba dentro de casa. Pero ahora no quería encontrarse con Wiggo sin Ina. En todo caso tenían que estar *juntas* en esto. Estaban juntas en todo.

De pronto sintió que un depredador la cogía del brazo. Louise se sentó de golpe. Su madre la sacudía de un lado a otro. Gunnhild Ek tiró del iPod y arrancó los auriculares de los oídos de su hija. Luego gritó:

–Llamó un hombre desde un número oculto y preguntó si eras la sirena.

Louise vio que su madre llevaba su móvil en la mano.

–¿Me puedes explicar qué significa?

Louise miró asustada a su madre.

–¿Qué significa qué? No entiendo de qué me hablas.

–Él pensaba que eras tú quien contestaba. Louise, el que llamaba era un hombre adulto. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

–¿Cómo que haciendo, eh? ¿Contestaste mi teléfono? No tienes derecho a coger mi teléfono cuando suena.

Sentía el miedo a todo lo que podría pasar; era como un agudo dolor en los pulmones.

–Te lo habías dejado dentro y creí que sería Ina.

–Pero si ella no tiene número oculto, mamá.

–Pero eso no lo vi hasta después. No te voy a dejar ir de acampada con la clase si no me dices quién es ese hombre. Qué crees que va a decir papá. ¿Es alguien que has conocido en la red? No vas a ir a esa excursión si estás haciendo cosas así.

Louise sintió que iba a llorar.

–No navego en la red, ya lo sabes. No sé quién es. Te digo que tiene que haberse equivocado de número. Os odio, os odio a ti y a papá.

Se tragó las lágrimas. Por supuesto era Wiggo el que había llamado. Los odiaba *de verdad*, a los dos, a su madre y a su padre

–Jesús, no eres más que una puta vieja –gritó–. ¿Por qué te enfadas *conmigo*? Si yo no sé quién ha llamado. Y voy a ir a esa excursión de fin de curso.

–Pero sabía tu nombre, y no te atrevas a llamarme puta.

Gunnhild Ek miró a su hija sabiendo que debería parar, pero las palabras no dejaban de salir a borbotones de su boca. Se arrepentiría intensamente después, pero no se trataba de ningún juego.

Una repentina racha de viento enganchó la puerta abierta cerrándola con un estallido. Un rayo de sol se reflejó en el cristal y dio en la cara a Louise. Gunnhild Ek miró fijamente a su hija. Qué condenada e increíblemente guapa es.

–¿Y por qué tiras tu ropa por toda la casa? –gritó, volviendo a agarrarla de los brazos.

–Eres una psicópata –aulló Louise zafándose de las garras de su madre–. ¿Qué tiene mi ropa que ver con esto? –gritaba tan alto que le escocía la garganta–. Te digo que no tengo ni idea de quién ha llamado –de pronto las lágrimas asomaron a sus ojos. El hombre de la furgoneta de los helados quería encontrarse con ella. Su madre no debía descubrirlo. No tenía que ver indicios en su cara. Su madre no tenía que notar nada. Pasaban cosas que no podía controlar, que no *quería* controlar. Había cosas que los mayores no entendían. Era el hombre de la furgoneta de los helados el que había llamado con la tontería esa de la sirena.

–*Tú* no me asustas –gritó Louise echándose hacia delante y arrancando el teléfono de la mano de su madre. Un sobresalto recorrió el cuerpo de Gunnhild Ek. Había algo repugnantemente premeditado en su hija de once años que le daba un miedo atroz. La maniobra de su hija fue rápida. Nada volvería a ser igual después de esto, pensó. No después de esto. Pero así lo había sentido tras cada pelea. Su madre le soltó el brazo. Louise se pasó la mano por la piel dolorida. Estaba en la misma postura. Se quedó congelada en la misma postura.

Gunnhild Ek se dio la vuelta, cruzó el césped otra vez y entró en la casa.

Louise se dejó caer de espaldas. Se quedó oscilando suavemente arriba y abajo. Sobre ella veía el cielo y la majestuosa copa del árbol. Poco antes del ataque de su madre había estado fantaseando sobre Wiggo, que la besaba. Había sido un beso voraz. En su sueño le había arrancado la ropa y la había puesto boca abajo. Luego la había agarrado por la cintura, levantado su trasero y presionado hasta entrar en ella. La imagen había sido tan fuerte que sintió frío en el cuero cabelludo. Pero después de que su madre hubiera estado allí gritándole, las imágenes se envenenaron y terminaban en algún doloroso lugar de su sistema nervioso.

Bajo la ventana, en la encimera, había un plato con dos chuletas fritas y algunas patatas cocidas con la piel reseca. Dos moscas gordas zumbaban intensamente entre la ventana y la comida del plato.

–Es mi cena de ayer –dijo Vera Mattson huraña–, yo no tiro comida.

Cato Isaksen levantó una ceja. La comida no tenía precisamente un aspecto exquisito. Se pasó con cansancio la mano por la incipiente barba. Marian había insistido en que la llevara a casa de Vera Mattson. Para hacerse lo que llamaba su *propia imagen de ella*. Había sido una tontería por su parte escaparse solo el día anterior. Debería haber aprendido que Marian nunca se rendía.

La puerta de la calle estaba completamente abierta. El gato blanco estaba fuera. El animal se había sentado sobre el muro bajo de piedra que había junto al desvencijado garaje, lamiéndose impasible con fuertes lengüetazos.

Vera Mattson miró a Marian Dahle. Había dicho que tenía un perro en el coche. Cato Isaksen contemplaba a Vera Mattson. Sus cabellos eran gruesos y grises, recogidos en una coleta que bajaba por su ancha espalda. Sus hombros formaban un arco. Parecía tensa.

Se quedaron de pie junto a la encimera de la cocina. El gato blanco entró en la cocina, se deslizó por su lado y entró de un salto por la puerta medio abierta, a lo que debía de ser el salón.

–Así que tienes un gato blanco –dijo Cato Isaksen.

–Sí.

–La vecina de la casa amarilla me contó el otro día que habían desaparecido unos cuantos perros por esta zona.

–No sólo perros, gatos también. Yo he perdido varios gatos. Creo que son esos niños. Esas niñas. No tenéis ni idea de cuánto ruido hacen los niños. También odio los saltos en la cama elástica. Mirad ahí –Vera Mattson se inclinó hacia la ventana señalando el jardín del vecino–. Ahora está ahí tirada en la cama elástica escuchando música.

Marian Dahle se apartó de la encimera.

–Tienes toda la razón con eso de los niños, entiendo que es muy molesto que estén pasando por tu propiedad todo el rato. A mí tampoco me gustan nada los niños. Lo puedo decir con el corazón en la mano.

Cato Isaksen la miró y pensó en la hermana pequeña de Elna Druzika, de tres años. No era verdad lo que decía; a Marian Dahle le gustaban los niños.

–Los niños se colaban entre la reja carcomida donde están atados los guisantes y las lilas de tronco gris que hay junto a la valla del jardín. No aparecían todos los días. Últimamente no he visto ni rastro de ningún crío desde que desapareció ese niño. Pero ya lo llevo en la sangre; estoy especialmente alerta entre las tres y las cuatro y media. Escucho a ver si oigo niños, miro por la ventana de la cocina. Muchas veces anoto la fecha y la hora en un cuadernito negro, para poder utilizarlo si fuera necesario justificarme.

Marian Dahle la miró.

–¿Cómo justificarte? ¿Lo tienes?

–No –dijo rápidamente Vera Mattson–. Ya no. Lo he tirado.

Había pensado ponerse en contacto con el colegio, recorrer los pasillos y llamar a la puerta del director. Se había visto a sí misma hacerlo vez tras vez, se lo imaginó al detalle, pero nunca llegó a hacerlo.

–¿Por qué lo has tirado?

–Porque ya no es un problema. Porque Patrik Øye desapareció. Los niños ya no usan el atajo. Vi la mochila, demasiado grande para él, botando sobre su espalda...

Marian Dahle la contempló y le preguntó si podía echar un vistazo al salón.

–¿Por qué? –preguntó Vera Mattson con desconfianza.

–¿Tienes algo en contra de que entremos? –preguntó Cato Isaksen.

–No, no. Para nada.

Marian Dahle asomó la cabeza por la puerta y entró. El suelo crujía bajo sus pies. Era una habitación bastante oscura y sobrecargada de muebles con sólo dos pequeñas ventanas recortadas en cuadraditos de madera que

daban al jardín trasero. Y una puerta de cristal, también de cuadraditos, que daba a un patio empedrado. Una manta de lana estaba tirada sobre una de las butacas, y el gato blanco estaba hecho un ovillo en el sofá, entre una pila de periódicos viejos. Todos *Aftenposten*. El de encima estaba abierto por las páginas juveniles. Podía leerse «Di Lo», la cabecera de la conocida sección. Marian Dahle se detuvo frente a una anticuada butaca verde llena de blancos pelos de gato. Frente a ella había una mesa. Miró el mantel morado de ganchillo y las tres rosas de plástico del jarrón. Al lado había tres tazas de café usadas y un plato lleno de migas.

Sobre un escritorio había un ordenador portátil y una impresora. ¿Así que Vera Mattson tenía acceso a la red?

Marian Dahle oía las voces de Cato Isaksen y Vera Mattson que llegaban de la cocina. El sonido de sus voces hacía que sintiera una cierta distancia que la protegía de esa habitación. Una gran araña cruzaba el suelo. De pronto sintió que la asaltaba otra vez ese desagradable estado de ánimo que últimamente la perseguía. Una sensación de vulnerabilidad. Como si nada terminara nunca. Y el aburrimiento propio de una situación interminable. Como un domingo sin fin. Como si nada fuera a cambiar. Ese sentimiento tenía algo que ver con su infancia. Intentó obligarlo a alejarse observando la araña. Y mirando por la ventana, al jardín asilvestrado, donde viejos manzanos, arbustos y altas hierbas peleaban por el espacio. En el marco de la ventana había conchas y fósiles polvorientos.

Abrió la puerta del jardín y salió al pequeño patio empedrado. Los matorrales crecían en todas las direcciones. En el pliegue de una hoja vio una mariquita, brillante como un líquido. Parecía una gota de sangre. En los árboles había pequeños cuencos y jarras colgando de alambres fijados a las ramas.

Marian se acercó y miró en el interior de uno. El olor era fuerte. Estaba lleno de licor. Dentro flotaban insectos muertos. Avispas, abejorros y mosquitos.

Ni a Randi ni a Roger les molestaba Birka, dormida profundamente bajo la mesa. Pero Cato Isaksen era especialmente consciente de ella, sobre todo porque en parte estaba tumbada sobre su pie. Cada vez que había una breve pausa en la conversación se oía la respiración de la perra como golpes graves que cruzaban la sala.

–He interrogado a la esposa de Ahmed Khan –empezó Asle Tengs–. Parecía muy insegura y asustada. No quería confirmar si el hombre que se ve en la grabación de la mezquita es su marido. Dijo que tenía que hablar con el primo de Ahmed. Así que después de esta reunión me voy directamente a verle.

–¿Dónde estaba? –Cato Isaksen retiró el pie.

–Créetelo o no, pero trabaja alquilando coches, en Avis.

–Joder –Cato Isaksen se inclinó sobre la mesa–. Pero entonces...

–Exactamente –confirmó Asle Tengs–. Tony y yo nos vamos allí directamente, como dije. Una hipótesis es que Nyman y Ahmed Khan pueden estar juntos en esto.

–Pero Vera Mattson es una bomba sin detonar –dijo Marian Dahle.

–Eso mismo dijiste de Wiggo Nyman –replicó Randi Johansen.

–Lo dije y lo pienso.

–Y ¿qué es lo que te capacita para ir definiendo a todo el mundo? –Cato Isaksen estaba todavía irritado por el viaje extra del día anterior a casa de Vera Mattson. Y más ahora, cuando habían aparecido otras pistas...

–No es a todo el mundo, lo puedo oler.

–Olerlo. Como un cerdo buscando trufas –rió Roger Høibakk.

–Por cierto: no se ha encontrado nada en el Volvo de Wiggo Nyman. Ellen me informó. No tenemos nada contra él. Niega tajantemente haber tenido nada que ver con ninguno de los dos asuntos. Y contra Ronny Bråthen tampoco tenemos nada. Comparte la furgoneta de los helados que conduce con otro. Se fue directamente de Alnabru a casa de unos colegas la noche en que atropellaron a Druzika.

Cato Isaksen miraba fijamente dos manchas de la pared. Las observaba como si las dos manchas fueran lenguaje para ciegos. Había intentado hablar con los dos amigos de Patrik el día anterior, al marcharse de la casa de Vera Mattson. Llamó a la madre de Tobias y le pidió hablar con él. Ella le dijo que estaba en el patio del colegio, y Cato Isaksen había conducido hasta allí y los había estado observando un rato antes de acercarse a ellos. Klaus y Tobias jugaban al fútbol en el patio del colegio. Luego les había pedido que le contaran cosas de Patrik. Pero los chicos no querían hablar. Se habían marchado corriendo con cara de enfado.

Poco antes de la reunión volvió a hablar con Bente por teléfono. Era consciente de que daría prioridad a la investigación antes que a la familia, como siempre, y todos los días le daba la lata con las vacaciones. Sólo faltaban unos pocos días para la noche de San Juan. Cato Isaksen tenía vacaciones desde el día 2 de julio.

Tony Hansen había estado con Asle Tengs en una reunión con Vidar Edland de Asker y Bærum, para unificar las investigaciones y acordar cuánto debía saber la prensa. Trabajaba con independencia y se ponía regularmente en contacto con Interpol, por iniciativa propia, para saber si había algo nuevo sobre Juris Tjudinov.

–Por cierto que está verificado que Juris Tjudinov ha estado en Estocolmo recientemente. Parece que ha estado involucrado en unos incidentes por allí. Se han identificado sus huellas dactilares, pero nadie le ha visto en una temporada, así que...

–Así que... –repitió Randi Johansen, mirando a Cato Isaksen–. ¿Le ponemos en busca y captura?

–Sí –aceptó Cato Isaksen–. Me parece que lo tendremos que hacer. Ha llegado un correo electrónico de Alemania. Han analizado hasta dar con el tipo de pintura y de faros. He enviado los datos a todos los concesionarios de coche relevantes, así que pronto tendremos también la marca del coche en el bote. Es muy interesante lo del primo de Ahmed Khan.

Marian Dahle dio unas palmaditas a la perra, que se había sentado.

–¿No podríamos mejor esperar con la orden contra Tjudinov hasta que sepamos de qué coche se trata? Imaginad que tenga algo que ver con Ahmed Khan. Así podríamos tener el paquete completo, quiero decir.

–Vamos a lanzar la orden de búsqueda de Tjudinov *ahora*, ¿no has oído lo que he dicho?

Le provocaba. Y cada vez estaba más seguro de que lo hacía conscientemente. Nunca sabía qué iba a decir, o

cómo iba a reaccionar ante los temas que él planteaba. Además no le mostraba ni el más mínimo rastro de respeto. Aunque sólo había estado en el equipo unas pocas semanas, se permitía constantemente interrumpirle cuando hablaba. Y hacía los comentarios más descabellados. Cato Isaksen nunca antes había tenido tanto de lo que hablar con Roger. Marian Dahle era un tema recurrente. Su palabrería siempre estaba fuera de lugar. Soltaba lo que pensaba y opinaba sin parar. Gesticulaba, hablaba alto y con entusiasmo, interrumpía a los demás atropellando a unos y a otros. Marian Dahle ocupaba muchísimo sitio. Como si no tuviera ya bastante con Ingeborg Myklebust y Bente y todo lo demás. Lo que tenía que aguantar un pobre inspector de policía.

–Vera Mattson es una bomba sin detonar –repitió Marian Dahle.

Cato Isaksen sacudió la cabeza significativamente.

–Y defines a otros como bombas sin detonar... Utilizas demasiadas palabras, Marian. Danos algún resultado, si no es mucho pedir. Si eres tan increíblemente capaz como parece creer.

Marian Dahle se dio la vuelta y le miró.

–Dime de qué presumes –dijo, levantándose. Salió de la sala con Birka pegada a sus talones y con el rabo entre las piernas.

Randi miró con desesperación a unos y a otros.

–Por favor...

–Explicame por qué hay que darle a Marian Dahle un tratamiento especial.

–Estoy de acuerdo –rió Roger–, ¿por qué? Ella que vive en Grünerløkka y todo, debería llamar a esa perra Burka y no Birka.

Randi se enderezó en su silla y miró a Roger.

–Yo, que tengo una hija, tengo que decir...

–¿Qué tienes que decir?

–Que espero que tenga la mitad de la autoestima de Marian, y llegará lejos.

–Entonces, joder, no va a llegar a nada, va a acabar al final de la fila –dijo Roger Høibakk–, por lo menos con los hombres.

–No se trata de hombres, se trata de... la vida.

–Dios del amor hermoso –dijo Cato Isaksen–. ¿No podemos dejarnos de palabrería e ir al grano? Es imposible seguir con ese perro rondando por aquí.

–Pues a mí resulta que me gusta esa mierda de bicho. Cuando lo cuidé, cuando estabais en Letonia..., fue muy agradable –Roger Høibakk se hurgaba los dientes con un palillo.

–¿Te la llevabas también a la cama? –rió Randi.

Roger Høibakk se golpeó el pecho ostentadamente.

–La llamada de la jungla.

Una breve sonrisa cruzó los labios de Cato Isaksen.

–Casi me siento tentado yo también de admitir que me gusta más la perra que la dueña. Así que os podéis hacer una idea.

–Que no –replicó Roger Høibakk rápidamente–. Marian Dahle te gusta de verdad, lo que pasa es que no lo sabes. Es una gorda rara con un coeficiente intelectual altísimo. Pero nunca parecerá una tía –y hablando con el tono de Marian–: Sois todos unas arpías.

–Lo vais a dejar ahora mismo –dijo Randi Johansen levantándose–. Y lo digo en serio. Perdéis demasiado tiempo hablando de sandeces. Controlaos, los dos.

El sol entraba en picado en la sala. Cato Isaksen y Roger Høibakk se miraron extrañados.

–Pero bueno –dijo Roger Høibakk–, ¿es que a todas las tías les ha dado una insolación?

Se puso de pie ruidosamente, cruzó hasta la ventana y la abrió. Los ruidos de la ciudad atronaban el despacho. Marian Dahle volvió a asomar la cabeza.

–Por cierto Cato, ¿conoces esta poesía de Emily Dickinson?

Cato Isaksen giró su silla.

–Está completamente loca de atar –dijo.

Marian Dahle se apoyó en el marco de la puerta, y recitó:

–A word is dead when it is said, some say. I say it just begins to live that day*–.

Tal vez, a pesar de todo, algo había cambiado a mejor tras la muerte de Elna, pensó Åsa Nyman. La dorada luz del sol, la última antes de que desapareciera tras los árboles, entraba hasta el fondo de la cocina y daba directamente sobre los fogones. Se levantó y miró por la ventana; vio que Henning salía del pajar y se dirigía al coche. Se inclinó para hablar con su hermano, que se quedó sentado tras el volante con el motor encendido.

Parecía que sus hijos se habían acercado. Esa noche iban a ir juntos a la ciudad. A Wiggo le habían devuelto el Volvo. No tenía nada que ver con *nada*.

Henning parecía diferente. Más ligero, más alegre, con expectativas. Wiggo apagó el motor y salió del coche. Vio que le daba a Henning un papel. Levantó los cierres de la ventana y la abrió. Sólo oía retazos de su conversación.

Pequeñas... admiradoras claro. Pero ten cuidado... no les des nada más que helados.

Justo en ese momento dos gatos se atacaron salvajemente en el cercado. Los gritos de la pelea llenaron todo el paisaje. Malditos bichos, pensó. Henning debería montar sus trampas en el cercado y acabar con todos ellos, uno tras otro.

Wiggo y Henning esperaban sentados en el Volvo. Wiggo había metido el coche un poco en la cuneta, justo junto a la alta escultura amarilla y gris del centro de arte Henie Onstad. La escultura terminaba en una punta estrecha arriba del todo. Las olas iban y venían en mínimos movimientos que hacían que los pequeños barcos de la bahía oscilaran lentamente. La luna blanca de verano lucía redonda y transparente en el cielo gris.

–No es seguro que vengan, ¿no? –Henning se pasó la mano de forma imperceptible por el interior del vaquero, a la altura del muslo. Wiggo no contestó, a pesar de que era él quien solía hablar.

Tal vez viniera la rubia sola. En ese caso sería fácil. Había hablado con su madre por teléfono. Fue un error. Creyó que estaba hablando con la rubia y puso un tono un poco divertido. Siempre se reía de él. Pero la pelirroja era diferente. Oscura y pesada, pensó. Observadora, como si de alguna manera le desenmascarara.

Henning no conseguía saber qué estaba pensando su hermano. No le había contado *todo* sobre las chicas, qué era en realidad lo que las hacía tan peligrosas. Lo que habían hecho. ¿Sabían algo de Elna? No tenía mucho sentido. ¿Cómo iban a poder saber algo de Elna? Wiggo no dijo nada de qué iban a hacer con las chicas si las atrapaban. No había contado mucho, sólo que daban problemas, que le habían escrito dos cartas. Y que tenían once años.

Henning pensó en las revistas que había en casa de Helmer Ruud. Esas revistas estaban prohibidas, eso lo entendía, y parecía que Helmer Ruud iba a volver a casa en cuanto se soldara su fractura de cadera, así que el tiempo se acababa.

–Joder, ¿por qué no vienen ya? –Wiggo bajó la ventanilla.

–En realidad, ¿qué es lo que saben?

–¿Qué coño te importa? ¿Qué quieres decir?

Henning pensó que no conocía demasiado bien a su hermano.

–Pero ¿por qué tenemos que esperarlas?

–Creí que estabas en *esto*.

–¿En qué?

–Joder Henning, ¿quieres irte *andando* a casa?

Wiggo tenía un trabajo y conseguía tías. Debería dejar de mirarle con aire de superioridad. Henning observó a su hermano pequeño con los ojos entrecerrados. Ahí estaba, con aires de chulería. Aunque era verdad que parecía cansado desde que mataron a Elna. Wiggo tenía ojeras oscuras y fumaba sin parar, pero aun así, seguía

siendo el más fuerte.

De pronto, Wiggo se echó a reír. Henning miró a su hermano. No podía decirle a Wiggo que iba a la casa de Helmer Ruud porque Wiggo se enfadaba por casi todo.

–¿De qué te ríes? –preguntó.

–De nada.

Henning miró por el parabrisas. Para el otoño, cuando llegaran las heladas, la larga hierba de la cuneta quedaría cubierta por un traje de hielo transparente. En el momento justo en que ese pensamiento se deslizó por su mente, donde se había fijado como una imagen fría, aparecieron las chicas. De pronto, simplemente estaban allí. De pie frente al coche.

La rubia llevaba una chaqueta blanca, luminosamente limpia, de una tela arrugada. El pelo brillaba en cascada sobre sus hombros.

Wiggo se lanzó fuera del coche y puso los codos sobre el techo.

–Hola, qué bien que hayáis venido –el aire salado del mar cayó como una ola templada sobre su cara–. Tomad asiento.

Las chicas se miraron inseguras. La pelirroja hizo un pequeño gesto, difícilmente perceptible.

–No hay nada de que asustarse. No os vamos a hacer nada. Ni siquiera tenemos que ir a ningún sitio. Sólo estar aquí sentados y charlar un poco.

Louise miró a Ina. La voz se atascó en su garganta. Su cuerpo se quedó helado, rígido. Sus piernas casi no querían obedecer. Se agarró al brazo de Ina, sintió que estaban unidas como si fueran un cuerpo desdoblado. El hombre de la furgoneta de los helados se había vuelto a sentar en el asiento del conductor, junto al otro hombre. Apretó un botón y puso el estéreo a tope. La música salía al exterior en duros golpes.

Wiggo miró a Henning y se inclinó sobre su hermano.

–Entrad –gritó por la ventanilla abierta–. Éste sólo es Henning, mi hermano.

Louise estaba en el asiento trasero con Ina. Estaban muy juntas. El asiento desprendía un fuerte olor a goma. Era un coche bastante viejo. Sintió como sus pequeños pezones se contraían. La música golpeaba su cuerpo. Justo frente a ella estaba el hermano del hombre de la furgoneta de los helados. Tenía un cuello bastante ancho. Veía cómo Wiggo apretaba las manos entorno al volante.

–¿Adónde vamos? –gritó.

–Tranquila –dijo Wiggo enseguida–, si ni siquiera he puesto el coche en marcha, ¿no?

Bajó el volumen de la música. Louise se movió intranquila. Miró un momento la cara pálida de Ina.

Su madre tendría que verla ahora, pensó, encogiéndose de hombros. El frío subía por su puño cerrado. Intentó reír pero sólo hizo una mueca. Notaba la mirada insegura de Ina sobre ella.

–Creo que nos tenemos que ir.

–Sólo una cosa –Wiggo Nyman se giró hacia el asiento trasero puso el brazo sobre el respaldo del asiento con aire desenvuelto–. Esa carta...

–¿Qué carta?

–No os hagáis las tontas.

Louise miró insegura a Ina, luego observó a Wiggo y la nuca de su hermano.

Esto era exactamente lo que *no* le dejaban hacer. Esto era lo que había tras todas las instrucciones de su madre. Lo sabía, pero Wiggo era el hombre de la furgoneta de los helados, ¿no? Wiggo tenía que volver al final de la calle con su furgoneta azul *una y otra vez*. No *podía* hacerles nada.

Sentía el asiento blando bajo sus muslos. Ina se inclinó hacia ella y dijo con voz temblorosa:

–¿Nos largamos?

–Esperad un momento –pidió Wiggo bruscamente. Se quedaron sentadas en silencio. Una gaviota noctámbula gritaba a lo lejos, junto a los barcos.

–¿Qué es *realmente* lo que habéis visto? –se volvió hacia delante otra vez.

Louise miró interrogante a Ina.

–No sabemos de qué estás hablando. Por cierto, ¿tienes dieciocho años?

–Sí –dijo Wiggo volviéndose hacia atrás–. ¿Y tú cuántos?

–Casi catorce –afirmó y sintió un calor en la garganta. Hervía bajo la chaqueta blanca. El hermano de Wiggo no decía nada.

–Pero entonces sólo nos llevamos cuatro años –dijo él siguiéndole el juego–. Cuatro años no son nada.

–No.

–Y... ¿qué es lo que habéis visto?

–¿Visto?

–Sois guapas –dijo sonriéndoles en el retrovisor. Louise le devolvió la mirada muy seria–. Las dos –añadió, pero no era verdad. La rubia no estaba mal, pero la pelirroja tenía la cara grande con ojos azules redondos y una boca enorme. Casi no tenía cuello, pero sí dos o tres dobles barbillas.

Wiggo dijo:

–Así que ¿no os gustaba mucho ese tal Patrik, el que desapareció?

Louise le miró sorprendida.

–Bueno, no queríamos que desapareciera.

–Oh, mirad qué perro tan bonito –Louise señaló repentinamente por la ventana–. Mi perro está muerto. Murió hace unas semanas.

Wiggo Nyman suspiró y volvió a echarse hacia delante. Su hermano estaba completamente quieto en el asiento de al lado. Era difícil entender a chicas así. ¿Por qué le habían mandado esa carta? No entendía bien qué querían. Quizá sería mejor no provocarlas demasiado.

–Os daré una caja de helados a cada una. El que queráis. En Estados Unidos han metido vitaminas en los helados.

Louise rió.

–¿Qué?, ¡vitaminas!, ¡puagg!, ¡suena mal! ¿A que sí, Ina?

Ina asintió con la cabeza:

–Sí.

Quería sacarles algo más. Tenía que hacerlo, ahora que las tenía allí.

–¿Damos una vuelta? –preguntó.

–¿Para que el viento te saque las telarañas del pelo? –a Louise le temblaba la voz.

Wiggo tuvo que reírse. Sabía decir las cosas. Giró la llave y puso el coche en marcha.

Las lágrimas asomaron inesperadamente a los ojos de Louise. El recuerdo de su cuarto, seguro, con Bittelise en la estantería y su acogedora y blandita colcha sobre la cama, hicieron que se sintiera mal. Creía haber hablado, pero no dijo nada. Sólo miraba fijamente sus uñas donde quedaban algunos restos de su pintura de uñas rosa aquí y allí.

El coche pasó la oficina de correos y salió a la carretera principal.

–No vamos a salir a la E-18 ahora. Tenemos que ir a casa. Mi madre se pone de mal humor si llega después de las diez –Ina estaba sentada muy cerca de ella.

–Sólo os voy a enseñar dónde trabajo –dijo Wiggo metiendo tercera–. ¿No queréis saber de dónde sale todo ese helado?

Su hermano no decía nada. Miraba fijamente al frente. Su pelo claro caía sobre el cuello de su chaqueta azul oscuro. Era como si esos dos de delante tuvieran un plan muy detallado. Louise Ek tenía miedo. Cuando volviera a casa, sus padres no debían enterarse de nada. Pasara lo que pasara, no debían saber que había montado en el coche del hombre de la furgoneta de los helados.

Esa noche, más tarde, tumbado en la estrecha cama en la que había dormido toda su vida, Henning Nyman sintió cómo se contraía su entrepierna. Un sentimiento oscuro y profundo. Habían llevado a las chicas de vuelta a casa, después de haber estado en Alnabru y visto la cámara frigorífica. Las chicas estaban contentas con sus cajas de helados. Pero notó lo inseguras que se sentían. Allí de pie con sus ojos de gacela y el pelo que se les rizaba en la nuca. Había sentido su olor íntimo y dulce. Y cuando volvieron a salir al aparcamiento y la luz del anochecer caía en manchas sobre el asfalto, sintió cuánto miedo tenía de llegar a hacerles algo. No ahora, pero más tarde. Sin Wiggo.

Al día siguiente volvería a la casa vacía. Se desnudaría y caminaría por las habitaciones. Por todas las habitaciones, pero no por el sótano.

Después de volver a llevar a las chicas a Høvik, se quedaron un rato en el coche, hablando en voz queda. Su madre se había acostado y los gatos dormían en el cercado. El barreño amarillo estaba apoyado en la pared, con un trapo azul claro colgado a secar sobre el borde.

Wiggo había hecho un movimiento brusco con la mano, una especie de cambio de sentido. Henning se dio cuenta de que se producía un cambio, un desplazamiento del centro de poder. De pronto, Henning era el que tenía todas las cartas en la mano. Entendió que había ocurrido *algo*, algo que podía llegar a unirlos más a su hermano y a él. Elna estaba muerta, pero esto de las niñas era otra cosa. Repentinamente, era como si Henning reconociera algo que aún no había vivido.

Seguramente eran muy parecidos, Wiggo y él, pero era algo de lo que no hablaban. La idea de capturar a dos niñas le excitaba profundamente. En realidad no era *eso* lo que Wiggo había dicho, que las fueran a capturar. Wiggo había *prometido* que el cambio no tenía nada que ver con Elna, era sólo por si acaso, dijo, porque no podía más.

¿Lo entendía Henning? No sabía qué contestar. Su hermano le había pedido ayuda con las dos chicas, pero no entendía del todo de qué se trataba.

Henning pensó en su madre, vio ante sí su rostro cansado, el cuerpo delgado. La manera en que le costaba respirar. Su madre no debía saber *nada*. Su madre sí entendía lo bastante como para saber que no debía dar la lata.

Henning levantó la cabeza y escuchó. Lo que oía no podía ser la máquina de afeitar de su madre, porque estaban en plena noche. Pero vibraba en su cabeza, un sonido bajo y persistente, como de una máquina pequeña. Tal vez se estuviera volviendo loco. El sonido que escuchaba existía sólo dentro de su cabeza.

Tenía que controlarse. Una manera de aislar la locura era ir en sentido contrario, ser muy receptivo y muy empático. No era tan difícil.

Se levantó y sacó una revista del último cajón. Miró fijamente a las depiladas mujeres desnudas con pechos tan pesados que parecía que iban a explotar. La manera erótica en que se tumbaban, sentaban o ponían de pie no le excitaba. Eran las *otras* revistas las que despertaban en él un ansia oscura. Las revistas de Helmer Ruud.

Un animal podía provocar en él sentimientos así. Un animal suave que con toda naturalidad se restregara contra su pierna para ser acariciado. La confianza de su mirada hacía que algo en él se abriera. Pero luego, de repente, le podían entrar ganas de matarlo. Muchas veces sentía pena al poner las trampas. Pero después disfrutaba al escuchar los gritos desesperados de los animales. El dolor de ellos se convertía en su placer.

La puerta del armario estaba medio abierta. Su habitación era un completo caos. Las cortinas se balanceaban con la corriente de aire cálido que entraba regularmente por la pequeña rendija de la ventana. Aun así lo sentía caliente y estancado. Observó las arrugas del edredón con funda de Harry Potter. No había tocado nada. La policía le había pedido que no tocara nada. Lo habían revisado todo sin encontrar nada. ¿Qué buscaban?

Signe Marie Øye se acercó al escritorio y pasó la mano por la superficie polvorienta. Lo había *sabido* todo el tiempo. Ahora podía decir que la última mañana había *intuido* que algo iba a pasar.

Después del verano el colegio volvería a empezar. No podría ir al colegio a buscarle porque no estaría allí, no estaría sentado en su pupitre. Hoy no había sido capaz de caminar por el sendero de grava. Se había dado la vuelta a mitad de camino. Tal vez nunca volviera a ir por ese camino de grava. La noche anterior estuvo dando vueltas por el parque Veritas durante varias horas. Vio a unas niñas. Y a dos hombres jóvenes que las esperaban en un coche aparcado. Pusieron el estéreo a tope. El sonido era lacerante.

Había dado la vuelta por la orilla, hasta la playa de Veritas. Allí se quitó los zapatos y anduvo por el agua. De pronto todo estaba tan silencioso... Había oído el sonido de las pequeñas olas al romper en la orilla, y el murmullo de las copas de los árboles. Desapareció. Ahora no había ningún sonido. Sería agradable simplemente esfumarse. Morir en las olas. El abrigo rosa estaba mojado. Flotaba y se movía a su alrededor. Pero entonces empezó a pensar en Patrik. Y si volviera y ella no estaba cuando llegara... Tenía que estar allí cuando llegara, llenar el congelador con pizza y salchichas. Y comprar refrescos. Y ese *juguete* que él tanto deseaba y que ella no había querido que tuviera. Un arma, un arma automática de plástico.

Volvió por el agua hasta la playa. Las fibras del abrigo se habían hinchado, era una tela gruesa. Caía agua del dobladillo. Goteaba sobre la arena. Estaba allí de pie y no era nadie. Podía haber sido mujer, niña, joven, anciana o enferma. No importaba quién fuera. Cuando un momento más tarde recuperó la lucidez, fue como caer desde muy arriba, como si en realidad la historia de su vida fuera otra muy distinta de la que ahora llevaba a cuestas. Tenía que tener cuidado.

Nada era seguro, mientras no la hubieran avisado. Un recuerdo la cobijó. Patrik había estado haciendo el tonto con un balón en el salón. No tenía permiso, pero no se quería rendir y acabó tumbada sobre él, haciéndole cosquillas hasta que suplicó piedad. Y repentinamente sintió la alegría de entonces. La alegría prendió en ella, como una luz, que se fue debilitando hasta desaparecer del todo.

El grotesco plan surgió primero como un sueño terrible. No se materializó como un pensamiento concreto, sólo se movía gris e informe muy al fondo de su mente. Henning había dormido mal y se despertó con el ruido que hacía su madre trasteando con las tazas, abajo, en la cocina. Se levantó, apartó las cortinas y abrió la ventana de par en par. El sueño había sido tan real. Había soñado con la pelirroja. La visión del cielo escandalosamente azul le deprimía. El cielo azul y las hojas verdes y el sol perfectamente amarillo; todo le provocaba ganas de atravesar el cristal con el puño. El sonido del bosque le hacía percibir su soledad. Recordaba ese zumbido de cuando era niño y se acercaban las vacaciones. Interminables días calurosos sin hacer nada.

Era sólo un sueño; invenciones. Fantasías, tal vez. Que iba a atrapar a las niñas. Tendría que deshacerse de ellas después. Cuando las hubiera estrangulado. Enterrarlas en alguna parte, muy dentro del bosque. Llevarlas por el camino forestal. Abrir la barrera y seguir. Sus fantasías hicieron que su miembro se endureciera inmediatamente. Sabía que estaba más allá de todo lo razonable, pero un pensamiento no era más que un pensamiento.

Si viviera cincuenta años más, lo que no era muy probable, el tiempo sólo estaría ocupado por horas y días interminables y completamente idénticos. La casa vacía era el único lugar donde podía estar en paz. No hacía más de tres semanas que había estado allí por primera vez atravesando el campo sembrado, hacia el sendero y luego a través del bosque. *Entonces* él no sabía que iba a encontrar esas revistas con niños desnudos. ¡Habían desencadenado tantas reacciones!

Aunque era el mayor, había tenía miedo de muchas cosas en su infancia. Wiggo nunca tuvo miedo de nada. Wiggo se había reído de él cuando le contó que había soñado con trolls. Se encontraba un troll en la linde del bosque, al final del huerto. El troll era él mismo. La cara estaba cambiada por la suya. Pero Wiggo se había limitado a reírse. Era una aberración.

¿Qué clase de día sería hoy sino un día completamente normal? No pasaría nada, su madre estaba *encima* de él todo el tiempo. ¿Cómo conseguiría largarse de allí alguna vez? Ella esperaba que ayudara con los gatos. Que les diera pienso y agua y cambiara la arena de los cajones.

Después de desayunar, salió al granero para organizar sus trampas. Ya no podía controlar su miedo. ¿Quién se iba a dar cuenta, si capturaba a las niñas y usaba la casa de *esa* manera?

Nadie lo notaría. La respuesta era *nadie*. Su corazón latía con tanta fuerza que casi no podía respirar. Cuando prendió, esa idea se convirtió en un estrépito de mal augurio en su cabeza.

El estrépito de su cabeza bajó hacia el corazón. Subía en punzadas por su garganta. Una sensación extraña, como si estuviera enamorado. Todo había cambiado. Le gustaba. Era algo nuevo, una especie de libertad. Un cambio desde la inmovilidad a una profunda emoción. Enamorado, estaba enamorado de la pelirroja. Le recordaba a un pequeño y suave animal indefenso.

Las chicas se habían creído lo que les dijo de la fábrica de cosméticos. Que trabajaba en una fábrica de cosméticos. Wiggo no se dio por enterado de ninguna forma cuando contó esa mentira. Puede que no entendiera que realmente había pensado *usarla*. ¿Cómo iba Wiggo a entenderlo cuando él mismo no lo entendía? No entonces. Wiggo sólo había apretado los dedos entorno al volante y mirado por la ventanilla.

Una mosca negra de alas relucientes caminaba por la mesa marrón del salón. Henning Nyman dejó el montón de revistas sobre la mesa con un golpe. La mosca desapareció inmediatamente. Pasó dos páginas de la primera revista. Era una foto de una niña de unos ocho años. Estaba tumbada sobre una cama con sábanas limpias de encaje. No posaba, sólo estaba allí recostada con su camiseta de encaje rosa, desnuda de cintura para abajo. Un hombre adulto sentado en la cama junto a ella. Su mano robusta descansaba sobre su propio muslo peludo y musculoso. La expresión de su cara era terrible, sin piedad. Al acercarse Henning vio que parecía que la niña lloraba, o estaba a punto de empezar a llorar. Pronto ocurriría algo espantoso. La revista era vieja. La cerró y miró el año. Tenía la cabeza inclinada y las manos sobre las rodillas. Si la niña aún vivía ahora tendría por lo menos

diecinueve o veinte años, aproximadamente, pensó.

Se levantó y fue al pequeño recibidor a mirarse en el espejo. Observó su cuerpo desnudo, los músculos flácidos de sus flojos brazos, la gran barriga, y el vello claro de sus antebrazos. Los dientes amarillentos.

Veía las chicas frente a él. Lágrimas como estrellas. Las miradas inocentes. El dolor. Todo. No eran imágenes que quisiera conservar en su cerebro. Eran imágenes que uno querría hacer *desparecer*. Y *olvidar*. Y *recordar*.

El suelo estaba lleno de pequeños montones de ropa, libros escolares, un albornoz rosa y turquesa y una mochila. Louise consiguió meter en ella, apretando bien, una sudadera y un chándal.

–¿Cuántas cosas tenemos que llevarnos? En realidad sólo son dos noches.

Louise se volvió para mirar a Ina que estaba sentada en la cama junto a un montoncito de chucherías para la excursión. Louise dio una patada al pequeño cilindro de la tienda de campaña para dos que iban a llevarse, hasta hacerla rodar. Se chupaba una pequeña herida que tenía en el brazo. Sabía amargo por la crema solar que se había puesto por la mañana.

–Creo que va a ser una excursión aburridísima, ¿tú qué crees, Ina?

–Creo que será aburridísima.

–Menos mal que nos dejan la tienda de papá, que sólo tiene sitio para dos, así no tendremos que dormir con nadie más. Son tan críos...

Louise rió. El alivio se había extendido por su cuerpo como una planta en crecimiento cuando el de la furgoneta de los helados y el torpe de su hermano las habían llevado a casa, antes de ayer. No había pasado nada.

Wiggo y Henning sólo les enseñaron el almacén de los helados, hablaron de *esa carta* y no les habían hecho absolutamente *nada*. En el almacén hacía un frío terrible. De las bocas de los cuatro salían nubes blancas. Durante un breve momento Louise había sentido una oscura angustia. Al final, Ina y ella pudieron elegir una caja de helados cada una. Y luego Wiggo y su hermano las habían traído de vuelta en el coche.

Ina miró a Louise.

–¿Crees que es verdad lo que dice el hermano de Wiggo, que trabaja en una fábrica de cosméticos?

–No tenía precisamente pinta de eso –dijo Louise echándose hacia atrás hasta descansar la espalda contra la pared–, pero puede que sea cierto de todas formas. Seguro que sólo trabaja en el almacén. Imagínate todo lo que tienen allí. Máscara y lápiz de ojos y colorete y cremas y barras de labios. ¡Será divertido! ¡Imagínate que nos da lo que queremos! ¡Ésa sí que sería una sensación nueva! El helado no es más que una mierda, pero pinturas...

Ina se echó hacia atrás apoyándose en los codos. Resaltaban sus pequeños pechos redondos. No todo era divertido, pero Louise tenía algo de razón. Sería una sensación diferente. Aun así tenía un presentimiento. Las cosas podían unir las o separarlas en un segundo. Así era con todo lo que hacían juntas. Su madre había estado dándole la lata; quería saber cómo era Louise *en realidad*. Ina miró las chuches que estaban a su lado sobre la cama. Una caja de caramelos, dos chocolatinas, una bolsa de gominolas y un montón de tiras de regaliz rojo. Se metió un regaliz entero en la boca.

–Pero quizá sea mejor que cuelgues, digo, quiero decir si Wiggo vuelve a llamar.

Hubo un momento de silencio.

–Lo sé, pero paso de mamá. No entiende *nada*. Y nos trajeron en coche de vuelta a casa, ¿no? Mamá ha estado dándome la lata constantemente desde que Wiggo llamó. Me vuelve loca –Louise puso la lengua bajo el labio superior. Ina hizo lo mismo.

–Qué faena que tu madre llamara a la mía –dijo Ina–. Ella *también* tuvo un ataque. Me hizo todas las preguntas del mundo.

–Qué asco; lo sé. Louise echó una toalla mojada sobre la cabeza de Ina.

–Si alguna vez tengo una hija, seré una madre completamente diferente. Lo prometo. Seré una *buena* madre.

Ina sonrió quitándose la toalla, y pasó la mano por el cabello de Louise.

–No me toques –dijo Louise bruscamente.

–¿Por qué no? –Ina dejó caer la mano.

Louise se cruzó de brazos y la miró por el rabillo del ojo. No quería decir que le gustaba que lo hiciera, que era por eso.

–Voy a llamar ahora a Wiggo, o a mandarle un sms.

–¿Qué vas a decirle?

–Que podemos quedar con él a las cuatro. Si llama, le pregunto si su hermano nos puede traer pinturas. Lo *dijo*, ¿no?

–Vale –dijo Ina–. Tengo frío.

–Yo también. Es porque estuvimos demasiado tiempo metidas en el agua. Le voy a decir que nos podemos encontrar a las cuatro junto a la fuente del parque Veritas. Terminó de preparar mis cosas y nos vamos a tu casa a coger tu dinero. Y nos largamos. Seguro que Wiggo nos lleva al colegio después. No tenemos que estar allí hasta las seis. Los otros se van a quedar con la boca abierta. Me parece que los estoy oyendo. *¿Quién era ése? ¿Quién era ése? Quién se supone que era ése.*

–¿Nunca pasas la aspiradora? –Ina se tumbó de lado sobre la cama y se metió una chuchería en la boca. Sus mejillas se hincharon.

Louise imitaba el sonido de los besos en el móvil.

–Muac, muac –hizo echándose a reír–. Ya le he dejado un mensaje de besos y ahora le mando un sms. Así.

–¿Te arrepientes?

–No.

–¿No te arrepientes?

–No. Hoy tiene el día libre. No lleva la furgoneta los viernes. ¿Qué crees que dirán los otros cuando le vean? Si no contesta, llamamos a su hermano.

Cato Isaksen tardó cinco minutos en abrir la puerta con una ganzúa. No sabía qué buscar, pero de repente se produjo un pequeño chasquido y la puerta del estudio de Wiggo Nyman se abrió. Roger Høibakk estaba de pie tras él y miraba nervioso hacia la escalera.

–Entremos ya –urgió impaciente.

El suelo del pequeño recibidor crujió bajo sus pies. La luz del techo estaba encendida. En el cuarto de estar las cortinas estaban echadas. Cato Isaksen fue hacia la ventana y apartó las cortinas de golpe. Miró a su alrededor en el diminuto apartamento.

Una breve encimera de cocina ocupaba una esquina. Su superficie plastificada estaba llena de cacharros sin fregar y platos de papel usados, amontonados, llenos de kétchup reseco. Contra la pared había una cama sin hacer, con una mesa roja de Ikea delante.

–Madre mía qué desorden –comentó observando el caro televisor de pantalla plana que había sobre un mueble alargado.

–Empieza a buscar –insistió Roger Høibakk abriendo la puerta de un armario en el pequeño recibidor.

–Busca con cuidado –dijo Cato Isaksen–, que Nyman no descubra que hemos estado aquí. *Algo encontraremos.*

–Tú acuérdate de volver a cerrar las cortinas, jefe. Y me parece dudoso que encontremos nada de nada. ¿Qué podría ser?

–Algo –repitió Cato Isaksen y se inclinó para mirar bajo la cama. Era condenadamente irritante que Asle Tengs no hubiera localizado ningún coche rojo con desperfectos en la compañía de alquiler de coches en la que trabajaba el primo de Ahmed y Noman Khan.

Cato Isaksen se puso a cuatro patas para mirar debajo de los dos sillones y el mueble de la televisión. Por todas partes había pelusas, botellas de agua vacías y viejas revistas y periódicos.

Oía cómo Roger rebuscaba dentro del armario en el pequeño recibidor. En la parte superior del mueble de la televisión había tres pequeños cajones. Sacó el del centro. Encontró un paquete de preservativos y una pequeña caja de clips. Metió la mano en el cajón y lo palpó hasta el fondo. Nada. El otro cajón contenía un batiburrillo de cedés, cajas vacías de caramelos para la garganta y un mapa de carreteras. En el tercero había unos calzoncillos y un par de camisetas dobladas. Ya iba a cerrar el cajón cuando vio un papel que asomaba entre la ropa. Lo sacó. Una carta.

Había sido escrita en un ordenador y el papel era rosa pálido, con un borde lila con pequeñas sirenas impresas. La habían enviado por correo, porque el sobre estaba al lado. Miró la fecha. El 12 de junio.

Roger apareció tras él de repente.

–¿Qué es lo que has encontrado, jefe?

Cato Isaksen cerró el cajón del mueble de la televisión con la rodilla y paseó su vista sobre el papel.

–Una carta –dijo dejando que sus ojos corrieran sobre las letras.

Querido hombre de los helados:

Llamamos a información y nos dieron el número de ahí donde trabajas. Helado-directo, ¡ya sabes! Luego preguntamos por tu dirección y tu nombre. Dijimos que una de nosotras se había dejado el gorro en tu furgoneta. Pero no es verdad, ¡ya sabes! Porque no usamos gorro en verano ¡ya sabes! Pero te hemos comprado helados muchas veces. No hemos dicho nada de lo que tú ya sabes. Pero ese día lo vimos todo.

P. D.: Patrik era maleducado. No nos gustaba, así que no vamos a decir nada. Pero tienes que darnos helados gratis. Je, je.

Dos sirenas.

Cato Isaksen se giró hacia Roger Høibakk agitando la carta.

–Ahí está. Lo que yo decía. Simplemente *sabía* que Nyman estaba involucrado.

–*Eso* lo ha dicho Marian, jefe, no tú.

–Me cago en..., claro que no. Soy *yo* quien lo ha dicho. ¿Qué crees que querrá decir esto? Dice que alguien lo ha *visto todo*. ¿Qué querrá decir?

Cato levantó la vista y se quedó con la mirada perdida. ¿Quiénes eran las sirenas?

Tuvo una sensación repentina. En su mente empezó a formularse un nexo. El tono de la carta, Patrik era maleducado... *Patrik tenía miedo de tantas cosas, de las chicas grandes...*

–En realidad no tengo ni puta idea, pero creo que hay unas chiquillas en la casa vecina a Vera Mattson..., unas con las que hablé después de la reunión en el colegio. De hecho hablé con la madre de una de ellas el otro día. Mencionó unos perros que habían desaparecido. Y uno que habían matado –una certeza prendió en su interior. Una relación, algo que antes no había entendido. De pronto pensó en ese agujero de tierra que había frente a la excavadora, donde habló con Ina Bergum y Louise Ek después de la reunión en el colegio–. Vuelve a echar las cortinas. Nos vamos.

Roger Høibakk le miró y le quitó la carta de la mano. La sujetó por un extremo inclinando la cabeza.

–Pero no debemos mancharla. Mira a ver si encuentras algo donde podamos guardarla. Una bolsa de plástico o algo así.

Cato Isaksen abrió un armario de la cocina, sacó una bolsa de supermercado y metió la carta dentro.

–Así; ahora vámonos.

Echaron las cortinas, cerraron silenciosamente la puerta tras ellos y bajaron corriendo las gastadas escaleras de madera. Había un olor muy especial en esas casas de madera de los años cincuenta.

–Esas niñas..., las sirenas...

Sacó el móvil con aire ausente y llamó a Asle Tengs.

–He hablado con esas niñas un par de veces –le dijo a Roger Høibakk tirándole las llaves del coche–. Conduce tú. Yo tengo que hacer una llamada.

–¿Qué estás pensando?

–No sé, me pasa algo con esta carta. Sencillamente *sé* que es importante. Es un indicio básico.

Se sentaron en el coche y Roger salió marcha atrás del aparcamiento. Cato Isaksen maldijo por lo bajo. ¿Por qué no contestaba Asle Tengs? Apretó la bolsa con el puño.

Por fin contestaron al otro lado.

–Hola, Asle, oye, me he acordado de una cosa. ¿Ah sí? ¿Cuándo?

Roger Høibakk metió una marcha.

–Pues entonces deja que Randi hable con él. Sí, bien. ¿Puedes arreglar que manden a alguien a colegio de Høvik Verk para comprobar ese sitio donde hay una excavadora, junto al patio...? Sí, cerca del aparcamiento, junto a la carretera... No, eso no lo sé, sólo quiero comprobarlo. No es nada concreto, sólo un mal presentimiento, por decirlo así... Sí, ahora mismo. Bien, gracias.

Roger Høibakk no dijo ni una palabra. Reconocía los síntomas. Cuando Cato Isaksen estaba estresado era mejor callarse.

–Vé hacia Høvik –dijo secamente.

–¿Ahora?

–Sí, joder. Asle me ha dicho que el primo de los hermanos Khan dice que es él quien aparece en la grabación de vídeo, y que Ahmed Khan le pidió prestada su chaqueta. Para que pensáramos que era él, ¿cierto? Ahmed Khan tiene un problema. No estaba en la mezquita. Podría ser él quien atropelló a Elna Druzika. Pero vamos a la calle Selvik. A la casa amarilla. Tengo que hablar con las chicas inmediatamente. La rubia delgada, Louise, se refirió a Wiggo Nyman como si le conociera. Y no mostró absolutamente ninguna pena al hablar de Patrik Øye.

–Las chicas –dijo Roger Høibakk– pueden ser unas criaturas especialmente venenosas.

–Sí, cierto, puedo estar de acuerdo con eso. Pero no lo tomes a broma; esto puede ser bastante serio. Según su madre, Patrik Øye le tenía miedo a las chicas. Y hay *algo* en esas niñas del jardín vecino a Vera Mattson. Y esta carta demuestra que algo han visto. Algo que Wiggo Nyman ha hecho.

–¿Así que también recuerdas sus nombres?

–Ina Bergum y Louise Ek. Están en el informe de la policía de Asker y Bærum. No consigo unificar la información con rapidez suficiente. Faltan algunas piezas. Algo está pasando.

Acababa de decir esto cuando se abrió el portal y salió la chica rusa de las botas blancas.

–¡Para! –gritó Cato Isaksen.

Roger Høibakk frenó de golpe y dio marcha atrás. Cato Isaksen saltó del coche con la bolsa de plástico en la mano.

–¡Hola! –gritó acercándose rápidamente a ella. En cuanto la joven del pelo teñido de rubio le vio, se deslizó dentro de nuevo. Cato Isaksen corrió y tiró de la puerta, pero la joven consiguió entrar en su estudio y no le abrió aunque golpeó repetidas veces gritando que saliera.

Gunnhild Ek miró sorprendida al policía que estaba frente a su puerta. Otra vez, pensó. ¿Es que esto no iba a terminar nunca? Él la miraba fijamente. Iba en bikini y se sintió repentinamente incómoda.

–Oh, lo siento. Voy a echarme algo encima –corrió al dormitorio y cogió un albornoz.

Cato Isaksen esperó impaciente a que volviera.

–Es con Louise con quien quiero hablar. ¿Está en casa?

–Louise se ha ido de excursión con el colegio –dijo su madre–. ¿No puede estar tranquila aunque sea el fin de semana? Ya han sido muchas cosas. Vuelven el domingo por la tarde. No puede ser tan serio...

–¿Dónde están?

–En Burudvann, una excursión de fin de curso, no muy lejos de aquí, en el bosque.

–Sí, sí. Sé dónde es. No, vale, está bien. Hablaré con ella el lunes –saludó con la cabeza y sonrió brevemente–. Siento haberla molestado.

Un hombre observaba el jardín de Vera Mattson. Estaba a punto de hacer una foto cuando Cato Isaksen y Roger Høibakk abrieron la puerta de la casa y se sentaron en el coche.

Cato Isaksen no vio al hombre, sólo al perro. El hombre pasó junto a la vieja casa pisando la hierba y desapareció camino de la calle Odden seguido por el perro.

Cuando Roger dio marcha atrás en la parcela de Vera Mattson para dar la vuelta, Cato Isaksen le dijo:

–Es la familia Ek la que perdió su perro. El blanco pequeño, que fue descuartizado. Creo que será mejor que llevemos a Wiggo Nyman a comisaría ya mismo. No tiene ningún sentido esperar. Vamos de vuelta a la comisaría y tramitamos el asunto rápidamente antes de ir a buscarle.

–Vale, jefe –dijo Roger Høibakk–, pero... hablando de perros: Marian está enfadadísima contigo. Sabe que te has quejado de Birka a Myklebust por enésima vez. Myklebust habló con ella y le dijo que está de acuerdo contigo. Marian ha dicho que esto es el fin.

–Somos policías, no cuidadores de perros. No llevamos un maldito hotel para perros. ¿Me traigo yo el gato al trabajo?

Roger Høibakk sonrió.

–Tranquilo jefe. Ya se le pasará.

–Pues espero sinceramente que no. Sería una suerte que se enfadara y dejara el puesto.

Cato Isaksen entró directamente a la oficina de Ingeborg Myklebust.

–¿Dónde está Asle? –preguntó.

–Todavía está ocupándose del primo de los hermanos Khan.

–Tengo una carta que puede probar que Wiggo Nyman tiene algo que ver con el caso.

Ingeborg Myklebust le miró.

–Pues entonces tráele.

–Nos ponemos en marcha –dijo Cato Isaksen–. Wiggo Nyman no contesta al móvil. Tal vez esté en Maridalen. Tiene el teléfono apagado. Es viernes, así que hoy no trabaja. Vamos para allá. Roger y yo. Inmediatamente.

–Bien –dijo la comisaria–. No voy a preguntarte cómo conseguiste esa carta.

–No, no lo hagas. También tenemos que investigar a esas chicas que viven en la casa de Karihaugen. Prostitutas rusas. De eso estoy seguro. Pero ahora ¡Nyman es lo primero!

–Por cierto, Cato, tú ganas –añadió ella–. Entiendo que no es una situación grata trabajar con personas con las que te llevas mal. Así que te sales con la tuya. Voy a colocar a Marian Dahle en otro sitio. Hace media hora intenté que rectificara. Pero me contestó de una manera sencillamente descarada. Así que ahora entiendo lo que querías

decir.

–Espera un par de días –dijo Cato Isaksen estresado. De repente se sintió inseguro. Eran demasiadas cosas a la vez–. Ahora voy a buscar a Nyman.

Ingeborg Myklebust le miró con desánimo.

–Pero si dijiste que...

–Olvídate de lo que *dije*, escucha lo que digo ahora –la miró irritado–. No aprenderás nunca a escuchar. En este departamento todo el mundo va lanzado con sus propios asuntos, pensando todo el tiempo en abrirse camino. En realidad es tu culpa que yo tenga que parecer agresivo constantemente, y estoy harto de eso. Tú fuiste quien contrató a Dahle, y tengo muchas ganas de deshacerme de ella, pero no precisamente ahora, que estamos a punto de descubrir algo.

El estrés se materializó en un dolor en la frente. Una frase apareció en su cabeza. *Cuando ves la meta con claridad, tú vas hacia la meta y la meta va hacia ti.*

Ingeborg Myklebust comprendió que era el momento equivocado. Asintió brevemente con la cabeza y se retiró al tiempo que Ellen Grue entraba en el despacho.

–Fue un Mazda el coche con el que atropellaron y mataron a Elna Druzika –dijo, mostrando un documento a Cato Isaksen.

A Cato Isaksen le entraron ganas de abrazarla. Por fin una mujer normal, pensó. Ahora las cosas iban en buena dirección.

–También ha llegado el informe definitivo de la autopsia –continuó Ellen Grue sosteniendo otro documento más frente a él–. No hay ninguna discrepancia importante con el informe preliminar. También tenía que decirte de parte del departamento de orden público que no ha habido ninguna pista fiable sobre el coche rojo ni tampoco sobre Juris Tjudinov. Sólo muchas llamadas intrascendentes, por así decirlo. Ya sabes cómo es esto. Están comprobando las dos últimas pero dudan que vayan a dar en la diana. Pero ahora también podemos comprobar si se ha alquilado un Mazda rojo en Suecia, ¿no? Tenemos un punto de partida.

–Fenomenal –dijo Cato Isaksen mirándola–. Voy a pedirle a alguien que ponga ese coche en búsqueda en Noruega y en Suecia.

Ellen Grue parecía desvaída. Solía estar llena de contrastes, con el pelo oscuro y el pintalabios rojo.

–Oye Ellen... ¿No te encuentras bien del todo?

–Sí, claro –dijo esbozando una sonrisa. Estaba deseando irse a casa y meterse en la cama. Todavía no había sacado tiempo para ir al médico y pedir cita para un aborto, aunque era consciente de que el tiempo no dejaba de pasar.

–¿Pero no podrías...? Voy a por Wiggo Nyman ahora, pero es importante sentarse a pensar. ¿No puedes hablar con Randi y Asle?

–No, no –sonrió–. No razono. Proporciono hechos. Nada más por hoy, Cato. Tal vez mañana –antes de que tuviera tiempo de contestar había desaparecido por la puerta, pasillo abajo.

Cato Isaksen asomó la cabeza por la oficina de Marian Dahle. Estaba pasando las páginas de un grueso libro.

–¡Estás aquí sentada leyendo! ¡Espabila! Estamos a punto de poder relacionar a Nyman con el caso y, posiblemente, a Ahmed Khan. Hemos encontrado una carta en el estudio de Nyman. ¿Puedes poner en busca un Mazda Rojo, en Suecia y en Noruega?

Cato Isaksen lanzó sobre su escritorio el documento que Ellen Grue acababa de darle.

Le observó con desánimo. Birka salió de debajo de la mesa agitando el rabo con prudencia.

–No soy tu secretaria, me parece. Manda a otro a buscar ese coche. Yo estoy leyendo material especializado. Repito: especializado. Estoy poniéndome al día de lo que pueden llegar a hacer las personas que se rompen.

–Maldita sea, Marian...

–Considero que hay *algo* que hemos pasado por alto. Tiene que ver con cómo se muestra uno..., creo que he descubierto algo.

–Así que el chucho sigue trabajando aquí –la interrumpió Cato Isaksen sarcástico–. Ya veo que ni las órdenes de la comisaría te afectan.

–Myklebust me ha planteado un ultimátum: Birka o el puesto. Es culpa tuya, Cato. No puedo tomarte en serio.

Su mirada se oscureció.

–Yo a eso lo llamo manipulación, Marian Dahle. Decir que no puedes tomarme en serio es dar a entender que he sido degradado. Te niegas a recibir órdenes. En ese caso es mejor que lo dejes.

Por una vez, Marian Dahle parecía insegura. Le dolían sus palabras. En realidad a ella le *gustaba* Cato Isaksen. El problema era sólo que a *él* no le gustaba *ella*. Cato Isaksen la contempló. Estaba claro que ella entendía que había ido demasiado lejos. Hizo un movimiento con la mano para ocultar un gesto de humildad. Al fin y al cabo el ataque era la mejor defensa. La ahogaría por completo si le daba la más mínima oportunidad de hacerlo.

–No eres una persona que fomente la fidelidad –afirmó ella con dureza–. Seguro que ya te lo han dicho antes. Es como si quisieras tenerme vencida en el suelo antes de aceptarme. Eres tan transparente como un niño. Pero yo no me voy a tumbar. No te vas a salir con la tuya. Birka pasa la mayor parte del tiempo en el coche. Pero ahora había estado tanto tiempo sola que fui a buscarla. No creo que se trate de Birka. Creo que me tienes miedo.

–No deberías ser tan sarcástica Marian Dahle, no te va.

–Los sarcasmos nunca son bonitos –replicó–, pero pueden ser necesarios. Sé que ha sido difícil para ti después de que tu hijo fuera...

–Mi hijo... ¿qué coño sabes tú de mi hijo? Tú no me conoces en absoluto.

–Sé que ese chaval, el que mató a esa mujer en Vindern en enero..., que él...

Cato Isaksen sintió una oleada de alivio recorrer su cuerpo. Por un momento creyó que sabía lo de Gard, su hijo mayor y aquella vieja historia de consumo de drogas.

–No quiero perder el tiempo con estas tonterías –dijo irritado–. ¿Qué es lo que quieres conseguir realmente?

–Pero estuviste de baja después, durante bastante tiempo.

Cato Isaksen levantó la mano y la señaló con su dedo índice hasta casi tocar su cara.

–Te vas *fuera*, fuera del equipo. Si hay algo que puedo prometerte, es eso. Y ahora me voy con Roger a buscar a Wiggo Nyman, si te parece bien.

Henning Nyman metió la llave en la cerradura y la giró. Abrió la puerta del garaje y vio el Mazda rojo de Helmer Ruud. Por un momento pensó que se había equivocado. El coche parecía estar intacto.

Se dio la vuelta y miró hacia los abetos. La brisa tiraba suavemente de las ramas más bajas. Parecían alas. Alas negras. Escuchaba los gritos de los pájaros, los tétricos graznidos que persistían un buen rato en el aire.

Wiggo había dicho que seguro que Helmer no tendría nada en contra de que usaran el coche. Los coches se oxidan si están parados, dijo Wiggo. Y no se refería al óxido normal, sino que el motor se resentía. Estaba claro que era bueno para los motores de los coches que les dieran un acelerón de vez en cuando.

Henning estuvo un rato mirando los faros traseros, antes de deslizarse pegado a la pared. Quería ver qué aspecto tenía el coche por delante. El garaje era estrecho. Tuvo que pasar por encima de unos ladrillos y una caja de herramientas. Había manchas de aceite y trapos usados tirados por el suelo.

Lo vio inmediatamente. El coche tenía grandes desperfectos en la parte derecha del parachoques delantero. El faro estaba roto. La verdad se abrió camino en su interior. Lo había *sabido* todo el tiempo: Wiggo había matado a Elna. La atropelló con el coche de Elmer Ruud, y antes de eso le había pegado. Tenía que haber ocurrido así. Eso decía el periódico. Pero el niño que había desaparecido, no *podía* ser Wiggo, porque, en ese caso, ¿dónde lo había metido?

Se sentó en el coche y puso en marcha el motor. Metió la marcha atrás y salió del garaje. Louise Ek le había llamado para preguntarle si era cierto lo del maquillaje.

Algo debía suponer su madre, pensó. Su madre con sus botas de agua y su barreño de plástico. Todo era despreciable. Tenía que suponer que Wiggo había usado el coche de Helmer Ruud. Debía suponer que Henning iba a casa de Helmer Ruud, cada vez que cruzaba el campo.

Esta tarde se había girado para mirarle cuando se marchaba. En el salón estaba colgada la foto de él y Wiggo, hecha por un fotógrafo cuando tenían cinco y quince años. De una forma grotesca, se asemejaban a las liebres y los zorros que mataba en las trampas. Los ojos astutos, los hocicos afilados. Ahora Wiggo estaba arriba en su antiguo cuarto, durmiendo.

Cerró la puerta del garaje tras él y volvió a sentarse en el coche, giró a la izquierda y siguió por el camino. Las manchas doradas de sol cambiaban de lugar ante el coche por el movimiento oscilante de las ramas con la brisa. Un gran vacío procedente del bosque vino a su encuentro.

Se imaginaba a la pelirroja llorando hasta empapar sus mejillas. Ya era demasiado tarde para dudar. Iba de camino para buscar a las chicas. Creían que les iba a llevar pinturas. *Eso* era lo que había dicho. El corazón latía en sus oídos. La rubia dijo que irían. Al parque Veritas, había dicho, junto a la fuente. Pero luego las tenía que llevar en coche al colegio. Al autobús que llevaría a la clase al viaje de fin de curso.

Dijo que lo haría. Luego las llevaría al colegio. La rubia Louise preguntó si también vendría Wiggo. Dijo que sí, que Wiggo también iría. Claro que había dicho que Wiggo iría. Pero ¿y si realmente conseguía llevarse a las niñas? ¿Si conseguía llevárselas en el coche y meterlas en la casa? ¿Cómo se conseguía que dos chicas así hicieran lo que uno les dijera? Tal vez podía atraerlas con algo más que el maquillaje. A lo mejor el maquillaje no era suficiente. Una había perdido a su perro. ¿Y si decía que tenía un cesto lleno de cachorros en el sótano? Los cachorros eran suaves y monos. Las niñas como ellas adoraban los cachorros.

Åsa Nyman estaba sentada a la mesa de la cocina con el café tibio en una taza blanca desportillada. «Madre» decía en gastadas letras doradas sobre la porcelana. Fuera, en la entrada, estaba aparcado el coche de Wiggo. Había subido a su antiguo cuarto, a dormir. Ella creía que ya no estaba muy a gusto en el estudio de la ciudad después de la muerte de su amiga. Varias veces le había oído hablar en sueños, murmurar algo de que Elna vivía en las sombras de la hierba. Que no era culpa suya, que su corazón era un pequeño martillo que quería seguir golpeando y latiendo. Cosas así, raras, que no eran propias de él en absoluto. Antes, cuando subió para acostarse, dijo que un día vendría con Inga. Estaba a la mitad de la escalera cuando lo dijo, giró hacia ella bajo la ventana de cristal coloreado. La luz venía de atrás y se posaba sobre sus hombros. De repente parecía algo aliviado.

–Me traeré a Inga, había dicho.

Sabía que era la policía. Cuando el coche gris giró hacia la entrada frente a la casa, pensó que todo parecía tan reconocible; el ruido del motor que se apagaba, los dos hombres que bajaban del coche, el color del cielo. Todo era igual, y a la vez no lo era.

Åsa Nyman se levantó pesadamente y salió al pequeño recibidor.

–¿Habéis venido a detenerle? –preguntó ansiosa.

–No –dijo Cato Isaksen–, no se puede llamar detención. Sólo queremos llevarle a comisaría para un nuevo interrogatorio. ¿Dónde está Wiggo?

–Arriba –dijo y les dio la espalda. No quería preguntar más. No podía más. Había ocurrido algo ese verano, algo sobre lo que no tenía control. Entró en el salón y se detuvo delante de la foto en blanco y negro de Wiggo y Henning. Casi cada noche de la semana pasada había soñado con ellos. Los había recreado como *eran antes*. Los había soñado hasta hacerlos aparecer sobre la grava de la entrada, cuando eran pequeños y jugaban al fútbol. Había visto el polvo que se levantaba cuando regateaban.

Siempre había sospechado que el mundo de *ahí afuera* era peligroso, y ahora se demostraba que tenía razón. Maridalen era un resquicio en el tiempo, algo alejado de Oslo. Lejos de todo y a la vez no. América y Oslo eran *otros lugares*. Hacía muchos años que no iba a la ciudad. Wiggo tendría que haberse buscado otro trabajo, no ir por ahí conduciendo un coche azul claro con sueños rosa para niños pequeños. Helado de estrellas o helado con sabor a estrellas. ¿Qué era eso, qué tenía que ver con la realidad? Y Henning y sus trampas para pequeños animales, ¿qué estaba haciendo verdaderamente? Las liebres que atrapaba, sus gritos extraños. Las liebres cambiaban de color en invierno. Las cosas cambiaban. Pero ¿por qué cruzaba el sembrado varias veces a la semana y desaparecía en el interior del bosque? ¿Dónde estaba *él* ahora?

Tuvo la premonición de que pronto iba a pasar algo. Signe Marie Øye se acercó a la ventana y miró al exterior. Su ojo capturó un movimiento en el extremo del jardín. Junto a las espesas plantas blancas pasó algo corriendo. Algo negro y brillante. Tenía que ser un perro, un perro oscuro. Podría ser *ese* perro. Vislumbró un hombre. Ahora desaparecían calle abajo. Había algo en esa imagen que no quería ver. No lo soportaba, simplemente no lo soportaba.

Se dio la vuelta y miró la foto de Patrik. Sentía la tela de la camisa rígida contra el cuerpo. Pasó intranquila por delante de la foto un par de veces. Luego entró en la cocina. La vibración del lavaplatos acechaba bajo la encimera. El sonido le susurraba. Un ruido frío y duro. El año que viene por estas fechas es posible que ya no esté aquí, pensó mientras comprobaba que el grifo estaba bien cerrado. Encendió la pequeña luz de la encimera, aunque no fuera necesaria, y puso la radio. La música, molesta y tonta, flotó por la cocina. *I was born to love you*. La apagó. Patrik tenía que estar en alguna parte. ¿No había nadie que entendiera que no podía más? Que sólo quería una respuesta. Saber que estaba muerto, que no sufría. Tuvo una arcada repentina, corrió hacia la pila, pero no arrojó nada.

No había sido capaz de salvar a su propio hijo. Levantó las manos y las puso a ambos lados de su rostro. Apretó las manos contra las mejillas. Anduvo arriba y abajo mientras miraba hacia el jardín. Cuatro años atrás habían estado de vacaciones de verano en un barco. Con unos amigos. Ella y Patrik y el padre de Patrik. Nunca olvidaría el olor a brea y madera, el grueso jersey de Patrik. Por la noche el barco se mecía arriba y abajo mientras dormían en el aire húmedo. El agua desprendía un olor amargo, un tufo a algas podridas que subía de la superficie. Fue el verano *anterior* a su separación. Nada iba bien, y la distancia se hizo permanente ese otoño. Patrik sufría. Patrik estaba triste. Patrik quería que su padre volviera a casa.

Se habían conocido en un cursillo, ella y el padre de Patrik. Ella iba a trenzar centros de flores y él los iba a fotografiar. Fotos, fotos, fotos. ¿Qué sentido tenían las fotos?

Volvió al salón. Los maceteros vacíos de la ventana llamaron su atención. Cada uno de los muebles estaba lleno de dolor. No ocurría *nada*. Nada ocurría. Tan sólo estas cosas muertas entre las que caminaba. Hora tras hora después de la desaparición de Patrik.

Había habido últimamente en los medio casos muy comentados de niños que habían desaparecido, pero habían vuelto. Natascha Kampusch había estado prisionera, pero sobrevivió y volvió. Con su madre otra vez. ¿Era en Alemania o en Austria? Hubo fotos suyas por todas partes, en la prensa, en todos los canales de televisión.

Signe Marie Øye miró a través del cristal de la ventana del salón. De pronto, toda la casa le recordaba a un palomar. Era el olor. Como si hubiera habido pájaros dentro. Las palomas volaban y volvían. A la dirección que tenían grabada en sus pequeños cerebros. La dirección, hacia aquí, hacia allí.

No podía más, tenía que salir de la casa.

Cogió el abrigo rosa de verano del perchero. Se envolvió en él como si pudiera protegerla. Metió los pies desnudos en unas viejas deportivas. Iba a ir al lago. Borear el lago y volver. ¿Cuántas veces iba a volver? Abrió la puerta y salió de la casa, sin echar la llave.

Henning Nyman oyó a las niñas desde muy lejos. Hacían un ruido muy especial las niñas así. Podía entreverlas entre los grandes árboles. Ahora bajaban hacia la fuente.

Estaba de pie junto al coche, esperando. Se apoyaba contra la puerta y esperaba. Había quitado el gato y la rueda de repuesto del asiento trasero. Por si acaso, sólo por si acaso no cabían. Compró unos pintalabios brillantes en una perfumería.

El corazón latía duro y fuerte en su pecho. Ahora pasaban el poste que había junto a la fuente. Alrededor la hierba todavía estaba verde, por lo demás todo era gris. En su cabeza todo era gris.

Habló con Louise por teléfono mientras conducía. Le había dicho que les daría una caja grande de cosméticos a cada una. Y no sólo eso, le dijo. Un amigo suyo tenía cuatro cachorros bastardos de los que no conseguía deshacerse. Si las niñas querían, se los daría gratis. Louise se había quedado callada al teléfono. No sé, dijo. No sé si me *dejan*. Pero sintió que el mensaje *entraba*.

Cargaban grandes mochilas a la espalda y llevaban las dos los vaqueros sujetos por debajo de las caderas. La pelirroja vestía un jersey azul claro de capucha sin mangas. Tenía la piel completamente blanca, aunque fuera verano, con pequeñas pecas sobre la nariz, y sus antebrazos parecían suaves y blandos. Un rollo de grasa asomaba entre el jersey y la cintura del pantalón. Rosado, como un bebé. *Era* una niña, una deliciosa y frágil niña.

Louise venía hablando sin parar, y de vez cuando detenía su marcha y se golpeaba las rodillas. Daba la vuelta un momento y andaba hacia atrás mientras seguía hablando con su amiga. Su voz era penetrante, como podían serlo las voces de las niñas. No sabía cuánto podría soportar. Había sido demasiado últimamente, más que demasiado.

En realidad sólo sentía desprecio por Louise. Su voz, la seguridad en sí misma que irradiaban sus ojos azules, el pelo demasiado claro. Era alta para su edad, y delgada. Sus pechos ni se insinuaban, estaba completamente plana desde la tripa hasta el cuello. De pronto rió histéricamente y gesticuló con los brazos.

Justo en ese momento las chicas le vieron. Se detuvieron. La pelirroja llevaba una tienda de campaña enrollada en los brazos. Todo se detuvo un momento, antes de que dieran la vuelta y echaran a correr. Se dio cuenta de que reían mientras corrían. Por lo menos ésa era una buena señal. Se quedó un rato parado pensando qué hacer, antes de empezar a caminar tras ellas rápidamente. Había empezado a llover. ¿O tal vez sólo era la fuente? Un velo de agua verde clara que pasaba como un humo poco denso frente a los focos de los chorros. Sintió cómo las gotas quedaban prendidas bajo su nariz. Empezó a correr. Fue fácil alcanzarlas.

A Louise no le gustó que el coche fuera rojo. Había un gran bollo en el parachoques delantero derecho, y el faro de ese lado estaba destrozado. *Algo* se abrió camino en su subconsciente. Sólo era una sensación. ¿No habían dicho algo de un coche rojo en el periódico? Ina rió alto a su lado y apretó la tienda contra su pecho. El hermano de Wiggo las había alcanzado. Estaba riéndose a su lado. Caperucita y el lobo, pensó Louise y miró con atención las grandes manos del hermano del conductor de la furgoneta de los helados.

Un labrador negro vino hacia ellos moviendo el rabo. Louise había visto a su dueño muchas veces. Extendió la mano y lo acarició. El perro les ladraba feliz y afónico. Cruzó el césped y desapareció, las orejas gachas, tras las zarzas rojas cuando su amor lo llamó. No podían verle, sólo oían que hablaba al perro en voz baja.

El hermano del conductor del coche de los helados seguía riéndose.

–Niñas tontas –dijo cogiendo a Louise del brazo.

–Ay, no hagas tonterías –se impuso la certeza de que lo peor podía pasar. Pero él se limitó a reír mientras la encaminaba hacia el coche.

–Os he traído cosméticos –tenía su brazo agarrado con tanta fuerza que la llevaba como a una muñeca de trapo floja. La hierba mojada bajo sus pies hacía que casi se deslizara hacia delante. El ruido de sus zapatos repercutía por su cuerpo. El latido de su corazón era fuerte y oscuro.

–¿Dónde está Wiggo? –sentía el dolor como una garra alrededor de su brazo. Él se limitó a seguir riendo.

–Os he dicho que os daré un perro a cada una –dijo soltándola.

Louise miró a Ina que venía trotando detrás. Sonrió insegura y se encogió de hombros.

–Ya veis que estoy de broma. Wigo me ha dicho que os dé recuerdos y que os diga que nos espera.

Louise pasó su brazo entorno a Ina, luego miró a Henning Nyman. *Cómo decir no a un hombre adulto que decide que te metas en un coche.*

–¿Dónde?

–Donde los cachorros.

Louise apretó fuerte el brazo de Ina. Ina sujetó con fuerza la tienda de campaña contra su pecho.

–¿Lo dejamos? –susurró Louise.

Ina la miró e hizo una mueca con la boca.

–No sé. Fuiste tú la que hablaste con él. Seguro que esos cachorros son muy monos, pero ¿qué crees que dirá tu padre?

–O mi madre –Louise tragó saliva.

–Entrad, sentaos –gritó Henning Nyman.

Cómo decir no a un hombre adulto que decide que te metas en un coche.

Louise le miró.

–Pero no podemos llevarnos los perros ahora, ¿nos los das el lunes?

–Ningún problema. Pero vais a *verlos* ahora.

Ina miró a Louise.

–Yo cuidaré del *tuyo* mientras estés en Italia. No es ningún problema. Voy a estar en casa todo el verano. Será estupendo cuidar de un perrito.

–Sentaos detrás –ordenó Henning abriendo la puerta y echando el asiento hacia delante.

–Qué coche tan viejo –dijo Louise–. Pero ¿nos dará tiempo a estar de vuelta a las seis?

Cómo decir no a un hombre adulto que decide que te metas en un coche.

–Ningún problema. Entrad en el coche.

Cuando Henning Nyman cerró la puerta del conductor, Louise vio sus ojos enmarcados como una pequeña foto en el retrovisor.

–Tienes que llevarnos directamente a Burudvann si no nos da tiempo de estar en el colegio a las seis –dijo Ina–. Cuando nos des el maquillaje y veamos los perritos.

–Vale.

–Llama al profesor y dile que eres mi padre. O el padre de Louise –siguió Ina–. Dile que llegaremos un poco

más tarde. O que iremos directamente a Burudvann.

–De acuerdo –dijo Henning Nyman y salió del coche.

–¡Os reís demasiado! ¡Callad un poco! Mirad, aquí tenéis unas barras de labios. Préstame tu móvil –alargó la mano hacia Louise que le dio su teléfono móvil rosa y le indicó el número del profesor.

Las niñas vieron por la ventanilla que Henning Nyman hablaba por el teléfono. Oían fragmentos ...*las dos...*, *no van...*

Se miraron y se encogieron de hombros.

–Nos llevará a Burudvann luego –dijo Ina abriendo una de las barras de labios–. Trabaja en una fábrica de cosméticos. Nos dará más luego.

La mujer apareció de pronto, como surgida de ninguna parte. Justo delante del coche. Repentinamente estaba allí observándolas por la ventana delantera. Parecía que tenía frío; iba envuelta en un abrigo de verano rosa. Como un fantasma con esa piel blanca y el pelo claro. Louise reconoció a la madre de Patrik Øye.

–¿Qué estáis haciendo? –preguntó.

Pero las ventanillas estaban cerradas, y las niñas no oían lo que decía. Henning Nyman volvió corriendo al coche y le dijo a la mujer que se marchara. Su pierna derecha temblaba cuando giró la llave de encendido y pisó el embrague. Anduvo marcha atrás unos metros antes de meter la primera y girar por su lado para subir el camino adoquinado.

La abogada de la policía Marie Sagen introdujo su tarjeta identificativa en el lector y pasó la garita de guardia. Hacía un calor asfixiante. Saludó brevemente con la cabeza a un par de policías y se revolvió el pelo claro. Se arrepentía de tener las vacaciones tan tarde este año. No cogería sus tres semanas hasta agosto. Faltaba mucho para agosto.

Introdujo el maletín frente a ella en el ascensor, estiró su camisa azul claro y presionó el cinco. Cato Isaksen la recibió en el pasillo.

La abogada policial estaba guapa con su ropa conservadora, pensó. Falda azul y camisa azul claro. Muy bien podía haber sido una azafata quien estaba frente a él.

La informó brevemente de lo extraordinario de la situación, y enseguida Marie Sagen lo interrumpió para informarle de que había una nueva circular con nuevas limitaciones en lo que se refería a detenciones, arrestos e interrogatorios.

–Es el Convenio Europeo de Prevención de la Tortura. Ya le han llamado la atención a Noruega. Pero veamos hasta dónde podemos llegar. Si no fuera porque se ha denunciado la desaparición del pequeño, le habría dicho que esperaríamos hasta mañana. Es tarde. Y hace calor. Por supuesto, tendremos que esperar al defensor de quien sea.

–Por supuesto –respondió Cato, ofendido. Tampoco es que fuera tonto del todo. Wiggo Nyman estaba en una de las salas de interrogatorio, esperando. En la otra estaba Ahmed Khan que, a saber por qué, les había pedido que llamaran a Inga Romulda.

–Ocúpate de que les den algo de comer y de beber –dijo Marie Sagen–, para que no esté *todo* mal desde el principio. Ya sabes cómo son estos abogados...

–Sí, ya sé cómo se lo montan estos malditos abogados..., ya. Y como todos los asesinos normales Wiggo Nyman, por supuesto, niega haber tenido que ver con nada de nada. Y en cuanto a Khan, no hemos empezado aún. Afirma que tiene un testigo que le puede exculpar: la amiga de Elna Druzika.

–Perfecto –comentó Marie Sagen y entró delante de Cato Isaksen en la sala de juntas, donde se había reunido el equipo. Dio la mano a Marian Dahle, a quien no conocía de antes, y saludó brevemente con la cabeza a los demás.

Roger Høibakk abrió las ventanas de par en par y lanzó fuera una mosca que había en el marco.

Marie Sagen puso su portafolios sobre la mesa que se abrió con un pequeño chasquido.

–Por lo que sé, Wiggo Nyman está en uno de los despachos para interrogatorios esperando –dijo sentándose al extremo de la mesa.

–Sí –confirmó Cato Isaksen impaciente. Ardía de ganas de empezar y confrontarle con los nuevos datos. Ahora sólo necesitaban tener lista la estrategia legal.

Asle Tengs entró en la sala y saludó brevemente a Marie Sagen.

–No había nada en el agujero junto a la excavadora en Høvik Verk, jefe –dijo y miró a Cato Isaksen–. Nada más que tierra seca. Los investigadores de escenarios de crímenes acaban de llamar.

–Vale –respondió Cato Isaksen–, era sólo una intuición. Tenía que ver con esas dos niñas... Siéntate. ¿Cuándo viene Inga Romulda?

–Viene de camino. Tony la trae. Pero probablemente ya *tengamos* algo, Asle –Cato Isaksen dejó caer unos documentos sobre la mesa y acercó una silla–. Hay que ir paso a paso. La intuición no es suficiente, de eso ya hemos hablado antes.

Asle Tengs lanzó una rápida sonrisa a Randi Johansen, que se giró en su silla y colocó su chaqueta sobre el respaldo.

–¿No sería importante que encontrarais a las dos chicas que probablemente han escrito esta carta, y que oyeráis lo que tienen que contaros antes del interrogatorio? –dijo Marie Sagen.

–Sí, pero están de excursión con el colegio. Intentemos presionar a Nyman antes –dijo Cato Isaksen–, a lo mejor se rinde cuando vea que tenemos la carta de las autodenominadas sirenas. Y además tenemos a Inga Romulda.

–A Nyman le va a resultar difícil mentir para explicar esa carta –comentó Roger Høibak–. Una idiotez por su

parte no haberla tirado.

–Si la solicitud de prisión preventiva es aceptada –continuó Marie Sagen–, puede haber vista de encarcelamiento en el juzgado en algún momento de mañana. En todo caso, la carta de las chicas y la hora en que la furgoneta de los helados aparcó en la calle Selvik, son buenos indicios.

–Pero no durará mucho –dijo Asle Tengs–. Disponemos de un plazo endemoniadamente corto para colgarle algo más. Porque no tenemos ningún cadáver, ni tampoco un Mazda rojo.

–Sí tenemos un cadáver –dijo Roger Høibakk–: Elna Druzika. Pero el Mazda rojo es un jodido misterio.

–Pueden haberlo robado, y luego dejarlo por ahí tirado –opinó Asle Tengs.

–No olvidemos a Tjudinov –recordó Randi–. Todos creemos que Nyman tiene algo que ver con la desaparición del chico, pero el caso Druzika...

–Su abogado... –interrumpió Marie Sagen.

–Estará aquí enseguida –dijo secamente Randi Johansen–. Es un joven que ha sido designado como defensor de oficio. No había oído su nombre antes. A lo mejor es un suplente de verano. Se llama Thomas Fuglesang [Trino].

–Un nombre alegre, en todo caso... –dijo Roger Høibakk.

Randi Johansen jugueteaba con un trozo de papel. La abogada policial Marie Sagen tenía una profunda arruga en la frente.

–Suena bastante increíble todo esto, quiero decir. De verdad que tenemos que tener mucho cuidado con los requisitos formales. Como ya he dicho, no podemos utilizar un arresto y una detención policial para que un sospechoso confiese.

–Tenemos que conseguir *algo* contra él –Marian Dahle había estado callada hasta ese momento. Intentó captar la mirada de Cato Isaksen. Él miró en otra dirección.

Marie Sagen se pasó una mano bien cuidada, con esmalte rosa perla, por la frente.

–En todo caso no podemos incumplir las normas en ningún punto. Son incuestionables. Os podrían acusar de negligencia grave en el servicio. ¿Qué clase de imputación queréis pedir?

–Empecemos el interrogatorio y veamos adónde nos lleva –sugirió Roger Høibakk.

–No –dijo Marie Sagen.

–No podría Marian... –dijo Randi Johansen.

–¿Qué?

–Ocuparse del interrogatorio de Nyman.

–¿Por qué?

–Porque tiene una técnica...

Cato Isaksen resopló despreciativo.

Marie Sagen miró con interés a Marian Dahle.

–¿En qué consiste esa técnica tuya? –dijo con una sonrisa.

–En nada –contestó Marian secamente–. No tengo una técnica especial.

Thomas Fuglesang apareció repentinamente en la puerta. El joven abogado no parecía inseguro en absoluto.

–Me han pasado un correo electrónico con los datos fundamentales –explicó rápido–, pero no he podido hablar con mi cliente.

Cato Isaksen no pudo reprimirse.

–Te pido, por el bien de tu cliente, que esperemos antes de llegar a un acuerdo formal sobre qué cargos tendrá que afrontar. Por decirlo de alguna manera, no sabemos muy bien qué saldrá de este interrogatorio.

El joven abogado pareció preocupado.

–¿Y qué garantía tenemos de qué...?

–Por supuesto haremos *todo* correctamente –terció Marie Sagen–. No hay ninguna razón para ocultar que probablemente pediremos prisión preventiva.

–Pongámonos en marcha cuanto antes –dijo Roger Høibakk. Miró a Cato Isaksen–. Marian y tú podéis hacerlo juntos, ¿no?

Thomas Fuglesang se puso de pie y miró a Marie Sagen.

–Antes quiero hablar a solas con mi cliente.

Cato Isaksen paseó la mirada de un abogado al otro.

–Por supuesto –concedió, irritado.

Henning Nyman bajó la ventanilla. Desde el momento en que las tuvo dentro del coche, la certeza había quemado su cuerpo como una llama. Ya no había marcha atrás posible. Ahora tenía que calmarse.

No había mucho tráfico. La gente se había ido a las playas, o estaba sentada en sus terrazas con un vaso de vino blanco frío. Vigilaba a las chicas por el retrovisor y pensó que tenía que ser evidente para ellas que esto no acabaría bien. Vio en la expresión de sus rostros que se sentían inseguras. Aun así estaba impresionado con él mismo y la forma en que les hablaba. Con una voz firme y natural repitió que sólo iba a enseñarles los perritos.

–Wiggo me dijo que os recogiera. Me contó que una de vosotras había perdido a su perro. El dueño de los cachorros es amigo mío.

Sentía una fuerza especial en su interior, aunque la angustia le escocía dentro del pecho. No era tan tonto como para echarle a su madre la culpa de esto. Era su propia culpa, todo lo era. *Podía* relacionarse con la gente de una forma normal, pero había elegido *esto*. La oscuridad había estado allí esperándole agazapada durante muchos años. Ahora no había marcha atrás.

Entró a la carretera principal.

–Tiene cuatro cachorros en una cesta en su casa. Son mezcla de labrador y caniche. Son muy monos. Además son gratis.

Louise tragó saliva.

–Labrador y caniche, ¿cómo puede ser?

–Puede ser. El labrador se apareó con el caniche.

Las chicas sonrieron brevemente, y Louise vio repentinamente frente a ella la imagen del perro grande sobre la espalda del pequeño.

Habían leído una poesía en el colegio, de alguien que se llamaba Edith Södergran. Una poesía rara. Una frase había dado vueltas y vueltas en su cabeza. *Mis amigos tienen una imagen falsa de mí. No estoy domesticada*. El calor era insoportable en clase estos últimos días. El aire estaba espeso de polvo de tiza y sudor; si respirabas demasiado profundamente podías desmayarte. Pensó en sus padres, que habían dicho que esa noche irían al cine, puesto que ella no estaba.

Eligió la radial 3 y tomó la salida que había nada más pasar Tåsen. Sus manos descansaban firmes sobre el volante. Porque ésta era una expedición detalladamente planificada. La pelirroja iba vestida con pantalones estrechos y un jersey azul claro de capucha con encajes en el borde. Y debajo de la ropa tenía un cuerpo blanco pastoso. La rubia sólo estaba delgada, pero la delgadez era algo que se repetía en muchas de las fotos de las revistas de Helmer Ruud.

Les echó un vistazo por el retrovisor. Ina y Louise. Louise e Ina. La pelirroja iba peinada con raya en medio. Miró por un momento ambos rostros. Sentía el dulce y ligero olor que desprendían. Las imaginó abajo en el sótano, con la puerta cerrada. Parecían pequeños animales que iban a ser sacrificados.

–Si queréis, os darán todos los cachorros. Los cuatro.

–Es suficiente con uno cada una –dijo Louise.

Su padre le *había* prometido un perro nuevo después de que mataran al otro. Lo *había* prometido, pero no hacía nada. La verdad es que no había sacado a pasear a Dennis todo lo que había prometido. Pero lo adoraba. Adoraba todo en él. Su aspecto alegre. Su pelo, su hocico y sus ojos. Era el mejor perrito del mundo. Si ahora volvía a casa con un cachorro nuevo, y su padre lo *veía*, puede que se enamorara de él. O mejor dicho, *sabía* que se enamoraría de él. Su padre *era* así. Y su madre también se enamoraría cuando viera lo mono que era. No le pedirían que lo devolviera. Así de bien conocía Louise a sus padres.

–Pero si ya he dicho que no recuerdo a ninguna de ellas. Creo que lo he repetido diez veces ya –Wiggo Nyman miró amargado a los investigadores. Era la joven oriental otra vez. Y Cato Isaksen.

Su abogado le había pedido que pensara antes de contestar. Lo dijo así: *Piénsalo bien. No puedes retractarte, si ya has dicho algo.*

Era casi un deporte esto de recordar lo que habías dicho, y lo que no.

–No puedo recordar a todos –Wiggo Nyman los miraba fijamente–. Había unas madres, con cochecitos...

Marian Dahle golpeó sonoramente la mesa con la palma de la mano.

–Ya basta...

Wiggo Nyman pegó un respingo. Cato Isaksen y Thomas Fuglesang permanecían a la espera.

–Tenemos pruebas de que las dos chicas han visto *algo*. Lo dice negro sobre blanco en la carta que has recibido de ellas.

Cato Isaksen se levantó y trajo la bolsa transparente que había en el alféizar de la ventana.

Wiggo Nyman lo vio inmediatamente. Era la maldita carta rosa. The fucking carta rosa, de las malditas sirenas. De pronto pensó en las trampas para animales de su hermano mayor. Los animales muertos tumbados completamente quietos sobre la hierba con la herida del corte donde la trampa oxidada les había desgarrado el cuello. Daños como los que podía producir un atropello. La muerte se repetía y se repetía.

–¿Cómo la habéis conseguido?

–Ina Bergum y Louise Ek –dijo Cato Isaksen.

Wiggo Nyman le miró inexpresivo.

–¿Cómo *habéis* conseguido esa carta en realidad? –Thomas Fuglesang miraba interrogante a Marian Dahle. La leyó rápidamente a través del plástico.

–A mí no me preguntes –dijo ella.

–Entonces tendréis que intentar encontrar a las chicas, ¿no?, y preguntarles a ellas –dijo Wiggo Nyman.

Cato Isaksen suspiró con cansancio.

–Es *a ti* a quien estamos preguntando ahora. Sabes que a la policía criminal le incumbe este caso.

Wiggo Nyman vio repentinamente ante sí a Inga Romulda. Ayer le había mirado de una forma especial, cuando se volvió hacia él con harina hasta los codos. Llevaba puesta la bata con dibujos dorados, ajustada a la estrecha cintura con un cinturón. Su trasero resaltaba como dos mitades que formaban un corazón bajo la falda. Inga no sabía *nada* de él. Estaba sola y triste. Lo deseaba. Sólo con pensarlo se tensaba su entrepierna. La pena irradiaba de ella de una forma muy especial. Su madre le había pedido que la llevara a casa. Lo haría. En cuanto *pasara* esto. La gente superaba acusaciones peores que ésta. Sólo era cuestión de aguantar. El joven abogado le había *comprendido*.

Cato Isaksen contempló a Wiggo Nyman con impaciencia.

–Eh, tú, ¿en qué estás pensando?

–¿Qué?

–Las dos chiquillas –repitió el inspector.

–Es que no entiendo qué tienen que ver con el asunto. No hay ninguna relación entre Elna y..., no debéis pensar que..., estáis completamente equivocados.

–La señora mayor del final de la calle –siguió Cato Isaksen–. Das la vuelta en su parcela. Le molesta. Es una propiedad particular.

–Seguro –dijo Wiggo Nyman con indiferencia y se volvió para mirar fijamente a un pájaro que pasaba volando por delante de la ventana.

–¿Por qué no te interesa que descubramos quién maltrató y asesinó a Elna?

Wiggo Nyman rió brevemente.

–Es que no entiendo la relación. ¿Qué es lo que queréis que *diga*?

–Queremos que *reconozcas* esto por tu propio bien –dijo Marian Dahle–. Antes de que te enredes aún más. Puede beneficiarte...

Thomas Fuglesang interrumpió.

–No le manipules para que responda. ¿De qué clase de beneficios hablas?

Marian Dahle le ignoró con un gesto y siguió:

–Sabremos qué es lo que han visto las llamadas sirenas. Los dos amigos de Patrik Øye dicen que los tres pasaron por delante de la furgoneta de los helados, aunque en ese momento estabas aparcado algo más abajo...

–Pero estaba vendiendo helados, no me entero de todo cuando estoy vendiendo. La mayoría de los críos no tienen dinero. Paran, miran con la boca abierta y siguen su camino.

–Ina Bergum y Louise Ek, conocidas como las sirenas –insistió Marian Dahle–. Ellas *vieron* lo que ocurrió ese día. El tres de junio, cuando Patrik Øye volvió corriendo. Él fue el único que volvió, los otros dos siguieron por el jardín de la señora mayor.

Wiggo Nyman sacudió la cabeza.

Cato Isaksen suspiró con desesperación.

–¿Quieres estar aquí sentado toda la noche?

Repentinamente, Marian Dahle sacó otro papel y lo estampó contra la mesa frente a Wiggo Nyman.

–Quiero leerte *otra* carta –dijo bajito–. Es la madre de Elna quien la ha escrito. A mí.

Cato Isaksen la miró. No habían acordado esto. De repente se arrepintió de la discusión que habían tenido antes. *Podría* llegar a ser una buena amiga. Había algo en su *manera* de hacer las cosas. Sentía una especie de ira si alguien se le acercaba. Y Marian podía, con su personalidad, haber entrado en su círculo personal. Era *eso* lo que no era capaz de manejar. Ella era una persona fuerte y franca. Era exactamente como él.

Marian continuó:

–Estuvimos en Letonia con el ataúd de Elna, Cato y yo. Su madre habló muy bien de ti, Wiggo. Dijo que eras bueno con Elna, que tu madre era buena con ella. Que casi la habíais salvado aquí en Noruega. Que su vida no era fácil. Pero que tú lo eras todo para ella. ¿Lo entiendes Wiggo? Eras *todo* para ella.

Wiggo Nyman sintió que el sudor corría por su espalda. Esto era desagradable. De pronto vio a Inga en el pasillo, delante de la sala de interrogatorios.

Cato Isaksen se dio la vuelta y vio a través del tabique de cristal que pasaban Tony Hansen e Inga Romulda.

–Fanja Druzika es una persona acostumbrada a luchar –siguió Marian Dahle–. No es nuevo para ella, pero quiero leer lo que dice sobre la pena por Elna. He hecho traducir la carta al noruego. Fanja escribe que la pena es un triángulo que gira en el corazón con aristas que hieren. Duele terriblemente. Pero poco a poco los picos se redondean y, finalmente, el triángulo es completamente circular. Sigue girando, pero sin dolor. La pena es un proceso que lleva tiempo. Cuánto tiempo pasa hasta que puedes volver a vivir depende de muchas cosas. De qué apoyos tengas y qué recursos. Cuando consigas ver que, en algún momento, la alegría por lo que *ienes* ocultará la nostalgia por lo que *no tienes*. Cuando eres capaz de dejar que se vaya la pena, las aristas del triángulo se pulen, y la circunferencia que queda se transforma en un tesoro en tu corazón. Si tan sólo pudiéramos saber lo que ocurrió y por qué... Da recuerdos a Wiggo de nuestra parte, de los hermanos de Elna y de la mía, y dile que es una gran persona.

Casa roja y coche rojo. El rojo significa peligro, pensó Louise y sintió una gran intranquilidad cuando Henning Nyman aparcó frente a la casa. Había algo que no cuadraba. Estaban muy dentro del bosque. Y no le había devuelto su móvil. El hermano de Wiggo lo había metido en la guantera. ¿Sería verdad que los cachorros estaban ahí dentro? La casa era solitaria. El bosque se reflejaba en las ventanas. La luz de fuera, sobre la puerta, estaba encendida aunque era pleno verano. Y la luna era grande y fría. Blanca y transparente como el papel. Luna blanca sobre cielo blanco. Parecía como si estuviera descansando sobre las ramas de un árbol. Los mares de la luna se mostraban como nubes grises desdibujadas sobre la superficie blanca. Iba a llover. Ahora era demasiado tarde. Lo sabían las dos. Lo peor iba a ocurrir. Ina estaba completamente quieta junto a ella en el asiento trasero.

Lo había dejado todo listo antes de ir a buscarlas: abrió las puertas para que fuera más fácil hacerlas pasar por el lavadero y bajar la escalera del sótano. Todo estaba preparado.

Bajaron del coche y se quedaron mirándose. Henning metió el coche en el pequeño garaje de madera, bajó la puerta y cerró. ¿Por qué no echaron a correr en ese momento? ¿Por qué no corrieron cada una en una dirección para que no supiera a cuál capturar? *Cómo se dice no a un hombre adulto que decide.*

Dejaron las mochilas en el suelo. Ina apoyó la tienda enrollada contra una de ellas. En la parcela había un tractor grande, un viejo cortacésped oxidado y trastos debajo de un plástico.

—¿Nos vas a llevar de vuelta, cuando hayamos visto los cachorros? —la voz de Louise sonaba débil. Sentía cómo se erizaba el vello en su nuca. Una ola de frío recorrió su cuerpo. Se quedó helada. La catástrofe estaba cercana. Se trataba de segundos. Tal vez un minuto.

—Claro, claro. Es sólo que mi amigo odia que el coche se quede fuera. Hay tantos pájaros. Se cagan en la pintura. Venid, que vais a ver los cachorros. *Cómo se dice no a un hombre adulto que decide.*

Abrió la cerradura de la puerta de cristal ondulado.

—Venga, venid chicas.

Había bosque por todas partes. Los oscuros abetos siseaban. Las hojas de los arces tenían orejas que escuchaban el paisaje. Louise miró a Ina. Se encogió de hombros. Dieron algunos pasos inseguros hacia la puerta.

—Así que ¿tú no vives aquí?

—No, no, ya os he dicho que es la casa de un amigo mío.

Louise volvió a mirar a Ina. Comprendía que Ina también había entendido que había algo que no cuadraba. Pero que era demasiado tarde. Wiggo no aparecía.

Louise miró la casa. Las ventanas, el felpudo, la puerta abierta. La última estación. Las lágrimas llenaron sus ojos.

En ese momento vio que él comprendía que *ella* comprendía.

—¿Y el maquillaje? —a Louise le temblaba la voz. Puso la punta del zapato contra la grava e hizo una señal.

—Está en el recibidor. Brillo de labios. Rosa y touch and go —dijo oscuramente.

Touch and go, ¿eso qué era? Se pararon.

Un gesto de impaciencia cruzó el rostro de Henning Nyman.

—¿No me va a quedar más remedio que subir aquí a esos malditos cachorros, es eso lo que queréis decir?

Estaba enfadado. Muy enfadado.

—No, no —dijo Louise sintiendo cómo un impetuoso llanto subía por su garganta—. Ya vamos. ¿Pero Wiggo...? *Cómo se dice no a un hombre adulto que decide.*

—Vendrá luego.

—¿Cuándo...? Cómo se dice no a un hombre adulto que decide.

Se lanzó contra ellas. De repente estaba allí, aprisionándolas con mano de hierro. Las llevaba a las dos sujetas con una fuerte llave. Apretaba el codo en torno a su cuello, de forma que no podían moverse. Su voz era como un cuchillo. Louise pensó en Bittelise. Vio ante sí a la muñeca que miraba fijamente a la habitación con sus ojos muertos, sentada sobre la limpia y blanca colcha de encaje. Su madre y su padre estaban en el cine. Y al profesor le habían dado el recado de que no irían. Nadie las echaría de menos. Hasta el domingo por la noche sus padres no sabrían que no habían ido a la acampada.

Si lograban soltarse ahora, todo se perdería, pensó. Las arrastró dentro de la casa, atravesó el lavadero y bajó la escalera del sótano. La pelirroja se había rendido. Colgaba como un saco en su llave. Por el contrario, la rubia delgada pegaba y daba patadas e intentaba morderle. Y gritaba. Alto y agudo. Históricamente. Le sacudió la cabeza adelante y atrás para hacerla callar.

Inga Romulda está aquí para declarar algo –dijo Tony Hansen saludando brevemente con la cabeza a Marie Sagen–. ¿Hablamos nosotros dos con ella, Asle?

Asle Tengs se puso de pie. Inga Romulda estaba en la puerta con los hombros levantados y la cabeza inclinada.

–Me gustaría mucho hablar con ella –dijo Randi Johansen e hizo un gesto con la mano. Asle Tengs volvió a sentarse.

A Randi, Inga Romulda le recordaba a un huevo de gaviota que encontró una vez: entre gris y marrón, sin brillo y delicado. Había algo en su mirada. Algo que tenía que ver con ser mujer.

Inga no quería entrar en la sala de interrogatorios.

–Sólo lo diré aquí fuera –dijo llevándose una mano a la garganta.

Estaban fuera, en el pasillo. Randi Johansen, Tony Hansen e Inga Romulda.

–Ahmed no ha matado a Elna. No estaba en Alnabru entonces. Tampoco en la mezquita. Estaba en Karihaugen.

Randi la miró.

–¿En Karihaugen?

Inga Romulda asintió.

–Me ha pedido que hable con vosotros. No ha matado a Elna. Estaba con las chicas del primero. Las rusas. Yo no las conozco. Pero Ahmed estaba allí. Le vi. No le gustó que le viera, su mujer no debía saber... Ellas... sabéis a lo que se dedican, esas chicas. Lo prometí. Ahmed tiene miedo. Él... ya sabéis, hombres musulmanes. Tendría que haber estado en esa boda. Esas bodas duran tres días. Luego, cuando Ahmed entendió que creíais que estaba en ese vídeo... pero no era su espalda la que veíais. Era su primo. Así que tomó prestada la chaqueta de su primo. Sólo para que su mujer... y la familia no supieran que él... Creíais que estaba en la película, pero él visita a esas chicas. Con bastante frecuencia –añadió–. Tenía miedo. Me lo encontré abajo en el portal cuando llegué. Entraba en casa de las chicas. Fue un cuarto de hora antes de que mataran a Elna. Ahmed no ha matado a Elna.

Randi Johansen y Tony Hansen se miraron.

–Vale, Inga –dijo Randi y puso la mano sobre su hombro–. Gracias. ¿Y Ronny Bråthen...?

–No, ¡el nieto de Milly no!

–¿Y Wiggo?

Inga Romulda bajó la cabeza y empezó a llorar en silencio.

Wiggo Nyman tenía que pensar rápido. No sabía muy bien qué implicaba que hubieran encontrado esa maldita carta. ¿Y por qué estaba aquí Inga? ¿Qué sabía ella de nada? Daba vueltas a su cabeza. Algo asomó a su conciencia, pero desapareció antes de que fuera capaz de agarrarlo. No le dejaban fumar. Necesitaba fumar. Estaban aquí sentados los cuatro, en este despacho caluroso. Los dos detectives y el tipo ese, el abogado estirado. ¿Por qué eran así los abogados? ¿Cuánto tiempo tendría que estar ahí sentado sin fumar?

Cada vez había menos margen. Tenía que tener cuidado y decir las cosas apropiadas. Tener a punto su estrategia.

Dale recuerdos de nuestra parte, de los hermanos de Elna y de la mía, y dile que es una gran persona.

La mujer detective seguía insistiendo.

–Necesitamos una respuesta ahora. Puedo *verte*. Veo tu personalidad. Todas las personas tienen lo *suyo*. ¿Sabes lo que pienso de ti? Creo que eres bastante listo. Pero que has caído en tu propia trampa.

¿Su propia trampa? ¿Qué era lo que *veía*?

Thomas Fuglesang levantó el brazo. Un camión pasó por la calle.

–Tienes que estar lo suficientemente enfermo para tener éxito. Pero lo bastante sano como para *no* fracasar. ¿Entiendes lo que digo, lo que quiero decir?

Wiggo Nyman la observaba con la boca medio abierta. Sintió que estaba a punto de echarse a llorar. De repente oyó su propia voz. Dijo que no le había *hecho* nada al chico. Sólo se lo había llevado en el coche.

En el despacho el silencio era palpable. ¿Qué acababa de decir en realidad?

Wiggo Nyman miró al suelo. Entrelazó las manos y miró al suelo.

–Se cayó y se hizo daño en la rodilla. Sólo fue eso. Justo detrás del coche, cuando iba a dar la vuelta. En la parcela de la vieja antipática.

Thomas Fuglesang consultó el reloj.

Cato Isaksen y Marian Dahle le miraban fijamente.

–Sólo me preguntó si le podía llevar. Sólo fue eso. Me arrepiento amargamente de haber dicho que sí. Dejé que el chico montara, pero se bajó justo al llegar a la curva, junto a la calle Odden. Eso es todo. Es sólo que no quiero verme involucrado en nada. Tenéis que entenderlo. Esas niñas se equivocan. Sólo vieron que se dio un golpe, que le dejé montar. No *saben* el resto. Porque no hay nada más. Pero no está bien lo que dice la señora loca esa, porque *no tenía* ninguna mochila.

Marian Dahle miró a Wiggo Nyman sin decir nada.

–¿Así que no *tenía* ninguna mochila? –Cato Isaksen le observó fijamente mientras intentaba intensamente descifrar lo que quería decir esa respuesta.

Wiggo Nyman sacudió la cabeza y repitió que el niño no tenía ninguna mochila.

–Lo que ponía en el periódico no estaba bien. No llevaba ninguna mochila. ¿Ahora, me pueden dar un cigarrillo?

Marian Dahle se puso de pie y salió del despacho. Cato Isaksen y el abogado se miraron.

Cato inclinó la cabeza hacia la mesa.

–¿Tienes algo en contra de que echemos un vistazo a tu móvil?

Wiggo Nyman sacudió la cabeza con cansancio.

–No –dijo, y lo empujó por encima de la mesa. Cato Isaksen lo cogió y revisó los últimos mensajes. Había uno de Inga Romulda, otro de Noman Khan y otro de Louise Ek.

«¿Cuándo nos vemos esta noche?», decía. Era un mensaje de esa mañana.

Wiggo Nyman le miró con cansancio. Había borrado el mensaje de los besos.

–¿Ibas a encontrarte con ellas hoy? ¿Ina y Louise?

–No. Ni siquiera les he contestado. ¿Cuándo me darán ese cigarrillo?

El abogado miró a Cato Isaksen.

–Lo siento. Aquí no está permitido fumar.

Cato Isaksen continuó.

–Fue un Mazda rojo el que atropelló a Elna Druzika. ¿Te suena de algo?

Wiggo Nyman le miró.

–No –dijo con dureza–. No tengo ningún Mazda rojo. ¿Me puedo ir?

–No –sentenció Cato Isaksen–, no puedes. Hemos acabado por hoy, pero seguiremos mañana. Te quedas aquí esta noche.

El equipo esperaba en la sala de juntas. Marie Sagen se había marchado. Cato Isaksen le hizo la señal de la victoria a Marian Dahle. Esbozó una sonrisa y se giró un poco como si ese halago le avergonzara. El silencio había sido su mejor arma. Su forma de ser, condicionada por el orgullo y la necesidad de reconocimiento, le había llevado al estallido de esa mañana. Por un lado le parecía bien, por otro le molestaba muchísimo. Casi sentía ganas de pedirle que fuera a buscar su perra al garaje. Le vino a la cabeza el dicho: por uno mismo se conoce a los demás.

Randi y Tony resumieron rápidamente lo que Inga Romulda había contado de Ahmed Khan. Cato Isaksen dejó salir el aire de sus pulmones. La certeza se afianzó en su interior. Así que no tenía nada que ver con el asunto. Probablemente no, si Inga Romulda decía la verdad. Y seguramente lo hacía. Lo que Milly había dicho en el comedor de los conductores, tenía que ver con que le caía mal. A Milly Bråthen no le gustaba Ahmed ni lo que representaba. *Una mezcla de dulce y amargo. Las contradicciones no son necesariamente peligrosas. Pero pueden serlo.* Era sólo eso. Contradicciones. Inmigrantes. Y tal vez Inga le hubiera hablado de las prostitutas, pensó.

–Vale, chicos –suspiró–. En todo caso hemos dado un paso más. Khan probablemente esté *fuera* del caso. Pero Nyman ha admitido que se llevó al chico en el coche. Es un principio, ¿verdad?

–Fenomenal –dijo Randi con cansancio.

–Un buen principio –confirmó Roger Høibakk.

–De alguna manera, creo que dice la verdad cuando afirma que el chico no llevaba ninguna mochila a la espalda. No tengo ni idea de lo que quiere decir, pero...

–Dice la verdad –afirmó Marian Dahle–. Yo creo que dice la verdad. Y eso significa que Vera Mattson miente.

Cato Isaksen asintió con la cabeza y miró hacia los reunidos. Vio lo cansados que parecían.

–¿Pero *por qué* miente? ¿Es que finalmente no vio a Patrik Øye salir corriendo calle abajo como ha repetido una y otra vez?

–Nos ocuparemos de eso mañana –dijo Roger Høibakk suspirando audiblemente–. Son más de las ocho. Vamos a tomar una cerveza. Vamos todos, vayamos a tomar una cerveza.

Cato Isaksen le ignoró.

–Pero Ina Bergum y Louise Ek..., no hemos llegado a la meta... tal vez deberíamos ir a hablar con ellas a Burudvann.

–Pero por todos los santos, hombre, eso puede esperar a mañana –Roger Høibakk había tenido suficiente–. Ahora *sabemos* algo más. Lo dejamos por esta noche. No hemos parado en todo el día. No tenemos nada más que dar. ¿O sí?

Cato Isaksen siguió:

No llevo a entender del todo qué *pasa* con esa mochila. Louise Ek dijo que Patrik tenía una mochila muy sosa. Wiggo Nyman afirma que Patrik Øye no llevaba la mochila cuando él le recogió. Y Vera Mattson dice que la mochila que rebotaba sobre la espalda del niño fue lo *último* que vio. ¿Me podéis ayudar a aclarar esto?

–Pero por amor de dios, Cato, Wiggo Nyman no dice la verdad –Roger Høibakk se pasó la mano por el rostro–. Claro que Patrik Øye llevaba la mochila a la espalda. Ya sabes cómo los asesinos pueden bloquear en su mente imágenes de cosas que no quieren recordar. Ya veremos esos detalles mañana.

–No –dijo Marian Dahle–. Había *algo* en la manera en que Wiggo Nyman lo afirmó. ¿Por qué habría de mentir sobre esa mochila? Yo le creo. Hay algo que no cuadra. Pero salid, vosotros.

Asle Tengs miró desanimado a Cato Isaksen. Randi Johansen estaba pálida.

–Por favor, Cato. Lo vemos mañana.

–Vale, vosotros tomaos una cerveza. Seguiremos mañana. Está bien. El responsable de la investigación se levantó y salió de la caldeada sala.

Reinaba un silencio absoluto en la sección después de que los inspectores se fueran. Birka estaba al fondo del pasillo, junto al ascensor, con las patas abiertas y la cabeza baja. La bóxer miraba perdida a Cato Isaksen que le devolvió la mirada y volvió a sentarse en su despacho. Sobre la mesa, frente a él, estaba la carta. Dejó que su mirada la recorriera una vez más.

Querido hombre de los helados:

Llamamos a información y nos dieron el número de ahí donde trabajas. Helado-directo, ¿ya sabes! Luego preguntamos por tu dirección y tu nombre. Dijimos que una de nosotras se había dejado el gorro en tu furgoneta. Pero no es verdad, ¿ya sabes! Porque no usamos gorro en verano ¿ya sabes! Pero te hemos comprado helados muchas veces. No hemos dicho nada de lo que tú ya sabes. Pero ese día lo vimos todo.

P. D.: Patrik era maleducado. No nos gustaba, así que no vamos a decir nada. Pero tienes que darnos helados gratis. Je, je.

Dos sirenas.

–Dos sirenas –Cato Isaksen hablaba bajito para sí mismo–. Patrik era maleducado. Esa palabra, *maleducado*...

Marian Dahle apareció repentinamente en la puerta. Llevaba un montón de papeles debajo del brazo. La miró cansado.

–¿No has salido con los demás?

Marian Dahle entró en la sala, dejó el montón de papeles en un extremo de la mesa de trabajo de Cato Isaksen y se sentó en la silla.

–No tengo fuerzas para pelearme contigo, no justamente ahora –Cato Isaksen suspiró profundamente.

–Suspira corazón, mas no te quiebres –lo miró seria.

–Tienes *razón* en que hay algo que no cuadra. La forma en que Wiggo Nyman dijo eso de la mochila. Creo que dice la verdad.

Miró directamente a Cato Isaksen y se dio cuenta de que en realidad ya no estaba enfadada con él. No tenía sentido irritarse. Había tenido miedo al momento en que tendría que decirle lo que pensaba realmente. Avanzaban algo en la investigación. Pero sentía que había algo raro en Vera Mattson desde el principio. Cato Isaksen la contempló. Tuvo una extraña sensación de que estaban *juntos* en algo. Él y Marian Dahle. Y era un buen sentimiento. Tuvo que reconocerse a sí mismo que, verdaderamente, esperaba que resolvieran esto juntos. Por un momento vio ante sí el rostro de un joven asesino al que había descubierto esta primavera. El que secuestró a Georg. El culpable de que Cato Isaksen tuviera que coger una baja de seis semanas. Había algo en la personalidad de ese asesino que, alarmantemente, había conectado con algo en él mismo. Una afinidad. Algo que recordaba a otra cosa. Algo peligroso. Un punto ignorado y muy lejano que era afilado como un cristal. Recordó haber enfrentado al chico con eso. «*Soy creativo*», había dicho. «*Creativo al límite de algo más.*» El joven delincuente tenía un conocimiento temible de su propia mente. En un momento del interrogatorio había afirmado de sí mismo que era un genio. Cuando Cato Isaksen lo rebatió rotundamente el chico le dijo: «El crimen no tiene ninguna dificultad, ¿sabes?, sólo hay que pensar algo más profundamente que el resto. Cuando las cosas son tan sencillas que la policía no las ve, entonces eres genial». «Genial no», le había contestado Cato Isaksen, «sólo herido y roto».

Marian Dahle entendió que estaba muy metido en algo, que su cerebro trabajaba intensamente con detalles que tal vez los llevaran a una conclusión.

Cato Isaksen se puso de pie y empezó a dar vueltas por la sala. Levantó la mano en un gesto apaciguador y se acercó a la ventana. Se quedó allí, dándole la espalda.

–Hay algo en este caso que me lleva la delantera, *algo* que hemos visto durante la investigación pero que no hemos conseguido captar.

–Sí –asintió Marian Dahle con la cabeza.

–Los delincuentes muchas veces son geniales, o están dañados. Dañados y rotos, pero...

–O las dos cosas –le interrumpió Marian Dahle–. Las dos –dijo con insistencia–. Deja que los otros se relajen y tomen una cerveza. Nosotros vamos a repasarlo todo otra vez.

–¿Ahora?

–Sí, ahora. Verdaderamente hay cosas que no cuadran. No creo que Patrik se montara en la furgoneta de los helados, como dice Wiggo.

Algo distante se apoderó de Cato Isaksen; la imagen de Signe Marie Øye en la casa calurosa y cerrada se materializó frente a él con toda claridad. Oía su voz en su interior:

–Tiene miedo de tantas cosas, de los perros grandes y de las chicas grandes.

–Sí, hay algo que no cuadra. No puede ser una casualidad que Wiggo Nyman estuviera por la zona cuando Patrik desapareció. Y esas chicas... ¿qué crees que pasa realmente con ellas? Patrik tenía miedo de las chicas grandes, eso ha contado su madre.

–Pasa *algo* con las chicas grandes –dijo Marian Dahle mirándole abstraída–, especialmente con una de ellas.

–Con *una* de ellas, ¿cuál?

–Vera Mattson –dijo bajito.

Las palabras del joven delincuente desgarraron el cerebro de Cato Isaksen. *Cuando las cosas son tan sencillas que la policía no las ve, entonces eres genial.*

–Me juego mi perra a que aquí falta un eslabón. Creo que *miramos* mal. Vemos un posible asesino que no es el verdadero asesino.

–Sabor a frambuesas –dijo Louise con la voz entrecortada por el llanto–, con cubierta de vainilla. ¿Intentamos recordar todos los sabores?

El sótano estaba silencioso, sentadas juntas con la espalda contra la pared, el frío del suelo subía por sus piernas hasta la nuca.

Ina asintió y se apretó contra ella. Louise miró al frente. Afortunadamente había dejado la luz encendida. Una bombilla amarilla que colgaba de un cable del techo.

–Porque esos helados son distintos de los otros, como dice mamá. Eso es lo que hace que el Helado-directo sea especial. Los normales llevan una cubierta de chocolate o de fresa por fuera, pero ellos lo han hecho de otra manera, ¿verdad, Ina?

Su madre y su padre estaban en el cine. Louise se los imaginaba en la sala, pegados el uno al otro, con el móvil apagado. No había preguntado qué película iban a ver.

–¿Qué crees que hará con nosotras?

–No lo sé –dijo Ina–. No lo sé.

La voz de Louise temblaba ligeramente cuando siguió:

–Han puesto el sabor y el color dentro del helado, y la capa de vainilla por fuera. Todos los helados son blancos por fuera. El helado de fresa se llama Virgo y el helado de frambuesa se llama Vela.

Ina tomó el relevo.

–Y el helado de chocolate se llama Corvus.

Louise empezó a cantar con voz clara y afinada. La canción derivó en un llanto silencioso. Inclino la cabeza y levanto las manos. Sintió la mano de Ina en su nuca.

–Tenemos que intentar no tener tanto miedo.

–Al final tendrá que soltarnos. Alguien vendrá a salvarnos. Simplemente lo sé. Creo que tenemos que ponernos de pie. Hace tanto frío. Cogemos cistitis. Vamos a intentar recordar más tipos de helado.

–Helado de limón con capa de vainilla –dijo Louise.

–Sinus –dijo Ina.

–¿Y con trozos de chocolate y nueces?

–No me acuerdo. ¿Sabes que son estrellas, que los helados tienen nombre de estrellas?

–Sí –asintió Louise–, lo sé.

Se quedaron inclinadas hacia el muro. Hubo un silencio forzado. Louise tenía un hueco entre la cintura del pantalón y el jersey. Era raro que hiciera tanto frío en el sótano.

–¿Sabes cómo suele llamarme mi padre?

Ina negó con la cabeza.

–La princesa del vientre. Porque..., ya sabes, por el ombligo al aire... Ya sabes...

Ina asintió. Ella también tenía la cintura del pantalón a la cadera. La grasa sobresalía, colgaba como dos salchichas sobre la cintura del pantalón.

–Es culpa tuya, Louise –dijo entre dientes y sollozó de pronto–. Eres *tú* la que siempre te crees tan guapa, que tienes que... he intentado decírtelo.

–No has intentado decir nada de nada –Louise miraba a Ina furibunda, con los ojos muy abiertos.

–Eres una mierda.

Henning Nyman volvió con su madre. Atravesaba el bosque con la llave en el bolsillo. Todo daba vueltas en su cabeza, la casa roja, el sótano, las niñas. Los sacos y la tienda de campaña que había dejado en el recibidor. La sangre golpeaba en su cuerpo. En sus genitales. Había sentido la piel blanca de Ina contra su nariz cuando las arrastraba por la escalera. Piel cálida con microscópicos pelos rubios, que cosquilleaban dulcemente sus labios.

Se había limitado a lanzarlas dentro del almacén y cerrar la puerta. Ahí estaban ahora. Estaba completamente

sellado. No había ni una ventana. Nadie las oía gritar. Eran suyas. Sólo tenía que calmar sus nervios primero. Era demasiado tarde para volver a la casilla de salida. De todas formas era demasiado tarde para todo. Pasó las dos grandes rocas, oyó los pájaros que charlotteaban en los árboles. Miró las rocas y pensó en toda la luz que había encerrada en ellas. Hacía millones de años, la luz se había quedado encerrada en ellas. En un punto la hierba se movía. Un animal desapareció. Un ratón o una ardilla, pensó y siguió caminando. Pronto caería una oscuridad gris sobre el paisaje como una tupida capa. Y más tarde esta noche, o mañana, volvería.

–Cuando las cosas son tan simples que la policía no las ve, entonces eres genial –Cato Isaksen musitó de nuevo estas palabras. Luego miró a Marian–. Haz el favor de no hablar en clave. Ya tenemos suficientes enigmas. ¿Qué pasa con Vera Mattson?

–Vera Mattson –repitió ella.

–¿Qué quieres decir?

–Nunca pensé que le diría esto a alguien –de pronto, Marian pareció iracunda. Su boca se estrechó y pareció fea.

–¿Cómo? –Cato Isaksen la miró sorprendido–. ¿De qué iba a acusarle ahora?

–Qué pasa *con ella, qué pasa* –imitó–. ¿No puedes callarte un ratito? –le miró desdenosamente, se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas en un gesto masculino; apoyó la barbilla sobre los puños cerrados, fijó los ojos en un punto en la pared y empezó a hablar–: Cuando me adoptaron en Corea, tenía tres años. Todo el mundo cree que los niños que son adoptados van a hogares seguros. Yo no –empezó a mecerse de forma casi imperceptible, adelante y atrás–. Cuando te molestaste tanto conmigo en Letonia, porque había comprado todas esas cosas para Fanja Druzika, fue por la pequeña, la de ojos oscuros que estaba sentada en la cocina.

–Ella también tenía tres años –Cato Isaksen la miró serio.

–¡No puedes callarte la boca cuando hablo! –Marian Dahle se levantó, dio tres pasos hacia la ventana y se pasó furiosa la mano por el cabello–. Estoy a punto de contarte algo que no le he contado a nadie, maldita sea, y no hace falta que comentes todo lo que te digo.

Cato Isaksen miró perplejo su ancha espalda sin saber con seguridad si trataba de humillarle o hablaba sinceramente. Se echó hacia atrás y suspiró. Ella se volvió otra vez hacia él.

–Mi madre tenía treinta y nueve años cuando me trajeron, mi padre cuarenta y dos. Era una pareja patética. Fui acogida en un bloque de pisos de Stovner por una madre con una enfermedad mental. Mi padre lo sabía, pero supongo que pensó que un niño ayudaría.

Le miró fijamente. Cato Isaksen tenía las manos en el regazo. Ella mantuvo su mirada. Casi parecía que quería que la volviera a interrumpir, pensó él, para tener una excusa para regañarle e interrumpir su relato. Porque ahora sabía que le estaba contando algo que realmente no quería contar.

Marian volvió a sentarse en la silla.

–Tener un hijo no ayudó a mi madre –siguió–. No tenía ningún diagnóstico, no entonces. Pero diez años más tarde se lo dieron. Es esquizofrénica.

Marian colocó sus manos abiertas sobre los muslos. Los dedos, de uñas cortas, formaban dos abanicos. Un insecto zumbaba silencioso en torno a la blanca luz del techo.

–Me llevó muchos años reconocer que no me gustaba. Muchos años y muchos episodios dolorosos. No conseguí escapar hasta que no entendí que uno no puede elegir de dónde viene, pero sí adónde va. Me cuesta que la gente me caiga bien, pero eso ya lo sabes. También podría haber sido uno de esos que piden limosna en la calle Karl Johan, o que duermen en portales y asaltan ancianos. Puedes decir que he sido mi propia psicóloga durante todos estos años. Por decirlo de alguna manera, he asimilado mi propio esquema. Es todo inseguridad y angustia. Una furia se desencadena en mi interior, cuando siento que las cosas no son exactamente como las he pensado.

El silencio se prolongó tras sus últimas palabras.

Después de un rato Cato Isaksen dijo:

–¿Se supone que ahora debo decir algo?

–No. Nunca cambiaré. Soy como soy. Pero ahora iré al grano. Cuando estuvimos en casa de Vera Mattson hace unos días, reconocí algo. Llámalo un olor, si quieres. O un gesto que hizo, o la manera en que todo estaba desordenado.

Marian levantó las manos de los muslos y empezó a gesticular.

–El desorden en la encimera de la cocina... la manta de lana sucia con el gato encima. Los periódicos viejos. El olor de la casa, muy importante. Soy un perro de presa cuando se trata de estados de ánimo. Tal vez los esquizofrénicos tengan su propio olor. De la misma manera que algunos perros pueden oler a las personas que

tienen cáncer, yo puedo oler la esquizofrenia. Olía a locura en su casa.

–¿Esquizofrénica? –apareció una arruga en el entrecejo de Cato Isaksen, estaba a punto de decir *¿y qué?*, pero se reprimió.

–Sí –dijo Marian–. Ya sé que aquí en la sección pensamos que la intuición es una mierda, pero la cuestión es que Vera Mattson *es* esquizofrénica, y es también que he hecho algunas averiguaciones. Y mi corazonada ha resultado ser correcta. He descubierto que estuvo dos años, desde los cuarenta y seis hasta los cuarenta y ocho, en el hospital psiquiátrico de Dikemark. Me he informado. Ya sé que te enfadaste mucho cuando te dije que estaba estudiando, pero era *eso* lo que estaba haciendo. Comprobando a Vera Mattson. Quería presentarte esto bien argumentado. Era *eso* lo que estaba haciendo cuando dijiste que espabilara –se inclinó, cogió todo el montón de papeles y lo acercó hacia ella. Lo puso sobre su regazo y pasó rápidamente las primeras hojas–. Los síntomas son diversos. Hay síntomas básicos y ocasionales. A los primeros se vinculan alteraciones asociativas y de los pensamientos.

–Deficiente control de los impulsos –dijo Cato Isaksen y la miró fija e intensamente. Marian estaba hablando como él solía hacer cuando se acercaba a la resolución de un asunto. Él solo. Estaban trabajando *juntos*.

–Factores hereditarios y el ambiente influyen –continuó Marian–, una ambivalencia que hace que el paciente se sienta expuesto a impulsos y deseos contradictorios. Pegar a niñas pequeñas, por ejemplo, castigos. Dijo que odiaba que saltaran en la cama elástica.

–Manía persecutoria –añadió Cato Isaksen pensando en los chiquillos del jardín, su ira porque lo utilizaran como atajo.

–Sí, visión deformada de la realidad, imaginar que te persiguen. Lo que dije sobre que es una bomba de relojería, puede que sea cierto. Eso de los perros puede que no sea lo único. A lo mejor se ha dejado inspirar por el asunto de los perros. El niño también desapareció, ¿verdad? El problema desapareció.

Volvió a dejar el montón de papeles sobre la mesa. Cato Isaksen la contempló asombrado.

–Pero si Wiggo Nyman ha admitido que se llevó a Patrik Øye, puede que sea demasiado tarde.

Marian Dahle miró por encima de su hombro, a un punto de la pared.

–¿Cómo demasiado tarde? Construyamos una hipótesis de lo que pudo ocurrir. No es seguro que Wiggo Nyman diga la verdad. Tal vez sólo dijo una tontería para que dejáramos de interrogarle, para explicar lo que ponía en la carta. Lo único que le importaba era poder fumarse un cigarrillo. Y no sabemos lo que *en realidad* querían decir las niñas en esa carta. Quiero decir que no lo pone negro sobre blanco. Tenemos que intentar pensar en dos direcciones, Cato. Que Wiggo no vio la mochila podría muy bien ser cierto. Mi teoría es que Vera Mattson la ha cogido, que se quedó tirada en su parcela cuando se marchó de allí la furgoneta de los helados.

Cato Isaksen cogió el teléfono.

–Voy a llamar a Roger. Se va a cabrear muchísimo. Si se ha tomado una cerveza, tendrá que mandar a otro que vaya hasta Burudvann para hablar con Ina Bergum y Louise Ek. No podemos postergarlo más tiempo. Tendríamos que haber traído a esas niñas desde el primer momento.

–Se *puso* de mala leche –dijo Cato Isaksen cuando acabó de hablar por teléfono–. Randi conducirá. Roger ya había pegado unos cuantos tragos, claro.

–Fui hasta el psiquiátrico de Dikemark esta mañana. Me permitieron acceder a los archivos. He hecho algunas copias –cogió la primera página–. Además del diagnóstico de esquizofrenia, Vera Mattson tiene otro. Padece una alteración asocial de la personalidad que se caracteriza por la indiferencia ante las obligaciones sociales, la falta de empatía con los sentimientos ajenos y un nivel de tolerancia bajísimo ante la frustración. Y, lo que no es menos importante, el recurso fácil a la agresión y al uso de la violencia.

–¿Pero si ha sabido todo el tiempo que Wiggo se llevó a Patrik, por qué no lo ha dicho?

Marian Dahle suspiró.

–Sinceramente, no lo sé. Pero ya conoces el carácter de esta enfermedad. A lo mejor pensó que en realidad estaba bien que el chico desapareciera, así había un asqueroso mocoso menos que utilizara su jardín como atajo. Y a lo mejor no ha querido tomarse la molestia de darnos esa información. Así de frío puede ser un esquizofrénico. Trust me. I know: créeme, sé de lo que hablo. Y también le irritaban esas niñas. Sus gritos y el ruido que hacían justo en frente de la ventana de su cocina. Y luego, hay algo más.

-¿Algo más?
-Sí, *algo más*.

Un delincuente con éxito es aquel que conoce sus propias limitaciones. Henning Nyman se dio cuenta de pronto de lo hambriento que estaba. Veía los platos de su madre, con flores azules y un relieve alrededor. Las patatas cocidas y la salsa de carne. Ella *sabía* lo que estaba haciendo. La sensación era tan intensa que casi le hizo vomitar.

Las niñas estaban encerradas en el sótano. Wiggo estaba detenido, Helmer Ruud en el hospital. Pero las cosas podían cambiar muy deprisa. Wiggo y Helmer Ruud podrían estar de vuelta en cualquier momento, y para entonces tenía que haber quitado de en medio a las niñas.

Cada vez que apoyaba las gastadas deportivas sobre el suelo del bosque, oía cómo retumbaban un poco. Como si bajo él la tierra estuviera hueca. A cada lado del sendero había tupidas matas de ortigas.

Había llegado hasta *aquí* por una serie de casualidades. Hasta este *extremo*. Las chicas tenían que desaparecer. Para siempre. Sólo tenía que preocuparse de sacar una cosa en limpio de esta situación: un recuerdo. *Algo* que pudiera sacar a la superficie una y otra vez. Porque ésta tenía que ser la *única* vez. No era algo a lo que se debiera *habituarse*.

No les gustaría, o tal vez les *gustara*. *Las chicas así*, cuando reían histéricamente... Tal vez, en ese momento de su vida, mientras todavía eran pequeñas, no sabían muy bien si las cosas les gustaban o no. Las había acariciado, como para consolarlas. Se ponían tensas y se quedaban quietas. Había pasado la mano por la ropa de la grandota, pero tocaba piel en el cuello y los brazos.

Cuando él tenía la edad de ellas, una vez encontró un gorrión medio muerto. Su madre dijo que era torturar al animal dejarlo vivo. Así que él había cogido el pájaro con su mano y apretó hasta matarlo, pero luego había llorado toda la noche y soñado que el gorrión le metía el pico en el cuello, donde la piel era más fina, para vengarse.

Tenía que intentar calmarse; se detuvo al final del sembrado, antes de coger el sendero hacia la casa. El cielo veraniego estaba blanco. Aquí y allí había repartidas débiles estrellas que parecían huellas desvaídas de dedos.

Su madre le miraba desde el otro lado de la mesa. Comió toda la porción de pastel de carne con salsa de apio. Había pequeños trozos de zanahoria en la salsa y las patatas estaban cocidas hasta deshacerse. Echó sal precipitadamente y bebió el refresco amarillo con rápidos tragos.

—¿Algo va mal, Henning?

—No.

—Es lo de Wiggo, ¿verdad? No entiendo qué es lo que ha hecho Wiggo, ¿por qué ha vuelto a buscarle la policía? Aunque sea tarde, quiero que vayamos a la comisaría.

—No es ninguna comisaría, es la central de la policía. Y no vamos a ir *allí*.

—Henning, ¿tú sabes algo que yo no sepa?

—No, ¿qué iba a ser?

—¿Por qué iba a atropellar a Elna? ¿Por qué?

—Es un error —murmuró Henning—, se equivocan. Espera y verás. Fue un coche rojo el que la mató. El coche de Wiggo es blanco.

—Pero y el coche de Helmer Ruud...

—¿Qué pasa con él?

—Es rojo.

Henning masticó concienzudamente y bebió otro trago de refresco. Giró un poco la cabeza y miró fijamente por la ventana de la cocina.

—Pero si Wiggo no conduce ese coche...

—Lo llevaba ese día.

Henning cerró la boca y se pasó la lengua por los dientes.

–No.

–Sí, lo hizo. Le vi. Estaba junto a la valla, vi que subía con el Volvo por el camino forestal. Poco después volvió a pasar, en el coche rojo –su madre tenía la mirada empañada–. Me pidió que dijera que había estado *aquí*.

–Él no llevaba ese coche –dijo Henning con voz cortante.

Su madre jugueteó con un par de migas sobre el mantel de encaje, y apartó la mirada. Henning no solía emplear con ella ese tono de voz.

–El marido de Vera Mattson –dijo Marian fríamente– desapareció hace diez años. Nadie ha vuelto a verle. Le conoció en el psiquiátrico de Dikemark. Dos pacientes que se encuentran. Ella se fue a vivir con él, se mudó del pequeño piso que alquilaba en el centro de Sandvika a la casa de él, en la calle Selvik. ¿Romántico, verdad? Romántico, pero no exento de peligro.

Cato Isaksen miró a Marian Dahle. Tenía talento, tal vez *demasiado* talento. Birka entró relajadamente por la puerta y se tumbó en medio de la sala mientras movía el rabo, bostezaba y le miraba con cariño. A su pesar, sintió el calor que había en la mirada de la perra.

Marian Dahle siguió pasando hojas del montón de papeles que tenía sobre sus rodillas.

–Aage Mattson, nacido el siete de mayo de mil novecientos cuarenta y cuatro. Tenía una pensión por invalidez parcial y vivía de criar abejas.

–¿De criar abejas?

–Sí, de criar abejas. Era seis años más joven que ella. Vera Mattson nació en el treinta y ocho.

Se inclinó hacia delante y puso las hojas una a una sobre el escritorio que había entre ellos.

–Los papeles están ordenados cronológicamente.

Cato Isaksen cogió uno y leyó el informe sobre la desaparición de Aage Mattson.

–Se hicieron batidas para buscarle –siguió Marian–, pero nunca apareció.

Puso una fotocopia de la denuncia manuscrita que Vera Mattson había interpuesto en la policía de Sandvika encima del informe que estaba leyendo Cato Isaksen. El detective recorrió el folio con la mirada. A cinco de junio...

–He hablado con los vecinos de la casa amarilla –continuó Marian–. Les llamé.

–¿Sin avisarme a mí? –Cato Isaksen la miró irritado.

–Sí, sin avisarte a ti. Primero tenía que ver si esto tenía alguna importancia o no. No vi ninguna razón para molestarte cuando estabas reunido para la detención de Wiggo Nyman. No vivían allí hace diez años, pero me dieron el nombre de los que les vendieron la casa. Aage Mattson nunca salía. Siempre estaba en su jardín, dijeron los anteriores propietarios. Trabajaba y trabajaba con plantas, arbustos y árboles. Y con sus colmenas.

–Colmenas, ¡pero si no hay colmenas en ese jardín!

–Pues sí, por lo visto en la parte del fondo. Sólo que están cubiertas de maleza. Ya sabes que los árboles están sin podar y hay todo tipo de malas hierbas. Las hojas funcionan como un gran telón –esbozó una sonrisa–. Suena hasta un poco literario así dicho.

–¿Pero qué tienen que ver las colmenas con el caso?

–Seguramente nada. Te diré lo que creo –dijo pensativa–. También se trata de animales.

–¿De animales?

–Sí, recuerdas lo que...

–Joder, sí..., esos perros. El perro de los vecinos.

Marian Dahle asintió.

–Vera Mattson probablemente descuartizó a ese perro, porque mataba a sus gatos.

–¿Ese pequeño bichon frisee?

–Tal vez sólo los asustaba, qué se yo. Pero he investigado todavía más en el vecindario. Son varios los que creen que Vera Mattson tiene algo que ver con los casos de los perros pero, por supuesto, no tienen ninguna prueba. Como sabes, uno de los perros apareció muerto. El otro, simplemente desapareció.

El móvil de Cato Isaksen sonó. Era Randi.

–Roger pensó que podíamos llamar al profesor de las niñas en lugar de desplazarnos hasta allí –dijo.

–Roger pensó..., ¿no oyó lo que le dije? Dije: traed a las chicas.

–Sí, pero no están en esa acampada... Primero llamamos a los padres de Louise Ek, pero los dos móviles estaban apagados..., así que...

–¿Así que qué? ¡Joder!

–Bueno, pues que llamamos al padre de la otra, Ina Bergum. Nos dio el número del profesor. Porque ninguna de las dos niñas contesta a su móvil, por cierto. El profesor dijo que el padre de una de ellas llamó y dijo que estaban enfermas... Roger opina que...

–Roger, ¿qué cojones opina...?

El estrés le provocaba una furia incontrolable.

–Sí, pero es que no *están* allí, Cato. Seguramente se les ha ocurrido hacer otra cosa. Tendremos que limitarnos a esperar a que vuelvan a casa los padres de Louise Ek, y preguntarles. Tal vez sepan dónde están las niñas. A lo mejor sencillamente están con ellos.

Cato Isaksen cortó la llamada. Marian Dahle había captado la situación.

–Mi intuición me dice que deberíamos comprobar el sótano de Vera Mattson. Tengo una fuerte sensación... de algo. Patrik Øye..., o los tres.

–¿Estás loca, o qué? –Cato Isaksen miró iracundo a Marian Dahle–. Aquí ya se han acabado las intuiciones. Si Wiggo Nyman ya ha dicho que se llevó al chico en el coche.

–Sí, puede que esté loca, que sea una metedura de pata total, pero siento una inquietud tan grande... Me encerraban cuando era niña. Creo que Wiggo Nyman miente. Intenté mirar por las ventanas del sótano el otro día, cuando estuvimos allí, pero están completamente tapadas con algo. Y tengo una sensación muy desagradable.

Cato Isaksen abrió la boca para preguntarle algo.

–No –le interrumpió–, no preguntes.

–Bueno, pues vayamos de una puta vez –dijo levantándose y cogiendo las llaves del coche.

La perra levantó la cabeza y los miró ansiosa y expectante, mientras su cola vibraba prudentemente.

–No –dijo Cato Isaksen, no vamos de paseo, bestia.

–Ven Birka –dijo Marian Dahle soltando la correa, atada alrededor de su cintura–. Ven, mi niña, que nos vamos de excursión.

Marian Dahle conducía. Aparcó el coche unos metros más abajo en la calle Selvik. Las nubes de un gris plumizo colgaban pesadas sobre los tejados. Todo el vecindario estaba silencioso, sin niños, sin ruidos. Sólo el zumbido de la carretera principal sonaba monótono un poco más allá. Un fino rayo de sol se había abierto camino entre la capa de nubes, daba la vuelta a la casa amarilla y seguía por la hilera de cubos de basura que bordeaban el camino de grava. Junto a la cama elástica, el viento agitaba una revista olvidada.

Marian dejó salir a Birka y le puso la correa. Anduvieron el último tramo del camino y se detuvieron un momento para contemplar la casa marrón en medio del jardín asilvestrado. Las ventanas eran negras o grises, según la luz incidiera o no sobre ellas.

Durante una décima de segundo, Cato Isaksen oyó un sonido agudo. Un zumbido que se mezclaba con la imagen de la casa. Se le erizó el cabello. Era como si el sonido viniera de dentro, una especie de aviso.

Marian le miró.

–¿Pasa algo?

–No, no –dijo negando con la cabeza–, creo que va a llover –levantó las palmas de las manos–. Hay truenos.

Una racha repentina de viento agitó la vieja hilera de glicinias haciendo oscilar las flores arriba y abajo.

Marian ató a Birka a uno de los arbustos que había tras la esquina de la casa, para que no fuera visible desde la

ventana.

Llamaron a la puerta. Hubo un largo silencio. Birka gemía tras la esquina de la casa. Marian la mandó callar. Luego, de repente, Vera Mattson apareció en el dintel de la puerta. Asomó la cabeza y miró a los dos policías sin decir una palabra. El viento alborotaba su cabello recogido en un moño del que se escapaban algunas greñas que volaban sobre su ancha frente y ante sus ojos.

–Nos gustaría hablar un rato contigo –dijo Cato Isaksen.

Se quedaron de pie en la cocina, igual que la vez anterior. No los invitó a entrar al interior de la casa. El gato blanco estaba sentado, con aire majestuoso, en el alféizar de la ventana. Se giró para observar a los policías con sus ojos amarillos. A su lado había un platito lleno de caramelos de llamativos colores.

–Si es para dar la lata otra vez con ese niño... –empezó Vera Mattson, repitiendo maquinalmente la cantinela que ya conocían–. No tengo nada en contra de los niños, pero me parece que hoy en día muchos son unos maleducados. Aquí tengo una enorme cama elástica justo delante de mi ventana. Mirad –se inclinó hacia delante y echó la cortina de encaje transparente a un lado. Marian rezó en su interior para que no viera al perro que estaba atado justo debajo de la ventana–. Raro, ¿no?, que los padres no entiendan que sus hijos pueden ser una maldición. Esas chicas gritan y jalean de una manera que atraviesa la espina dorsal de una pobre mujer.

Cato Isaksen la contempló.

–¿Tú fuiste la última que vio a Patrik Øye?

–Sí, bueno, eso dice la policía. Pero alguien tiene que haberle visto después de mí, por decirlo así. Malditos bichos, venir aquí pensando que pueden hacer lo que les dé la gana. Ocupar un lugar. Una propiedad particular. ¿Cómo se llama? Egoísmo, egocentrismo, o sólo descarado puro y duro.

–Hemos hablado con el que lleva la furgoneta de los helados. Nos ha dado nuevos datos.

–Cuántas veces voy a tener que repetir que la furgoneta de los helados pasa por aquí todos los lunes. Un jaleo espantoso. Da vueltas por los caminos de por aquí y pita y hace ruido durante horas. El lunes es el día de los horrores; muchas molestias. El camión de la basura también pasa los lunes.

Marian Dahle la miró.

–¿Puedo usar su cuarto de baño? Cato puede quedarse aquí hablando mientras tanto. Es que no estoy muy bien. Lo siento.

Vera Mattson la miró, enfadada. Estaba claro que no le gustaba la idea.

–No sé muy bien..., no está del todo limpio.

–No importa –dijo Marian rápidamente y abrió la puerta que daba al recibidor antes de que a Vera Mattson le diera tiempo de decir nada. Cerró la puerta tras ella.

El gato blanco miraba fijamente por la ventana. Cato Isaksen pensó en el bóxer que estaba atado fuera.

–Bonito gato –dijo rápidamente.

–Soy una amante de los gatos –lo dijo con gesto inexpresivo. Carecía por completo de mímica–. A los perros hay que estarlos frenando todo el tiempo, dan vueltas sin control.

–¿Hay muchos perros por esta zona?

Vera Mattson adquirió una expresión alerta.

–¿Qué quieres decir con eso? –preguntó con voz aguda.

Marian se había fijado en la puerta del baño cuando estuvieron allí la vez anterior. La bajada al sótano tenía que ser la puerta contigua. Era un poco diferente del resto de las puertas, sin pintar y con un picaporte de hierro suelto y gastado. Marian bajó el picaporte y abrió la puerta, que crujió con un sonido grave. La escalera era empinada y oscura. Un olor a moho y cerrado la envolvió. Bajó a tientas, despacio. La escalera gimió con un feo sonido cuando pisó el quinto escalón. Estaba tan escurridiza que casi perdió pie. Consiguió bajar y puso los pies sobre el suelo de cemento.

–Hola –susurró, como si hubiera alguien. Se quedó escuchando, oía pasos sobre su cabeza, arriba en la cocina. Esperaba que Cato mantuviera tranquila a Vera Mattson, mientras ella hacía sus averiguaciones.

De pronto su mano rozó un interruptor, y encendió la luz. Una bombilla blanca y desnuda colgaba del techo. Estaba en un largo pasillo lleno de trastos. Un viejo montón de leña apilada junto a una de las paredes, una bicicleta, unas cajas de madera gris, y un solitario y anticuado palo de esquí de madera apoyado en una de las esquinas.

–¿Cuántos gatos tienes ahora? –preguntó Cato Isaksen observando la caja de galletas abierta que había sobre la encimera.

–Sólo tengo *uno*, me hubiera gustado tener más, pero mueren todos. Cuando se mueren, no lo puedo soportar –el gato blanco empezó a lamerse las patas con los ojos cerrados. Cato Isaksen se alegraba de que se mantuviera quieto.

–¿Así que no tienes hijos propios?

–No, ya he dicho que no tengo nada en contra de los niños pero muchos de los de hoy en día me parecen maleducados. Hay tantas personas débiles. Sólo merodean por ahí sin hacer nada, sin aportar nada de nada –se quedó callada mientras observaba el jardín de los vecinos donde, a la luz del anochecer, unas débiles sombras salpicaban la hierba de un verde profundo. Era una luz poco natural, que enseguida desapareció. Pensó que pronto llovería. El invierno le iba mejor. En invierno todo estaba quieto y desaparecía la cama elástica. Cuando llegaba la nieve, era como si el paisaje estuviera envuelto en una manta húmeda y gris. Y las ramas de los árboles llevaban la nieve como una piel. Protección, pensó. Invierno solitario sin ruidos ni movimiento. Inmovilidad, paz.

Cato Isaksen contempló a Vera Mattson. Se había sentado pesadamente sobre una de las gastadas sillas de la cocina. De pronto se dio cuenta de que no llevaba nada en los pies; iba sin zapatos, calzada sólo con unas gruesas medias marrones agujereadas por la punta. Los dedos gordos asomaban mostrando unas descuidadas uñas largas y amarillentas.

¿Dónde se había metido Marian?

Vera Mattson siguió hablando, casi para ella misma:

–Las cosas no mejoran. Es la edad. Ver cómo el cuerpo se hunde y a la vez aguanta. No tiene ningún sentido.

A Marian le sudaban las manos. Abrió de un tirón la puerta al final del pasillo. La luz que había tras ella lanzaba un cuadrado blanco dentro de la habitación. Las estrechas ventanas pegadas al techo estaban cubiertas con papel de estraza. Había un gran cajón para patatas. Apestaba de una forma espantosa. Las patatas debían de llevar allí una eternidad. Varios botes de miel estaban alineados sobre un estante de madera. Llevaban pegadas unas etiquetas, «1994», «1995», «1996», escritas con letra infantil. En ese momento, sonó un golpe en el techo que la hizo encogerse, sobresaltada.

El gato saltó desde la encimera y se sentó frente a la puerta.

–Mira –le llamó Vera Mattson levantándose pesadamente de la silla–. Ven, que te dejo salir. Sal te digo, vamos.

Cato Isaksen se puso en cuclillas llamando al gato para ganar tiempo. No debía acercarse al perro. Le pasó la mano por el suave lomo, por la cola y hacia arriba, hasta que su mano resbaló y una pequeña bola de pelo cayó al suelo.

Volvió a incorporarse. Vera Mattson era casi tan alta como él. Una desagradable vieja bruja, pensó. *¿Qué demonios estaba haciendo Marian en el sótano?*

La palabra *maleducados* se había aferrado a su subconsciente. Niños maleducados. Sabía que debería recordar algo, pero se le escapaba. Era como un intercambio de expresiones, como el cambio de vías de un ferrocarril. Era algo que debería haber captado, un recuerdo. Pero no podía recordar qué podría ser.

De repente el gato bufó y Cato encogió rápidamente la pierna. No debía dejarlo salir. Si lo hacía, Birka pondría al momento en marcha su orquesta de ladridos.

Puso la mano sobre el hombro de Vera Mattson para impedirle que abriera la puerta.

–Vámonos al salón –dijo con voz firme.

–¿Por qué?

–Porque yo lo digo.

Había algo desconcertante en su manera de ser. Inocente, dura y desagradable a la vez. Lo miró con curiosidad y entró delante de él en la habitación abarrotada de muebles.

Cato Isaksen miró a su alrededor.

–Cuando la policía trataba de encontrar con un perro el rastro de Patrik Øye, los primeros días, encontraron un muslo de pollo en el camino de entrada a tu casa.

Vera Mattson le miró inexpresiva.

–No sé.

–Sí, constaba en el informe que encontraron un muslo de pollo, y que *eso* distrajo al perro. ¿Era ésa tu intención?

–El camión de la basura pasó ese día –dijo cansinamente–. Debió de haberse caído cuando los de la basura vaciaban el cubo. Son descuidados esos hombres.

–Pero dijiste que tú nunca tiras comida.

Los ojos de Vera Mattson se volvieron vigilantes.

–¿Dijiste eso? ¿Cuándo dije eso?

–La primera vez que estuve aquí –dijo Cato Isaksen.

–Y no lo hago –replicó tensa.

–¿Y entonces por qué había un muslo de pollo crudo en la entrada? ¿Habías tirado un muslo de pollo fresco?

–Tú no sabes si era fresco. A lo mejor estaba pasado. Comprenderás que no como comida pasada.

Vera Mattson ya no quería colaborar. Ahora le lanzaba dentelladas.

–¿Dónde se mete tu colega?

–Eh, bueno, es que no está del todo bien. Un virus –trató de explicar–. Lo lamento. Seguro que viene enseguida.

Ninguna niña, ni rastro de Patrik Øye. Nada, salvo el olor espantoso del cajón de las patatas. Se inclinó sobre él soportando las arcadas mientras metía las dos manos entre las patatas podridas y las removía. Había algo allí, lo notó inmediatamente. Algo que estaba guardado en un gran saco de basura. Algo pequeño. El corazón le latía en la garganta. Abrió la bolsa. Era el cadáver de un animal. Probablemente los restos de un perro. Por un momento casi se sintió feliz. No se había equivocado.

Consiguió subir las escaleras otra vez. Sus manos estaban llenas de una sustancia pegajosa y putrefacta. Cerró la puerta del sótano con el hombro. Se había olvidado de apagar la luz, pero tendría que dejarlo estar. Llegó hasta la puerta del baño y la abrió sin hacer ruido. Se precipitó dentro y la cerró.

En el interior del pequeño y anticuado aseo de color verde claro se quedó un momento escuchando. Sólo oía su propia sangre, el zumbido del pulso que latía en su cabeza.

El lavabo de porcelana tenía oscuros surcos de mugre por el borde. Las irregularidades de las paredes emergían de la pintura medio descascarillada. Abrió el grifo y aclaró la porquería de las patatas podridas. Dejó que el agua corriera sobre sus muñecas mientras recuperaba un ritmo de respiración normal. Se secó en la toalla sucia y salió sin hacer ruido.

Marian oyó la voz de Cato en el salón, abrió la puerta y entró en silencio. La miró inquisitivo. Se encogió de hombros a la vez que intentaba dar a entender que *algo* había encontrado.

Sentía como si su sistema nervioso estuviera contaminado por lo que había encontrado en el sótano. No había niño alguno, pero *había* un perro muerto. La ira comprimía su caja torácica. La vieja bruja era, por lo menos, una maltratadora de animales.

Vera Mattson descolgó una foto de la pared.

–Una vez fui muy hermosa. Mirad aquí, mirad esta foto.

Marian Dahle cogió la foto que mostraba a una mujer de rostro ancho y cejas pobladas. Por un instante le pareció que la foto le recordaba a ella misma. Quizá por la frente ancha. No se consideraba guapa en absoluto. Le habían grabado a fuego desde niña que era de segunda división, una solución de emergencia. No dicho con esas palabras, por supuesto, sólo insinuado. *A ti no te quedan muy bien los vestidos, quizá sea mejor que te compres un pantalón.*

Volvieron a la cocina, los tres.

De pronto, Marian dijo:

–Has estado ingresada en Dikemark, ¿verdad?

Vera Mattson miró fijamente al bote de las galletas que estaba en la encimera. Atisbó muy seria en su interior, pero no alteró el gesto lo más mínimo. El bote sólo estaba medio lleno, y pudo ver la imagen invertida de su rostro en la superficie dorada. Desvió la mirada hacia el cuchillo del pan que estaba en el soporte de la pared. Luego se pasó sus gruesos dedos por la frente.

–Me ingresaron porque la tierra se partió en dos bajo mis pies. Tuvo algo que ver con mi entorno, con mi familia. No fue culpa mía. Mi padre era una persona fría e insensible. Y además le gustaban los perros. Te puedes imaginar por qué detesto a esos bichos asquerosos.

Marian Dahle y Cato Isaksen intercambiaron una mirada.

–La esquizofrenia no es una enfermedad homogénea –continuó con voz monótona–, supongo que lo sabéis. Convivo bien con la enfermedad hoy en día. Los síntomas han desaparecido, ya no me dedico a romper cosas. Sólo lo hacía para llamar la atención ahí fuera, para que se enteraran.

Marian Dahle miró a Cato Isaksen.

–Para que se enteraran ¿de qué?

–De que estaba desesperada.

El silencio inundó la cocina.

–No sabía que habías roto cosas *ahí fuera* –dijo Marian.

Vera Mattson la miró. Su fuerza residía en que su autoengaño era auténtico.

–¿Y qué pasó con tu marido?, desapareció, ¿no?

–Sí, desapareció –dijo rápidamente echando agua del grifo en una jarra transparente. No quería escuchar más sobre esa locura, no quería que el dolor volviera. Se había esforzado para alejarse de las líneas de alta tensión. Eran como venas oscuras llenas de sangre vieja.

–Pasaron dos días antes de que dieras aviso. Desapareció el tres de junio, hace diez años, pero no diste aviso hasta el cinco.

–Es completamente casual que fuera el tres de junio –dijo Vera Mattson. El frío atravesó su cuerpo. La mujer policía no parecía muy solidaria. El marido había dado un paseo y nunca volvió.

–Fue a dar un paseo.

–Los testigos dicen que *nunca* salía de paseo, y ¿qué quieres decir con que fue casualidad?

Vera Mattson dejó la jarra sobre la mesa de la cocina. El agua oscilaba de un lado a otro. Cristal y agua, difíciles de distinguir, en realidad. Los dos eran peligrosos, cada uno a su manera. Se volvió hacia Cato Isaksen que llevaba mucho rato sin decir nada.

–Eso dijo la policía entonces también. Pero Aage dio un paseo *esa* tarde. Hablaba con frecuencia de caminar milla tras milla. Lo decía, pero el problema era que casi no se atrevía a salir de casa. Era un hombre silencioso y especial. Le conocí en Dikemark, pero eso ya lo sabéis. Lo sabéis todo. Nos dieron el alta casi al mismo tiempo. Él ya vivía aquí, había heredado esta casa de sus padres. Estaba espantosamente sucia cuando llegué; pero bueno, esa noche salió. Y la policía no se esforzó en buscarle, que digamos. Dieron un par de vueltas, pero ya sabes, había sido paciente de un psiquiátrico. No es que se esforzaran mucho. No usaban perros policía en aquellos tiempos.

Sacó un grueso vaso del armario de la cocina y se lo dio al detective. Cato Isaksen lo aceptó.

–Y, entonces, qué crees que le ocurrió.

De pronto, Marian tenía prisa por salir.

–Tengo que respirar un poco de aire fresco. No estoy del todo bien –dijo mientras abría la puerta y salía al exterior.

–Creo que se quedó tirado en algún lugar –continuó Vera Mattson y echó agua en el vaso de Cato Isaksen–, completamente solo. Creo que se descompuso poco a poco, como un trozo de carne podrida. Yo no quería que ocurriera.

Cato Isaksen dio por educación un trago al vaso de agua.

Vera Mattson volvió a dejar la jarra sobre la mesa y entró en el salón. Cato Isaksen la siguió con el vaso de agua aún en la mano. La mujer contempló su imagen reflejada en los cristales de la puerta del jardín. Vio su piel blanca y las hundidas cuencas de los ojos. El jersey, corto y estrecho, se pegaba a los caídos pechos. El sujetador, viejo y demasiado pequeño, dejaba asomar los elásticos, que parecían gusanos grises.

–Esas colmenas al fondo del jardín...

–Ya no hay colmenas allí. Eso era en los viejos tiempos –le sonaban las tripas.

Más tarde, Cato recordaría los minutos siguientes como algo interminable. Intentaba averiguar qué habría encontrado Marian en el sótano. Presentía que *algo* iba mal, pero se dio cuenta demasiado tarde qué era.

A través de la ventana distinguió a su colega con Birka. Marian había dejado a la perra suelta y se abrió camino entre la maleza, entre unos manzanos viejos. La perra correteaba en todas direcciones. Comprendió que estaba buscando las famosas colmenas.

–La policía ha recorrido cada milímetro del jardín con el perro ese; horribles bestias esos pastores alemanes. No puede decirse que vayan precisamente con cuidado –fue hasta la puerta del jardín y observó el exterior. La abrió y escuchó. El gato salió como un rayo blanco.

Vera Mattson aguzó la mirada. ¿Qué era lo que se movía detrás del manzano, detrás de los arbustos altos y viejos que ya no daban bayas? Las densas ramas subían y bajaban con el viento, como si se despedieran por este año, a pesar de que el verano apenas acababa de empezar.

–¡Pero si hay un perro en el jardín! –gritó repentinamente volviéndose hacia Cato Isaksen, que pudo ver la locura en su mirada–, llévatelo; el gato está fuera. ¡Mata a ese perro!

Vera Mattson estaba enfurecida. Mientras Cato Isaksen salía por la puerta del jardín, se dio la vuelta y entró rápidamente en el salón.

–Manteneos alejados de las colmenas de mi marido. Allí no vais a encontrar nada –gritó tras él.

Se inclinó hacia atrás, sobre el gastado sofá, se agachó con la velocidad del rayo y cogió algo que escondió tras su espalda.

El gato blanco entrecerró los ojos. Marian estaba junto al arbusto más grande, a punto de separar sus ramas, cuando los animales se enzarzaron. De pronto, el gato tenía a Birka encima. Se dio la vuelta en el aire, sacó las uñas y las clavó en el cuerpo de la perra.

–¡No! –gritó Marian–. Quieta, Birka, quieta.

Vio que el gato se había librado. En unos segundos se convirtió en una flecha blanca que pasaba bajo la valla.

–Muy mal, Birka –volvió a gritar mientras la perra ladraba afónico y dolido junto al cercado porque su presa se había escabullido.

Luego, se hizo un silencio total. El viento movía el plástico que cubría a medias un montón de leña haciendo un molesto ruido. Exactamente sobre su cabeza, entre dos bastas ramas del manzano medio podrido, una araña había tejido una red de hilos de plata. Hilos gruesos y blancos de los que colgaban gotas de agua. Inesperadamente, el cielo emitió un rugido. El trueno impidió que oyera el grito de Cato Isaksen.

Entonces las vio. Las colmenas estaban escondidas entre los hierbajos, no muy lejos las unas de las otras. Las estructuras de madera estaban podridas, pero cada tapa tenía una cubierta impermeable.

Se acercó a la más próxima y tiró con fuerza de la tapa. No se movió, y fue a la siguiente. Las ortigas eran altas y verdes, con hojas dentadas y gruesos tallos. Quemaban sus muñecas. Enseguida le salieron marcas rojas, blancas en el centro. Agarró la tapa de la tercera colmena, dobló las rodillas y la levantó con todas sus fuerzas. Tiró la tapa al suelo y se quedó mirando unos trozos de cera reseca. Había un olor indiferente, como restos de miel vieja y pegajosa evaporada hacía mucho.

Apartó los trozos de cera y la vio. No había ninguna duda. Sabía su descripción de memoria. Negra y beige, atravesada por una raya verde. Era la mochila de Patrik Øye.

Vera Mattson tenía un bate de madera entre las manos.

–Ese maldito perro –gritó–. Lo voy a machacar.

A través de la ventana vio a Cato Isaksen que intentaba coger la perra. La ira llegó rodando como una ola. Reconocible, dura y dinámica, de ninguna parte. Iba a matar a ese perro. Siempre caía como un rayo, provocaba un incendio que no se podía apagar. Como entrar en un agujero negro, ningún freno. Nada más que estos sentimientos punzantes. Las manos que se levantan, los músculos que se mueven, y el calor del odio cuando el golpe cae. Malditos bichos, llegar aquí y creer que se puede hacer lo que se quiera. Tomarse libertades, ocupar un lugar. ¿Cómo se llama? Egoísmo, egocentrismo o descaro puro y duro. El agua de la jarra tiene el mismo color que el cristal. Así es siempre, las cosas no son lo que parecen. El agua no es cristal.

Fue rápidamente hacia la cocina. El bate descansaba pesadamente en sus manos. Al pasar junto a la mesa, lo levantó y machacó la jarra de agua. Se rompió antes de llegar al suelo. El agua corría por la superficie de la mesa y goteaba sobre el suelo. El agua tenía el mismo color que el cristal. Ahora se mezclaba con los cristales rotos en el suelo. Estaba a punto de estallar de ira. Las cosas no eran lo que parecían. El agua no es cristal.

Las cosas ocurrieron tan deprisa que Cato Isaksen no tuvo tiempo de reaccionar hasta que fue demasiado tarde. Oyó el sonido del cristal roto en algún lugar de la casa. La puerta del jardín golpeaba movida por el viento. Volvió a entrar, pero Vera Mattson no estaba en el salón. Fue rápidamente a la cocina. Tenía una desagradable sensación de que algo iba muy mal y comprendió que tenía razón. Grandes pedazos de cristal y agua flotaban por el suelo. Miró hacia el pequeño jardín. La puerta estaba abierta. De pronto, una fuerte corriente de aire cerró la puerta con un estruendo. Cato Isaksen se quedó quieto, paralizado por unos instantes. ¿Dónde estaba? Volvió corriendo al salón, hasta la puerta del jardín. Vera Mattson estaba en el jardín. Vio su espalda, cerca del manzano. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué tenía en las manos? Cato Isaksen le gritó a Marian que tuviera cuidado.

–¡Cuidado, maldita sea! ¡Ten cuidado!

Birka apareció de repente frente a Vera Mattson. Estaba allí quieta, moviendo el rabo, con las patas ligeramente dobladas y la cabeza ladeada. Como pidiendo más diversión. Antes de que Cato pudiera detenerla, la mujer levantó los brazos y golpeó a la perra con su bate de madera. La alcanzó a un lado de la cabeza. Se oyó un ruido sordo y fuerte. La perra gimió y se desplomó sobre la grava.

Marian salió disparada de entre las ramas del manzano. Una de ellas, afilada y endurecida, le había desgarrado la mejilla. Sangraba. Levantaba los brazos ante ella para protegerse.

–¡No! –gritó–. ¡No! Pero el bate ya venía de camino otra vez. Le pasó rozando un par de veces antes de acertar en su brazo, justo debajo del codo. Cato Isaksen no tuvo tiempo de intervenir. El dolor hizo que Marian se encogiera. Y allí estaba el bate otra vez. Sobre su nuca. A un lado de su cabeza. Corrió hacia ellas. Cuánto hace falta, pensó Cato Isaksen, para que una persona se rompa. Marian gritaba de dolor. Cayó de rodillas sobre la hierba. Vera Mattson se inclinó. Dobló la espalda para pegar mecánicamente sobre su cabeza. Golpeaba, golpeaba y golpeaba. Se movía alrededor de la víctima mientras la miraba con los ojos muy abiertos. Cato Isaksen se lanzó sobre el gran cuerpo de Vera Mattson, le arrancó el bate y le dio una patada para alejarlo. Sentía cómo la ira y la angustia se apoderaban de él. Se quedó tumbado sobre la mujer, justo en el límite del césped con la grava.

–Mantente alejado de mis trampas de miel –siseó bajo él–. no tienen nada que ver con *nada*. Se lo dije... Malditos bichejos esas abejas. Yo soy la vengadora y la destructora. No traían más que intranquilidad y dolor. Cuando se escapaban... cuando se enfadaban y picaban. Ya no... queda ninguna –gritó con voz entrecortada–. *Todas* desaparecidas, os enteráis.

La perra gemía tirada en el suelo. Había sangre sobre la hierba. Cato Isaksen sintió que el horror se deslizaba por su espina dorsal. Marian sollozaba. El llanto subía en pesados calambres por su garganta. La sangre caía desde la sien y mojaba su rostro. Finalmente se dio la vuelta temblorosa y se quedó un momento a cuatro patas para coger fuerzas, antes de acercarse a la perra herida.

Birka seguía tumbada de lado. Respiraba con dificultad. Tragaba y tragaba, respiraba afónica una y otra vez. Gemía y miraba suplicante a su dueña con los ojos muy abiertos.

Cato Isaksen se incorporó lentamente. La mujer mayor estaba tirada en el suelo a su lado, gritando. La saliva caía de su boca.

–¡Muérete, ya! ¡Muérete!

Llorando, Marian se inclinó sobre la perra.

–No va a sobrevivir a esto... no sobrevivirá... –se puso de pie como pudo y la cogió con mucho cuidado.

–Tengo que salvar a Birka –lloró–. ¡Ayúdame Cato! ¡Ayúdame! Abre el coche.

Cato Isaksen vio que sangraba copiosamente. La sangre corría por su rostro y goteaba sobre sus brazos.

–Voy a abrir –dijo, metiendo la mano en su bolsillo para sacar las llaves. Marian corría encogida con la perra herida en brazos.

–Abre el maletero. Date prisa. Mira en los panales, Cato. Mira en los panales, maldita sea. Y mantén en el suelo a la loca. Llamaré para pedir ayuda desde el coche.

Vera Mattson se incorporó lentamente. Marian conducía calle abajo y Cato Isaksen corrió de vuelta y arrastró a la mujer loca hacia la escalera hasta sentarla en un escalón. Allí se quedó tirado, en parte aplastado por ella, mientras la sujetaba con fuerza contra él. Le pidió varias veces que se quedara quieta.

–No vas a ir a ninguna parte –dijo con intensidad–. El juego ha terminado, Vera Mattson –su fuerte olor corporal le hizo apartar la cabeza. Ella respiraba con fuerza pero no decía nada. Marian había dicho que olía a locura en la casa de Vera Mattson. Había acertado todo el tiempo. Tenía razón, maldita sea.

–La furia llegó rodando como una ola, entiendes –susurró de pronto–. Reconocible, dura y dinámica, de ninguna parte. Siempre caía como un rayo, provocaba un incendio que no se podía apagar. Como entrar en un agujero negro, ningún freno. Nada más que estos sentimientos punzantes. Las manos que se levantan, los músculos que se mueven, y el calor del odio cuando el golpe cae. Malditos bichos, llegar aquí y creer que se puede hacer lo que se quiera. Tomarse libertades, ocupar un lugar. ¿Cómo se llama? Egoísmo, egocentrismo o descarado puro y duro. El agua de la jarra tiene el mismo color que el cristal. Así es siempre. Las cosas no son lo que parecen. El agua no es cristal.

Cato Isaksen estaba furioso porque la patrulla no acababa de llegar. ¿Pero cuánto tiempo de mierda les podía llevar?

–Cállate –masculló con rabia en el mismo momento en que un coche patrulla de Asker y Bærum llegaba con las sirenas a tope por la calle Selvik. Entró en la parcela y frenó bruscamente. Cato Isaksen estaba todavía medio tumbado sobre la escalera de piedra rojiza, con un brazo alrededor del cuello de Vera Mattson.

–La llevamos al servicio de vigilancia social inmediatamente –dijo uno de los policías, presentándose como Roar Andersen.

–No la perdáis de vista –dijo con dureza Cato Isaksen–. Llevadla a urgencias y de allí directamente al psiquiátrico de Dikemark. Con vigilancia permanente –añadió–. Es un caso de asesinato.

–Entendido –dijo el policía llevando a Vera Mattson hacia el coche. Andaba en calcetines, arrastrando los pies sobre la grava. Verdaderamente parecía una loca. El moño se había deshecho del todo y el espeso cabello gris cubría la mitad de su rostro.

–¿Y tú? –le preguntó el joven policía cuando la tuvieron en el coche.

–Yo me quedo aquí, vosotros podéis iros.

Cuando el coche de policía desapareció calle abajo, Cato Isaksen llamó a Roger Høibakk.

–Haz el favor de venir a Selvik de una puta vez –rugió en el móvil.

De fondo oyó el tintineo de vasos y voces, y comprendió que aún estaban por ahí.

–He bebido, jefe, mando a Randi y a Toni –respondió Roger Høibakk avergonzado.

Los padres de Louise Ek entraban con su coche en la calle Selvik a la vez que el coche de la policía salía. Aparcaron frente a la casa amarilla, y Gunnhild Ek salió velozmente mientras su marido metía el coche en el garaje.

Cato Isaksen la vio cruzar la calle corriendo hacia él

–¿Qué es lo que ha pasado? –gritó desde lejos–. Estábamos en el cine. ¿Qué ha pasado?

–¿Por qué no ha ido Louise a la excursión del colegio a Burudvann? –preguntó.

–Pero si *está* allí. Claro que está –repitió la madre en voz alta mientras se resguardaba en la delgada chaqueta veraniega–. ¿Qué quieres decir?

–Pues que no *está* allí –dijo Cato Isaksen notando sobre él los finos hilos de lluvia– hemos contactado con su tutor. No *está* en Burudvann.

Gunnhild Ek le miró iracunda un momento. Luego se llevó las manos a la boca y empezó a gritar histéricamente, en el mismo momento en que su marido cerraba el garaje con un portazo.

Varios vecinos bajaron despacio hacia la casa marrón. Murmuraban desconcertados entre ellos y se preguntaban qué había ocurrido.

Cato Isaksen les rogó a todos que se tranquilizaran y volvieran a sus casas.

–No empeoren la situación –gritó. A los padres de Louise Ek les dijo que se quedaran tranquilos, que seguramente a las dos niñas se les había ocurrido *otra cosa*.

Vio que no le creían. Gunnhild Ek estaba pálida como una muerta, pero repitió lo mismo otra vez y dijo que los avisarían en cuanto supieran algo.

–¿Qué clase de aviso? –gritó Gunnhild Ek desesperada intentando zafarse de la mano con la que su marido intentaba tranquilizarla.

Cato Isaksen respiró con fatiga y se pasó la mano por la frente. Cuando los vecinos se retiraron pensó que debía aprovechar bien el tiempo antes de que llegaran Randi y Tony. Observó fijamente el garaje de uralita de Vera Mattson, inclinado por el viento. ¡Ese garaje! ¿Y si había un Mazda rojo aparcado en su interior? No había caído en eso. Las señoras mayores tenían coches así, Mazdas. Se volvió de un salto, cruzó la entrada y levantó la puerta del garaje de un fuerte tirón. Estaba vacío. Lleno de todo tipo de muebles de jardín viejos, trastos y desorden. Se dio la vuelta para observar la casa amarilla. De allí llegaba un silencio atronador.

¿Qué era lo que decía el mensaje del móvil de Wiggo Nyman? *¿Cuándo nos vemos esta noche?* Nyman tenía algo que ver con la desaparición de las niñas, seguro.

Cato Isaksen volvió a bajar la puerta del garaje y cruzó la entrada. Vadeó la alta hierba y apartó las bastas ramas de los viejos manzanos. Como si fuera un telón. Cinco colmenas oscurecidas ocupaban una zona pequeña, casi cubierta de ortigas y margaritas. Sólo una de ellas estaba destapada. Marian había quitado la tapa y la había tirado al suelo.

Cato Isaksen se acercó y miró en su interior. La visión era incongruente. Sintió su corazón acelerarse. Allí, en la colmena, estaba la mochila de Patrik Øye. ¡Tenía que ser ésa! Negro y beige, atravesada por una raya verde. Se agachó para cogerla pero cambió de opinión. Pruebas y pistas; no debía estropear nada. Ellen Grue tendría que venir cuanto antes.

Dobló las rodillas e intentó mover la tapa de la colmena siguiente. Tuvo que recurrir a todas sus fuerza. Finalmente pudo arrancarla y la dejó caer entre las ortigas. Una visión nauseabunda le esperaba. Sintió pinchazos en la frente; un dolor intenso que se extendía hasta la parte de atrás de su cabeza. Su cerebro analizó la visión. Un par de anticuadas gafas de pasta y cuatro collares de perro. Dos metálicos, uno marrón con la inscripción *Targo* y uno rojo pequeño con el nombre *Dennis* impreso en el cuero. *Era* Vera Mattson quien había matado al perro de Louise Ek. Y esas gafas, tenían que haber pertenecido a Aage Mattson.

Corrió de vuelta a la casa. Sobre la grava estaba el bate de madera ensangrentado. Entró rápidamente por la puerta abierta del jardín, atravesó el salón hacia el recibidor y bajó la escalera del sótano. Un nauseabundo olor a podrido le envolvió. ¿Qué había visto Marian allí abajo?

El horrible olor se hacía cada vez más fuerte. Recorrió las habitaciones del sótano, pero no encontró nada.

Salvo un gran cajón de patatas viejas.

Subió corriendo y empezó a abrir cajones y armarios en la cocina. Todo estaba lleno, de manteles, vasos y platos. Y papeles.

Un pequeño libro negro, originalmente un cuaderno, estaba en el último cajón de la cocina. Por fuera estaba decorado con pegatinas, abejas amarillas y negras. LA TRAMPA DE MIEL, decía, escrito con letras infantiles recortadas de un papel amarillo y pegadas.

Cato Isaksen tuvo un escalofrío, abrió el cuaderno y pasó rápidamente las páginas. Al principio no consiguió entender lo que leía. Era demasiado absurdo, demasiado increíble. Volvió a la primera página y empezó a leer. Vera Mattson tenía una letra muy cuidada.

Aage desapareció el tres de junio de 1997.

Eran trampas esos panales. Eran trampas de miel. Nadie puede reprocharme que no aguantara más. Cuando los insectos valen más que las personas, algo va horriblemente mal. Aage había hecho ese bate de madera en la clase de manualidades en séptimo. Estaba absurdamente orgulloso de eso. Lo único que había sido capaz de hacer en la vida fue ese bate. Se convirtió en su propia trampa.

El perro marrón suelto se encuentra en mi jardín entre las 14:23 y las 14:28 el 15 de diciembre de 1998.

El perro marrón vuelve a estar aquí a las 17:03 del 18 de diciembre de 1998.

El perro marrón persigue a Nusse y la mata el 23 de diciembre de 1998.

El perro marrón desapareció el 8 de enero de 1999.

Lo maté a golpes. La furia llegó deslizándose como una ola. Reconocible, dura y dinámica, de ninguna parte. Siempre caía como un rayo, provocaba un incendio que no se podía apagar. Como entrar en un agujero negro, ningún freno. Nada más que estos sentimientos punzantes. Las manos que se levantan, los músculos que se mueven, y el calor del odio cuando el golpe cae. Malditos bichos, llegar aquí y creer que se puede hacer lo que se quiera. Tomarse libertades, ocupar un lugar. ¿Cómo se llama? Egoísmo, egocentrismo o descarado puro y duro. El agua de la jarra tiene el mismo color que el cristal. Así es siempre, las cosas no son lo que parecen. El agua no es cristal.

El perro negro desapareció el 25 de marzo de 2002.

Kalle muere el 15 de julio de 2004. Cumplió 12 años. Es una vida larga para un gato sin castrar. Lo llevé al veterinario en mi cesta, pero era demasiado tarde.

El perro blanco está diez minutos en mi jardín la Nochebuena de 2006.

Los niños atraviesan el jardín a las 15:43 del 30 de enero de 2007.

El perro blanco desapareció el 13 de abril de 2007 (ha empezado la obligatoriedad de llevar a los perros con correa).

El niño del pelo claro desapareció el 3 de junio de 2007.

La policía ha estado aquí. Es el 4 de junio a las 8:05.

La policía viene otra vez. 5 de junio a las 9:12.

La niña pelirroja buscó una pelota en mi parcela a las 18:09 del 10 de junio. La rubia está en la cama elástica y me saca la lengua. Lo veo. Se mete los dos índices en la boca y me saca la lengua. Es el 12 de junio.

La madre del niño desaparecido ha llamado a mi puerta. No abrí. No quiero abrir. He leído sobre ella en el periódico.

Hay un policía en el jardín del vecino a las 13:04 del 14 de junio de 2007.

Al final del cuaderno había una hoja suelta. Era una carta.

Querido hombre de los helados:

Llamamos a información y nos dieron el número de ahí donde trabajas. Helado-directo, ¡ya sabes! Luego preguntamos por tu dirección y tu nombre. Dijimos que una de nosotras se había dejado el gorro en tu furgoneta. Pero no es verdad, ¡ya sabes! Porque no usamos gorro en verano ¡ya sabes! Pero te hemos comprado helados muchas veces. No hemos dicho nada de lo que tú ya sabes. Pero ese día lo vimos todo.

P. D.: Patrik era maleducado. No nos gustaba, así que no vamos a decir nada. Pero tienes que darnos helados gratis. Je, je.

Dos sirenas.

La certeza le invadió a pesar del absurdo. La hoja suelta era blanca, no rosa con una cenefa de sirenas. Pero era la *misma* carta. Vera Mattson tenía un ordenador y una impresora en el salón. ¡Claro que la carta no era de las dos niñas! Nadie utilizaría a los once años la palabra *maleducado*. Habrían dicho que era un plasta o un asco. Nunca *maleducado*. Por increíble que pareciera, tenía que haber sido Vera Mattson quien escribió esa carta. Ni Louise Ek ni Ina Bergum.

Cato Isaksen estaba fuera, en la entrada, cuando llegó Randi Johansen en el coche. En el asiento del copiloto iba Tony Hansen.

Cato Isaksen abrió la puerta bruscamente y ordenó a Tony Hansen que saliera del coche.

–Tienes que hacer guardia aquí, Tony, hasta que lleguen los investigadores del escenario del crimen. Es Vera Mattson quien ha matado a Patrik Øye, seguramente con el bate de madera que está ahí, en la hierba. No toques nada, sólo vigila, ¿vale? No entres en la casa, límitate a quedarte aquí afuera. Llamaremos a Ellen desde el coche, ¿vale?

Tony Hansen asintió desconcertado.

Randi estaba saliendo del coche, pero Cato Isaksen la detuvo con un gesto de la mano y le pidió que se quedara sentada. Saltó al asiento en que acababa de estar Tony Hansen.

–Tenemos que irnos inmediatamente, Randi. Es urgente –cerró la puerta tras él con un golpe–. Esta casa tiene que ser investigada y luego precintada esta misma noche –dijo agitando el cuaderno negro–. Ésta es una casa maldita.

Mientras el coche iba marcha atrás, le explicó a Randi brevemente lo que había sucedido. Ella se concentraba en conducir. La expresión de su cara era cada vez de más desconcierto.

–No entiendo...

Cato Isaksen la interrumpió.

–Y Marian, ¿alguien sabe cómo está?

–Está en las urgencias veterinarias. Parece que también la están remendando a *ella*, no sólo a la perra –esbozó una sonrisa–. Pero me temo que Birka está grave. No sobrevivirá. Pero Patrik Øye, ¿está...? ¿Habéis encontrado sus restos?

–No, no sé nada de él, pero ella *tiene* que tener algo que ver. *Tiene* que ser así. Hay que ver a Vera Mattson

ahora mismo. Está en el hospital de Bærum, creo. No podremos interrogar a Wiggo Nyman ahora. Aquí hay una conexión que no puedo entender. ¿Por qué ha escondido su mochila en ese panal? No consigo atar todos los cabos. Es Vera Mattson quien ha escrito esa carta de las sirenas. No tiene ninguna lógica. Llama a Ellen y Cía. por radio, Randi, y yo llamaré a Asker y Bærum para averiguar dónde está en este momento Vera Mattson, si sigue en urgencias o se la han llevado a Dikemark. De paso, manda a alguien a casa de los padres de Ina Bergum y Louise Ek. ¿Qué coño está haciendo Roger?

–Sólo se ha tomado dos cervezas. Voy a pedirle a Asle que le recoja inmediatamente –dijo Randi Johansen colocando en el exterior del coche la luz azul.

Henning Nyman estaba de pie en el patio. La intranquilidad le invadía. Su madre se había puesto muy dura y había exigido que la llevara a comisaría. *Quería* hablar con Wiggo. Ahora estaba sentada en el recibidor, junto a la mesita del teléfono, y llamaba y llamaba a la policía. Quería consolarla. Poner sus manos sobre sus ojos. No tenía que derrumbarse. No debía *decir* nada. Tenía que tener cuidado de que las palabras no salieran de su boca.

Le temblaban las rodillas. La imagen de las dos niñas en el sótano de Helmer Ruud hacía que su corazón latiera en su garganta. Vio sus rostros frente a él... tan inexpresivos como máscaras. Lo que venía *tras* la angustia. Se habían rendido.

Se miró. Los pantalones tenían manchas oscuras por delante, y la humedad se extendía por la pernera izquierda. Se tapó la boca con las manos. Esto no era propio de él.

Se dio la vuelta con prisa y fue hacia el granero. Bajó por la rampa hasta entrar en la habitación cálida y seca. Oía a sol allí dentro. Vio restos de sangre en el suelo, delgadas líneas más que gotas. Iban de la trampa al montón de heno.

–No –gimió tapándose la cara con las manos. Se dio la vuelta precipitadamente. El sudor corría por sus axilas. Tenía que cambiarse de pantalones. Algo se movió en su subconsciente, algo que casi subió a la superficie. Pero volvió a disiparse. No quería pensar en ello. Tenía que cambiarse de pantalones. Tenía que ducharse. Y luego debía quitarle a su madre de la cabeza la idea de ir a hablar con Wiggo. ¿De qué iba a hablar con Wiggo? Tenía que conseguir que se acostara. Darle algo de beber para que se tranquilizara.

Oía en su cabeza los movimientos de las niñas. Su sonido, su ritmo. Cómo las levantaba por los brazos y las tiraba al suelo. Cómo les arrancaba la ropa y cómo se quejaban. Los minúsculos pechos de Ina y su piel blanquísima. Sus formas suaves. Iba a morderle el hombro. Comérsela. Iba a rugirles, como un oso grande y peligroso. Y amenazarlas con las trampas si no hacían lo que él les decía. Contarles lo afiladas que eran esas trampas para zorros. Iba a abrirlas de piernas y disfrutar todo lo que durara. Temía que fuera a ir demasiado deprisa. La tensión de la espera era enorme. De pronto oyó un sonido de un animal que provenía del bosque y se giró, pero no veía nada. Ahora tenía que quitarse los pantalones, ducharse y calmar a su madre. Fingir que era una persona completamente normal. Si no conseguía calmar a su madre no podría volver a la casa del bosque.

Vera Mattson estaba en el hospital de Bærum. Cato Isaksen y Randi Johansen entraron presurosos en la sala de espera de urgencias. El reloj marcaba las 22:45. Había dos o tres pacientes hojeando revistas. Vera Mattson no estaba allí. La encontraron sentada en una silla de plástico blanca, entre los dos policías de Asker y Bærum, en la pequeña sala de acceso a uno de los quirófanos. Un médico estaba preparando el informe para su ingreso no voluntario en Dikemark.

Al final del pasillo se abría una gran ventana. La lluvia de verano bajaba silenciosa por el cristal. Un poco más allá, en una mesita, había una jarra de agua y unos vasos de plástico.

La anciana enderezó la espalda cuando vio a Cato Isaksen. No parecía cansada, sólo desastrada. Su pelo seguía enmarañado. Tenía restos de sangre seca en el brazo y llevaba su estrecho jersey. Todavía iba en calcetines.

Cato Isaksen tenía el cuaderno negro en la mano.

–Tendremos que charlar tú y yo ahora mismo, Vera Mattson –dijo sentándose en la silla que uno de los policías acababa de dejar libre. Vera Mattson no se inmutó.

En ese momento llegó el médico con el informe. Miró a Cato Isaksen por encima de las gafas.

–Creo que la paciente necesita total tranquilidad en este momento. Hay que llevarla a Dikemark y dejar posibles interrogatorios para más adelante, cuando alguien de allí haya valorado su estado psicológico.

–No –dijo Cato Isaksen con firmeza poniéndose de pie–. Hablaré con ella ahora.

El médico protestó enérgicamente, pero Cato Isaksen le interrumpió bruscamente.

–Patrik Øye, el niño de siete años que lleva desaparecido cerca de tres semanas. Ella *sabe* algo de él. Además, parece que otros dos niños han desaparecido esta tarde –añadió–. Así que no venga aquí a decirme que...

El médico se rindió inmediatamente. Asintió con la cabeza y se retiró. Cato Isaksen pidió a los dos policías de Asker y Bærum que esperaran fuera, en la sala de espera.

Cato Isaksen puso las dos sillas de plástico libres en el centro, de forma que él y Randi quedaran mirando hacia Vera Mattson. Bente le había dejado tres mensajes pidiendo que llamara. El día siguiente era San Juan. Bente iría a la casa de la playa con los chicos. Ahora volvía a llamar.

–*Ahora no*, Bente –dijo, y apagó el teléfono mientras miraba el cuaderno negro que tenía en el regazo. Pensó en el caso que había llevado esa primavera. Oía la voz del joven asesino. *Soy creativo hasta un límite increíble. Tengo una clarividencia que da miedo sobre mi propia psique. El crimen no es difícil, sólo hay que pensar un poco más allá. Cuando las cosas son tan sencillas que la policía no las ve, entonces eres genial.*

Marian Dahle había desenmascarado a Vera Mattson. Ahora la anciana estaba en la silla, frente a él, y miraba de forma casi despreciativa a los dos policías.

–Las dos niñas, Ina y Louise... –empezó Cato Isaksen.

–¿Qué pasa con ellas?

–Es importante que digas la verdad. Tienes que contarnos la verdad. El juego ha terminado, Vera Mattson. Encontré tu cuaderno negro.

Miró fijamente al frente.

–La verdad es que no sé nada de esas dos chicas. No soy tan tonta como para matar a golpes a los hijos de los vecinos. Tengo que vivir allí. Pero sí soy yo la que ha matado al perro de la rubia. Era tan tonto, ese perro. Al contrario que los gatos, los perros vienen cuando los llamas. Es una gran ventaja cuando vas a matarlos a palos.

–Esos panales...

Le interrumpió.

–Están tan vacíos ahora esos panales podridos. Los panales de cera se han podrido. Las abejas son unos animales muy especiales. Sé que no se les puede llamar animales. Eso decía mi marido. No son animales, decía, son insectos. Pero para mí las arañas son insectos. Las abejas son... animales. Mi marido no hacía otra cosa que ocuparse de la maldita miel. Podía estar allí fuera hora tras hora. Amaba esas abejas. Le parecían bonitas. Eran unos bichos, esos insectos. Me picaron varias veces. Duele intensamente cuando te pica una abeja. Quema y

quema y nunca para. Se pasaba todo el invierno dando vueltas, mirando por las ventanas. Estaba allí oteando con sus horribles gafas esperando a que se fundiera la nieve y las abejas despertaran. Muchas veces quitaba la nieve hasta las colmenas y se quedaba allí hablando con ellas. Se agachaba para hablar con ellas, como si fueran niños. ¿Os podéis imaginar una visión más ridícula? Yo soy una persona de invierno. Me encuentro más a gusto con el frío y el silencio. ¿Sabéis por qué?

Cato Isaksen la contempló. La cara ancha, los ojos vacíos con las cejas pobladas.

–Sí, creo que lo sé.

–Interrupciones, ya sabes –continuó con amargura–, las interrupciones se agarran al cuerpo de una desdichada.

–Ahora tienes que ayudarnos, Vera Mattson –la interrumpió Cato Isaksen amable y sonriente–. Porque mataste a Patrik Øye, ¿verdad? ¿Le apaleaste con el bate porque cruzaba por tu jardín?

Fue como si Vera Mattson fuera repentinamente consciente de dónde se encontraba. El neón del techo daba una luz blanca y fuerte que bajaba por las paredes claras. Puso sus grandes manos en el regazo.

–No pensé –dijo con dureza–. No tuve tiempo de pensar. La furia llegó deslizándose como una ola. Reconocible, dura y dinámica, de ninguna parte.

–Sí, sí, sí. Ya hemos oído eso.

–Sólo pegué y pegué. No pensaba –Vera Mattson sacudió la cabeza–. Esa mierda de niño estaba ahí tirado, muriéndose en mi parcela. De pronto tenía que ocuparme de un cadáver. Sangraba por un lado –se llevó la mano a la sien–. Aquí, a un lado de la cabeza. Comprendí que estaba muerto. Estaba allí tirado, sin hacer nada. Cuando lo levanté, se le cayó la mochila. Al suelo. No tuve tiempo de volver a ponérsela. Así que tuve que esconderla después.

–¿En la colmena?

–No al principio. No soy tonta. Ese perro que trajo la policía estuvo olisqueando por mi parcela durante días. Sencillamente *sabía* que vendrían con perros, así que puse la mochila en mi cama, debajo del edredón. Sí... Creo que pasó una semana hasta que la policía dejó de venir. Fue entonces cuando salí y la escondí en la colmena. Pero supe ya entonces que era una trampa. Nadie había abierto esas trampas de miel en diez años, así que... Bzzz. A los ojos de Vera Mattson asomó una luz enfermiza. Formó unas abejas con dos dedos de cada mano y zumbó por delante de los ojos de los dos policías. Randi se echó hacia atrás en su silla.

Vera Mattson se volvió hacia la jarra de agua que había sobre la mesa.

–Es exactamente como con el agua; parece otra cosa. Parece cristal, verdad. Como si toda la jarra fuera cristal. Pero no es cristal, es agua. Un jardín puede ser una trampa. No hay que pensar que todo es sólo verde y hermoso en un jardín.

Cato Isaksen oyó cómo Randi tragaba saliva en la silla de al lado.

–¿Qué hiciste con el niño muerto?

Ahora, Vera Mattson sonreía.

–Se me ocurrió una solución completamente genial, y tenía que pensar rápido, porque todo ocurrió prácticamente a la vez. Sólo disponía de unos minutos, entendéis.

Vera Mattson dejó caer sus pesados brazos a lo largo del cuerpo.

–Oí la alarma de la furgoneta de los helados casi a la vez que el chico moría. Porque eso es lo que es: una alarma. Cada vez que la furgoneta de los helados da la vuelta en mi parcela salgo corriendo, agito los brazos y le doy golpes en el lateral. Eso mismo hice el tres de junio también. Sólo que levanté el pequeño cadáver y lo puse pegado al lateral, donde empiezan los senderos de sangre. Bueno, no sé si se llaman así, pero yo los llamo así. Veo dónde están las huellas de las ruedas, por dónde pasa el coche. Atropelló al chico, dando un gran bote. La ventanilla estaba bajada. Tenía la música a todo gas. A todo gas, es una expresión moderna. «Run softly, blue river.» «Eh, eh», grité yo. «Dando marcha atrás has atropellado a un niño pequeño.» Al conductor le entró pánico. Dio marcha adelante y volvió a atropellar al niño. Luego saltó del coche. Tenía una mirada enloquecida. Patrik Øye estaba allí tirado, ensangrentado. El repugnante conductor pensó que verdaderamente había atropellado al niño y lo había matado. Así de sencillo fue.

Cato Isaksen se quedó sin habla. Notó que Randi se movía en la silla de al lado.

–Pero ¿cómo te atreviste a correr ese riesgo? ¿Por qué no te limitaste a esconder tú misma al chico?

–Pero el conductor de la furgoneta de los helados no llamó a la policía –dijo con voz grave.

–No –dijo Cato Isaksen despacio–. No, realmente debió de *creer* que él había matado al chico, pero ¿cómo te atreviste...? En todo caso ¿eras un testigo peligroso para él? ¿Cómo...? ¿Qué pensaste?

–Yo veo quién tiene un alma *putrefacta*. Wiggo Nyman tiene el alma *podrida*. Metió al niño en el coche y se lo llevó.

–Y luego enviaste esa carta, que fingía ser de las niñas vecinas. Pensaste que una cosa arreglaría la otra, que el hombre de los helados se las llevaría a ellas también.

–Sí, porque no podía hablar con sus padres. Lo he intentado. El padre me acusó de haber matado a su perro. Se dio cuenta, pero no tenía ninguna prueba. Así que llamé a la empresa de los helados y me dieron el nombre del conductor de la furgoneta.

Cato Isaksen no pudo reprimirse, a pesar de que sabía que era importante mantener un tono amistoso.

–Pero es completamente absurdo. ¿Realmente creías que Wiggo Nyman iba a matar a esas niñas por tí, para librarte del ruido que hacían cuando saltaban en la cama elástica?

Vera Mattson sonrió brevemente.

–¿Y dónde crees que están esas niñas *ahora*? Yo no las tengo. No es tan difícil conseguir que la gente haga lo que tú quieres. Mató a su novia, ¿no es cierto? Lo leí en el periódico. En cuanto consigues que vayan por el camino correcto, el resto va solo. Creen que no tienen elección. Estaba bien escrita esa carta, ¿verdad? Nadie pensaría que la ha escrito una señora mayor.

Cato Isaksen la contempló sin contestar.

–Estoy orgullosa de mí misma. Tengo intuición. Leo «Di Lo» en *Aftenposten*, donde los jóvenes mandan correos electrónicos y se los publican. He recortado varias de esas páginas. Esos jóvenes hablan sin tapujos. Está condenadamente bien. Por eso *conozco* su lenguaje. Por eso escribí ¡ya sabes! en lugar de ¿no? Y sí, le puse ese muslo de pollo al perro policía –continuó–. No soy tonta. Había sangre en la grava, así que cogí una pala y quité todo, lo eché en el cubo de la basura de la cocina. Luego extendí la grava otra vez, metí las manos y dejé allí el muslo de pollo –miraba orgullosa a los policías–. Funcionó.

–Pero esos chicos... Patrik, era tan pequeño.

–No era *tan* pequeño. Sabía lo que hacía. Lo hacía a propósito. Sabía que me irritaba..., los otros dos..., bueno, puede que fueran peores, pero corrían más deprisa que él. Malditos bichos. No se dieron la vuelta, se limitaron a seguir. Él se dio la vuelta. Se metía en *mi* jardín. Yo decido quién puede estar en *mi* jardín. Los niños de siete años tienen la cabeza bastante blanda.

Cato Isaksen se pasó la mano por la frente.

–¿Y tu marido?

–Las cosas no son lo que parecen –dijo repentinamente cansada.

Cato Isaksen miró sus grandes manos.

–¿Has pensado mucho en Patrik Øye, en su madre...?

–No. Sé lo que dicen de mí los vecinos. Que soy fría y poco amistosa. Pero no puedo estar pensando en los demás todo el tiempo. Cuando alguien muere, está muerto. Exactamente igual que mis gatos, cuando los mató ese perro. No tuve fuerzas para sentir pena por ellos, sólo los enterré y me obligué a pensar en otra cosa. Sólo quiero golpear. Es el odio. Es lo *único* que tengo, pero no es poco. Y luego tengo a mi gato.

La prensa sabía que había novedades. Los periodistas habían tomado la entrada principal de la comisaría. Una filtración sobre el rumbo inusitado que tomaba el caso les había puesto en guardia. Eran las 23:55. La abogada de la policía, Marie Sagen, trataba de contestar a todas las preguntas.

–La mujer será examinada por un psiquiatra –repetía una y otra vez.

Asle Tengs intentaba contestar a las preguntas sobre las dos niñas. Era importante rebajar el tono de los reporteros. Repetía una y otra vez que tal vez a Ina Bergum y Louise Ek se les había ocurrido hacer otra cosa en lugar de ir a la excursión del colegio.

–Las niñas de esa edad... etcétera –repetía–. Nadie sabía aún con exactitud si había ocurrido algo criminal. No había indicios de ninguna clase. Ningún indicio de que los *dos casos* estuvieran relacionados. Y el caso de Patrik Øye aún no había sido resuelto. No habían encontrado al chico. La policía aún no podía dar información –añadió–. Nos queda mucha investigación por delante. Tendréis que armaros de paciencia.

En el interior había carreras por los pasillos. Randi Johansen, Roger Høibakk y Tony Hansen se reunieron en torno a la mesa ovalada de la sala de juntas. Cato Isaksen estaba junto a la ventana bebiendo de una botella de agua mineral.

–Niños y perros y hombres, ¡qué disparate!

–Como un juego de mesa –dijo Randi Johansen–, fichas de dominó. Una ficha tras otra. Una serie de jugadas.

–Un juego empezado y continuado por motivos perversos –replicó Roger Høibakk.

Tony Hansen los miró y decidió callarse. Los investigadores técnicos, con Ellen Grue a la cabeza, le habían relevado de la vigilancia en la calle Selvik. Estaban en plena inspección de toda la casa. Su vocabulario estaba a otro nivel del que ahora mismo cruzaba de un lado a otro de la mesa. Podía haber dicho que la vieja era una vaca, pero guardaba un sensato silencio. Luego cambió de opinión.

–Y las nenas –dijo–. ¿No vamos a interrogar a Nyman sobre ellas?

Cato Isaksen dejó la botella en el alféizar de la ventana.

–Estamos esperando al maldito Thomas Fuglesang. Marie Sagen no nos deja solos con Nyman hasta que no esté aquí su abogado. Le traerán de su celda en cuanto haga su aparición el señor Fuglesang. Ina Bergum y Louise Ek... –dijo Cato Isaksen con preocupación–. Lo que es seguro es que tenemos muy poco tiempo, maldita sea. Si no es demasiado tarde ya.

No alcanzó a decir nada más antes de que Marie Sagen y Asle Tengs entraran por la puerta.

La abogada policial miró estresada a Cato Isaksen. Ya no iba tan arreglada, se había limitado a ponerse un jersey blanco y unos vaqueros, antes de tener que volver corriendo a la comisaría.

–El problema es que no tenéis ningún cadáver –dijo acercando una silla–. Tenemos *exclusivamente* la palabra de Vera Mattson. Y no está precisamente en sus cabales. Ni siquiera es seguro que esté diciendo la verdad. Pero, vamos, si Nyman tiene algo que ver con la desaparición de esas niñas le va a tocar dar muchas explicaciones. Cuando llegue su abogado. No debemos liarla cometiendo algún error de forma –miró la hora.

–Wiggo Nyman ya ha admitido que se llevó al niño en la furgoneta –dijo Asle Tengs.

–Pero no ha admitido que el chico estuviera muerto, sólo ha dicho que se lo llevó y que luego le dejó abajo, junto a la calle Odden –añadió Roger Høibakk.

–Joder, apestas a cerveza, Roger –dijo Cato Isaksen irritado en el mismo momento en que Marian Dahle apareció repentinamente en la puerta. Tenía vendado un lado de la cara. Su camiseta estaba empapada de sangre y llevaba los vaqueros llenos de tierra y verdín.

–Pero ¡dios mío! –exclamó Randi Johansen levantándose–, qué aspecto tienes. ¿Has estado en urgencias?

–No –dijo Marian Dahle dejándose caer pesadamente sobre la silla que le ofrecía Asle Tengs.

–Me han parcheado en la clínica veterinaria.

–¿Y Birka? –Cato Isaksen se oyó a sí mismo diciendo unas palabras que jamás creyó que diría.

–No lo sé. Está en estado crítico. Por favor, no me preguntéis por Birka. ¿Cómo van las cosas por aquí? – preguntó con voz cansada.

–Esperamos al abogado de Wiggo Nyman –explicó Marie Sagen.

–Ha llamado Ellen –dijo Cato Isaksen–. Se llevan el bate de madera para una inspección técnica. Tenía restos viejos de sangre que la madera había absorbido. Sangre de perro y sangre de niños, you name it, cualquier cosa. Vera Mattson ha confesado que golpeó a Patrik Øye hasta matarle.

–Claro, sí. Por cierto. Encontré un perro muerto en el arcón de las patatas.

Cato Isaksen maldijo por lo bajo.

Randi miró a Marian.

–¿Quieres algo, agua o comida?

–Algo de beber estaría bien.

Randi se levantó y cogió una botella de agua.

–Y su marido ¿qué? ¿Qué crees que pasó con él realmente?

Marian Dahle apretó los labios.

–Pasa algo con esas colmenas. Hay una zona que parece recién sembrada detrás de ellas. Como si las hubieran levantado, hubieran cavado y sembrado, y vuelto a poner en su sitio. Ese trozo es distinto del resto del jardín. Una zona más clara, sin ortigas ni rastrojos. Pero tiene varios años. Patrik Øye no está allí.

–Tu intuición fue acertada la vez anterior –afirmó Cato Isaksen–, en cuanto a Patrik Øye, Mattson ha confesado que lo mató y mandó el cuerpo con la furgoneta de los helados.

–Oh, dios mío –Marian Dahle aceptó la botella de agua que Randi le tendía. La expresión de su rostro cambió–. Mandarle con la furgoneta de los helados... Increíble y muy astuto.

Desenroscó el tapón de la botella de agua en el mismo momento en que Thomas Fuglesang entraba en la sala.

Marian Dahle miraba intensamente a los ojos de Wiggo Nyman.

–Pues ya estamos aquí otra vez. ¿A lo mejor tienes alguna idea de por qué?

Wiggo Nyman bostezó.

–Son más de las doce –dijo, sin conseguir apartar la vista del esparadrapo que Marian Dahle tenía en la mejilla y la sangre de su ropa.

–Es verdad. Son más de las once. Por eso estaría bien que no tuviéramos que estar aquí toda la noche.

–No estoy muy seguro de que nos lo estés contando todo –dijo Cato Isaksen–. El caso es que sabemos algo más de lo que tú crees. Puede decirse que las cosas han cambiado.

Thomas Fuglesang se revolvió intranquilo en su silla.

Wiggo Nyman estaba repentinamente alerta.

–No sé qué queréis decir –comentó inseguro.

–Te llevaste a Patrik Øye en el camión de los helados, como nos dijiste antes. Pero ahora *sabemos* que no estaba vivo cuando le metiste dentro. Sabemos que estaba muerto.

Wiggo Nyman estaba desconcertado y sorprendido.

–Tú *crees* que atropellaste y mataste a Patrik Øye el tres de junio, cuando dabas marcha atrás para dar la vuelta en la parcela del final de la calle Selvik. Pasaste por encima de él dos veces. Primero al dar marcha atrás y luego al volver a ir hacia delante. Saliste del coche, porque la mujer que vive allí gritó que pararas. Lo hiciste, tal vez apagando el estéreo por el que sonaba Johnny Cash. Y detrás del coche estaba el niño atropellado. Que ya estaba muerto.

Wiggo Nyman inclinó la cabeza.

–Sabemos que esto es difícil para ti, porque si lo reconoces, también traerá consigo otras cosas –dijo Marian Dahle–. Nuestra teoría es que, de alguna manera, Elna Druzika supo que habías atropellado a Patrik Øye.

–No tengo ningún coche rojo. ¿Cuántas veces voy a tener que decirlo? Han dicho los periódicos que fue un coche rojo el que la atropelló.

–Pero pudiste haberlo robado, o tomado prestado.

Wiggo Nyman le miró fijamente.

–Créeme –suplicó–. ¿Cómo que robado? ¿De dónde lo iba a sacar? ¿Acaso han denunciado el robo de un coche rojo?

Cato Isaksen notó de pronto lo hambriento que estaba.

–Vera Mattson, la que vive en la casa marrón del final de la calle Selvik, ha reconocido que fue ella quien mató a Patrik. Dice que te manipuló para que creyeras que lo habías hecho tú. Que había muerto por tu culpa. Lo dejó detrás del coche para que le atropellaras. Eso explica por qué la furgoneta no tenía señal alguna. Si le hubieras atropellado, habrías oído un golpe. O lo habrías notado. Estaba tumbado cuando le atropellaste.

Wiggo Nyman le miraba fijamente. Lanzaba miradas breves e inseguras a su abogado. No tenía intención de admitir nada.

–Crees que atropellaste a Patrik Øye, y crees que murió a causa de esas lesiones –continuó Cato Isaksen–. Nadie puede obligarte a confesar, pero puede que te convenga. En todo caso lo vamos a aclarar.

–Estarás en una situación completamente distinta si colaboras –dijo Marian Dahle–. Seguramente no va con la esencia de tu personalidad hacerlo, pero ya oyes que tenemos la teoría de que has sido manipulado. Le puedes preguntar a tu abogado sobre las posibilidades que tienes en un juicio si la investigación se cierra con el hallazgo de los restos de Patrik Øye y tú no has colaborado.

–Sí, pero ¿tenéis alguna sospecha concreta –preguntó el abogado– de dónde se supone que podrían estar esos restos? ¿Eso que decís es porque tenéis un lugar concreto donde buscar?

Cato Isaksen y Marian Dahle intercambiaron miradas. Ahora era importante decir las cosas correctas, hacerles creer que sabían *más* de lo que sabían.

–Digamos que hemos atrapado al asesino, pero hay otras vías de investigación...

–Y esa vía apunta a mi cliente –concluyó el abogado.

Cato Isaksen asintió.

Wiggo Nyman se sentía mareado. Eran demasiadas palabras difíciles, *restos y teoría y manipulado*. ¿Y qué quería decir la policía morena con eso de la esencia de su personalidad? Se referiría al lado *oscuro*. Ése que él mismo no entendía. ¿Significaba eso que no era una buena persona? ¿Había descubierto la policía todas las cosas raras que había ocultado? ¿Habían encontrado las dos rocas?

Cato Isaksen se puso de pie y empezó a dar vueltas por el despacho. Clavó su mirada en Wiggo Nyman con repentina buena voluntad.

–Debes saber que no mezclamos el caso Elna Druzika en esto, Wiggo. Porque las cosas han cambiado. Tenemos la confesión de una mujer fría e impredecible. Dice que te manipuló para hacerte creer que atropellaste y mataste a Patrik Øye. Si es así, eres inocente ¿verdad? A la vez tenemos una fuerte sospecha de que has enterrado el cadáver...

El abogado se aclaró la garganta y habló con frases cortas y abruptas.

–¿De verdad tenéis indicios de un lugar concreto? –repetió.

Marian Dahle salió en ayuda de Cato Isaksen.

–¿De verdad necesitas que te lo expliquemos tanto? ¿No entiendes que estamos intentando ayudar a tu joven cliente a confesar que, en realidad, *no* ha matado a Patrik Øye?

Por un momento el abogado pareció inseguro.

–Pero si Nyman está diciendo que no tiene nada que ver con esto... Si sabéis algo más concreto, debéis sacarlo ahora.

Marian Dahle sintió de repente lo cansada que estaba.

–¿Quieres lo mejor para tu cliente, o quieres impedirle que salga lo mejor parado posible de un caso especialmente grave? ¿Aceptarías la responsabilidad de que él... de que tenga que cargar con esto toda su vida?

Wiggo Nyman miraba alternativamente a la mesa y al aire. De repente se echó hacia delante reposando la cabeza sobre los brazos.

El joven abogado levantó las manos en un gesto precavido.

–No –dijo con dureza–. Ahora vais demasiado lanzados. ¿Quién está manipulando a quién aquí?

El interrogatorio seguía y seguía. Wiggo Nyman y el joven abogado eran duros de pelar. Wiggo Nyman no admitía nada.

Finalmente, Marian dijo:

–Me ha golpeado en la cabeza una asesina loca. La misma asesina loca que probablemente mató a golpes a Patrik Øye. Tienes que ayudarnos para que podamos encarcelarla. ¿Quieres que quede libre?

Wiggo Nyman sintió cómo el sonido de su propia respiración atronaba en sus oídos. *Soy como el hierro. Soy tan fuerte, mamá... Pero no fui yo quien lo hizo*. Se incorporó y puso las manos agarrotadas entre sus rodillas. Los pensamientos retumbaban en su cabeza. Tenía que tener cuidado. Podía ser una pregunta trampa. ¿Cuánto tiempo tendría que quedarse allí? ¿Podría ir a casa luego? No era culpa suya, nada era culpa suya.

–Es que no soporto más este rollo –exclamó de pronto.

Calló cuando vio la expresión del rostro de su abogado.

–¿Entiendes lo que estamos intentando explicarte realmente? –Marian Dahle tomó asiento frente a él–. Estamos intentando decir que te echan la culpa de algo que no has hecho. Sólo queremos que contestes a nuestras preguntas. Deseamos lo mejor para ti. Tal vez estés ocultando inconscientemente algo que una loca vieja ha hecho. Eso no beneficia a nadie. ¿Crees que eso te beneficia?

Wiggo Nyman sacudió la cabeza, sintió un cosquilleo en la base de la espalda.

–No –respondió enconado girándose hacia Cato Isaksen. Podía escapar de toda esta historia. Ya notaba el cambio, un alivio que recorría su cuerpo sólo con pensarlo.

–¿Habéis encontrado las rocas? –preguntó.

Se produjo un silencio total. Cato Isaksen, Thomas Fuglesang y Marian Dahle contenían la respiración.

–Era sólo porque pensé que podía ser buena idea saber el sitio exacto. Por si ocurría algo. No es que pensara que fuera a ser necesario, o algo. Pero hice un dibujo con las piedras.

Randi Johansen miró, a través del cristal, a las dos personas que estaban frente a la garita de vigilancia. Eran la madre y el hermano de Wiggo Nyman. Los dos parecían cansados y frágiles. El rostro de Henning Nyman estaba grisáceo. Tony Hansen salió a recibirlos.

Randi Johansen hablaba por teléfono con Gunnhild Ek. Estaba completamente histérica y pidió ir a la comisaría.

Åsa Nyman miró al policía. Tenía un aro en la oreja. ¿Cuánto tenía que soportar? ¿Qué clase de personas eran esos detectives en realidad? Su voz se quebró.

–¿Cuánto tiempo vais a retener a Wiggo? Hemos venido a buscarle. No podéis creer todo lo que os diga una vieja. Wiggo me ha hablado de esa señora que corre detrás de la furgoneta de los helados intentado darle. Le da golpes tan fuertes en el costado que toda la furgoneta tiembla.

–Esto no es una teleserie americana, señora Nyman –dijo Tony Hansen con frialdad–. Es casi la una. Van a tener que volver a casa. Wiggo está en un interrogatorio.

–¿Ahora, tan tarde? –Åsa Nyman miró sobresaltada al joven policía. ¿Qué quería decir con eso de que no era una teleserie americana?–. Pero hemos oído en las noticias que resulta que ha sido la señora mayor la que ha...

–La prensa vomita de todo, señora Nyman. No es seguro que algo sea cierto porque lo oiga en la radio o lo vea en la televisión.

Henning Nyman no dijo nada, sólo tiró suavemente de la mano de su madre.

–Vamos, vámonos de vuelta a casa. Seguro que mañana le dejan libre. No tienen nada. Wiggo no ha hecho nada malo.

–No, Wiggo no ha hecho nada malo. No es culpa suya. Mañana estará libre otra vez –puso su mano delgada sobre el brazo de Henning. Wiggo había dicho que traería a Inga la próxima vez que viniera... Todo se iba a arreglar y volvería a ser como antes.

Inga era una chica dulce y normal. Tan buena como Elna. Para su asombro, Åsa Nyman había notado cómo la pena por Elna había dejado de atenazarla estos últimos días. Como si de repente el dolor hubiera pasado porque ella *quería* que pasara. Había demasiadas molestias añadidas. Todo era demasiado duro.

De pronto vio a Wiggo. Ante ella, en el pasillo, entre dos policías. Como un fantasma. Tenía gotas de sudor en la frente y le temblaba la boca.

Åsa Nyman sintió un dolor profundo. Intentó respirar tranquila y concentrarse en otra cosa. Había ayudado a sus hijos a hacer trampas. Cuando eran pequeños y jugaban a juegos con otros niños. Intentó centrarse en ese recuerdo.

–Me van a dejar echar un cigarro –dijo Wiggo Nyman y miró a su madre–. ¡No fue culpa mía!, ¡tú lo sabes mamá!

–Me llevé una pala del granero –dijo Wiggo Nyman poniendo las manos sobre la mesa–. ¿Se han marchado mi madre y mi hermano, o puedo irme con ellos?

–No puedes irte con ellos –dijo Cato Isaksen con dureza.

–Pero ahora que...

–¿Dónde lo has enterrado?

Wiggo Nyman se desmoronó.

–Pasada la barrera y entrando un poco más por la pista forestal. Arriba en Maridalen. Un sitio donde jugábamos Henning y yo cuando éramos pequeños. Le enterré junto a una cuneta, no dentro del camino, sino *al lado*. Ahí la tierra era más blanda. Cavé un agujero y le metí. Está dentro de una bolsa de plástico negra. Tapé el agujero con tierra y puse encima grandes trozos de maleza, matas de bayas y agujas marrones de pino que

esparcí con la pala. Luego busqué hojas, varios puñados y las eché por encima. Cuando terminé pensé que podía venir un animal. Así que volví a quitar todo y metí una piedra dentro del hoyo. Encima del cuerpo. Luego volví a taparlo y puse encima la maleza. Coloqué dos rocas a unos cinco metros para poder localizar la fosa siempre que quisiera. Nadie puede verla. Sólo yo sé dónde está. Hay que coger a la izquierda en la pista forestal, justo antes de que empiece el campo de trigo amarillo. Luego se dan cien pasos hacia el interior del bosque. Es un lugar por el que no va nadie. Antes hay que pasar unos arbustos y la cuneta. Ahí es.

Los dos coches pasaron por delante de la casa roja del catálogo Block Watne. Estaba tan oscuro como puede estarlo una noche de verano cargada de lluvia. Todo gris, salvo la luz del farol de la casa que se reflejaba en los charcos del patio cubierto de grava y se convertía en muchas luces sobre el agua.

Cato Isaksen miró el gran tractor que estaba aparcado frente a la casa roja.

–¿Quién vive ahí? –preguntó.

Wiggo Nyman bostezó.

–Es la casa de Helmer Ruud. Está en el hospital. Está vacía. No sabemos si volverá.

Marian Dahle miraba fijamente al frente. Habían prometido mandarle un mensaje si Birka moría. Ahora debería estar con la perra, pero iba en el asiento trasero con Wiggo Nyman, manoseando el móvil e intentando mantener el miedo a raya. Estaba tan cansada. Si Birka moría, no tendría a nadie. Miró fijamente la nuca de Cato Isaksen y tuvo una visión culpable y vívida de su primer encuentro con él. Pensó en su personalidad y en su pasado. La mañana llegaría. Tenía que aguantar este caso. Era difícil imaginarse sus días si Birka no existía. No soportaba la idea de esos días vacíos. La angustia punzante volvió a atenazar su garganta.

El coche había recorrido unos cientos de metros por el estrecho camino, después de pasar la barrera, cuando Wiggo Nyman les pidió que pararan.

Cato Isaksen, Marian Dahle y dos investigadores de escenarios de crímenes siguieron a Wiggo Nyman al interior del bosque. Era el límite de la noche con el día. La oscuridad despegaba del suelo. Los pájaros empezaron a cantar. Primero uno, luego dos. Luego muchos.

Marian Dahle iba delante, junto con Wiggo Nyman. Cato Isaksen detrás de ellos, y los dos especialistas a unos veinte metros.

Wiggo Nyman se detuvo de repente. Se quedó un rato orientándose en el bosque.

–Ahí es. Ahí está la fosa, justo al lado de las dos rocas.

–Está bien –dijo Cato Isaksen y miró a Marian Dahle. Tenía una expresión casi enferma en el rostro–. Sigue andando.

Wiggo Nyman continuó. Cato Isaksen anduvo un poco junto a Marian.

–Bestia –musitó cansada–, como dije, es una bomba sin detonar.

Wiggo Nyman hablaba y hablaba mientras caminaba. Parecía casi alegre. Sentía alivio. Pensaba en la suerte que había tenido, a pesar de todo. Iba a conseguir librarse de todo esto, sin que *nada* le ocurriera realmente. Porque él no había matado a Patrik Øye. No era culpa suya. Y la policía no sabía qué coche había utilizado. Era fuerte como el hierro.

–El chico estaba sangrando por la cabeza y la nariz –balbuceó–. No sabía qué hacer. Tenía pánico. La vieja gritaba y chillaba, decía que yo había matado al niño y cosas así. ¡Fea y vieja arpía! ¡Amargada! –añadió.

Cato Isaksen caminaba justo detrás de él.

–¿Crees que estaba vivo cuando le metiste en el coche?

–No, estaba muerto. Así que le levanté para meterle en el coche y le metí en una bolsa de basura. Sí, siempre llevo un rollo de bolsas de basura en la furgoneta.

–¿En qué coche llevaste el cadáver? –preguntó de pronto Cato Isaksen–, los perros no detectaron nada ni en el Volvo ni en la furgoneta de los helados.

–Ya he dicho que me lo llevé en la furgoneta de los helados. Pero la lavé.

–¿Le llevaste en la furgoneta de los helados hasta aquí también?

Wiggo Nyman se dio la vuelta y le lanzó una mirada oscura.

–Deberías haber contado la verdad desde el principio –continuó Cato Isaksen–, te habríamos creído. Podemos averiguar cómo ha muerto la gente. Y no había ninguna marca en la furgoneta de los helados. Tal vez un poco de sangre en las ruedas, ¿pero eso lo lavaste, no? Vera Mattson es una persona muy fría, autocontrolada e insensible. ¿No te has preguntado por qué no avisó a la policía?

Wiggo Nyman se detuvo.

–¡Sigue andando! Y luego te llegó esa carta de las niñas vecinas.

–Sí.

–¿Dónde están esas niñas ahora?

–Ya he dicho que no tengo ni idea. ¿Cómo iba a saberlo?

–Louise Ek, te mandó un sms ayer por la tarde que decía: ¿Cuándo nos vemos esta tarde?

–Ya he dicho que no contesté a ese mensaje.

–Pero las niñas han desaparecido.

Wiggo Nyman agachó la cabeza.

–¿Qué tiene eso que ver conmigo?

–Es que no son esas dos niñas las que han escrito esa carta. Ellas no han visto absolutamente nada.

Wiggo se detuvo en seco y se dio la vuelta.

–¿Qué?

–No. Fue Vera Mattson quien la escribió. Las niñas no han escrito esa carta.

–Estás mintiendo.

–No, es cierto. ¿Le hablaste a alguien de esa carta?, ¿a tu madre o a tu hermano?

Wiggo Nyman negó con la cabeza. Había adquirido una expresión meditabunda.

–Ahora no entiendo nada.

–Así que ¿no hay nadie más que sepa de la existencia de esa carta?

–No.

Marian Dahle suspiró profundamente y miró con desesperación a Cato Isaksen.

–Ahora, enséñanos ese sitio –pidió impaciente.

–Ahí –señaló Wiggo Nyman.

–¿Cómo pudiste vivir..., hacer las cosas de siempre? –Cato Isaksen no se rendía.

–Yo..., me decía a mí mismo que no era verdad, que todo era mentira. Yo no había hecho nada.

–¿Nada?

–Nada –repitió.

–¿Ni siquiera lo de Elna Druzika?

–No, no he matado a Elna. No sé nada de eso. Eso dice también mi abogado. Escondí al chico unas horas en la cámara frigorífica. O casi un día entero.

–¿Y entonces Elna Druzika descubrió el cadáver?

Wiggo Nyman se enfureció.

–No –gritó.

–¿En qué coche llevaste el cadáver? –repitió Cato Isaksen con dureza.

–¡Cállate la boca! –gritó Wiggo Nyman con tal fuerza que resonó entre los árboles.

Cato Isaksen le observó cansado.

–Vale –dijo–. Enséñanos dónde has enterrado al chico.

–Es aquí, justo aquí donde estamos ahora.

Cuando Cato Isaksen, Marian Dahle y Wiggo Nyman se volvieron a sentar en el coche eran las 3:36. Los dos investigadores de lugares del crimen aún trabajaban recogiendo huellas y pistas junto a la fosa del bosque. Wiggo Nyman estaba pálido y cansado.

–Ahora necesito dormir algo –dijo.

Pasaron la barrera.

–¿Qué coche usaste? –repitió Cato Isaksen observándole por el retrovisor.

Marian Dahle se apartó.

Wiggo Nyman se giró sin contestar.

Marian Dahle sintió frío. De pronto vio a un hombre que caminaba por la senda forestal. El hombre se giró un poco cuando oyó el sonido del coche.

–Un hombre en medio de la noche –dijo.

Cato Isaksen frenó y vio cómo el desconocido desaparecía en el interior del bosque.

Wiggo Nyman miraba fijamente al frente.

–¿No era ése tu hermano? –Cato Isaksen frenó y se volvió hacia el asiento trasero.

Wiggo Nyman se encogió de hombros con indiferencia y miró al frente.

–No –dijo cansado.

–¿No era tu hermano? Pues se parecía. ¿Suele andar gente por aquí a estas horas?

–Y yo qué sé –contestó Wiggo Nyman malhumorado–. ¿Cómo voy a saberlo?

–Arranca ya –pidió Marian Dahle cansada–. Tenemos que volver ya, son más de las tres y media.

El coche de policía pasó por delante de la casa roja del catálogo Block Watne

–Vera Mattson te manipuló hasta hacerte creer que habías matado a Patrik. Creemos que Elna Druzika lo descubrió. *Tiene* que haberlo descubierto. Wiggo, *tiene* que haberlo hecho.

Wiggo Nyman se encontró con la mirada de Cato Isaksen en el retrovisor. Negó cansado con la cabeza.

–¿No puedes dejar de dar el coñazo ya? –estalló iracundo.

Durante la noche, Louise oyó fuera el motor de un coche. El ruido se alejó y volvió el silencio de nuevo. Tal vez sólo había escuchado su propia respiración. Ina dormía a su lado, inspirando y espirando compulsivamente. Louise no tenía fuerzas para llorar más. Nadie sabía dónde estaban. Nadie. La puerta no se movía; daba igual cuánto tiraran de ella o las patadas que le dieran. Ina la miraba con frialdad, como si ella fuera peligrosa. Como si *ella* fuera el peligro.

Louise vio una sombra en la esquina, pero no era ninguna sombra. Gritó muy alto. El grito atravesó el silencio gris. Ina se incorporó con un gemido.

–La sombra –gritó Louise señalando.

–¿Dónde?

Pero Louise no podía dejar de mirar fijamente a Ina. Su rostro estaba contraído en una mueca de profundo desprecio. Y no había sombras, sólo manchas negras que se formaban en sus ojos, que resbalaban sobre las paredes de cemento y el suelo gris.

Se tapó los ojos con las manos. Su estómago rugía de hambre. ¿No les iban a dar algo de comer ya? A lo mejor el hermano de Wiggo les traería algo de comida. Y agua.

Louise dio la espalda a Ina y apartó las manos de sus ojos. De pronto, Bittelise estaba allí, en el suelo, delante de ella. Intentó coger a su muñeca. Pero la muñeca de aire se disolvió y desapareció. Pensó en su perro, en Dennis. Recordó el olor de su pelo cuando estaba mojado. Sus dulces ojos. Y el hocico.

De pronto cayó agua por una tubería, un sonido delgado y agudo dentro de la pared. Las dos dieron un respingo. ¿Había alguien en la casa? Estaría Henning allí. ¿Vendría pronto?

Louise fijó la mirada en un punto. Se hacía más grande cuando los abría y volvía a cerrar. Cuanto más deprisa lo hacía más se expandía la mancha.

Estaba tan cansada..., pero tenía miedo de dormir. Miedo a estar ausente cuando se abriera la puerta del sótano.

Se llevó las manos a la garganta, sintió la sangre golpear en sus arterias. Oyó que Ina se ponía de pie.

Su madre y su padre la buscarían. Pero no hasta el domingo por la tarde, cuando entendieran que finalmente no había ido a la acampada con el colegio. ¿Pero dónde iban a buscar?

Ina estaba de pie junto a la puerta. Louise se tumbó sobre el suelo. Primero boca arriba. No le gustaba estar tumbada sobre su espalda. No había nada que la protegiera si alguien venía. Se giró hasta quedar de lado. El suelo estaba tan duro. Le dolía el hueso de la cadera. Y hacía frío. No oía nada. Sólo silencio. ¿O había un ruido? ¿Bajaba alguien por la escalera? Se dio la vuelta y miró a Ina. De pronto Ina dio un grito alto y escalofriante.

–¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!

Los periodistas seguían sin moverse de la puerta de la comisaría. Cuando Cato Isaksen y Marian Dahle entraron en el garaje con Wiggo Nyman en el asiento trasero, un reportero los detuvo. Finalmente, Cato Isaksen tuvo que bajar la ventanilla y pedirle que se quitara. Dijo que el periodista sería informado de lo ocurrido una vez que el juez hubiera tomado una decisión sobre una posible prisión preventiva a las 12:00. Tendría que esperar hasta entonces.

–¿Pero dónde habéis estado en plena noche? –gritó tras el coche–. ¿Habéis averiguado algo nuevo? ¿Habéis encontrado al chico desaparecido?

Cato Isaksen negó con la cabeza.

–Ve al juzgado –gritó por la ventanilla y apretó el acelerador.

Wiggo Nyman fue conducido a su celda. Arriba, en el departamento, Roger Høibakk y Randi Johansen los esperaban con pizza del 7-eleven y café recién hecho. Les dieron la enhorabuena por el hallazgo.

–En una hora, más o menos, mandaré a alguien a casa de los padres de Patrik Øye, dijo Randi.

–¿No puedes ir tú misma? –Cato Isaksen la miró cansado. Ella asintió–, llevaré a Roger conmigo.

Vera Mattson niega tajantemente tener algo que ver con la desaparición de las dos niñas –dijo Roger Høibakk y le dio un profundo trago al café que tenía en una taza de plástico.

–¿Habéis estado en Dikemark?

–Vaya que si hemos *estado* –dijo mirando a Asle Tengs–. En realidad creo que de tener algo que ver con esas niñas lo habría confesado. Estaba tan orgullosa de que hubiéramos descubierto lo otro. Estaba orgullosa, esa loca idiota.

Marian miró a Roger con cansancio.

–¿Ninguna novedad de Birka, Marian? –preguntó. Ella no contestó, se limitó a darse la vuelta y negar con la cabeza.

–Podrías contestar, por lo menos –dijo Cato Isaksen irritado. Marian sacudió la cabeza y le pidió que callara la boca. Luego desapareció camino del baño.

–Tal vez aparezcan –siguió Randi–, esas niñas. No sabemos, pero... Wiggo... él...

–Que sí –suspiró Cato Isaksen–, que le voy a dar caña por lo de las niñas. Al menos hemos encontrado al chico. Pero antes tengo que dormir un poco.

Roger Høibakk y Asle Tengs se levantaron y salieron de la sala. Tony Hansen pasaba por el pasillo. Se detuvo, pero cambió de opinión y siguió su camino.

Randi escribía a toda velocidad en el cuaderno que tenía frente a ella.

–¿Cuánto tiempo llevan desaparecidas las niñas?

–Sólo desde ayer –respondió Cato Isaksen.

–A lo mejor sólo han hecho pellas un día para llamar la atención. Esperemos de verdad que sea eso.

–Gracias –dijo Cato Isaksen de repente, y le apretó la mano un instante.

–¿Por qué? –Randi Johansen le sonrió sorprendida. Era un gesto inesperado en su jefe.

–Por todo. Por decir las cosas apropiadas. Por no estar todo el rato quejándote –añadió girándose hacia ella con una sonrisa.

–Marian –dijo ella y le miró cálidamente a los ojos–. Estás pensando en *ella*.

–Sí.

–Pero si ella en realidad es increíblemente maja y agradable. Y eficaz...

–Vale, vale, vale. Pero no todo el mundo puede portarse como ella. Me alegro de que no te dediques a mostrarnos tu interior todo el rato.

–No todo el mundo lo hace, ¿sabes?

–Exactamente, eso es lo que intentaba decir. Diez minutos, Randi. ¿Me despiertas? Mi cabeza zumba y zumba. No puedo pensar. Pero si ya son las cinco.

Cato Isaksen se tumbó en el sofá de la recepción. Las ventanas estaban abiertas. Oía los ruidos nocturnos de la ciudad entrar junto con el aire fresco. Cerró los ojos. Veía a su familia ante él. No había devuelto la llamada a Bente. Ella entendería que era una crisis. No les iba mal, a pesar de todo. Tenía una buena vida o, mejor dicho, *podría* tener una buena vida con sólo *quererla*. Que tuvieran o no vacaciones de verano dependía de lo que ocurriera ahora. De si encontraban o no a las dos niñas. Casi se quedó dormido, pero despertó de pronto. Veía frente a él la imagen del jardín asilvestrado. El seto de espino junto al garaje, denso y colonizado por la hiedra. Había ignorado a Marian cuando presentaba sus análisis y sus pensamientos, y ella había acertado todo el tiempo. Y ahora podía ocurrir que su perra muriera. La repentina sensación de dolor le asustó. Las imágenes se sucedían en su cabeza. Los ojos marrones del perro con las manchas brillantes de luz que entraba por la ventana. El jardín apareció otra vez. La hierba, la enredadera trenzada. Las ortigas. La sangre en el bate. La mirada de Birka, el sonido de sus desgarradores quejidos. Y el llanto de Marian.

El cadáver del niño fue trasladado en ambulancia al Instituto Anatómico Forense a primerísima hora de la mañana. El coche giró en la entrada del hospital, dio la vuelta y fue marcha atrás hasta la entrada, donde se detuvo. Dos policías estaban preparados, esperando. Sacaron la pequeña camilla, entraron con ella por la puerta ancha, hasta el ascensor, y bajaron hasta la sección de medicina legal.

Veinte minutos más tarde el doctor Wangen estaba inclinado sobre lo que una vez fue Patrik Øye. Habían retirado con mucho cuidado el saco de plástico, pero algunos pequeños restos de tierra marrón clara cayeron sobre la mesa.

Ellen Grue había perdido la cuenta del número de autopsias a las que había asistido. Suspiró cansada y bajó la vista para observar los menudos brazos del niño pequeño, que bajaban a lo largo de su cuerpo parcialmente descompuesto. El color de su piel alternaba entre el azul oscuro, el marrón y el verde. Tenía una pinza para la nariz debajo de la mascarilla, pero aun así el olor penetraba en su cuerpo.

–Ha sido atropellado por un vehículo pesado –explicó el catedrático mientras enfocaba la pequeña lámpara y entrecerraba los ojos–. Pero ésa no es la causa de la muerte –se sentó en la silla y la hizo rodar hasta quedar pegado a la mesa, sacó una larga pinza y un algodón de un dispensador e inclinó su cabeza sobre el niño–. El cráneo ha sido aplastado por un fuerte golpe en el lado derecho.

Sólo tenía ganas de pedirle al médico forense que se diera prisa en acabar con su reconocimiento. De todas formas, el caso estaba resuelto. Afortunadamente ni la madre ni el padre del chico tendrían que venir a reconocerlo. Las fotos y la ficha dental lo hacían innecesario. El chaval había sido golpeado hasta morir por una señora mayor loca. Eso ya lo sabían, pero había que certificarlo, como solía decirse. Ellen Grue sintió que las náuseas subían deslizándose desde su estómago como una ola. Tenía sudores fríos. Contuvo una arcada silenciosa tras la mascarilla.

Estar embarazada había despertado en ella todo tipo de sentimientos, pero no el de alegría. El chico de la mesa reforzaba esa sensación. La prueba de embarazo había dado una raya azul oscuro en el centro, muy bien definida. Esa raya azul se había fijado en su mente con dolor. Intentó concentrarse en el cadáver. Las manos del niño parecían pequeñas, finas garras. No hacía mucho había sido una personita vivaz; ahora..., no encontraba palabras para explicar quién era. Su pobre madre. Ella misma había sostenido en brazos el bebé de una amiga unas semanas atrás. Lo había sujetado contra su cuerpo, sentido la cabeza suave con el pelito oscuro que hacía cosquillas en los labios.

–El proceso de descomposición ya le tiene bien cogido –dijo el profesor Wangen–. Ya se sabe..., con este calor...

–Sí, ahora es un cadáver.

De pronto sus ojos se humedecieron. Se apartó, fijó la mirada en el pequeño bote cromado con los algodones. *Nunca sería madre. Si había aprendido algo en este trabajo, era eso.* Pensar en todo lo que le podía pasar a un niño, lo que podía pasarle sólo con que atravesara un jardín ajeno.

Las lágrimas corrieron repentinamente por sus mejillas, por el interior de la mascarilla. Aquí estaba. La más dura de la tropa policial. La eficiente inspectora de escenarios del crimen. Aquí estaba montándola porque sobre la mesa, frente a ella, había un niño pequeño. Un par de fuertes sollozos se escaparon delatores de su garganta.

El catedrático Wangen levantó la cabeza y la miró extrañado. El círculo de luz de la pequeña lámpara caía sobre sus ojos. La apartó con un rápido movimiento.

–Ellen... –dejó la pinza sobre la mesa metálica y se levantó de la silla.

Ellen Grue se llevó la mano con el guante de plástico a la boca, se dio la vuelta, corrió por la sala blanca y salió. Llegó al lavabo del vestuario alicatado justo antes de que su estómago se contrajera una y otra vez. Se inclinó hacia delante notando cómo los calambres de su estómago eran menos intensos. Se arrancó los guantes y los tiró al suelo. El forense estaba justo detrás de ella. La vergüenza la invadió a oleadas.

–No es nada –dijo rápidamente. Abrió el grifo y se echó agua fría en la cara. Se enderezó, sacó papel del dispensador de la pared y se secó la boca con mucho cuidado. Miró inexpresiva hacia el espejo y se giró hacia el catedrático–. Estoy embarazada –dijo con toda la indiferencia de la que fue capaz–. Es sólo por eso. Y he estado

trabajando en la casa de Høvik toda la noche. Vine aquí directamente.

El catedrático Wangen se había quitado la mascarilla. Parecía serio y pensativo. Ahora él también se quitó los guantes. Ella levantó la mano con un gesto negativo, no quería que pusiera su mano sobre ella. No, bueno..., él es mucho mayor que yo... tiene ya hijos adultos.

El médico miró compasivo a la inspectora, luego asintió despacio.

–No lo voy a tener –afirmó con dureza, pero mientras lo decía supo que lo tendría. Iba a *quedarse* con el niño.

–No hay ningún problema, Ellen. Puedes confiar completamente en mí. ¿Volvemos y seguimos?

Ellen Grue asintió agradecida.

–Estaré allí en medio minuto –dijo volviéndose hacia el lavabo y dejando que el agua corriera sobre sus muñecas. Lloró con un par de profundos sollozos y se observó a sí misma en el espejo. Luego se secó los mocos. Lo iba a tener. Había empleado tanta energía en descartarlo, cada hora de las tres últimas semanas. Pero precisamente *ahora*, exactamente allí dentro, junto a la mesa metálica, se había decidido. Sentía un enorme alivio. La seguridad de que nada volvería a ser como antes atravesó sus pensamientos. Su criatura crecería hasta hacerse grande y volvería del colegio, día tras día. Abriría la puerta y la llamaría. Y ella contestaría. Día, tras día, tras día.

Cato Isaksen durmió tres horas. Despertó bruscamente. Se sentó desconcertado y miró la hora. Eran las ocho menos cinco. Se puso de pie y se pasó la mano rápidamente por los ojos. Tenía la boca seca y el pelo completamente revuelto. Imágenes inconexas del bosque pasaban por su cerebro. Los altos troncos, el camino de grava con la barrera. Los pájaros que cantaban agudamente. Oía la voz de Wiggo Nyman explayándose sobre la pequeña tumba. La forma en que había dispuesto el suelo del bosque. Casi decorándolo con las matas de bayas y las hojas de pino marrones. Su hermano que de pronto iba andando por el camino. Porque *era* su hermano. Era Henning Nyman, ¿o lo había soñado?

Cato Isaksen intentó concentrarse en el recorrido en coche por el bosque. Se acercó a la máquina de café. Sus pensamientos oscilaban entre dos extremos. La convicción del cerebro de que tenía que ser un sueño, y la certeza de que *no* podía serlo. Tenía que preguntárselo a Marian. Porque, en ese caso, ¿adónde iba Henning Nyman? O ¿de dónde venía?

No había otra cosa en el bosque que la casa roja del catálogo Block Watne. No había ningún otro sitio al que ir. *Es la casa de Helmer Ruud. Está en el hospital. Está vacía. No sabemos si volverá.*

Bestia. La manera en que Marian había dicho *esa* palabra.

¿Por qué Henning Nyman iba andando por la pista forestal en medio de la noche? *No sabemos si volverá.*

Ingeborg Myklebust venía a toda velocidad por el pasillo.

–Felicidades, Cato, es fantástico que le hayáis encontrado. Horrible que el chico esté muerto, pero eso ya lo sabíamos.

Cato Isaksen dio un trago a la taza de café.

–¿Dónde está todo el mundo? ¿Ha muerto Birka?

–Randi y Roger están con la madre de Patrik Øye. Luego irán a ver al padre. Y Marian está durmiendo sentada en uno de los cuartos de interrogatorio.

–Ah, vale –dijo ausente. Sus pensamientos oscilaron de vuelta a la hipótesis del sueño–. Tengo que comer algo.

Tony Hansen salió del ascensor.

–¿Has ido a casa? –Cato Isaksen le miró indignado.

–Sólo un momento. He cerrado los ojos dos horas y luego he tenido que llevar al niño a la guardería.

–Ven. Sirve un café y sube a la cafetería a coger unos bollos, luego te vienes abajo con Wiggo Nyman.

–¿Ahora?

–Sí, coño, ahora.

Wiggo Nyman estaba tumbado en la litera roncando con fuerza.

–Siéntate –le ordenó Cato Isaksen fríamente.

Wiggo Nyman miró a los dos policías. Pero qué pasaba *ahora*. No había dicho ya suficiente...

Era Cato Isaksen quien hablaba.

–El de la casa roja..., dijiste que el que vive en la casa roja...

–¿Qué pasa con él? –dijo Wiggo Nyman sintiendo las agujetas y contracturas que tenía por todo el cuerpo. Ya he dicho que un vecino. Un hombre mayor. Está en el hospital. Se ha roto la cadera, ya lo he dicho.

–El hombre que iba bordeando el camino ayer... Era tu hermano, ¿verdad?

Wiggo Nyman se pasó la mano por el pelo y se frotó los ojos. Luego suspiró.

–Era tu hermano, ¿verdad? –rugió Cato Isaksen.

–Sí, bueno.

–¿Qué hacía tu hermano *allí*? ¿Qué hacía en el bosque?

–¿Cómo lo voy a saber?

–Así que no sabes por qué tu hermano anda por el bosque en mitad de la noche. Parecía que iba camino de la

casa roja, pero que se dio la vuelta y cambió de opinión cuando nos vio. Me dio esa impresión. ¿Puede ser?

Wiggo Nyman giró la cabeza y miró inexpresivamente a la pared. Luego volvió a bostezar exageradamente.

Cato Isaksen le contemplaba. De pronto hubo un fugaz destello en sus ojos. Una revelación momentánea. Sólo un segundo; como si hubiera caído en la cuenta de algo.

—¿Le enseñaste a tu hermano la carta de las niñas? ¿Lo hiciste, Wiggo? ¿Le pediste a tu hermano que te ayudara?

Una expresión de sorpresa transformó el rostro de Wiggo Nyman. Algo empezó a tomar forma en lo más profundo del subconsciente del policía.

—Sí —dijo finalmente Wiggo Nyman—, supongo que lo hice, pero...

De pronto Louise sencillamente supo que él estaba allí. La bombilla del techo estaba apagada. Era como si durante toda su corta vida hubiera sabido que algo iba a ocurrir. Alguna vez. Era con *esto* con lo que había soñado en sus pesadillas nocturnas, cuando era más pequeña y no se atrevía a levantarse e ir corriendo a la habitación de sus padres. Lo peor, lo peor de todo. Como correr dentro del agua con el demonio detrás. ¿Dónde estaba ahora Wiggo-hombre-de-los-helados estrella? La furgoneta azul claro con las letras azul oscuro y rosa, todo *eso* había desaparecido. La llamada que hacía pling por todos los jardines de hierba verde. Todo eso había desaparecido.

Aunque tenía los ojos completamente abiertos, no veía nada, pero el olor del muro húmedo hería su nariz. El sonido del hombre que había frente a ella la cubrió como agua fría. Ina gritó repentinamente con la boca contra el muro.

Henning Nyman estaba completamente quieto junto a la puerta. Percibía fragmentos del olor masculino que él mismo desprendía. A través del olor frío y gris del sótano pasaba otro olor, a piel.

La pelirroja gritaba. Reconoció su voz. El grito le molestó. Sintió cómo la ira se abría paso por su cuerpo. Encendió la luz y vio cómo la pelirroja se había deslizado contra la pared. Estaba sentada como una muñeca de trapo, doblada hacia delante y sollozaba bajito.

–¡Cállate! –aulló–. Llevas pintura de uñas rosa en los dedos y mierda negra alrededor de los ojos. ¡Zorra! –gritó.

Ya no podía arrepentirse. Había llegado demasiado lejos. Tendría que deshacerse de ellas después, en algún lugar donde nunca las encontrarán. Esto no era algo que pudiera hacer más veces. Tendría que ser suficiente con esta *única vez*. No era culpa suya. Era Wiggo quien lo había desencadenado todo. Los dos coches que habían pasado por el camino forestal esta noche, ¿tendrían algo que ver con todo el asunto? Le habían asustado hasta hacerle cruzar el sembrado otra vez. No podía arriesgarse a que alguien viera que utilizaba la casa.

Se sentó en el suelo e intentó arrastrar a la pelirroja hasta él. La mordió en la nuca. No muy fuerte, sólo a modo de prueba, como había visto que hacían en las revistas. Ella gritó como una posesa.

Las niñas habían entrelazado sus brazos, como si fueran los hilos de una labor. Las arrancó la una de la otra y atrajo a la rubia hacia él, sobre su entrepierna. La rodeó fuertemente con sus brazos y sintió cómo el corazón latía bajo sus tiernas costillas. Una corriente eléctrica bajó desde su cuello hasta su sexo. Soltó a la niña y la echó hacia delante. Ahora le iba a dar. Le iba a dar de verdad. Entonces sonó con fuerza el timbre en el piso de arriba.

Una hendidura en la gravilla, como si alguien hubiera dejado una señal con el pie. Un arco, aparte de eso, nada. Cato Isaksen volvió a llamar a la puerta. Un poco de aire sopló desde el bosque. El sol caía amarillo y cálido sobre la grava. La lluvia se había dejado vencer por el sol de la mañana. Cato Isaksen miró a Tony Hansen.

–Da una vuelta a la casa y mira por las ventanas.

Tony Hansen desapareció tras la casa. Cato Isaksen esperó junto a la entrada. Tony volvió.

–No parece que haya nadie dentro. Está en completo silencio. Hay una abertura en las cortinas.

Cato Isaksen se acercó y llamó a la puerta por tercera vez. Luego la golpeó con el puño y gritó.

–¡Sabemos que estás ahí, Nyman! ¡Abre la puerta!

Se dio la vuelta y echó un vistazo al tractor y al garaje. El tractor era demasiado grande para estar dentro. Se acercó al garaje y trató de abrir la puerta. Estaba cerrada con llave.

La puerta de la entrada se abrió de golpe. Henning Nyman salió rápidamente y cerró tras él con un pequeño chasquido. Miró a los policías con expresión de pánico.

–Tengo que irme, no estoy bien.

–Enfermo, ¿cómo enfermo? Espera un poco –Cato Isaksen fue hacia él–. ¿De qué tienes miedo? ¿Qué es lo que estás haciendo en esta casa?

–Nada. Sólo estoy arreglando algunas cosas para Helmer Ruud. Tenemos un trato..., nos conocemos de hace tiempo. ¿Acaso es ilegal? Tengo que...

–Un momento, un momento, un momento. Riegas las flores y cosas así...

–No, no, Helmer Ruud no tiene plantas.

Cato Isaksen se acercó un paso más. Tony Hansen los observaba. Vio que Henning Nyman había mojado sus pantalones. Tenía un aspecto deplorable. Deplorable, tembloroso y mentiroso.

–Venga, entremos –ordenó Cato Isaksen.

–No.

–¿Por qué no quieres volver a entrar?

–¿Qué vamos a hacer dentro? Tengo ganas de vomitar –dijo Henning Nyman y se alejó corriendo unos metros. Daba arcadas, doblado en dos, pero no arrojaba nada.

–Estupendo –comentó Cato Isaksen irónico–, esto es estupendo –repitió mirando a Tony Hansen con gesto desesperado.

Tony Hansen se acercó hasta Henning Nyman.

–Dime de qué tienes tanto miedo. Dame la llave de la casa –rugió.

Entraron en el oscuro recibidor. El linóleo beige estaba lleno de grandes huellas embarradas. Rastros de botas de agua o zapatos de exterior. Las huellas iban hacia una puerta de madera en el lado derecho.

–¿Y ésta, adónde lleva?

–Al lavadero –dijo Henning Nyman y abrió la puerta del salón. Su rostro estaba en llamas–. Puedo explicarlo todo.

Cato Isaksen observó el salón. Un olor a calor del sol acumulado, cortinas de terciopelo y muebles gastados le salió al encuentro.

–Esto está completamente cerrado.

Henning Nyman sintió la mirada escrutadora de Cato Isaksen. Desde su rostro hasta los pies. Cato Isaksen reconoció las vibraciones de la persona que tenía delante.

–¿Qué es realmente lo que estás haciendo en esta casa vacía?

–Nada, lo juro. Iba a buscar unas cosas de parte de mi madre.

–¿Qué cosas?

–Un gato –dijo rápidamente.

–Helmer Ruud tiene un gato, que mi madre va a cuidar.

–¿Y dónde está?

–Ésa es la cuestión, precisamente. No está aquí. Por eso iba a marcharme.
Cato Isaksen y Tony Hansen intercambiaron miradas.
–Ah, claro –dijo Cato Isaksen.
–Sí. Vendré luego –el rostro de Henning Nyman adquirió de pronto una expresión serena.
–Así que ¿eso era todo?
–Eso era todo.

La angustia se atornillaba a su pecho. Su corazón latía como si hubiera corrido. Jamás había tenido tanto miedo. Había algo en el sótano que olía y hacía ruido. Se había llevado los sacos de dormir y la tienda de campaña de las chavalas antes de abrir la puerta. Las había tirado dentro del lavadero y había cerrado la puerta. Las habitaciones del sótano eran un laberinto. Los policías no debían encontrar a las conejitas. Durante un par de segundos no pudo recordar dónde estaba. El dolor asaltaba en oleadas su estómago. No debían... no debían... de percibir el olor dulzón de sus presas, como a vainilla. Miel y tréboles rojos salvajes.

Henning observó la espalda de los policías cuando volvían a salir al recibidor. El joven rubio con el aro en la oreja iba el primero. El otro, el que había ido un par de veces a hablar con su madre, se giró a medias y le lanzó una mirada extraña. Luego desaparecieron por la puerta principal.

Henning Nyman cerró la puerta de entrada tras ellos y empezó a caminar hacia el bosque.

–¡Oye, por cierto! –gritó Cato Isaksen tras él. Henning Nyman se detuvo bruscamente.

–¿Puedes abrir el garaje? ¿Tienes llave?

–No.

Era evidente que Tony Hansen estaba hartó. Fue hacia Henning Nyman con aire marcial y le agarró el brazo.

–Abre ese garaje de una jodida vez.

La mirada insegura de Henning Nyman iba de uno a otro. Por un instante se encontró con los ojos de Cato Isaksen; luego se atrevió a dirigir otra mirada a Tony Hansen.

–No es un farol. No tengo llave.

–Pues ábrenos la casa otra vez –dijo Cato Isaksen.

–¿Ahora?

–Sí, claro.

–Hacedme caso. Ese garaje hace años que no se usa.

–Abre la puerta.

Volvieron a entrar en el recibidor. Cato Isaksen cogió las llaves que estaban sobre la cómoda marrón.

–Pero si aquí están las llaves –dijo bruscamente.

Henning Nyman respondió a su mirada. Se encogió de hombros. Se dio la vuelta para volver a salir, lentamente, para no llamar la atención. Todo volvía al principio. No era su culpa. Era Wiggo quien había utilizado ese coche para matar a Elna.

Volvió a cerrar la puerta de entrada, tras Cato Isaksen. Cuando miró a través de la puerta de cristales, sintió que ya no existía. Oyó que Cato Isaksen cruzaba la entrada cubierta de gravilla, hacia el garaje. Henning cerró los ojos. En la oscuridad que cubrían sus párpados vio los ojos oscuros de la zorra y en el interior de su cabeza resonaron unas bonitas palabras. *Sólo me estoy vengando*. De camino hacia aquí había encontrado una bellota en el bosque, con gorro verde. La había recogido y, repentinamente, recordado algo. Helmer Ruud había hecho decoraciones navideñas con los niños de la zona cuando eran pequeños. Fue antes de que Wiggo naciera. Eran Henning y dos chicos que vivían un poco más abajo, en el valle. No se acordaba si había ocurrido *algo*. Sí había visto cómo se comportaba el gato cuando venía el zorro. Tenía siete años. Había dormido con los ojos abiertos, durante mucho tiempo después. Y con toda la ropa puesta. Helmer Ruud le había pedido que volviera. Él no pensaba volver nunca más. Pero Helmer Ruud le dijo que le enseñaría a poner trampas; que era más fácil cazar a los zorros así.

Louise Ek oyó los pasos sobre su cabeza. ¿Cuántos había ahí? Henning volvería. Era peligroso. Escuchó voces. ¿Eran varios hombres peligrosos los que venían? ¿Tal vez Wiggo también? Regresaban los dos. ¿Quién era Wiggo en realidad?

A Louise le temblaba todo el cuerpo, sus ojos estaban soldados a la puerta del sótano y a las voces que se acercaban desde fuera. Su nuca latía y escocía después del salvaje mordisco de Henning.

Se incorporó bruscamente y agarró a Ina.

–Ponte de pie –dijo, y cerró la chaqueta de verano que él había desgarrado. Se alejaron de espaldas a la puerta, contra la pared que tenían detrás. Louise levantó una mano ante su rostro, con gesto protector. Sobre sus ojos. Sabía que lo peor pasaría. Todo iba a terminar. Pronto todo habría acabado y se encontraría en un estado de perfecta atemporalidad. Donde no existía el dolor.

Las manos de Cato Isaksen descansaban inmóviles sobre la cómoda marrón.

–¿Es Wiggo el que ha conducido el Mazda Rojo, ¿no es cierto?

El rostro de Henning Nyman se marchitó.

–¿Cuánto sabías?

–Nada, a mí no me ha dicho nada, pero llevaba el Mazda el día que murió Elna.

–Volvamos a entrar en el salón –dijo Cato Isaksen sorprendentemente amable.

Tony Hansen se puso de rodillas y miró debajo del sofá. De pronto vio un montón de revistas que alguien había intentado esconder bajo una manta. Metió la mano y sacó un par de ellas.

–Mira jefe, pornografía infantil.

Cato Isaksen paseó la mirada de las revistas a Henning Nyman. Después de un momento de silencio, dijo:

–¿Hay algo que quieras contarnos?

–Por favor –dijo Henning Nyman. Ahora lloraba–. No, no hay nada. No es culpa mía.

Cato Isaksen respiró profundamente.

–Registraremos toda la casa –dijo Tony Hansen tirando las revistas sobre la mesa–. Vamos –insistió mirando a Henning Nyman–, tendrás que acompañarnos.

Henning Nyman miró hacia la puerta de la entrada que estaba abierta. Vio las golondrinas agolpadas sobre los cables de la luz, extendidas como notas musicales contra el cielo de verano.

Los policías iban hacia el lavadero. Todo se detuvo en su interior. No debían... ¿Dónde iba a meterse? Cerró los ojos y se tapó la cara con las manos.

Cato Isaksen abrió la puerta del lavadero. Allí estaban las mochilas y la tienda de campaña de las niñas.

Henning Nyman bajó las escaleras delante de los policías. Los cuerpos sólo eran cercanía, pensó, tan densos como una sustancia.

Louise e Ina. Ina y Louise. Ahora eran *un* cuerpo. Estaban juntas, muy juntas, abrazadas, y sentían el olor de sus cabellos. Oían lejano el redoble de la escalera. Pies que hacían sonar los peldaños de hierro. Eran varios los que venían. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Una masa uniforme de agua que cubría el glóbulo ocular. Louise tenía la cara ardiendo y el cuerpo helado. El tiempo era una trampa que se ceñía a su alrededor, como una espiral.

La puerta se abrió bruscamente. Louise cerró los ojos con fuerza. Las lágrimas desbordaban sus mejillas. Sentía el corazón de Ina contra su cuerpo.

Abrió los ojos. En el hueco había un hombre. Su cerebro trabajaba intensamente: era *otro* hombre. *Otro*. Conocía su cara. Era el policía del colegio. El que había hablado con ellas, junto a la excavadora. El que llevaba ropa normal, *porque la policía no siempre usa uniforme*. Y detrás de él estaba Henning. Distinguía los cuadros de su camisa de franela. Y, a su vez, detrás de él había otro hombre.

Los papeles se intercambiaron. Podían salir de allí. Soltó a Ina. Ina la soltó a ella. Sin peso ni forma se movió hacia los policías. Percibía la luz. En algún lugar del pasillo del sótano, junto a uno de los últimos escalones, había una franja de luz.

Tony Hansen empujó a Henning Nyman más allá de las chicas y le obligó a entrar en el sótano.

–Tú llévate a las niñas arriba, Cato. Yo me quedo aquí con él un rato. Esto va a ir jodidamente mal. Si puedo prometerte algo, es eso.

–Sabemos que mataste al Elna Druzika. Hemos encontrado el coche que utilizaste. En el garaje de Helmer Ruud. El Mazda rojo.

Wiggo Nyman estaba sentado sobre la dura litera y observaba a Cato Isaksen con mirada inexpresiva. Era como si hubiera desistido de todo hacía mucho, como si hubiera perdido la decencia cuando *creyó* haber matado a Patrik Øye. Daba miedo, pensó Cato Isaksen, lo que la culpa podía desencadenar en la gente. Marian había tenido razón todo el tiempo. Se había quedado con lo que dijo ya tras el primer interrogatorio: que era un tío frío, calculador y una bomba sin detonar. Recordaba palabra por palabra. Lo había dicho exactamente así.

–*Podías* haber salido más o menos bien parado –dijo Cato Isaksen mirándolo–. Vera Mattson te manipuló hasta hacerte creer que habías matado a Patrik Øye, pero sabemos que *no* lo hiciste. Pero *ahora* –continuó muy serio–, ahora es demasiado tarde. Porque atropellaste y mataste a Elna Druzika. Fue premeditado. Lo hiciste porque descubrió el cadáver, ¿verdad? Llevabas el cuerpo en la furgoneta de los helados, y cuando lo escondiste en la cámara frigorífica Elna lo descubrió. Eres un listillo, Wiggo Nyman. Cogiste el coche de Helmer Ruud para llevarte el cadáver de Patrik Øye porque sabías que investigaríamos tu Volvo. Y por eso esta historia se hizo larguísima, the everlasting story. Triste, pero cierto. Podías haber salido más o menos bien parado –repitió– si hubieras ayudado a la policía. Pero tú elegiste *otro* camino. ¿Qué tienes que decir?

Wiggo Nyman bajó la cabeza. En imágenes intermitentes y nítidas veía ante sí el cadáver del niño pequeño en el maletero. La imagen le atravesaba con un intenso dolor. La boca medio abierta, la sangre coagulada. La bolsa de basura que se había rasgado cuando le sacó de la cámara frigorífica después de ocho días. Había estado en el coche dos días, en el garaje de Helmer Ruud. Luego fue por el coche muy tarde una noche y enterró al chico en el bosque.

–¿Qué tienes que decir? –repitió Cato Isaksen.

–No hay mucho que decir –soltó Wiggo Nyman con voz monótona.

–¿Sabías que tu hermano tenía a las dos niñas en el sótano de Helmer Ruud?

Wiggo Nyman contempló al inspector con sus ojos azules.

–¿Sabes qué? Puedes creer lo que te salga de los cojones, pero ahora estás mintiendo.

–No, no miento. Ha estado haciendo distintas *cosas* en la casa vacía durante mucho tiempo. Estaba llena de revistas prohibidas. Tú debías saberlo.

–¡Cállate! –chilló Wiggo Nyman–. Es asqueroso –se tapó las orejas con las manos–. Voy a vomitar. No lo sabía. No quiero oírlo. No había pensado matar a Elna. Quería que entrara en el coche. Pero no quiso. Hablaba con Inga de todo. Ocurrió en unos segundos. De pronto Elna estaba muerta y yo tenía a Patrik Øye en el maletero.

Wiggo Nyman apoyó la cabeza sobre el muro pintado de verde y dejó impotente las manos en su regazo. Todo se había roto. Y Henning, él que siempre había cazado animales temblorosos de ojos amarillos.

–¿Qué ha hecho con ellas?

Cato Isaksen notó de pronto lo cansado que estaba.

–Nada, llegamos a tiempo.

Había lágrimas en los ojos de Wiggo Nyman.

–A la mierda con todo –gritó–. No soy ningún asesino. Las cosas *pasaron* así. Simplemente *ocurrió*. Si no hubiera atropellado a ese chico... Elna estaría viva hoy.

–Atropellaste al niño, pero entonces ya estaba muerto.

–Esa mierda de vieja no se chivó. Yo no entendía por qué no decía nada a la policía. Creí..., en realidad creí que no había entendido que el niño estaba muerto, que pensaba que sólo estaba herido. Ahora que lo pienso, recuerdo que dije algo de que le iba a llevar a un hospital. O quizá fue ella quien lo dijo. Y luego, cuando le dieron por desaparecido, pensé: *ahora* vendrá. Ahora lo va a decir. Pero no ocurrió nada. Y entonces pensé que a lo mejor no era muy normal, que a lo mejor no había *entendido* lo que pasó.

–Lo entendía –dijo Cato Isaksen–. Es una triste historia.

–La vi por la puerta abierta de la cocina, la semana siguiente. Sólo estaba allí sentada, junto a la mesa. Ni

levantó la vista, ella que solía correr detrás del coche dándole golpes.

Wiggo Nyman cerró los ojos. Si también encarcelaban a Henning... ¿qué iba a hacer su madre? Su madre no lo aguantaría.

—¿Alguno de vosotros ha pensado en mi madre? —preguntó y recordó los gatos que bufaban a cualquier cosa que se moviera.

El hombre de la cámara de fotos la vio de pronto. Se detuvo, salió del sendero y se adentró un poco entre los árboles. Se colgó la cámara en el cuello, la levantó hasta sus ojos y miró por el visor. Le temblaban las manos. Sólo llevaba una fina chaqueta blanca sobre el vestido de verano rosa. A lo largo de la playa había preparados montones de madera para encender grandes hogueras. Era la noche de San Juan y había que celebrarlo. Sintió la angustia presionando su frente. Miró rápidamente a su alrededor, notó el olor masculino que desprendían los pinos, el dolor como una aguja en el corazón.

Signe Marie Øye corría. Por el sendero, bajo los grandes árboles. Sus troncos estaban alineados como lápidas. Las copas se agitaban verdes sobre su cabeza. La luz caía en líneas rectas sobre el frondoso suelo del bosque, por el estrecho camino y hasta el agua donde los contornos de la luz se borraban en la arena. Las rocas tenían marcas del hielo que millones de años antes habían dejado su huella.

Sus pensamientos eran una gran superficie negra. El grito se había agarrado a su garganta. Atascado, supuraba, provocando un dolor terrible. La policía le había encontrado. Estaba enterrado en un agujero en la tierra, en una bolsa de basura. Su Patrik, en Maridalen, cerca de un arroyuelo.

Corrió otro trecho, antes de parar. De pronto no podía respirar. Sus pulmones eran demasiado estrechos.

Era pleno verano. Pero pronto, pensó, llegaría el otoño y las hojas caerían de los árboles y, al pudrirse, se convertirían en una masa marrón y pegajosa. Luego llegarían las heladas para cubrirlo todo como un sudario transparente. Todo había pasado. Para siempre.

No tenía articulaciones, ni cuerpo, su rostro se había cambiado por otro. Sentía su corazón. Vivía. Pero ya no quedaba nada. Más allá sólo estaban los días interminables que llaman tiempo.

Se detuvo y miró hacia el agua. Le habían dado su mochila. Todo estaba en su sitio. La tartera vacía con migas dentro. El estuche azul, tres cuadernos forrados con papel encerado y brillante. Con caballos.

Entrar y hundirse en el agua... Qué agradable sería poder dejar de respirar, los pulmones se llenarían de agua. Nada podría ya *alcanzarla*. El dolor desaparecería.

Se detuvo de golpe. En el sendero, a unos metros, había un perro negro con un palo largo en la boca. Brillaba, mojado.

—¿Tapas? —dijo insegura—, ¿eres tú? Querido Tapas. Cayó de rodillas y el perro soltó el palo mientras movía el rabo y se deslizaba feliz hacia ella. La empapó con su lengua húmeda. Gemía y movía la cola.

Y entonces vio al padre de Patrik. Salió del bosque y se detuvo justo delante de ella en el sendero, con sus pantalones de pana marrón y los zapatos marrones, los mismos zapatos marrones. Le miró a través de las lágrimas mientras acariciaba compulsivamente el cuello negro y musculoso del perro. Todo oscilaba como el agua. Su rostro arriba del todo, los brazos caídos impotentes a lo largo del cuerpo. Y la cámara de fotos que colgaba de su cuello.

La veía allí sentada, llorando con la cara contra el perro. Una raya de luz cruzaba el suelo del bosque y continuaba por su cuerpo, sobre el hombro. A lo largo del cuello y más allá de su cabello. Las puntas parecían blancas contra la tierra del sendero. Levantó la cámara y apretó el disparador. Ese momento quedó capturado para siempre por el objetivo. Unos segundos después el momento ya había pasado. Se inclinó y tiró suavemente de ella hasta incorporarla.

Signe Marie Øye miró a su ex marido. La expresión de su rostro hizo que las lágrimas volvieran a fluir. Habían dado la vuelta a medio mundo, no en distancia, sino en dolor. Cuando estaba embarazada de Patrik paseaban por *aquí* precisamente. Aquí, por este sendero, de la mano. Habían especulado sobre la aventura que empezaban.

—El cuento ha terminado —sollozó—. Todos los días han pasado.

Se aclaró la voz, miró al suelo.

—Creí que no querías hablar conmigo. Iba a esconderme en el bosque.

—Fue culpa mía, yo lo estropecé..., quería que estuviera conmigo. Sé que...

—Shh... ya no tenemos que tener miedo —dijo él.

—Ya no tenemos que tener miedo —lloró.

—Podemos empezar de nuevo. No quiero decir así, como marido y mujer. Quiero decir...

–Sé que no es eso lo que quieres decir..., lo sé.

–He hecho fotos, cada día desde que Patrik desapareció. Todos sus sitios habituales. El sendero entre la casa amarilla y la marrón. He fotografiado los árboles. Cómo cambian cada día. Los sitios donde jugaba. Las flores en la cuneta. El patio del colegio, tu jardín. He fotografiado tu jardín durante varias semanas. ¿Sabes que teníamos encuentros secretos, Patrik y yo? Y Tapas. Algunas veces, después de clase, nos encontrábamos y paseábamos por la orilla, porque no teníamos tiempo suficiente para estar juntos, Patrik y yo.

Cerró los ojos y se apoyó en su hombro. Sentía sus manos grandes en la nuca y la cámara de fotos como una piedra dura contra su pecho. Como si el dolor se hubiera quedado atrapado allí.

Dolía oírle hablar de las fotos que había hecho. Del camino, la grava, la hierba y el cielo.

–Tenemos que hablar de las flores –dijo ella–. Para su féretro.

–Sí, y te enseñaré las fotos.

Una foto no era más que una foto, pensó. Pero bonito por su parte. Sintió una repentina y breve alegría que atravesó el dolor. Tal vez algo podría cerrarse con esas fotos.

Le pasó la mano por el cabello. Una leve sensación de liberación la rozó. Una seguridad intensa. Ahora no, pero más adelante. La vida *volvería*.

Miró hacia el agua. El cielo ya no estaba azul, si no blanquizco. El agua oscilaba metálica y lenta hacia delante y hacia atrás. Adelante y atrás. El horizonte era una línea oscura. ¿Cómo había sido su voz? ¿Perdería su sonido? No, siempre estaría en su cabeza. Vio ante sí a Patrik, tal y como era cuando se levantaba por la mañana. Como era cuando estaba en la entrada, esperando a que ella sacara el coche. Como era a la luz del sol, cuando los rayos brillaban sobre su cabello blanco.

–Parece que este caso interminable va a ser aún más largo –la voz de Ingeborg Myklebust atravesó el teléfono–. Los investigadores de la escena del crimen han hecho un hallazgo en la calle Selvik, debajo de esas colmenas. Probablemente han dado con los restos de Aage Mattson. ¿Dónde estás, por cierto?

–En el coche –dijo Cato Isaksen–. Sólo voy a pasar por la comisaría para recoger a Marian. Luego nos vamos a la calle Selvik.

–Me ha llegado un informe sobre Henning Nyman –continuó–. ¿Qué pasó realmente en la casa del bosque? Le han dado una paliza casi mortal.

–Debió de oponer mucha resistencia, Tony dijo algo de eso. Tendrás que hablar con él.

–Tiene rota la mandíbula.

–¿Tony?

–No, Henning Nyman.

–¡Madre mía! Qué pena, ¿no?

–Toda la secuencia de los hechos es muy extraña, Cato. Menudo principio. Vera Mattson mata a palos a Patrik Øye y hace que Wiggo Nyman crea que lo ha hecho él. *Él* mata a Elna Druzika porque descubre el cadáver de Patrik Øye en la cámara frigorífica. Y su hermano, que tiene tendencias pedófilas, secuestra a Ina Bergum y Louise Ek porque Wiggo Nyman le implica; y es que él *cree* que las dos niñas han visto algo. Pero no sé si realmente Henning Nyman supo que su hermano había matado a Elna. Creo que no, por lo menos al principio. Y luego resulta que es la loca Vera Mattson quien había escrito *esa* carta, la que provocó que casi mataran a las dos niñas. Menudo ser. Todo es absurdo. Y ninguno de los tres sabe lo que están haciendo los otros. Tres secuencias de hechos que transcurren en paralelo. Tres criminales y tres muertos. Por dios, Cato, es sencillamente horroroso. Nunca antes habíamos tenido un caso *así*.

–No –dijo Cato Isaksen con cansancio. Ahora ya no podía más–, pero no olvides que hay dos víctimas con vida también. Tony ha llevado a Ina Bergum y Louise Ek a urgencias. Están perfectamente, pero por si acaso. Sus padres se encontrarán allí con ellas. Están locos de felicidad.

Marian Dahle le estaba esperando.

–Vamos pasar por la clínica de Lysaker para recoger a Birka antes de ir a Høvik –sonrió con cansancio. Sus ojos brillaban.

Cato Isaksen sintió una alegría repentina y aguda.

–Así que Birka está viva.

–Es tan dura de roer como yo.

Casi no tenía fuerzas para dejar que la felicidad le embargara. Como si la oscuridad pudiera estar acechándole a la vuelta de la esquina, *algo* que sólo estaba esperando a que él se relajara para poder soltarse y volverle a atacar.

–Pero no tenemos tiempo de recoger chuchos *ahora*. Tendremos que hacerlo a la vuelta.

Cato Isaksen la contempló, apoyada contra el marco de la puerta como un poste.

–¿Cómo que chuchos? Vamos por Birka ahora –dijo Marian Dahle con decisión. La luz había desaparecido de su mirada.

La dejó a un lado y fue hacia el ascensor. Sabía que había perdido la batalla hacía mucho. Que ya había perdido la primera vez que se encontraron. Era tan jodidamente descarada. *Él* era el jefe. Fue corriendo detrás de él y se lanzó al interior del ascensor en el momento justo en que la puerta de metal brillante se estaba cerrando.

–¿Por qué no puedes sencillamente relajarte un poco? –dijo ella–. No se puede ser fuerte todo el tiempo, no todo el tiempo.

Cato Isaksen se metió un chicle en la boca. Sólo sentía cansancio. La luz amarillenta del ascensor le daba al rostro lleno de cicatrices de Marian un aire aún más enfermizo.

Bajaron en ascensor hasta el garaje sin cruzar ni una palabra.

Cuando estuvieron sentados en el coche y Cato Isaksen pasó su tarjeta junto al lector de la salida para que se abriera la barrera, Marian dijo:

–No se me da nada bien estar *con* otras personas. No tengo sentido del humor. No soporto las convenciones y todo ese lío.

–Yo no soporto más confidencias personales tuyas –suspiró él–. Please.

Pero ella siguió:

–No me río casi nunca. Es como si mi sistema nervioso casi estuviera envenenado. Me irrito con demasiada facilidad. ¿Por qué no puedes limitarte a dejarme en paz?

Cato Isaksen ahogó una sonrisa.

–Pero qué cojones crees que intento hacer todo el tiempo. Pero si es un trabajo de jornada completa intentar evitar que me invadas con tus rollos –frenó de golpe para dejar pasar un coche que venía por la derecha.

Marian apoyó la cabeza contra el asiento y respiró profundamente varias veces.

–Me exiges confianza, pero no me das nada a cambio. ¿Has pensado en eso?

Cato Isaksen bajó la ventanilla y escupió el chicle.

–¿Confianza? ¿Qué coño quieres decir con eso?

Estaba tan harto de todas estas conversaciones con Marian. No podría quedarse callada, por una vez.

Ella cerró los ojos y volvió a abrirlos.

–¿Has pensado que nunca me das *algo* a cambio?

–¿Qué cojones quieres que te dé?

–Contarme algo de ti mismo, tener confianza en mí, Cato.

–Mi querida niña, la confianza te puede hacer vulnerable. La confianza pueden usarla contra ti a la menor ocasión.

–Cobarde –dijo Marian Dahle cruzándose de brazos. Miraba con gesto adusto por el cristal delantero.

Cato Isaksen frenó bruscamente justo delante de la clínica veterinaria.

–Esperaré dos minutos exactos –enunció mirando el reloj.

A los cinco minutos Marian Dahle bajaba feliz la escalera con Birka danzando exultante a su lado, sujeto por una correa. La bóxer estaba cosida con unos gruesos puntos en el lateral de la cabeza, justo debajo de la oreja.

Marian abrió la puerta de atrás.

–¡La manta! –gritó Cato Isaksen.

Marian cogió la manta gris del suelo y la extendió sobre el asiento.

La perra saltó dentro. Resoplaba y se movía allí detrás, andando de un lado a otro. El rabo se agitaba entusiasta.

Marian abrió la puerta del copiloto y se sentó. Se puso el cinturón de seguridad girándose a medias hacia la perra.

–Ahora nos vamos a casa –dijo con voz dulce acariciándole la cabeza–. Sí, mi niña, Birka se va a casa. Nos vamos a casa –repetía.

–Digo yo que ya lo habrá entendido, ¡cojones! Pero no vamos a casa. Vamos a Høvik –dijo Cato Isaksen y puso el coche en marcha.

–Ya lo sé, idiota.

Sintió que la perra olfateaba su nuca.

–Abajo –gritó, mientras giraba para salir del aparcamiento.

Marian Dahle miró por la ventana.

–Birka y yo... somos bastante más que la relación entre una persona y un perro.

–Ya me lo imagino, ya –Cato Isaksen se pasó ostentosamente la mano izquierda por la nuca.

–Maldito bicho mocososo –dijo mirando fijamente hacia la carretera que tenía delante–. No creas que la perra va a seguir acompañándote al trabajo. *Sólo* por esto, quiero decir. Eres la única del departamento... que alguna vez ha... –Cato Isaksen metió la tercera y se incorporó a la carretera–. Es enfermizo estar tan enganchada a un bicho peludo y lleno de parches.

Marian Dahle puso los brazos en cruz.

–En realidad, Birka ha hecho un trabajo. Fue *ella* la que precipitó que Vera Mattson sacara ese bate. ¿Lo has pensado? Que en realidad fue *ella* quien resolvió este caso.

–Joder, Marian –Cato Isaksen rió sonoramente–. ¿Qué cargo tiene la perra? ¿Inspector jefe?

–No confío en las personas a las que no les gustan los perros, Cato. Fíjate en cómo le fue a Fredrik Øye.

–Exactamente –Cato Isaksen sonrió brevemente.

–Por cierto, que tenemos que llevarnos al gato de Vera Mattson cuando nos vayamos –Marian tenía la mirada distante.

–En mi coche no –dijo Cato Isaksen tozudo–. ¿Para qué demonios íbamos a llevarnos a ese gato?

–Se trata de un animal vivo, ¿sabes? –se volvió hacia él–. ¿No has pensado que hay que alimentarlo y cuidarlo? Tenemos que llevarlo a Maridalen y dárselo a Åsa Nyman. Que ella se ocupe.

–Esto no es un maldito transporte de animales –Cato Isaksen bostezó irritado.

Marian Dahle suspiró profundamente.

–Entonces, ¿qué hacemos con él?

–Que lo herede Louise Ek. Nos dijo que Henning Nyman las había atraído con cachorritos, y que se había ido con él porque quería una mascota. Tal vez un gato sea tan bueno como un perro. Es la solución más sencilla.

–Ah, no –dijo Marian Dahle rápidamente cruzándose de brazos. Perros y gatos son dos cosas *completamente* diferentes.

Cato Isaksen se volvió hacia ella. Su rostro se abrió en una enorme sonrisa que notó en todo su cuerpo.

–Exactamente como nosotros dos, quieres decir.

–Sí, exactamente. Como perro y gato.

La perra estaba otra vez respirando en su nuca. Puso la cabeza en su hombro e hizo unos ruidos oscuros y difusos mientras le chupaba con fuerza detrás de la oreja. Cato Isaksen levantó el brazo derecho del volante e intentó apartar al bóxer jaspeado de marrón con el codo. Sintió el aliento templado y algo fétido que se deslizaba por su mejilla.

–Si es que no obedece, demonios –dijo girando para entrar en la calle Selvik.

En ese mismo momento Birka estornudó con fuerza en el asiento trasero, y Cato Isaksen sintió las gotas que llovían sobre su cabeza y su nuca.

–Demonios –gritó irritado–. ¡Ya vale!

Marian Dahle luchaba para reprimir una risa hirviente. La sonrisa caldeó su rostro y sus ojos estrechos se estrecharon aún más. Al final no fue capaz de reprimirse más. Se inclinó hacia delante.
Su risa aguda le envolvió.
Cato Isaksen nunca había experimentado algo tan contagioso.

* Una palabra muere cuando es pronunciada, dicen. Pero yo digo que es entonces cuando comienza su vida.
(*N. de la T.*)

Título original: *Honningfellen*

Edición en formato digital: mayo de 2011

© Unni Lindell, 2007

First published by Aschehoug, Norway. Published by arrangement with Nordin Agency AB, Sweden

© De la traducción, Lotte K. Tollefsen, 2011

© Ediciones Siruela, S. A., 2011

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-677-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Cubierta	2
La trampa de miel	5
Notas	184
Créditos	185